



GRAEME MACRAE BURNET

# *Un plan sangriento*

*El caso Roderick Macrae*

*Traducción de Alicia Frieyro*



Lectulandia

En 1869, en una aldea perdida en las Tierras Altas escocesas, un triple asesinato sacude a toda la comunidad. La policía arresta inmediatamente a un joven llamado Roderick Macrae, que aparece cubierto de sangre y confiesa ser el autor de los hechos. Y así lo confirman unas extrañas memorias que escribe ya en la cárcel. Pero, antes de condenarlo, el tribunal debe averiguar qué lo llevó a cometer esos actos de violencia tan despiadada. Solo su persuasivo abogado se interpone entre Roderick y la horca, pero para lograr cerrar el caso antes deberán construir un relato sólido, sea este cierto o no. Siglo y medio después, Graeme Macrae, descendiente de Roderick, reúne toda la documentación existente sobre el caso en su búsqueda de la verdad. Pero ¿puede alguien entrar en la mente de un asesino?

Graeme Macrae Burnet

# **Un plan sangriento. El caso Roderick Macrae**

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *His Bloody Project: Documents relating to the case of Roderick Macrae*  
Graeme Macrae Burnet, 2015  
Traducción: Alicia Frieyro

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



## Índice de contenido

Cubierta

Un plan sangriento. El caso Roderick Macrae

Prólogo

Declaraciones

El relato de Roderick Macrae

Glosario

Informes médicos

Viajes por los confines de la locura

El juicio

Epílogo

Apuntes históricos y agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*El molino tritura mejor cuando  
se han picado muescas en sus muelas.*

Proverbio de las Tierras Altas escocesas

## PRÓLOGO

*ESCRIBO ESTO A INSTANCIAS DE MI ABOGADO, el señor Andrew Sinclair, quien, desde que me encarcelaron aquí, en Inverness, me ha tratado con un grado de cortesía que no merezco en modo alguno. Mi vida ha sido breve y de escasa consecuencia, y no es mi deseo eximirme de la responsabilidad de los actos que recientemente he cometido. Así pues, no es por otra razón que la de corresponder la amabilidad de mi abogado que consigno estas palabras por escrito.*

De esta forma arrancan las memorias de Roderick Macrae, un campesino escocés de diecisiete años, acusado de cometer tres brutales asesinatos en su aldea natal, Culduie, en Ross-shire, la mañana del 10 de agosto de 1869.

No pretendo demorar en exceso al lector, pero creo que un puñado de observaciones preliminares proporcionarán cierto contexto al material aquí reunido. Aquellos lectores que prefieran pasar directamente a los documentos propiamente dichos son libres de hacerlo, por supuesto.

En la primavera de 2014 me embarqué en el proyecto de escarbar un poco en la vida de mi abuelo, Donald «Tramp» Macrae, que nació en 1890 en Applecross, un pueblecito situado dos o tres millas al norte de Culduie. Fue en el curso de mis indagaciones en el Highland Archive Centre de Inverness cuando me topé con una serie de recortes de prensa referidos al juicio de Roderick Macrae, y cuando, con la ayuda de Anne O’Hanlon, la archivera, descubrí el manuscrito del que se compone la mayor parte de este volumen.

Se mire por donde se mire, las memorias de Roderick Macrae constituyen un documento extraordinario. Las escribió en la prisión del castillo de Inverness, aproximadamente entre el 17 de agosto y el 5 de septiembre de 1869, mientras se hallaba a la espera de ser procesado. Fue la existencia de estas memorias, y no tanto los asesinatos en sí, lo que convirtió este caso en una suerte de *cause célèbre*. Las memorias —o sus fragmentos más sensacionalistas, al menos— se reimprimieron con posterioridad en multitud de folletines o gacetillas de tres al cuarto y provocaron gran controversia.

Muchos, especialmente entre la clase erudita de Edimburgo, pusieron en duda su autenticidad. El relato de Roderick despertó recuerdos del escándalo de Ossian de finales del siglo XVIII, cuando James Macpherson proclamó haber descubierto y traducido el gran ciclo épico de la poesía gaélica; los *Poemas de Ossian* adquirieron rápidamente la categoría de clásico de la literatura europea, pero más tarde se descubrió que se trataba de un fraude. En opinión de Campbell Balfour, publicada en la *Edinburgh Review*, era «del todo inconcebible que un campesino semianalfabeto pudiese producir semejante pieza de sostenida y elocuente escritura... La obra es un fraude y quienes ensalzan a este harto despiadado asesino como a una suerte de noble salvaje quedarán, con el tiempo, en evidencia<sup>[1]</sup>». Para otros, tanto los asesinatos como las memorias daban fe del «terrible barbarismo que sigue medrando en las regiones septentrionales de nuestro país [y que] ni todos los esfuerzos de nuestro entregado presbiterio ni los grandes avances<sup>[2]</sup> de las últimas décadas han conseguido erradicar<sup>[3]</sup>».

Aún hubo otros, no obstante, para quienes los acontecimientos descritos en las memorias no hacían sino evidenciar las injustas condiciones feudales a las que seguía sometido el campesinado de las Tierras Altas. A la vez que se cuidaba mucho de no disculpar sus acciones, John Murdoch, quien tiempo después fundaría el periódico radical *The Highlander*, veía a Roderick Macrae como «un individuo llevado al límite de la cordura —o más allá— por el cruel sistema que forja esclavos a partir de hombres que solo desean ganarse el pan labrando un pedazo de tierra en préstamo»<sup>[4]</sup>.

Respecto a la autenticidad del documento, no es posible, un siglo y medio después, ofrecer una respuesta definitiva. Es sin duda notable que alguien tan joven pudiese producir tan elocuente relato. Con todo, la idea de que Roderick Macrae era un «campesino semianalfabeto» fue producto de los prejuicios contra las tierras del norte, que aún persistían en las prósperas ciudades del Cinturón Central. El currículo de la escuela de primaria de la vecina Lochcarron, correspondiente a la década de 1860, recoge que a los niños se les impartían clases de Latín, Griego y Ciencias. Roderick podría haber recibido perfectamente una educación similar en su escuela de Camusterrach, y sus memorias son buena prueba de ello, así como del hecho de que era un alumno con un talento fuera de lo común. Sin embargo, como es evidente, que Roderick *sí pudiera* haber escrito las memorias no demuestra que lo hiciera. Para este punto contamos con el testimonio del psiquiatra, James Bruce Thomson, que en sus propias memorias afirma haber visto el documento en la celda de Roderick. Los escépticos podrían argüir (y lo



hicieron) que Thomson nunca vio a Roderick escribir una sola palabra de su puño y letra, y hay que reconocer que, de tener que presentar hoy las memorias en un juicio, resultaría imposible verificar del todo la cadena probatoria. La idea de que las memorias fueron escritas, en realidad, por otra mano (y aquí el principal sospechoso es el abogado de Roderick, Andrew Sinclair) no puede descartarse por completo, pero hay que tener la mente del más extravagante de los teóricos de la conspiración para creer que ese fuera el caso. Luego está el contenido del documento en sí: cuenta con tal profusión de detalles que resulta muy poco plausible que no fuera obra de un lugareño de Culduie. Es más, el relato que ofrece Roderick sobre los acontecimientos que condujeron a los asesinatos coincidiría casi a la perfección, salvo en contadas excepciones, con las declaraciones que prestaron otros testigos en el juicio. Por estas razones, y después de haber examinado el texto personalmente, no albergó dudas acerca de su autenticidad.

Además del relato de Roderick Macrae, este volumen incluye también las declaraciones policiales de varios vecinos de Culduie; los informes de autopsia de las víctimas; y lo que quizá sea lo más fascinante de todo: un extracto de las memorias de J. Bruce Thomson, *Viajes por los confines de la locura*, donde describe el examen que le realizó a Roderick Macrae y una visita que hizo a Culduie en compañía de Andrew Sinclair. Thomson era el cirujano residente a cargo de la Prisión General para Escocia de Perth, donde se recluía a todos aquellos que eran declarados no aptos para ser juzgados por sufrir enajenación mental. El señor Thomson hizo buen uso de la oportunidad que este puesto le proporcionaba y publicó dos influyentes artículos —«La naturaleza hereditaria del crimen» y «La psicología de los criminales»— en la *Journal of Mental Science*. Era un hombre muy versado tanto en la nueva teoría de la evolución como en el campo, todavía incipiente, de la antropología criminal, y, aunque algunos de sus puntos de vista puedan resultar difíciles de aceptar para el lector moderno, conviene tener presente el contexto en el que fueron escritos, así como el hecho de que constituyen un esfuerzo genuino de trascender la visión teológica de la criminalidad y alcanzar a comprender mejor por qué determinados individuos llegan a cometer crímenes violentos.

Para finalizar, he incluido una descripción del juicio, que he reconstruido a partir de la cobertura que de él hizo la prensa de la época y también de los datos que se recogen en el libro *Informe completo del juicio de Roderick John Macrae*, publicado por William Kay, de Edimburgo, en octubre de 1869.

No es posible, casi un siglo y medio después, conocer la verdad acerca de los acontecimientos narrados en este volumen. Los relatos que aquí se presentan contienen diversas discrepancias, contradicciones y omisiones, pero tomados en su conjunto forman un mosaico de uno de los casos más fascinantes de la historia judicial de Escocia. Como es natural, yo me he formado una opinión propia en lo relativo al caso, pero dejaré que el lector llegue a sus propias conclusiones.

### *Nota sobre el texto*

Que yo sepa y hasta donde he podido comprobar, esta es la primera vez que se publican las memorias de Roderick Macrae en su totalidad. A pesar del paso del tiempo y del hecho de que permaneciese archivado sin mayor cuidado durante algunos años, el manuscrito está en muy buen estado. Se escribió en hojas sueltas y fue cosido, en algún momento posterior, con tiras de cuero, como puede apreciarse en las partes en que el texto del borde interno de las páginas se ve afectado por la costura. La caligrafía es de una claridad admirable y solo presenta algún que otro tachón o arranque de frase fallido de forma muy ocasional. Al preparar el documento para su publicación, puse un gran cuidado en ser fiel al sentido del manuscrito. En ningún momento intenté «mejorar» el texto ni corregir construcciones o usos sintácticos pobres o torpes. Esa clase de intervenciones solo habrían servido, en mi opinión, para levantar sospechas acerca de la autenticidad de la obra. Lo que aquí se presenta es, en la medida de lo posible, obra de Roderick Macrae. Parte del vocabulario empleado puede resultar poco familiar para algunos lectores, pero en lugar de cargar el texto con notas al pie, he optado por incluir un breve glosario al final de esta sección. Además, es obligado señalar que, a lo largo de las memorias, diversos individuos aparecen mencionados indistintamente tanto por su apellido real como por su apodo — Lachlan Mackenzie, por ejemplo, figura generalmente bajo el nombre de Lachlan Broad—. El empleo de apodos sigue siendo muy común en las Tierras Altas escocesas —al menos en la generación más anciana—, es probable que como una forma de distinguir a las distintas ramas de los apellidos familiares más extendidos. Estos apodos suelen obedecer a la profesión o a alguna excentricidad de la persona en cuestión, pero también pueden pasar de una generación a otra hasta el punto de que el origen del nombre se convierta en todo un misterio incluso para quien lo ostenta.

En cuanto a la edición del texto, he restringido mis intervenciones casi exclusivamente al ámbito de la ortografía y la división de párrafos. El

manuscrito es una corriente ininterrumpida de texto, salvo en algunos momentos en los que quizá Roderick levantaba la pluma para no volver a tomarla hasta el día siguiente. Decidí, pues, introducir párrafos con el único fin de hacer la obra más legible. De forma similar, el texto carece prácticamente de puntuación, y, cuando está presente, su uso es del todo excéntrico. Por lo tanto, buena parte de la puntuación es mía, pero, insisto, el principio rector ha sido siempre mantenerme fiel al original. Si estos criterios pudieran parecer cuestionables, solo me queda recomendar al lector que consulte el manuscrito, que sigue en el archivo de Inverness.

GMB, julio de 2015

## DECLARACIONES

*de varios vecinos de Culduie y alrededores,  
recogidas por el agente William MacLeod, miembro  
del Cuerpo de Policía de Wester Ross, Dingwall, los  
días 12 y 13 de agosto de 1869*

### **Declaración de la señora Carmina Murchison [Carmina Smoke], vecina de Culduie, 12 de agosto de 1869**

Conozco a Roderick Macrae desde que era pequeño. Así, en general, siempre me pareció un niño agradable y, ya más mayor, un joven cortés y atento. Me parece que lo afligió mucho la muerte de su madre, que era una mujer encantadora y sociable. Y no es por hablar mal de su padre, pero John Macrae es un hombre desagradable; trataba a Roddy con una severidad excesiva que, a mi parecer, ningún niño merece.

La mañana del pavoroso incidente, estuve hablando con Roddy cuando pasó por delante de casa. No recuerdo con detalle el contenido de nuestra conversación, pero creo que me contó que se dirigía a hacer unas labores en los terrenos de Lachlan Mackenzie. Llevaba consigo unas herramientas que di por supuesto que serían para dicho propósito. Intercambiamos además algún que otro comentario acerca del tiempo, pues hacía una mañana apacible y soleada. Parecía Roderick muy sereno y no dejó translucir rastro alguno de inquietud. Algo más tarde, vi a Roddy en la aldea, ya de regreso. Iba cubierto de sangre de pies a cabeza y salí corriendo por la puerta de casa, pensándome que había sufrido algún percance. Al aproximarme, el muchacho se detuvo y cayó de su mano la herramienta que empuñaba. Le pregunté qué había pasado

y él contestó sin vacilar que había matado a Lachlan Broad. Me pareció muy lúcido y no hizo ademán de reemprender la marcha por la carretera. Llamé yo a mi hija mayor y le pedí que fuese en busca de su padre, que andaba trabajando en el cobertizo de detrás de nuestra casa. Ella, cuando vio a Roddy cubierto de sangre, se puso a gritar, y eso hizo que otros vecinos de la aldea acudieran a la puerta de sus casas y que quienes atendían sus cultivos levantaran la vista de la faena. Rápidamente se produjo una conmoción general. Confieso que, en esos momentos, mi primer instinto fue proteger a Roddy de los parientes de Lachlan Mackenzie. Por esa razón, apenas mi esposo hizo acto de presencia, le pedí que metiese a Roddy en nuestra casa, sin contarle lo ocurrido. Roddy se sentó a nuestra mesa y repitió, con toda calma, lo que había hecho. Mi marido ordenó a nuestra hija que fuera a buscar a nuestro vecino, Duncan Gregor, para que se quedara vigilando, y luego se marchó corriendo a casa de Lachlan Mackenzie, donde descubrió la trágica escena.

## **Declaración del señor Kenneth Murchison [Kenny Smoke], picapedrero, vecino de Culduie, 12 de agosto de 1869**

La mañana en cuestión me encontraba trabajando en el cobertizo trasero de mi casa, cuando oí una gran conmoción proveniente de la aldea. Salí de mi taller y me encontré de bruces con mi hija mayor, que se hallaba en un estado de consternación absoluta y fue incapaz de informarme debidamente de lo que sucedía. Corrí hacia el grupo de personas congregadas a la puerta de nuestra casa. En medio de la confusión reinante, mi esposa y yo condujimos a Roderick Macrae al interior de nuestra casa, convencidos de que se había herido en algún accidente. Una vez dentro, mi esposa me informó de lo sucedido y cuando le pregunté a Roderick si era cierto lo que ella me contaba, él repitió con gran calma que así era. Entonces me marché corriendo a casa de Lachlan Mackenzie y me encontré una escena que, de tan atroz, no se puede describir. Cerré la puerta detrás de mí y examiné los cuerpos, buscando señales de vida, de las que ni rastro había. Temiéndome que pudiera producirse un estallido de violencia generalizado si alguno de los parientes de Lachlan Broad llegaba a ver semejante escena, salí y le pedí al señor Gregor que se acercara al lugar y montara guardia en la propiedad. Regresé corriendo a mi casa, saqué a Roddy de allí y me lo llevé al cobertizo, donde lo encerré.

No ofreció resistencia. El señor Gregor fue incapaz de evitar que los parientes de Lachlan Broad entraran en las dependencias y vieran los cuerpos que allí estaban. Para cuando yo terminé de encerrar a Roddy, ellos ya habían formado una turba vengativa, que solo conseguimos contener después de mucho tiempo y persuasión.

En cuanto a la personalidad de Roderick Macrae en general, no hay duda de que era un muchacho raro, pero si esto se debía a su naturaleza o a las tribulaciones que había sufrido su familia es algo que no estoy capacitado para juzgar. Sus actos, sin embargo, no dan fe de una mente cuerda.

## **Declaración del reverendo James Galbraith, pastor de la Iglesia de Escocia, Camusterrach, 13 de agosto de 1869**

Me temo que los viles actos cometidos recientemente en esta parroquia representan poco más que el burbujeo a la superficie del estado de salvajismo que les es natural a los habitantes de este lugar, un salvajismo que la Iglesia ha reprimido con éxito en los últimos tiempos. Cuentan que la historia de estos pagos está teñida de crímenes oscuros y sanguinarios, y que sus gentes exhiben cierto grado de desenfreno e indulgencia, atributos estos que no pueden erradicarse de una generación para otra. Si bien las enseñanzas del Presbiterio ejercen una influencia civilizadora, es inevitable que de tanto en tanto afloren los viejos instintos.

Así y todo, uno no puede sino ser presa de la estupefacción cuando llega a sus oídos la noticia de actos como los cometidos en Culduie. Empero, que de entre todos los individuos de la parroquia sea Roderick Macrae el perpetrador ya me sorprende menos. Porque, aunque este individuo ha acudido a mi iglesia desde su infancia, siempre tuve la sensación de que mis sermones prendían en sus oídos tanto o menos que un puñado de semillas en suelo pedregoso. Asumo que sus crímenes suponen, hasta cierto punto, un fracaso por mi parte, pero en ocasiones es deber de uno sacrificar a un cordero por el bien común del rebaño. Siempre hubo una suerte de perversidad, fácilmente perceptible, en ese muchacho, que, lamento decirlo, estaba fuera de mi alcance.

La madre, Una Macrae, era mujer frívola y mendaz. Venía a misa con regularidad, pero me temo que confundía la Casa del Señor con un lugar de esparcimiento social. Con frecuencia la oí cantar de camino a la iglesia y al

salir de esta, y una vez acabada la misa se juntaba con otras mujeres, en los mismísimos recintos de la parroquia, y allí se quedaba departiendo y riendo sin el menor recato. En más de una ocasión me vi forzado a reprenderla.

Me creo obligado, no obstante, a añadir unas palabras en favor del padre de Roderick Macrae. John Macrae se cuenta entre los más devotos adeptos de las Escrituras en esta parroquia. Su conocimiento de la Biblia es extenso y el hombre observa sus preceptos con rectitud. Como es habitual entre las gentes de estos pagos, empero, aun cuando pueda repetir las palabras del Evangelio como un loro, me temo que la comprensión que de ellas posee es más bien pobre. Luego del fallecimiento de la esposa del señor Macrae, visité el hogar familiar con frecuencia para ofrecerles consuelo y oración. Observé por aquel entonces, repartidos por la casa, muchos indicios que apuntaban a cierto culto a la superstición y que no tienen cabida en el hogar de un creyente. Así y todo, y aun cuando ninguno de nosotros está libre de pecado, considero a John Macrae un hombre bueno y devoto que no merecía la carga de tan nociva progenie.

## **Declaración del señor William Gillies, maestro en Camusterrach, 13 de agosto de 1869**

Roderick Macrae es uno de los alumnos de mayor talento a los que he enseñado desde que llegué a esta parroquia. Aventajaba con creces a sus compañeros a la hora de asimilar conceptos de ciencias, matemáticas y lengua, y todo ello sin mostrar esfuerzo ni, tampoco, interés particular alguno. En lo que atañe a su personalidad, es más bien poco lo que pueda yo aportar. Resulta evidente que no era de naturaleza sociable, y se mostraba reacio a relacionarse con los demás, quienes, a su vez, recelaban de él. Por su parte, Roderick trataba con desdén a sus compañeros de clase, rayando a veces en el desprecio. Si tuviera que hacer alguna conjetura, diría que esta actitud era fruto de su superioridad académica. Dicho esto, siempre me pareció un alumno cortés y respetuoso, nada dado a comportamientos rebeldes. En señal de lo mucho que valoraba sus dotes académicas, cuando Roderick tenía dieciséis años, visité a su padre para sugerir la conveniencia de que el muchacho continuase sus estudios y, así, tal vez, con el tiempo se labrara un futuro más acorde con sus capacidades que el laboreo de la tierra. Diré, no sin pesar, que mi propuesta fue rechazada de plano por su padre, el cual me pareció un individuo desconfiado y corto de entendederas.

No he vuelto a ver a Roderick desde entonces. A mis oídos llegaron rumores inquietantes, que aseguraban que había maltratado a una oveja que se encontraba bajo su cuidado, pero no puedo confirmar su veracidad, sino más bien declarar, en su descargo, que en mi opinión Roderick era un muchacho amable que jamás exhibía ese comportamiento cruel del que a veces hacen gala los chicos de esa edad. Por esta razón, me cuesta creer que fuera capaz de llevar a cabo los crímenes de los que ha sido acusado recientemente.

## **Declaración de Peter Mackenzie, primo hermano de Lachlan Mackenzie [Lachlan Broad], vecino de Culduie, 12 de agosto de 1869**

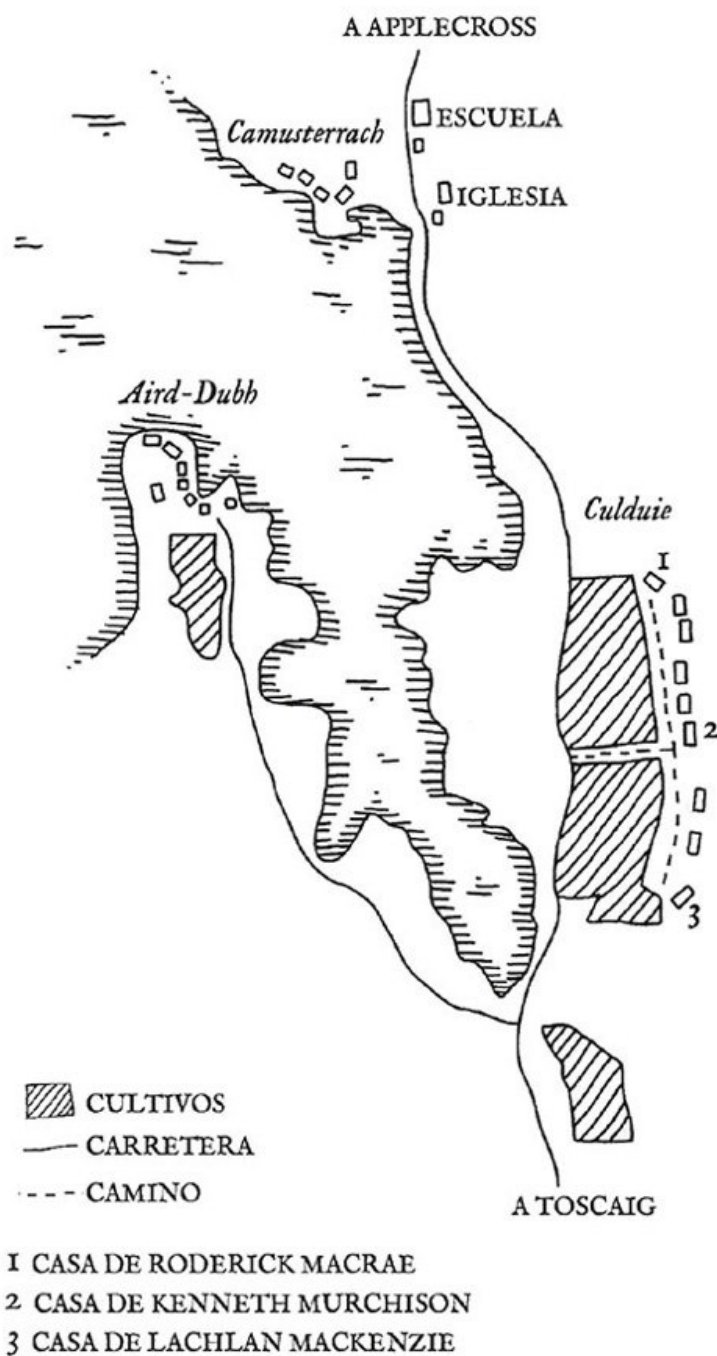
Roderick Macrae es el ser más perverso que uno pueda tener la mala fortuna de conocer. Ya incluso de pequeño mostraba una mezquindad impensable en un niño. Durante muchos años creyeron que era mudo y que solo era capaz de mantener una suerte de extraña comunión con su hermana, una muchacha rarísima que parecía su compañera de perversidad. En general, la gente de la parroquia pensaba que era un imbécil, pero yo siempre lo consideré un ser con una malicia mucho mayor, y sus recientes actos así lo han demostrado. Desde muy temprana edad se dedicaba al vil maltrato de animales y pájaros, y a cometer actos destructivos arbitrarios por la aldea. Poseía la astucia del mismísimo Diablo. En una ocasión, tendría él doce años quizá, alguien prendió fuego al pajar de mi primo Aeneas Mackenzie, destruyendo un buen número de valiosas herramientas y también echando a perder el grano. Al niño lo habían visto merodeando cerca del edificio, pero este negó cualquier responsabilidad y Black Macrae [su padre, John Macrae] juró que no había perdido de vista a su hijo en el momento en cuestión. Así pues, eludió el castigo, pero, como con otros muchos incidentes, no había duda de que él era el culpable. Su padre es además un zoquete, que oculta su imbecilidad tras una celosa observancia de las Escrituras y una deferencia servil hacia el reverendo.

No me encontraba en Culduie el día de los asesinatos y no me enteré de lo sucedido hasta mi regreso, aquella misma noche.



# Mapa de Culduie y sus alrededores

según el mapa realizado para el Servicio Nacional de Cartografía  
por el capitán MacPherson en 1875, grabado de 1878



## EL RELATO DE RODERICK MACRAE

ESCRIBO ESTO A INSTANCIAS DE MI ABOGADO, el señor Andrew Sinclair, quien, desde que me encarcelaron aquí, en Inverness, me ha tratado con un grado de cortesía que no merezco en modo alguno. Mi vida ha sido breve y de escasa consecuencia, y no es mi deseo eximirme de la responsabilidad de los actos que recientemente he cometido. Así pues, no es por otra razón que la de corresponder la amabilidad de mi abogado que consigno estas palabras por escrito.

El señor Sinclair me ha dado instrucciones para que exponga, con la mayor claridad posible, las circunstancias que rodearon el asesinato de Lachlan Mackenzie y los demás, y así lo haré en la medida de mis posibilidades, si bien me disculpo de antemano por la pobreza de mi vocabulario y la tosquedad de mi estilo.

Comenzaré diciendo que llevé a cabo estos actos con el único propósito de aliviar a mi padre de las tribulaciones que ha venido sufriendo últimamente. El causante de dichas tribulaciones era nuestro vecino, Lachlan Mackenzie, y si lo he desterrado de este mundo ha sido para el mejoramiento de la suerte de mi familia. Debo declarar, además, que, desde mi llegada al mundo, no he sido sino el azote de mi padre y que mi partida de su hogar solo puede suponer una bendición para él.

Mi nombre es Roderick John Macrae. Nací en 1852 y he vivido la totalidad de mis días en la aldea de Culduie, en Ross-shire. Mi padre, John Macrae, es un aparcerero muy respetado en la parroquia, y no merece verse empañado por la ignominia de unos actos de los que solo yo soy responsable. Mi madre, Una, nació en 1832 en el municipio de Toscaig, a unas dos millas al sur de Culduie. Murió durante el alumbramiento de mi hermano, Iain, en 1868, y este suceso es el que, en mi mente, marca el comienzo de nuestras cuitas.

Culduie es un municipio de nueve casas, situado en la parroquia de Applecross. Queda a media milla o así al sur de Camusterrach, donde se ubican la iglesia y la escuela en la que recibí mi educación. Debido a que en Applecross ya hay una posada y un almacén, pocos viajeros se aventuran

hasta Culduie. En la cabecera de la bahía de Applecross está la Casa Grande, que es donde reside lord Middleton y donde agasaja a sus invitados en temporada de caza. No hay espectáculos ni atracciones que retengan a los visitantes en Culduie. La carretera que cruza nuestro municipio conduce a Toscaig y, allende, a ningún lugar, y en consecuencia tenemos poco contacto con el mundo exterior.

Culduie está retirada a unas trescientas yardas del mar y anidada al pie de Càrn nan Uaighean. Entre la aldea y la carretera hay un trecho de tierra fértil que cultivan los vecinos. Arriba, en las montañas, se encuentran los pastos de verano y las turberas que nos proveen de combustible. Culduie está en cierto modo protegida de lo peor del clima por la península de Aird-Dubh, que se adentra en el mar formando un puerto natural. La aldea de Aird-Dubh apenas cuenta con tierra cultivable, y sus habitantes se dedican principalmente a la pesca como forma de vida. El trueque de mano de obra y bienes es considerable entre las dos comunidades, pero, aparte de ese contacto tan necesario, guardamos las distancias. Según mi padre, las de Aird-Dubh son gentes de costumbres desaliñadas y escasa moral, y si trata con ellas es solo a regañadientes. Como todos los que se dedican a las artes de la pesca, los hombres se consagran al consumo desmedido de *whisky*, mientras que sus mujeres tienen fama de desvergonzadas. Comoquiera que he estado escolarizado con niños de esta aldea, puedo dar fe del hecho de que, si bien es poco lo que los distingue físicamente de nuestra propia gente, son taimados e indignos de confianza.

Allí donde el camino de tierra de Culduie confluye con la carretera, está la casa de Kenny Smoke, que, al ser la única que goza de un tejado de pizarra, es la mejor de la aldea. Las otras ocho casas están hechas de piedra, reforzadas con tepe, y tienen techumbres de paja. Cada casa tiene una o dos ventanas acristaladas. La casa de mi familia es la que queda más al norte de la aldea y está orientada como en ángulo, de modo que, mientras que las otras casas dan a la bahía, la nuestra mira hacia la aldea. La propiedad de Lachlan Broad está situada en el extremo opuesto del camino y, después de la de Kenny Smoke, es la más grande de la aldea. Aparte de las ya mencionadas, las casas albergan a dos familias más del clan Mackenzie; a la familia MacBeath; al señor y la señora Gillanders, cuyos hijos se han marchado todos; a nuestro vecino, el señor Gregor, y su familia; y a la señora Finlayson, que es viuda. Aparte de las nueve casas, hay varias edificaciones anejas, muchas de ellas de construcción muy rudimentaria, que se emplean para alojar al ganado, almacenar herramientas y demás. Ese es el alcance de nuestra comunidad.

Nuestra casa, en concreto, consta de dos estancias. La parte más grande comprende el vaquerizo y, a la derecha de la puerta, el espacio donde vivimos. El suelo está un poco inclinado hacia el mar, lo que evita que los orines de los animales se cuelen en nuestro lado. El vaquerizo está dividido por una balaustrada, fabricada a partir de desechos de madera recogidos en la orilla. En el centro de la zona de vivienda está el hogar y, detrás, la mesa en la que comemos. Aparte de la mesa, nuestro mobiliario se compone de dos bancos robustos, la butaca de mi padre y un enorme aparador de madera que perteneció a la familia de mi madre antes de que ella se casara. Yo duermo en una litera con los pequeños, en el extremo más apartado de la habitación. La segunda estancia, que está en la parte de atrás, es donde duermen mi padre y mi hermana mayor; Jetta en una cama empotrada que mi padre fabricó para ese propósito. Envidio la cama de mi hermana y a menudo soñaba que yacía allí junto a ella, pero hace más calor en la estancia principal y, en los meses negros, cuando los animales permanecen dentro, disfruto con los suaves sonidos que emiten. Tenemos dos vacas lecheras y seis ovejas, que es cuanto se nos permite tener según el reparto de los pastos comunales.

Debería señalar desde el principio que ya existía algo de mala sangre entre mi padre y Lachlan Mackenzie tiempo antes de que yo naciera. No puedo dar testimonio del origen de esta animosidad, puesto que mi padre jamás ha hablado de ello. Y tampoco sé en qué lado recae la culpa; si esta enemistad surgió en el transcurso de sus vidas, o si bien es producto de alguna antigua rencilla. Por estos pagos no es raro que las gentes sigan alimentando el rencor mucho tiempo después de haber olvidado la causa original. Habla en favor de mi padre el hecho de que nunca intentara perpetuar esta contienda ejerciendo el proselitismo conmigo o con los otros miembros de nuestra familia. Por esta razón, creo que mi padre deseaba poner fin a fuera cual fuese la rencilla que existía entre ambas familias.

De pequeño sentía auténtico pavor hacia Lachlan Broad y evitaba aventurarme más allá del cruce, hasta el final de la aldea, donde se concentran los miembros del clan Mackenzie. Además de la de Lachlan Broad, también están allí las familias de su hermano, Aeneas, y su primo, Peter, y esos tres son conocidos por las juergas que se corren y los frecuentes altercados en que se ven envueltos en la posada de Applecross. Son los tres unos tiparracos bien fortachones, y les envanece saber que la gente se hará a un lado para dejarlos pasar. En una ocasión, tendría yo cinco o seis años, estaba volando una cometa que mi padre me había confeccionado a partir de unos retales de arpillera. La cometa cayó en picado en medio de unos cultivos y yo fui

corriendo, sin pensármelo dos veces, a recuperarla. Me encontraba de rodillas tratando de desenredar el cordel de entre las mieses de trigo cuando sentí que una manaza me agarraba del hombro y tiraba toscamente de mí hasta el camino. Todavía tenía agarrada la cometa, y Lachlan Broad me la arrancó de la mano y la arrojó al suelo. Me pegó entonces en un lado de la cabeza con la palma de su mano, derribándome. Tan asustado estaba yo que perdí el control de mi vejiga, provocándole a nuestro vecino un enorme regocijo. Entonces me izó del suelo y me arrastró hasta la otra punta de la aldea, donde le reprochó a mi padre el daño que yo les había causado a sus cultivos. La conmoción atrajo a mi madre a la puerta y, al punto, Broad me soltó y yo me escabullí al interior de la casa como un perro asustado y me resguardé en el vaquerizo, encogido de miedo. Aquella misma noche, Lachlan Broad regresó a nuestra casa y exigió el pago de cinco chelines en compensación por la parte de cultivos que yo había destruido. Me escondí en la estancia de atrás con la oreja pegada a la puerta. Mi madre se negó, argumentando que, si sus cultivos habían sufrido algún daño, el único causante había sido él, al arrastrarme por su terruño. Broad trasladó entonces su queja al alguacil, quien la desestimó. Una mañana, pocos días después, mi padre descubrió que buena parte de nuestros cultivos habían sido pisoteados durante la noche. No se supo quién había llevado a cabo este destrozo, pero nadie dudó que fuera obra de Lachlan Broad y los suyos.

Según me fui haciendo mayor, cada vez que me aventuraba en la zona baja de la aldea lo hacía con aprensión, y esta es una sensación que no me ha abandonado nunca.

Mi padre nació en Culduie y, de niño, vivió en la casa que ahora habitamos. Poco sé acerca de su infancia, solo que rara vez asistía a la escuela y que en sus tiempos hubo penurias que mi generación ni siquiera imagina. Nunca he visto a mi padre hacer más que firmar su nombre y, aunque insiste en que sabe escribir, la pluma se ve incómoda en su puño. En cualquier caso, no tiene necesidad de hacerlo. No hay nada que haya de trasladar al papel. Mi padre tiene por costumbre recordarnos lo afortunados que somos al habernos criado en los tiempos que corren, con lujos como el té, el azúcar y otros géneros que compramos en las tiendas.

El padre de mi madre era carpintero; fabricaba muebles para mercaderes de Kyle of Lochalsh y Skye, y distribuía su mercancía por la costa, en barco. Durante algunos años, mi padre fue propietario de la tercera parte de un barco pesquero, que solía estar fondeado en Toscaig. Las otras dos partes de este negocio pertenecían a su hermano, Iain, y al hermano de mi madre, cuyo

nombre era también Iain. El barco se llamaba el *Alcatraz*, pero la gente siempre se refería a él como el *Dos Iains*, cosa que fastidiaba a mi padre; él era el mayor de los tres y, en virtud de ello, se consideraba el cabeza de la empresa. En su juventud, mi madre gustaba de ir al embarcadero a esperar la llegada del *Dos Iains*. Se daba por hecho que acudía a recibir a su hermano, pero su verdadero propósito era ver desembarcar a mi padre, que, con el pie más adelantado cerniéndose sobre el agua, esperaba a que el oleaje propulsara la embarcación contra el muelle. Entonces aseguraba el cabo a un bolardo y halaba el barco contra el muro, y todo esto lo ejecutaba como si no tuviera la menor idea de que lo observaban. Mi padre no era un hombre guapo, pero la calma que gastaba en la faena de amarrar el barco suscitaba la admiración de mi madre. Algo había, nos contaba ella siempre, en los titilantes ojos oscuros de él, algo que le producía un cosquilleo en la garganta. Si mi padre andaba cerca, le decía a mi madre que dejara de cotorrear, pero su tono delataba que disfrutaba escuchándola.

Nuestra madre era la hermosura de la parroquia y podría haberse quedado con cualquier joven de su elección. En consecuencia, mi padre se sentía tan azorado que ni tan siquiera osaba dirigirle la palabra. Una noche, hacia el final de la temporada del arenque de 1850, se desencadenó una tempestad y la pequeña embarcación fue arrojada contra las rocas, unas millas al sur del puerto. Mi padre consiguió llegar a nado hasta la orilla, pero los dos Iains perecieron. Padre nunca hablaba de este incidente, pero no volvió a poner pie en un barco, ni permitió que sus hijos lo hicieran. A quienes desconocieran este episodio de su pasado debía de parecerles que tenía un miedo irracional al mar. Fue a causa de este incidente que, en estos pagos, empezó a considerarse de mal agüero asociarse con un tocayo. Incluso mi padre, que no hace caso de las supersticiones, evita hacer negocios con cualquiera con quien comparta nombre.

En la reunión familiar que siguió al funeral de mi tío, mi padre se acercó a mi madre para ofrecerle sus condolencias. Ella parecía tan triste y desesperada que él le dijo que con gusto ocuparía el lugar de su hermano en el ataúd. Estas eran las primeras palabras que él le había dirigido jamás. Mi madre respondió que se alegraba de que hubiera sido él quien había sobrevivido, y que en sus oraciones había pedido perdón por sus viles pensamientos. Se casaron tres meses después.

Mi hermana Jetta nació cuando aún no había pasado un año de la boda de mis padres, y yo la seguí desde el vientre de mi madre tan presto como lo permite la naturaleza. Esta proximidad en edad engendró una relación tan

íntima entre mi hermana y yo que difícilmente podría haber resultado más estrecha de haber sido gemelos *de facto*. Mas, en cuanto a la apariencia externa, no podríamos ser más diferentes. Jetta tenía el rostro alargado y fino y la boca ancha de mi madre. Sus ojos, como los de mi madre, eran azules y ovalados, y su pelo, tan amarillo como la arena. Cuando mi hermana se hizo mujer, la gente siempre comentaba que mi madre, al mirar a Jetta, debía de pensar que estaba contemplando a su sosias. En cuanto a mí, heredé las cejas pobladas, el espeso cabello negro y los ojos oscuros y pequeños de mi padre. Somos, por otra parte, de constitución similar, más bajos que la media y fornidos, de espaldas anchas.

Nuestro temperamento, asimismo, reflejaba el de nuestros padres: Jetta era muy alegre y sociable, mientras que de mí decían que era un niño taciturno y lúgubre. Además del parecido que guardaba con mi madre, tanto en apariencia como en carácter, Jetta compartía con ella una gran sensibilidad para con el Otro Mundo. Si nació con este don o lo aprendió de alguna secreta enseñanza de mi madre es algo que no sabría decir, pero ambas eran propensas a tener visiones y sentían un enorme interés por los presagios y los amuletos. La mañana del día en que muriera su hermano, mi madre vio un hueco vacío en el banco donde él tendría que haber estado sentado, tomando su desayuno. Temiendo que se le enfriaran las gachas, salió fuera y lo llamó. Como él no respondió, ella regresó al interior y lo vio ocupando su lugar a la mesa, amortajado en un pálido lienzo gris. Al preguntarle ella dónde había estado, él contestó que en ningún otro lado salvo en el banco. Ella le rogó que no se hiciera a la mar ese día, pero él se rio de su sugerencia y ella, consciente de que la providencia no entiende de pactos, no mentó más el asunto. Madre nos contaba a menudo esta historia, pero solo cuando mi padre no estaba presente, habida cuenta de que él no creía en esos sucesos sobrenaturales ni aprobaba que ella hablara de esa clase de cosas.

La vida cotidiana de mi madre estaba dominada por rituales y amuletos destinados a ahuyentar la mala suerte y los seres aciagos. Las puertas y ventanas de nuestra casa estaban festoneadas con ramitos de serbal y de enebro, y mi madre llevaba, oculta entre el cabello, de forma que mi padre no pudiese verla, una trenza de hilos de colores.

Durante los meses negros, a partir de los ocho años o así, yo asistía a la escuela de Camusterrach. Cada mañana caminaba hasta allí de la mano de Jetta. Nuestra primera profesora fue la señorita Galbraith, la hija del pastor. Era joven y esbelta, y vestía faldas largas y una blusa blanca con una gorguera en el cuello, fijada a la altura de la garganta por un broche con el perfil de una

mujer. Llevaba un delantal atado a la cintura, que empleaba para limpiarse las manos después de haber estado escribiendo en la pizarra. Su cuello era larguísimo y, cuando se ponía a pensar, levantaba los ojos hacia arriba y ladeaba la cabeza, de forma que se le curvaba como el mango de un *cas chrom*. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza con horquillas. Mientras nos daba la lección, se soltaba el pelo y sostenía las horquillas entre los labios mientras se lo volvía a recoger. Hacía esto tres o cuatro veces al día y yo disfrutaba observándola en secreto. La señorita Galbraith era amable y hablaba en voz baja. Cuando los chicos mayores no se comportaban, le costaba mucho hacerlos callar y solo lo conseguía amenazando con ir a buscar a su padre.

Jetta y yo éramos totalmente inseparables. La señorita Galbraith comentaba a menudo que, si me fuera posible, iría por ahí metido en el bolsillo del delantal de mi hermana. Durante los primeros años yo muy raramente hablaba. Si la señorita Galbraith o uno de mis compañeros se dirigía a mí, Jetta respondía en mi nombre. Pero lo verdaderamente notable era la precisión con la que ella expresaba mis pensamientos. La señorita Galbraith consentía esta costumbre y solía preguntarle a Jetta: «¿Conoce Roddy la respuesta?». Esta estrecha relación entre los dos nos aislaba de nuestros compañeros. No puedo hablar por Jetta, pero yo no sentía deseos de confraternizar con ninguno de los otros niños y ellos no mostraban deseos de confraternizar conmigo.

A veces, nuestros compañeros de clase nos rodeaban en el recreo y entonaban:

*Aquí están los Black Macrae, los sucios Black Macrae.  
Aquí están los Black Macrae, los roñosos Black Macrae.*

«Los Black Macrae» era el apodo de la familia de mi padre, y obedecía, según decía él, a su tez morena. A padre le desagradaba en grado sumo esta designación y se negaba a contestar si alguien lo abordaba con ese nombre. No obstante, todos lo conocían como Black Macrae, y fue motivo de refocilación en la aldea que, a pesar de su rubísimo pelo, a mi madre se la acabase conociendo como Una Black.

También a mí me desagradaba este apodo, y me parecía particularmente injusto que se lo adjudicaran a mi hermana. Si las cantinelas de nuestros compañeros de clase no cesaban antes de acabar el recreo, yo la emprendía a golpes contra el primero que tuviera delante, una reacción que solo servía para aumentar el regocijo de nuestros torturadores. Al punto recibía un



empujón y, tirado en el suelo, aceptaba las patadas y golpes de los otros niños, feliz de haber desviado su atención de Jetta.

*¡Roddy Black, Roddy Black, el bobo patas arriba está!*

Curiosamente, me agradaba ser el centro de atención de este modo. Comprendía que era diferente de los de mi edad y me dedicaba a cultivar las características que, precisamente, me distinguían de ellos. Durante los recreos, a fin de proteger a Jetta de las pullas, me separaba de ella y me quedaba plantado o en cuclillas en un rincón del patio. Observaba a los otros chicos, zumbando de un lado para otro como moscas, corriendo en pos de un balón o pegándose entre ellos. Las niñas también se entretenían con juegos, pero estos parecían menos violentos y estúpidos que los de los chicos. Ni adolecían ellas de esa obsesión por acometerlos en cuanto se desparramaban por el patio, o por proseguir con ellos después de que la señorita Galbraith tocara la campana para dar por finalizado el recreo. A veces, las niñas, muy tranquilas, se reunían en un sombreado rincón para no hacer nada salvo conversar en voz baja. En ocasiones, yo buscaba su compañía, pero era rechazado invariablemente. En el aula, me mofaba de mis compañeros para mis adentros cuando levantaban ansiosos la mano para proveer a la profesora con respuestas a preguntas más que obvias o cuando se las veían y se las deseaban para leer la más sencilla de las oraciones. Según nos fuimos haciendo mayores, mis conocimientos empezaron a superar los de mi hermana. Un día, durante una clase de Geografía, la señorita Galbraith preguntó si alguien podía decirle el nombre de las dos mitades de la Tierra. Al ver que nadie contestaba, se dirigió a Jetta:

—Quizá Roddy conozca la respuesta.

Jetta me miró y, luego, contestó:

—Lo siento. Roddy no lo sabe, y yo tampoco.

La señorita Galbraith puso cara de decepción y se giró para anotar la palabra en la pizarra. Sin pensarlo, me levanté de la silla y grité: «¡Hemisferio!», provocando las carcajadas de mis compañeros de clase. La señorita Galbraith se volvió y yo repetí la palabra a la vez que tomaba asiento de nuevo. La profesora asintió y me felicitó por la respuesta. A partir de ese día, Jetta dejó de hablar por mí, y, comoquiera que yo me resistía a hacerlo por cuenta propia, me quedé completamente aislado.

La señorita Galbraith se casó con un hombre que había venido a la propiedad de lord Middleton para la cacería, y se marchó de Camusterrach para irse a vivir a Edimburgo. A mí la señorita Galbraith me gustaba

sobremanera y lo sentí mucho cuando se fue. Después de aquello vino el señor Gillies. Era un hombre joven, alto y flaco, con pelo rubio y ralo. En nada se parecía a los hombres de estos pagos, bajos y fornidos en su mayoría, con pelo negro, grueso y abundante; él iba afeitado y gastaba lentes ovaladas. El señor Gillies era un hombre muy instruido que había estudiado en la ciudad de Glasgow. Además de enseñarnos a leer, escribir y hacer cálculo, nos daba clases de Ciencias y de Historia, y a veces, por las tardes, nos contaba relatos sobre los monstruos y los dioses de la mitología griega. Cada dios tenía un nombre y algunos estaban casados y tenían hijos que también eran dioses. Un día le pregunté al señor Gillies cómo podía ser que hubiera más de un dios, y él dijo que los dioses griegos no eran dioses como nuestro Dios, sino solamente criaturas inmortales. La palabra *mitología* significaba que algo no era verdad; solo se trataba de cuentos con los que disfrutar.

A mi padre no le gustaba el señor Gillies. Se pasaba de listo y enseñar a niños no era trabajo de hombres. Bien es cierto que no logro imaginarme al señor Gillies cortando turba o empuñando una laya, pero el maestro y yo nos entendíamos de una manera especial. Solo recurría a mí cuando ninguno de mis compañeros podía proporcionarle una respuesta, a sabiendas de que, si yo escogía no levantar la mano, no era porque no conociera la respuesta, sino porque no deseaba parecer más listo que mis compañeros. El señor Gillies solía ponerme tareas distintas a las de los otros alumnos y yo le correspondía esforzándome al máximo para agradarlo. Una tarde, al finalizar las clases, me pidió que me quedara. Yo permanecí en mi sitio, al fondo de la clase, mientras los demás salían del aula con el alboroto habitual. Entonces me llamó a su escritorio. No se me ocurría qué podía haber hecho mal, pero no había ninguna otra razón para que a uno lo señalaran de esa forma. Quizá fuera a acusarme de algo que no había hecho. Decidí que no negaría nada y que aceptaría el castigo que me correspondiese, fuera este el que fuera.

El señor Gillies soltó su pluma y me preguntó qué planes tenía para el futuro. Era una pregunta que ninguna persona de nuestros pagos plantearía jamás. Hacer planes suponía una ofensa contra la providencia. No respondí. El señor Gillies se quitó sus pequeñas lentes.

—Me refiero —dijo— a qué tienes pensado hacer cuando acabes la escuela.

—Solo lo que esté escrito que haga —dije yo.

El señor Gillies arrugó la frente.

—Y ¿qué piensas que está escrito que hagas?

—No sabría decirle —contesté.

—Roddy, a pesar de lo mucho que te esfuerzas por ocultarlos, Dios te ha otorgado unos dones fuera de lo común. Sería pecado no aprovecharlos.

Me sorprendió que el señor Gillies formulara su argumento en estos términos, pues, por lo general, no era dado a las charlas religiosas. Comoquiera que yo no respondí, abordó el tema de manera más directa.

—¿Has pensado en continuar con tus estudios? No tengo la menor duda de que tienes las capacidades necesarias para convertirte en maestro o pastor de la Iglesia o lo que sea que elijas ser en la vida.

Evidentemente, yo no había contemplado nada por el estilo, y así se lo hice saber.

—Quizá debieras hablarlo con tus padres... —me dijo—. Puedes decirles que creo que tienes el potencial necesario.

—Pero me requieren para el campo —contesté yo.

El señor Gillies dejó escapar un largo suspiro. Pareció a punto de decir algo más, pero se lo pensó mejor, y tuve la sensación de que lo había decepcionado. De regreso a casa, pensé en lo que me había dicho. No negaré que me gratificó que el maestro me hubiese hablado de este modo y, mientras duró la caminata entre Camusterrach y Culduie, me imaginé en un elegante despacho de Edimburgo o de Glasgow, ataviado con las ropas de un caballero, conversando sobre asuntos de peso. Así y todo, el señor Gillies se equivocaba al suponer que algo así fuera posible para un hijo de Culduie.

El señor Sinclair me ha dicho que exponga lo que él llama la «cadena de acontecimientos» que llevaron al asesinato de Lachlan Broad. He pensado detenidamente acerca de cuál podría ser el primer eslabón de esta cadena. Cabría decir que empezó con mi nacimiento o incluso tiempo antes, cuando mis padres se conocieron y se casaron, o con el hundimiento del *Dos Iains*, que fue lo que los unió. No obstante, aunque es cierto que, si ninguno de estos acontecimientos hubiese sucedido, Lachlan Broad seguiría vivo hoy por hoy —o por lo menos no habría muerto por mi mano—, todavía es posible concebir que las cosas podrían haber seguido un curso distinto. De haber hecho caso del consejo del señor Gillies, por ejemplo, tal vez me habría marchado de Culduie antes de que los acontecimientos que aquí han de relatarse ocurrieran. He intentado, por tanto, identificar el punto en el que la muerte de Lachlan Broad se tornó inevitable; es decir, el punto a partir del cual no concibo otro desenlace. Este momento llegó, a mi parecer, con la muerte de mi madre hace aproximadamente dieciocho meses. De esa fuente procede todo lo que más tarde ha ido sucediendo. Así pues, no es para

despertar la compasión del lector que me dispongo ahora a describir este suceso. No deseo ni necesito la compasión de nadie.

Mi madre era una persona jovial y bondadosa que hacía cuanto estaba en su mano para promover un ambiente alegre en nuestro hogar. Amenizaba sus quehaceres diarios cantando y, siempre que la enfermedad u otro mal se cebaba en uno de los niños, hacía lo posible para restarle importancia, de modo que no pensáramos en ello. Recibíamos visitas a menudo y a estas siempre se les daba la bienvenida con un *strupach*. Si nuestros vecinos se hallaban congregados en torno a nuestra mesa, mi padre mostraba la hospitalidad justa, pero rara vez se unía a ellos, y prefería permanecer de pie un rato, antes de anunciar que, aun cuando ellos no, él sí tenía trabajo que hacer; comentario este que, invariablemente, producía el efecto de precipitar la disolución de la reunión. Es un misterio por qué mi madre se casó con alguien tan desagradable como mi padre, más aún cuando podría haber escogido a placer de entre todos los hombres de la parroquia. No obstante, y gracias a sus esfuerzos, la nuestra debía de parecer, por aquel entonces, una familia más o menos feliz.

Mi padre se sorprendió un poco cuando mi madre se quedó embarazada por cuarta vez. Ella tenía entonces treinta y cinco años, y habían transcurrido dos desde el nacimiento de los gemelos. Recuerdo con absoluta claridad la noche en que se puso de parto. Hacía un tiempo de perros, y mi madre estaba recogiendo la vajilla de la cena cuando apareció un charco de líquido a sus pies; ella misma le indicó a mi padre que había llegado el momento. Mandaron llamar a la partera, que residía en Applecross, y a mí me despacharon a casa de Kenny Smoke junto con los gemelos. Jetta se quedó para asistir en el parto. Antes de que yo abandonara la casa, me llamó y me hizo entrar en la estancia de atrás para que le diera un beso a mi madre. Madre me agarró la mano y me dijo que debía ser un buen chico y cuidar de mis hermanos. La cara de Jetta mostraba una palidez grisácea y sus ojos estaban nublados de temor. En retrospectiva, tengo la seguridad de que ambas advirtieron un presagio de que habríamos de recibir la visita de la muerte esa noche, aunque nunca se lo he sacado a relucir a Jetta.

No dormí ni un instante esa noche, pero permanecí todo el tiempo tumbado en el colchón que me habían proporcionado, con los ojos cerrados. Por la mañana, Carmina Smoke me informó, deshecha en lágrimas, que mi madre había fallecido durante la noche debido a alguna clase de complicación en el parto. El bebé sobrevivió, y lo mandaron con la familia de mi madre, en Toscaig, para que lo criara su hermana. Nunca he conocido a este hermano

mío ni tengo ganas de hacerlo. Una ola de dolor abatió a la aldea, pues la presencia de mi madre era comparable al sol que nutre los cultivos.

Este suceso trajo consigo un buen número de cambios en nuestra familia. El más marcado de todos ellos fue el ambiente de pesimismo generalizado que se instaló en nuestro hogar y que se cernía sobre nosotros como el humazo. Mi padre fue el que menos acusó el cambio, en gran parte porque nunca había sido muy dado a mostrarse jovial. Si otrora disfrutábamos de algunos momentos de diversión colectiva, su risa era siempre la primera en apagarse. Hundía la mirada, como si ese momento de placer lo avergonzara. Ahora, sin embargo, su rostro adquirió una expresión sombría inalterable, como petrificada por un cambio en la dirección del viento. No es mi deseo retratar a mi padre como un hombre cruel o insensible, ni tampoco pongo en duda que la muerte de su mujer le afectara profundamente. Lo que quiero decir, más bien, es que él estaba mejor adaptado a la infelicidad, y que el hecho de dejar de sentirse obligado a fingir complacencia en este mundo le supuso un alivio.

En las semanas y meses inmediatamente posteriores al funeral, el reverendo Galbraith se convirtió en asiduo visitante de nuestro hogar. El pastor es un ser imponente, ataviado invariablemente con levita negra y camisa blanca abrochada hasta el cuello, pero sin corbata o pañuelo. Su pelo blanco luce siempre muy corto y sus densas patillas le cubren las mejillas, si bien siempre las lleva perfectamente recortadas. Tiene unos pequeños ojos oscuros, sobre los que la gente comenta con frecuencia que parecen tener el poder de penetrarte la mente. En mi caso, evitaba siempre mirarle a los ojos, pero no tengo ninguna duda de que podía adivinarme los viles pensamientos que abrigaba a menudo. Habla con una voz sonora y rítmica, y, aunque sus sermones superaban con frecuencia mi entendimiento, no eran desagradables de escuchar.

En la misa del funeral de mi madre, nos sermoneó largo y tendido acerca del tema del tormento. El hombre, dijo, no era solo culpable de pecado, sino también esclavo del pecado. Nos habíamos puesto al servicio de Satanás y portábamos las cadenas del pecado alrededor del cuello. El señor Galbraith nos dijo también que mirásemos el mundo que nos rodeaba, con sus innumerables miserias.

—¿Qué significado tienen —preguntó— la enfermedad y el descontento, la pobreza y el dolor de la muerte, todo aquello de lo que somos testigos cada día?

La respuesta, dijo, consistía en que estas iniquidades eran todas fruto de nuestros pecados. El hombre por sí solo es incapaz de liberarse del yugo del pecado. Por esa razón necesitamos a un redentor: un salvador sin el cual todos pereceremos.

Después de que el cuerpo de mi madre fuese entregado a la tierra, recorrimos los páramos en solemne procesión. El día, como es habitual en estos pagos, estaba completamente gris. El cielo, los montes de Raasay y el agua del Canal solo ofrecían variaciones mínimas de esta tonalidad. Mi padre no derramó una sola lágrima, ni durante el sermón ni después. Su rostro adoptó la pétrea expresión que, desde ese momento en adelante, rara vez mudaría. No tengo ninguna duda de que se tomó las palabras del señor Galbraith al pie de la letra. En lo que a mí se refiere, estaba absolutamente seguro de que no había sido por los pecados de mi padre que nuestra madre nos había sido arrebatada, sino por los míos propios. Reflexioné acerca del sermón del señor Galbraith y concluí, en ese mismo momento y lugar, con los grises terruños de pasto bajo mis pies, que, llegado el día, me convertiría en el redentor de mi padre y lo liberaría del miserable estado al que mi pecaminosidad lo había reducido.

Unos meses después, una vez que mi padre hubo aceptado que su sufrimiento era la justa recompensa a la naturaleza pecaminosa de su vida, el señor Galbraith lo nombró anciano de la Iglesia. El sufrimiento de mi padre era instructivo para la congregación y esta resultaba beneficiada al verlo exhibido de forma tan prominente en la iglesia. Yo creo que al señor Galbraith lo alegró en sumo la muerte de mi madre, pues esta no hizo sino probar la doctrina que él profesaba.

Los gemelos lloraban constantemente por su madre, y cuando pienso en aquellos días el recuerdo siempre viene acompañado de su llanto infatigable de fondo. Debido a la diferencia de edad, nunca había sentido hacia mis hermanos pequeños nada salvo desapego, pero en aquel momento suscitaron en mí una clara animadversión. Si uno callaba un momento, el otro empezaba a llorar, desencadenando así los sollozos del primero. Mi padre no toleraba el lamento de los pequeños y trataba de silenciarlos a base de golpes, con los que solo conseguía redoblar sus berridos. Los recuerdo bien, agarrados el uno al otro sobre el colchón, con una mirada de terror en sus caras mientras mi padre cruzaba la habitación para administrar la zurra de turno. Yo dejaba en manos de Jetta la decisión de intervenir y, de no haber estado ella allí, resultaba fácil imaginarse a mi padre sacudiendo a los pobres desgraciados hasta matarlos. Alguien sugirió que enviásemos también a los gemelos a

Toscaig, pero mi padre se negó en redondo e insistió en que Jetta ya era lo bastante mayor como para hacer de madre.

Mi querida hermana Jetta estaba tan cambiada que cualquiera habría dicho que su sosias la había sustituido durante la noche. La niña alegre y encantadora había sido reemplazada por un ser taciturno y amargado, con los hombros caídos, y vestida, ante la insistencia de mi padre, de negro como una viuda. Jetta se vio obligada a asumir el rol de madre y esposa, preparando la comida y sirviendo a mi padre tal y como mi madre lo había hecho previamente. Fue en esta época cuando padre decretó que Jetta debía dormir en la estancia de atrás con él, dado que era ya una mujer y merecía disfrutar de cierta intimidad, apartada de sus hermanos. Pero, por lo general, padre la desdeñaba, como si, por mor de su parecido con la que fuera su esposa, le doliese mirarla.

Puesto que ella era la más alegre de todos nosotros, debió de ser Jetta la que sufrió de manera más acusada el abatimiento que reinaba en nuestro hogar. No sé si llegó a presentir la muerte de mi madre, pues nunca me ha hablado de ello, pero, en lugar de abandonar los rituales y demás parafernalia que de nada sirvieron para guardarnos de esta mala fortuna, se aferró a ellos con mayor fervor. Yo no veía que estas cosas tuvieran ninguna eficacia, pero era consciente de que Jetta reconocía señales procedentes del Otro Mundo a las que yo no era sensible. De modo semejante, mi padre se volcó más fervientemente en la lectura de las Escrituras y apartó de sí los modestos placeres que, con anterioridad, se había permitido, cual si creyese que Dios lo estaba castigando por ese trago infrecuente que se había tomado. En cuanto a mí, la muerte de mi madre no vino a demostrarme otra cosa que lo absurdo de sus respectivas creencias.

Con el paso de las semanas, ninguno de nosotros deseaba ser el primero en aligerar el ambiente con alguna travesura o con los versos de una canción, y, cuanto más tiempo transcurría, más nos enconábamos en aquella lobreguez nuestra.

\* \* \*

Mi madre murió en el mes de abril. Semanas después me encontraba yo a solas en la pastura, encargado de guardar las ovejas y el ganado que allí pacían. La tarde era calurosa. El cielo estaba despejado y las colinas del otro lado del Canal lucían varias tonalidades de morado. El aire quieto permitía escuchar el chapaleo del mar y el griterío ocasional de los niños que jugaban más abajo, en la aldea. Los animales que me habían encargado guardar

estaban aplatanados por el calor y no se alejaban demasiado en su vagar de una hora a otra. Los jatos espantaban, perezosos, a las moscas con sus colas.

Yo me hallaba tumbado sobre el brezo, contemplando el lento desfilarse de las nubes por el cielo. Agradecía encontrarme lejos de la granja y de mi padre, a quien había dejado apoyado contra el mango de su *cas chrom*, dando chupadas a su pipa. Podía ver a mi madre a su lado, inclinada sobre la tierra, desherbando los cultivos, canturreando para sí como hacía siempre, con el pelo abatiéndose sobre su cara. Tardé unos momentos en darme cuenta de que ella no estaba allí, y de que, en realidad, se encontraba bajo la tierra del camposanto de Camusterrach. A menudo me había topado con cadáveres de animales, y me pregunté si el proceso de descomposición se habría apoderado ya de su cuerpo. Al punto fui enteramente consciente del hecho de que no volvería a verla nunca más y cerré los ojos con objeto de no llorar. Quise concentrar mis pensamientos en los sonidos de la hierba susurrante y del balar de las ovejas, pero no conseguí desterrar de mi mente la imagen del cuerpo putrefacto de mi madre. Un insecto se posó en mi cara y, con ello, surtió el efecto de sacarme de mi ensimismamiento. Lo espanté con la mano y me incorporé, apoyándome sobre los codos, parpadeando contra la luz del sol. El avispon aterrizó entonces en mi antebrazo. No hice ningún aspaviento, sino que levanté el brazo lentamente hasta la altura de los ojos, de modo que la diminuta criatura adquirió un tamaño más imponente que el del ganado lejano. El señor Gillies nos había enseñado, una vez, con la ayuda de un diagrama dibujado en la pizarra, los nombres de las partes de los insectos, y fueron esas gratas palabras las que entonces recité: tórax, espiráculo, funículo, oviscapto, mandíbula. El avispon iba abriéndose paso por el vello oscuro de mi brazo, como si desconfiara del terreno sobre el que había ido a posarse. Con la impasibilidad de un científico; así fue como observé a la criatura detenerse y arquear su gáster contra mi piel. De forma instintiva, le di un palmetazo y barrí el pequeño cadáver de mi brazo. La cola del insecto había dejado una barba diminuta en mi piel y la zona de alrededor se inflamó rápidamente formando una vesícula rosada.

Decidí ascender hasta la cascada que quedaba algo más arriba del Càrn para lavarme la picadura, mirando atrás de tanto en tanto para no perder de vista al ganado. La cascada estaba en un bosquecillo de abedules y se precipitaba sobre una poza profunda. Hacía fresco entre los árboles. Las rocas estaban lisas, desgastadas por el centenario discurrir del agua. Ahuequé las manos y las introduje en la poza para beber, luego me remojé la cara y la cabeza. Me quité la ropa y me metí en el agua. Cerré los ojos y dejé que mi



cuerpo flotase sobre la espalda. La luz titilaba de color naranja a través de mis párpados. Me dediqué a escuchar el rugido del agua contra el agua y tuve la sensación de que, cuando emergiera, Culduie, Air-Dubh y todo lo demás se habrían esfumado, y yo estaría completamente solo en el mundo. Lo único que deseaba era que, al abrir los ojos, Jetta estuviese de pie sobre una roca, se quitara la ropa y se uniese a mí en la poza. Abrí los ojos y observé las gotas de agua salir despedidas por el aire como las chispas de una hoguera. Me habría encantado quedarme allí el resto de la tarde, pero tenía presente mi deber para con el ganado. Esperé a que el sol secase mi piel antes de vestirme y emprender el descenso por la ladera.

Cuando el rugido del agua se hubo tornado apenas en un rumor, oí la llamada de una oveja. Las ovejas tienen por naturaleza el hábito de conversar entre ellas, pero aquel era distinto, se trataba del balido afligido de un único animal, parecido al de una andosca que ha perdido a su cordero. Me subí a un montículo y escudriñé la ladera, pero no pude divisar al animal en cuestión. Unas cien yardas más arriba, al final de una empinada pendiente, la ladera se arrellanaba en un tremedal, invisible desde abajo, que es donde cortamos nuestra turba. Trepé hacia allí mientras los balidos crecían en intensidad. Al asomarme por encima de la cresta, me encontré con un angustiado carnero que yacía de costado, medio sumergido en el fango. Ni siquiera en verano dejaba el tremedal de ser un terreno pegajoso y traicionero. Los ancianos de la aldea gustaban de advertir a los niños de que, si se adentraban en el tremedal, este los succionaría hasta las entrañas de la tierra, donde los devorarían los troles. De niño yo había asumido esto como un hecho y, aunque ya no creía en los troles, seguía recelando del tremedal. El animal sacudía las patas que todavía tenía libres inútilmente y solo conseguía con ello hundirse más en el cenagal. Según me acercaba a la desolada bestia, poniendo mucho cuidado en pisar sobre los afloramientos de brezo por los que era seguro caminar, iba susurrando sonidos apaciguadores, en un intento de calmarla. La oveja volvió la vista hacia mí como una anciana enferma, demasiado debilitada para levantar la cabeza de la almohada. No sentí pena por la bestia, solo una suerte de aversión por su estupidez. Un cuervo enorme vino a posarse sobre un montículo cercano y se dispuso a estudiarnos con interés. Evalué las líneas de acción posibles. La primera de ellas consistía en regresar a la aldea a por una cuerda y a por alguien que me ayudase a tirar de la bestia y sacarla del atolladero. Descarté esta idea porque, aun en el caso de que la oveja no se hubiese ahogado para cuando yo regresara, era seguro que el cuervo y sus deudos ya se le habrían echado encima. Esta línea de acción implicaba,

además, tener que revelar que el carnero se había descarriado e internado en el tremedal mientras se hallaba bajo mi supervisión, una eventualidad que prefería evitar. No había, pues, alternativa alguna a rescatar a la oveja sin ayuda.

Sin más dilación, me arrodillé en el borde del tremedal y, repartiendo mi peso a lo ancho cuanto me era posible, traté de alcanzar la pata de la oveja. El barro olía agrio. Varias nubes de moscas alzaron el vuelo, aturcidas, desde las fétidas aguas de la superficie. Conseguí agarrar la pezuña de la oveja, pero no con la firmeza suficiente como para poder tirar de ella. Palpé el terreno que nos separaba y, con tiento, me coloqué sobre mis posaderas, con el barro colándose al interior de mis calzones. El cuervo observaba mis maniobras con interés. De esta forma pude ahora echar mano al cuerno rizado de la cabeza del animal. Hice palanca con el cuerpo hacia atrás y tiré, sintiendo cómo los músculos de la parte inferior de mis muslos se tensaban. La oveja pateó con vigor renovado y soltó un balido de terror. Entonces el tremedal emitió un viscoso eructo y liberó al animal de entre sus fauces. Yo caí de espaldas sobre el brezo, salpicado de barro negro. Aliviado, solté una carcajada. El carnero liberado se retorció en vano, tratando de ponerse en pie, y vi que la pata trasera que había tenido sumergida en el tremedal estaba dislocada y sobresalía de su cuerpo en un ángulo por completo antinatural. El animal se derrumbó sobre un costado, con las patas sanas meneándose en el aire. Balando sin cesar. El cuervo emitió un agudo graznido, como burlándose de mis esfuerzos. Amasé una pelota con un puñado de barro y la lancé contra el malvado pájaro, el cual se limitó a contemplar cómo aterrizaba con un golpe seco en el tremedal, antes de volver a clavar en mí su altiva mirada. No me quedaba otra elección que aliviar rápidamente de su sufrimiento a la oveja. Quizá sea tarea fácil para un caballero despachar a un ciervo o a un urogallo apretando el gatillo de una escopeta, pero rematar a un animal con tus propias manos o con una herramienta manual, por bien adaptada que esté para dicho propósito, es cosa muy distinta. Siempre he rehuido matar tan siquiera a una gallina, y no entiendo por qué los hombres instruidos consideran un deporte matar criaturas vivas. Con todo, a tenor de las circunstancias, era mi deber poner fin a la vida de aquel animal herido. Contemplé la posibilidad de ponerme a horcajadas sobre él y, agarrándolo de los cuernos, retorcer su cabeza hacia atrás para romperle el cuello, pero no sabía si tendría la fuerza que semejante acto precisaba. Avisté entonces el mango de un azadón de hierro que sobresalía de la tierra al otro extremo del tremedal. Fui a buscarlo y, de regreso, me serví de él para espantar al cuervo, que, aleteando, se elevó

escasos pies en el aire antes de regresar a saltitos a su puesto de vigía de antes.

—¿Qué? Estás bien a gusto, ¿eh? —pregunté.

El cuervo respondió con un cacareo que espabilase y me pusiera manos a la obra, pues aguardaba impaciente su ágape.

La cabeza del azadón era convenientemente pesada. La oveja me miró. Escudriñé la ladera, pero nadie había a la vista. Sin más tardanza, levanté el azadón por encima de mi cabeza y lo hice descender con tanta fuerza como pude reunir. El animal debió moverse o pudo ser que yo equivocara la trayectoria, porque mi golpe solo acertó a alcanzar a la bestia en el morro, donde el filo del azadón resquebrajó el hueso. El animal bufó, atragantado de sangre y hueso, e hizo renovados y penosos esfuerzos por levantarse. Apunté por segunda vez y abatí el hierro sobre la coronilla de la bestia con tanta fuerza que mis pies perdieron contacto con el suelo. Salió despedida una rociada de sangre, que me salpicó la cara. El azadón había quedado encajado en el cráneo de la oveja y requirió un esfuerzo considerable liberarlo. Hecho esto, di media vuelta y vomité el contenido de mi estómago, mientras mantenía el equilibrio apoyado en el mango de la herramienta. Para cuando me hube recuperado, el cuervo ya se había instalado sobre el cráneo de la bestia muerta y daba buena cuenta de sus ojos. Dos de sus secuaces se le habían unido y se paseaban ufanos a su alrededor, realizando una metódica inspección de los despojos.

La marca en el vellón me reveló a quién pertenecía la oveja, y fue con verdadero pavor que regresé a la aldea.

Esa misma tarde se celebró una reunión en la casa de Kenneth Murchison. El señor Murchison era por todos conocido como Kenny Smoke, apodo que obedecía al hecho de que no había ocasión en la que no se lo viera con una pipa encajada entre los labios. Era un hombre recio que solía tener que agacharse para pasar por la puerta. Tenía la cara ancha, apuesta, con un bigote negro tan espeso como el cepillo de una escoba. Su voz era grave y sonora, y les hablaba a las mujeres en un volumen muy alto, jovial, al igual que si estuviera dirigiéndose a un hombre. Nunca vi a mi madre más animada que cuando Kenny Smoke se pasaba por casa. Era un contador de historias fabuloso y podía recitar de memoria largos pasajes de poesía, y durante los meses negros era en su casa donde se reunía la gente para los *ceilidh*. De niño me cautivaba con sus historias de fantasmas y seres aciagos. Mi padre recelaba de Kenny Smoke, siendo como era uno de otros tantos hombres cuya mente, a decir de él, estaba ocupada por cosas mundanas. Su esposa, Carmina,

era una mujer deslumbrante, de rasgos finos, grandes ojos oscuros y esbelta figura. Hija de un comerciante de Kyle of Lochalsh, había conocido a Kenny Smoke en el mercado de aquel lugar. Resultaba inaudito que semejante mujer contrajera matrimonio con un hombre de una aldea como Culduie, y estaba en boca de todos (aunque yo no entendía a qué se referían con ello) que Kenny Smoke debía de estar harto bien dotado para tentarla a abandonar aquella metrópoli.

Los Smoke tenían seis hijas, lo que se consideraba un gran infortunio. Toda una sucesión de arpías de la parroquia les había ofrecido remedios para este gran mal, pero Kenny Smoke las había despachado a todas, proclamando que cualquiera de sus hijas valía tanto o más que los diez hijos de otro hombre. La casa de los Smoke era grande y espaciosa. Tenía una chimenea en el extremo del hastial del tejado y Kenny Smoke había construido un enorme hogar, en torno al cual estaban dispuestas varias sillas tapizadas. Había una colección de piezas de vajilla fina expuesta en un aparador, que había sido fabricado por un carpintero en Kyle y transportado hasta Culduie en barco. Kenny Smoke y su mujer dormían en una alcoba en la parte de atrás de la casa y había otra alcoba más para sus hijas. Después de casarse, Kenny Smoke había alquilado algo más de terreno y había construido un vaquerizo para su ganado, alegando que no permitiría que ninguna de sus hijas viviera bajo el mismo techo que los animales. Siempre que se refería a su mujer la llamaba una de sus chicas, y en las noches de verano era frecuente verlos pasear de la mano hasta el cabo de Aird-Dubh. Si mi padre los veía, murmuraba: «Se ve obligada a cogerle de la mano para que no vaya a dar que hacer al Diablo».

En el centro de la vivienda había una mesa alargada, donde los Smoke daban buena cuenta de sus comidas. En torno a esta mesa nos encontrábamos reunidos mi padre y yo mismo; Lachlan Broad, que era el dueño de la oveja a la que yo había matado, y su hermano, Aeneas. El propio Kenny Smoke estaba sentado a la cabecera de la mesa. No había ni rastro del ambiente de camaradería que de costumbre se respiraba en las reuniones en el hogar de los Smoke. Lachlan Broad había rechazado el trago que le ofreciera Kenny Smoke y se hallaba sentado muy tieso, con las manos cruzadas ante sí, sobre la mesa, la derecha abatida sobre el puño izquierdo, apretando y soltando como si sus manos fueran un corazón que latía. Su mirada estaba clavada en el aparador de detrás de mi padre y de mí. Broad, cabe señalar, era un espécimen harto impresionante de la raza humana. Pasaba del metro ochenta de alto, con anchas espaldas y enormes manos carnosas. Era bien sabido que

había cargado con el cuerpo de un venado, que quizá dos hombres se las habrían visto y deseado para levantar del suelo, de una punta a otra de la aldea. Sus ojos rasgados eran de un azul claro y encumbraba su enorme y pesada cabeza una espesa pelambreira rubia que le llegaba hasta los hombros, y cuya tonalidad, según se decía, se debía a la presencia de sangre escandinava en la parte materna de su familia. No parecía que sintiera el frío nunca e incluso en los meses negros se paseaba de aquí para allá con la camisa abierta. Como si no fuera ya lo bastante inconfundible, gastaba habitualmente un pañuelo amarillo, que lucía atado a la garganta. Su hermano era de menor estatura, fofo, de tez rubicunda y ojos pequeños como los de un pájaro. Un hombre que, de por sí, tenía poco que decir y que, sin embargo, habituaba a saludar cada ocurrencia de su pariente rebuznando como el asno de un hojalatero. Aeneas estaba sentado junto a su hermano, hombro con hombro, con el tobillo izquierdo reposando sobre la rodilla derecha, completamente absorto en la tarea de sacarse el estiércol de la bota con una navaja.

Kenny Smoke chupaba silenciosamente su pipa y se alisaba una y otra vez las puntas de su enorme bigote con los dedos pulgar y corazón. Mi padre, con la pipa a buen recaudo en su bolsillo, sostenía la gorra entre las manos, sobre el regazo, y miraba fijamente la mesa que tenía ante sí. Aguardábamos la llegada de Calum Finlayson, un armador de Camusterrach, que en ese momento ostentaba el cargo de alguacil de la parroquia<sup>[5]</sup>. Afuera seguía habiendo luz y brillaba el sol, cosa que no hacía sino acentuar el ambiente sombrío que reinaba dentro de la casa. Al cabo, el señor Finlayson hizo acto de presencia y saludó al grupo de manera jovial. Kenny Smoke se puso en pie y le estrechó la mano efusivamente, además de inquirirle acerca del bienestar de su familia. El alguacil aceptó el ofrecimiento de una taza de té y, al punto, se hizo venir a Carmina Smoke. Ella empezó a preparar el té y dispuso una taza y un platillo delante de cada uno de nosotros, aun cuando era solo el señor Finlayson quien lo quería. Lachlan Broad la observaba con intensidad, como si estuviese evaluando una cabeza de ganado en el mercado.

Así que el té estuvo servido y Carmina Smoke se hubo retirado a la alcoba de atrás, Calum Finlayson inició el procedimiento.

—Veamos si podemos resolver este asunto de manera amistosa, caballeros —dijo.

Kenny Smoke asintió con gesto grave y dijo:

—Desde luego.

Lachlan Broad resopló ruidosamente por la nariz, y su hermano emitió su risa de rebuzno. Calum Finlayson ignoró tan grosero sonido y, en tono suave, solicitó que pasara yo a relatar con la mayor precisión posible lo acontecido ese mediodía. A pesar del gran desasosiego que sintiera en presencia de los hombres allá reunidos, conté la historia lo mejor que pude, omitiendo tan solo el paréntesis en la cascada, que podía con toda razón ser interpretado como una negligencia en el desempeño de mi deber de guardar el ganado. Incluí el detalle del picotazo del avispon, valorando que quizá pudieran llegar a la conclusión de que había sido esto lo que me distrajo cuando el carnero se descarrió. Declaré, además, que, cuando encontré a la oveja, ya le habían arrancado los ojos, esto con el fin de hacer hincapié en el sufrimiento del animal y en mi nula capacidad de elección a la hora de actuar como lo hice.

Una vez que hube terminado, el señor Finlayson me agradeció el relato. Yo había mantenido durante todo este rato los ojos fijos en la mesa, ante mí, pero ahora, dando por hecho que con esto acababa el suplicio, los alcé. Lachlan Broad se removió en su asiento y soltó un displicente resoplido por la nariz. Se inclinó hacia delante, diríase que con intención de hablar, pero el señor Finlayson levantó un dedo para callarlo.

—¿No era tu deber, Roddy —preguntó—, guardar los animales durante el mediodía y parte de la tarde?

—Lo era —contesté.

—¿Y los has guardado?

—Así es, señor Finlayson. —De pronto temí que alguien pudiera haberme visto dirigirme a la cascada y que estuviese a punto de ser convocado para contradecir mi historia.

—Entonces ¿cómo es —preguntó el señor Finlayson, con el tono plácido aún— que la oveja ha podido alejarse y adentrarse en el tremedal?

—No sabría decirle —contesté.

—Quizá te has distraído —dijo él.

—Si la oveja se ha extraviado mientras yo la guardaba, entonces a buen seguro que me he distraído, sí —dije. Me aliviaba que no hubiese, aparentemente, ningún testigo que fuera a intervenir en mi contra—. Deseo decir que lamento el sufrimiento de la oveja y que estoy dispuesto a hacer lo que se requiera de mí para compensar al señor Mackenzie por su pérdida.

El señor Finlayson asintió, como agrado por mi comentario. Kenny Smoke se sacó la pipa de la boca y dijo:

—Todos sabemos que no es posible seguirles la pista a cincuenta ovejas en una ladera. El muchacho ha dicho que lo siente, ¿no convendría dejar el

asunto en este punto?

Lachlan Broad clavó en él su mirada.

—Le recuerdo que no es su oveja la que ha sido aporreada hasta la muerte, señor Murchison, y, aunque todos apreciamos su hospitalidad, me parece que no tiene usted derecho a opinar sobre este asunto. —Su hermano soltó una risita y cambió de postura en la silla.

El señor Finlayson levantó la mano para evitar que la discusión fuera a más y dirigió sus observaciones a Lachlan Broad.

—No obstante, el señor Murchison tiene mucha razón al manifestar que no es tarea fácil seguirle la pista al ganado y que, si se cometió un error, se trató, pues, de un error inocente y sin malicia alguna.

—Ese chico tiene malicia a espuertas —dijo Broad, señalándome con uno de sus gruesos dedos.

El señor Finlayson declaró que no estábamos allí para lanzar comentarios insultantes, pero que, si el señor Mackenzie deseaba ahora hacerme unas preguntas, era totalmente libre de hacerlo.

Broad se conformó con murmurar algo acerca de la imposibilidad de sacar ni una palabra sincera de mi boca.

El señor Finlayson dejó que el silencio se instalara durante unos momentos en la estancia y, luego, manifestó que, si todos estaban satisfechos con lo que habían escuchado, le correspondía a él fallar sobre el asunto.

—Propongo —dijo— que, por la pérdida del carnero, John Macrae pague treinta y cinco chelines a Lachlan Mackenzie a modo de compensación, siendo este el precio que se paga en el mercado por un animal de esa clase.

—¿Y qué hay del forraje de invierno y del trabajo que he invertido en criar al animal? —preguntó Broad.

Pareció que Calum Finlayson le daba a esta pregunta su debida consideración.

—De haber vendido al animal en el mercado, esos costes no le habrían sido restaurados. De hecho, además de los treinta y cinco chelines, tiene usted también el vellón y la carne del animal.

—Bueno, lo que queda de ello después de que los cuervos se le echaran encima —dijo Broad.

El señor Finlayson ignoró este comentario y se volvió hacia mi padre para preguntarle si el fallo le era aceptable. Mi padre indicó con un leve gesto de asentimiento que lo era.

—Me parece —insistió Lachlan Broad— que está usted permitiendo que el muchacho se vaya de rositas. Está claro que habría que imponerle un

castigo adicional.

—¿Y qué sugiere usted? —preguntó el alguacil—. ¿Una flagelación pública?

Yo ya había recibido, delante de mis hermanos, una paliza más que contundente por parte de mi padre, pero pensé que no era quién para divulgarlo. Tampoco mi padre consideró conveniente mencionarlo.

—Se me ocurren cosas peores —dijo Broad, mirándome de hito en hito—. Quizá a golpes consigamos sacarle algunas verdades al mequetrefe.

—Eso, saquémosle a golpes algunas verdades al mequetrefe —repitió Aeneas Mackenzie.

Calum Finlayson se puso en pie y se inclinó sobre la mesa, dirigiéndose a los dos hombres.

—No he venido aquí a escuchar groserías e insultos —dijo—. El muchacho ha confesado su falta y debería ser elogiado por ello. He propuesto una solución que les es favorable a ustedes. Si no les parece aceptable, sugiero que pongan el asunto en manos de la Policía.

Lachlan Broad lo fulminó con la mirada. La sugerencia era del todo inviable, ya que ponerla en práctica suponía emprender un viaje de setenta millas hasta Dingwall, por no hablar de que, además, cualquier gesto de oposición al laudo del alguacil sería muy mal recibido por la comunidad.

—A lo mejor al *factor* le gustaría escuchar lo que ha sucedido.

—Le puedo asegurar —dijo el señor Finlayson— que el *factor* tiene asuntos más importantes de los que ocuparse que la pérdida de una oveja. El señor Macrae ha aceptado mi propuesta, así que le sugiero que haga usted otro tanto.

Lachlan Broad indicó con un movimiento de la mano que aceptaba el fallo. Mi padre, que apenas había abierto la boca durante el procedimiento, levantó, al punto, un dedo arrugado. El alguacil le preguntó si había algo que deseaba decir.

—El asunto del pago —dijo mi padre.

—¿Sí? —dijo el señor Finlayson.

No sin cierta dificultad, mi padre explicó que, si bien aceptaba el dictamen, no disponía, en ese momento, de treinta y cinco chelines ni de nada que se le aproximase.

Esto suscitó un enorme regocijo en Lachlan Broad y su hermano.

—Siento oír eso, John Black —dijo el primero—. Quizá podría llevarme a esa lúgubre hija tuya en su lugar. Estoy seguro de que podría dibujarle una sonrisa en la cara.



—Los dos podríamos dibujarle una sonrisa en su lúgubre cara —interpuso Aeneas Mackenzie con una estúpida risita.

Kenny Smoke se levantó de su silla y se inclinó sobre la mesa.

—No voy a permitir que se hable así en mi casa, Lachlan Broad.

—A lo mejor prefieres que a quien me lleve sea a alguna de tus hijas —dijo Broad—. La mayor está ya más que madura.

Kenny Smoke enrojeció y tuve la certeza de que iba a lanzarse sobre él, pero Calum Finlayson se puso de pie y le colocó una mano en el pecho.

Lachlan Broad estalló en carcajadas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Kenny Smoke se quedó en pie unos instantes, mirando enfurecido a Broad, que le respondió con una sonrisita. Mi padre tenía los ojos clavados en la mesa. Por debajo de esta pude ver su mano, trasegando con la basta tela de sus calzones.

Al cabo, Kenny Smoke volvió a tomar asiento y el señor Finlayson, claramente ansioso por poner fin al pleito, continuó:

—Dadas las circunstancias del señor Macrae, propongo que la suma acordada se pague a razón de un chelín a la semana hasta que la deuda quede saldada.

Lachlan Broad encogió los hombros.

—Pues que así sea —dijo, con tono burlón—, no me gustaría causarle penurias a este pobre vecino mío.

Y de esta forma se dio por finalizada la discusión. Lachlan Broad arrastró la silla hacia atrás y le dio a su hermano dos palmadas en el muslo para indicarle que se marchaban. Cuando se hubieron ido, Kenny Smoke dejó escapar un largo suspiro y soltó una maldición que no sería decoroso repetir aquí. El señor Finlayson me dijo que me había comportado bien. Kenny Smoke se dirigió al aparador y cogió una botella de *whisky* y cuatro vasos, que repartió entre nosotros, depositándolos sobre la mesa. Me complació que hubiese incluido un vaso para mí, pero, antes de que tuviera tiempo de servir el *whisky*, mi padre se levantó y agradeció al señor Finlayson su justo dictamen, aunque no pude evitar pensar que mi padre habría aceptado con gusto la propuesta de Lachlan Broad de hacerme flagelar. Kenny Smoke le rogó que se quedara a compartir un trago, pero él se negó. Padre me dio entonces un codazo en el brazo y los dos abandonamos la casa. Yo me temía que recibiría una segunda paliza cuando llegáramos a casa, pero se limitó a dejarme sin cenar. Tumbado en mi litera, me imaginé a Kenny Smoke y a Calum Finlayson bebiendo *whisky* y riéndose del incidente mientras mi padre se entregaba a su pipa en la penumbra creciente.

Aquí, en Inverness, mi celda mide cinco pasos de largo por dos de ancho. Dos tablones de madera fijados a la pared y cubiertos de paja hacen las veces de cama. Hay dos baldes en el rincón, uno donde realizo mis abluciones, el otro para mis necesidades fisiológicas. Una ventana sin acristalar, del tamaño de la mano de un hombre, se abre en lo alto de la pared, frente a la puerta. Las paredes son gruesas, y, cuando estoy de pie, solo pegando la espalda a la puerta alcanzo a ver un pequeño rectángulo de cielo. El propósito de la ventana, imagino, no es tanto proporcionar al ocupante de la celda una vista, sino permitir que circule un poco de aire. Con todo, a falta de otros entretenimientos, resulta sorprendente la cantidad de distracciones que pueden obtenerse a partir de la observación de las lentas alteraciones en un pequeño pedazo de cielo.

Mi carcelero es un tipo bestial, tan ancho que ha de ponerse de lado para entrar en mi celda. Lleva un chaleco de cuero, una mugrienta camisa por fuera de los pantalones y unas pesadas botas que, en su ir y venir, repiquetean escandalosamente contra las losas de piedra del pasillo de afuera. En todo momento lleva los calzones ajustados a los tobillos con un cordel. Esto me intriga porque no he visto ratones ni otras alimañas por aquí, pero no le he preguntado por qué razón lo hace. Como tampoco le he preguntado cómo se llama.

El carcelero me brinda un trato que no es ni amable ni desdeñoso. Por la mañana me trae un trozo de pan y un poco de agua y, si mi balde está lleno, lo retira. Los primeros días probé de conversar con él un par de veces, pero no me respondió. Cuando me proporcionaron la mesa y la silla sobre las que estoy escribiendo este documento, él no hizo comentario alguno. No es mudo, sin embargo, puesto que a veces le he oído conversar en el pasillo. Supongo que ni soy asunto suyo ni en nada me diferencio de los ocupantes de las otras celdas que hay en el pasillo. En cualquier caso, hay poco de qué hablar aquí. Luego que se marcha, lo oigo realizar las mismas funciones en las demás celdas. No he visto a mis compañeros de prisión ni me apetece hacerlo, ya que no es mi deseo confraternizar con criminales. Por la noche, los hombres a menudo se dedican a gritar las peores groserías o a dar golpes a las puertas de sus celdas con los puños, acciones que solo consiguen excitar gritos de otros hombres pidiendo silencio. Estos periodos de alboroto se prolongan durante cierto tiempo, hasta que, de repente, el clamor se apaga y solo quedan los débiles sonidos de la noche, afuera.

Cada dos días me sacan de la celda y me permiten estirar las piernas en un recinto adoquinado. En la primera ocasión no estaba muy seguro de qué hacer

allí. Debido a la altura de los muros, la luz del sol no alcanza el suelo y los adoquines están resbaladizos y cubiertos de musgo. Observé, no obstante, que en los lindes del patio el suelo estaba desgastado, formando una especie de sendero, de modo que he adoptado la costumbre de caminar por el perímetro. El carcelero permanece en la entrada todo el tiempo, pero no tengo la impresión de que me esté observando. Me da un poco de pena, el hombre. Su vida aquí no parece mucho más agradable que la mía y él seguirá en este lugar mucho tiempo después de que yo me haya marchado. La distancia alrededor del patio es de veintiocho pasos y, por lo general, completo unas sesenta vueltas en el tiempo que se me concede. Esta viene a ser, aproximadamente, la distancia entre Culduie y Camusterrach, e intento imaginarme que ese es el camino que estoy recorriendo.

Más tarde me traen un cuenco de sopa con un trozo de pan o un *bannock*. La mayor parte de mi tiempo la dedico a la elaboración de este documento. No veo que lo que aquí estoy escribiendo vaya a serle de interés a nadie, pero me alegra contar con una actividad en la que ocuparme.

Durante los primeros días de mi encarcelación dispuse de poco tiempo para acostumbrarme a mi nuevo entorno, inundado como me vi de visitas por parte de los funcionarios de la ley. Me trasladaban con frecuencia a una estancia en otra parte de la prisión con el fin de que pudiera ser interrogado acerca de mis actos. A cada ocasión se me planteaban las mismas preguntas y de tantas veces que lo hicieron dejé de tener que pensar en las respuestas. Con frecuencia tuve la impresión de que a mis interlocutores les habría complacido que inventara alguna otra versión de los acontecimientos o que intentara de algún modo eximirme de la responsabilidad de lo que había hecho, pero no lo hice. He recibido un trato cortés por parte de todos y me habría gustado corresponder a su amabilidad, pero no le veía el sentido a mentir. A menudo, así que había repetido mi historia por tercera o cuarta vez, los presentes intercambiaban miradas entre sí, como si lo que habían escuchado los hubiera divertido de algún modo, o como si supusiera un misterio para ellos. No obstante, habiendo reflexionado acerca de ello, me figuro que esos caballeros estarán más acostumbrados a tratar con criminales menos inclinados a admitir su culpa. Al cabo, relaté mi historia en presencia de un escribano y, después de recibir numerosas advertencias de que no estaba obligado a hacerlo, firmé con mi nombre una declaración.

Ahora, aparte de las visitas que recibo de mi abogado, el señor Sinclair, tengo poco contacto humano. Esta mañana, sin embargo, he sido interrumpido en mis quehaceres por la visita del doctor de la prisión. Era un hombre afable,

de mofletes rubicundos y bigotes rebeldes. Se ha presentado como el doctor Munro y me ha informado de que se hallaba en la obligación de determinar mi estado de salud. Yo le he dicho que me encuentro muy bien, pero así y todo me ha pedido que me quitara la camisa y me ha sometido a un reconocimiento exhaustivo. Mientras él estaba concentrado en examinarme, he podido olerle el aliento, que emanaba el dulce hedor del estiércol fresco, y me he sentido aliviado cuando ha completado el reconocimiento y se ha apartado de mí. Entonces me ha hecho una serie de preguntas acerca de mis crímenes y yo le he ofrecido las respuestas de costumbre. De tanto en tanto sacaba una petaca de peltre del bolsillo interior de su chaqueta y echaba un trago. Ha anotado mis respuestas en un pequeño cuaderno y no se ha mostrado en modo alguno turbado por nada de lo que le he contado. Cuando ha concluido con sus preguntas, ha cruzado los brazos y se me ha quedado mirando con cierta curiosidad. Me ha preguntado si siento lo que hice. Yo le he dicho que no y que, en cualquier caso, importa poco si lo siento o no, que lo hecho hecho está y que no puede deshacerse.

—Eso es totalmente cierto —ha dicho. Pasados unos instantes ha añadido —: Eres todo un fenómeno, Roderick Macrae.

He respondido que, a mi parecer, no tengo yo nada de fenómeno, y que seguramente él me resulta a mí tan fenomenal como yo a él. Al escuchar esto, ha reído jovialmente para sí, y yo, no por vez primera, me he visto sorprendido por el trato afable que se me dispensaba, como si fuera culpable de poco más que el hurto de una porción de mantequilla.

Según se aproximaba el final de los meses amarillos, el señor Gillies le hizo una visita a mi padre. Empezaba a caer la tarde y Jetta estaba recogiendo los cuencos de nuestra cena. A mi padre le desconcertó la llegada del maestro, que apareció en el umbral, con las riendas de su *garron* todavía en la mano. Me enviaron afuera a que amarrase al poni y, hecho esto, permanecí junto a él unos minutos, acariciando su cuello y murmurándole al oído. Cuando volví a entrar, el señor Gillies se encontraba ya sentado en el banco de la mesa, y Jetta le estaba preparando una taza de té. En un plato, frente a él, le habían servido un *bannock*. Mi padre, plantado en medio de la habitación, visiblemente incómodo, trasegaba con su pipa, renuente a tomar asiento en presencia de un hombre de mayor categoría. El señor Gillies hacía indagaciones sobre Jetta y le decía a mi padre que había sido un gusto enseñarle. Cuando me vio en el umbral, exclamó con aire jovial:

—¡Aquí está el muchacho!

Entonces le preguntó a mi padre si no tomaba asiento, y mi padre ocupó su lugar en la cabecera de la mesa.

—He reparado en que, desde que terminó el último semestre, Roddy no ha vuelto a la escuela.

Mi padre daba incesantes chupadas a su pipa.

—Ya no es un niño —dijo.

—Efectivamente, y como tal ya no está obligado a asistir al colegio —dijo el señor Gillies—. Pero quizá Roddy le haya contado la conversación que él y yo mantuvimos al final del último semestre, ¿no es así?

Mi padre contestó que yo no le había contado nada acerca de ninguna conversación. El señor Gillies se giró entonces hacia mí y me invitó a que me uniera a ellos a la mesa.

Una vez que me hube sentado, continuó:

—Tuvimos una charla concerniente al futuro de su hijo, es decir, relativa a la continuación de su educación. ¿Acaso no se lo mencionó?

—No lo hizo —dijo mi padre.

El señor Gillies me miró al punto y arrugó la frente.

—Bueno —dijo, con tono despreocupado—, su hijo ha demostrado tener un considerable potencial en sus labores escolares, un potencial que, desde mi punto de vista, sería vergonzoso desperdiciar.

Mi padre me miró como si yo hubiese cometido alguna fechoría o fuese culpable de conspirar con el maestro a sus espaldas.

—¿Desperdiciar? —repitió, como si la palabra le resultara completamente desconocida.

El señor Gillies paseó la mirada por nuestra morada escasamente iluminada, dándose perfecta cuenta de la trampa que mi padre le acababa de tender. Dio un sorbo a su té antes de contestar.

—Me refiero, simplemente, a que, de continuar con su educación, quizá podría, en el futuro, contar con un mayor número de caminos de donde escoger.

—¿Qué clase de caminos? —Mi padre sabía muy bien a qué clase de caminos se refería el señor Gillies. No tengo la menor duda de que estaba vagamente al tanto de mis logros en el aula, pero nunca había mostrado el menor interés por ellos ni me había hecho ningún cumplido.

—No tengo la menor duda de que Roddy podría aspirar a ser... —En este punto, el señor Gillies levantó los ojos hacia las traves, como si considerara el asunto por primera vez—. A ser pastor de la iglesia o maestro de escuela. O lo que quisiera.

—¿A ser alguien como usted? —dijo mi padre, cortante.

—A lo que me refiero, señor Macrae, es a que tendría más opciones a la hora de escoger su camino.

Mi padre cambió de postura en el banco.

—Se refiere a que quizá podría ser algo mejor que un aparcerero —dijo.

—Yo no diría que *mejor*, señor Macrae, pero sí diferente, desde luego. Todo esto se lo comento con el único fin de asegurarme de que está usted al tanto de las oportunidades que a su hijo se le ofrecen.

—Aquí las oportunidades nos traen sin cuidado —dijo mi padre—. El muchacho tiene el deber de trabajar en el campo y ganar dinero para su familia con su labor.

El señor Gillies repuso que tal vez podría resultar de provecho preguntar qué era lo que yo quería hacer. A lo que mi padre reaccionó poniéndose en pie.

—No haremos tal cosa —dijo.

El señor Gillies no abandonó su asiento.

—Si es por dinero —dijo—, hay formas de arreglarlo.

—En esta casa no queremos su caridad, señor Maestro.

El señor Gillies abrió la boca para hablar, pero entonces se lo pensó mejor. Asintió, como si aceptara que daba el asunto por cerrado, y se levantó. Se acercó a mi padre y le tendió la mano, que le fue rechazada.

—No era mi intención ofenderlo, señor Macrae.

Mi padre dio la callada por respuesta y el señor Gillies, habiéndonos deseado buenas noches a mí y a Jetta, quien durante el transcurso de la conversación se había mantenido ocupada fregando nuestros cuencos, se marchó.

Yo lo acompañé afuera so pretexto de asistirlo con su poni. Deseaba hacerle saber que le agradecía la visita, pero que, de haberme planteado la pregunta a mí, habría estado de acuerdo con mi padre en que ahora era mi obligación trabajar para la familia y en que ese tipo de cosas no estaban reservadas para gente como nosotros. De todas formas, en la parroquia, ninguno de los chicos de mi edad iba ya a la escuela y me habría sentido como un tonto sentado entre críos. Y tampoco deseaba convertirme en un hombre como el señor Gillies, con su complexión debilucha y sus manos rosas y blandas. Me dio las gracias por desatar al poni y añadió que, si llegado el momento deseaba regresar a la escuela, sería más que bienvenido y podrían hacerse los arreglos necesarios para pagar las tasas. Estoy convencido de que no esperaba volverme a ver, y en eso acertaba. Lo observé mientras montaba

en su poni y cabalgaba lentamente fuera de la aldea. Las piernas le llegaban casi hasta el suelo, de modo que ofrecía una estampa harto cómica. El *garron* avanzaba pesadamente con el paso característico del poni de las Tierras Altas, como si esperara en cualquier momento golpearse en la cabeza con una viga baja.

Los planes que mi padre había concebido para mí con el fin de que contribuyera a los ingresos familiares resultaron inútiles. Al poco de la conversación con el señor Gillies, me consiguió un empleo por el tiempo que duraba la temporada de rececho. Debía presentarme al despuntar el día en la cabaña del *ghillie* y así lo hice. El *ghillie* era un hombre alto de ojos rasgados y una espesa barba enmarañada que empezaba a encanecer. Lucía unos pantalones de *tweed* con gruesos calcetines de lana y unos robustos zapatos de piel con cordones. Llevaba el chaleco sin abotonar y sostenía una pipa con la caña en forma de S en la mano izquierda. Me preguntó cómo me llamaba y yo contesté que era Roderick Macrae de Culduie. Me miró de arriba abajo y me dijo que esperara en el patio de atrás de la Casa Grande.

Crucé la propiedad sintiéndome, a pesar de contar con el permiso del *ghillie*, como un intruso, pero nadie me dio el alto. Al patio se accedía por un arco de piedra emplazado a la derecha de la entrada principal. Me hallé entonces en un espacio adoquinado con caballerizas a un lado y, al otro, unas ventanas por las que se vislumbraban las cocinas de la casa. No quise pegar la nariz contra los cristales, pero me pareció que la actividad era frenética en el interior. Me apoyé contra el muro, a la derecha de la puerta de la cocina, e hice cuanto pude por aparentar ser uno más del lugar. Podía escuchar a los caballos retozar y relinchar en sus cuadras. Me figuré que serían magníficos purasangres y anhelaba entrar en las caballerizas y echarles un vistazo, pero no lo hice por temor a ser reprendido. Al cabo, otro chico, algo mayor que yo, hizo acto de presencia. No habló, pero se me quedó mirando con descaro. Se apoyó en el muro de la cuadra, colocando la suela de su bota derecha contra él de tal forma que formaba un triángulo. Esta pose le prestaba la apariencia de encontrarse a sus anchas en el lugar, de modo que la imité. Pasados unos minutos, el chico sacó una pequeña pipa del bolsillo de su chaqueta. La sometió a un concienzudo examen antes de llevarse la caña a la boca y morderla ruidosamente. No había tabaco en la cazoleta, o, si lo había, no hizo gesto alguno de encenderlo. Así y todo, me tomé esta exhibición como sanción de su cosmopolitismo y quedé debidamente impresionado. Más tarde, cuando la marcha por la cañada nos llevó a entablar conversación, me explicó que no había necesidad de encender una pipa para extraer los beneficios del

tabaco. Siempre y cuando la pipa hubiese sido usada con anterioridad, bastaba con chuparla vigorosamente.

Al rato llegaron dos hombres y entraron en las caballerizas, donde pude oírlos preparar a los caballos. Cuando sacaron a los ponis me decepcionó comprobar que no eran sementales, sino los mismos *garrons* bajos y fornidos con pesadas cabezas hundidas que había en las aldeas. Al mismo tiempo, trajeron diversos víveres y enseres de las cocinas y los colocaron sobre los adoquines. El muchacho de la pipa y yo recibimos instrucciones de cargar al primer poni. El segundo no llevaría carga, para que así pudiera transportar las posibles piezas de caza desde la montaña. Concluidos los preparativos, una corpulenta mujer en mandilón y delantal emergió de la cocina acarreando una bandeja con cuatro tazas de té. Se trataba de la mujer de Lachlan Broad, Mimi, que trabajaba para lord Middleton durante los meses amarillos. Me dio los buenos días de una forma que sugería que no estaba sorprendida de verme allí. Por costumbre yo no bebía té, puesto que mi padre lo considera solo apto para mujeres, pero, no queriendo distinguirme del grupo, acepté la taza que se me ofrecía. Y sí, la ingestión comunal pareció engendrar cierto espíritu de camaradería entre nosotros cuatro. El té estaba endulzado con azúcar y me resultó menos desagradable de lo que esperaba. Mientras bebíamos, uno de los hombres se dirigió a mí por primera vez.

—¿Así que tú eres el chico de Black Macrae?

Respondí que yo era el hijo de John Macrae de Culduie y los dos hombres intercambiaron una mirada, para mí de misterioso significado. Me desconcertó que estos dos extraños conocieran el nombre de mi padre y parecieran estar juzgándome a partir de alguna idea que tenían formada sobre él.

Mimi Broad volvió para recoger nuestras tazas y me preguntó si había traído algo de comer, ya que íbamos a pasar el día entero en los montes. Jetta me había dado dos patatas, y ella asintió de un modo que sugería que había hecho bien en venir así de preparado. Los ponis fueron conducidos por el adoquinado hasta la parte delantera de la casa, donde nos dispusimos a aguardar a la partida de rececho. Uno de los hombres señaló un baúl grande de madera, con el cual había yo de cargar. Medía tres pies de ancho y dos de fondo, y estaba atado por las esquinas opuestas en diagonal con una pesada correa de cuero, ancha como la mano de un hombre. Pesaba lo suyo y uno de los mozos tuvo que levantarlo y pasarme la correa por encima de la cabeza para luego asegurármela al hombro. Después me dijo que era importante no golpear la caja ni dejar que esta se ladeara porque su contenido podía



romperse. No pregunté qué había dentro, pero me dio la impresión de que se me había confiado una tarea de gran importancia y decidí desempeñarla bien. Para cuando el *ghillie* se unió a nosotros, ya había empezado la correa a causarme ciertas molestias, pero hice cuanto estaba en mi mano por disimularlo. El *ghillie* realizó una somera inspección de los ponis y dirigió un comentario o dos a los hombres. Una escopeta descansaba en la corvadura de su brazo. A los pocos minutos, cuatro caballeros emergieron de la entrada de la casa, todos ellos ataviados de *tweed* y con una escopeta al brazo a la guisa del *ghillie*. En nada se parecían aquellos hombres a los nativos de estos pagos. Eran altos y de rectas espaldas, con pelo rubio y tez rosada, como la de quien fuera mi maestro. El *ghillie* estrechó la mano del mayor de entre los cuatro, que supuse sería lord Middleton. Al punto saludó a los otros hombres uno a uno, y constató que era una bonita mañana y que confiaba en que regresarían de la montaña con un venado. Dicho esto, pasó a relatarles a grandes rasgos lo que acontecería a lo largo del día y les dio una o dos instrucciones relativas al modo en que debían manejar sus armas y comportarse en la montaña. Los caballeros escuchaban atentos y yo quedé muy impresionado porque, a pesar de ir vestido con ropa fina, el *ghillie* era paisano de las Tierras Altas y hételo aquí, dirigiéndose a sus superiores sin rastro de deferencia. Al final de su breve discurso, lord Middleton dio unas palmadas al *ghillie* en el hombro y, girándose hacia sus acompañantes, dijo:

—No temáis, ladra más que muerde.

Esto provocó gran regocijo entre la partida, con excepción del propio *ghillie*, que extrajo un reloj de plata del bolsillo de su chaleco y declaró que era hora de ponerse en marcha. Partimos entonces rumbo a la cañada, con el *ghillie* y lord Middleton a la cabeza, seguidos por los tres caballeros, luego los mozos de cuadra tirando de los dos *garrons*, y nosotros dos, los más jóvenes, cerrando la comitiva. La mañana era cálida y estaba nublado. Más pronto que tarde, el baúl empezó a chocar dolorosamente contra mis corvas. Mi compañero, que portaba una caja similar, si bien a todas luces más ligera, me mostró cómo debía caminar con los hombros erguidos y las manos a los costados para evitar que me golpease. Este diálogo rompió el hielo entre nosotros y él me contó que se llamaba Archibald Ross y que era el mayor de seis hermanos. Yo le conté que mi madre había muerto recientemente durante el alumbramiento de mi hermano pequeño y que ello le había causado a mi familia un gran desconsuelo. Archibald Ross repuso que para la gente como nosotros no había más consuelo que el desconsuelo. Quedé yo muy

impresionado con esta respuesta y pensé que mi nuevo amigo era la persona más lista que había conocido jamás.

Así que abandonamos el sendero que discurría por medio de la cañada y enfilamos ladera arriba, se tornó imposible evitar que mi baúl se balanceara de aquí para allá y me resigné a dañar el contenido e incurrir en la ira del *ghillie*. Archibald Ross mantenía un monólogo constante, hablando de forma entretenida acerca de sus hermanos y de sus vecinos de Applecross. Me dijo a las claras que su padre creía vagos e inferiores a los del cabo, especialmente a los de Aird-Dubh, a quienes consideraba sucios y mendaces. Trató por todos los medios de recalcar que no compartía el parecer de su padre, pero así y todo le recordé que yo era de Culduie y no de Aird-Dubh.

Tan pronto como tuviera la edad suficiente y hubiese ahorrado lo bastante para el pasaje, Archibald tenía intención de emigrar a Canadá. Allí, me dijo, los jóvenes como nosotros podían prosperar. Nos aguardaban grandes extensiones de tierra fértil y en el plazo de un año uno podía hacer más dinero que nuestros padres en una vida entera malviviendo como aparceros. Un primo suyo, que se había marchado con tan solo una bolsa de *sowens*, vivía ahora en una casa dos veces más grande que la de lord Middleton. Sugirió que deberíamos ir juntos a buscar fortuna y a mí me entusiasmó mucho la idea. Archibald me dijo entonces con tono de complicidad que, si me mostraba particularmente servicial con los caballeros, quizá, al final del día, me dieran un penique o incluso un chelín. La perspectiva de semejantes ganancias redobló mi resolución a ignorar el dolor que el baúl me estaba causando.

Transcurridas unas dos horas alcanzamos una meseta que dominaba la cañada e hicimos un alto. Nunca había tenido yo motivos para adentrarme tanto en las montañas y nos vimos recompensados con una fabulosa vista sobre la bahía de Applecross y, allende, las montañas de Raasay y de Skye. Los mozos de cuadra sacaron dos grandes mantas de la carga del primero de los ponis y las extendieron sobre el suelo. Se me descargó del baúl y extrajeron de él piezas de vajilla, vasos y botellas de vino. En las bateas sirvieron una gran variedad de carnes frías, verduras, condimentos y panes. Los caballeros se mostraron impresionados con el festín y se aprestaron a comer sin bendecir los alimentos. Habiendo dispuesto el almuerzo, los dos mozos se apartaron adonde los *garrons* a descansar. Yo me senté en un montículo y, sin prisa, di buena cuenta de la primera de mis patatas. Tuve la tentación de comerme la segunda, pero, sabiendo que iba a pasar un buen rato en la montaña, decidí reservarla para más tarde. Archibald estaba sentado por allí cerca y mascaba lentamente un *bannock* que había extraído del bolsillo de

su chaqueta. Me ofreció un pedazo, que yo rechacé, puesto que no deseaba compartir mi patata. El *ghillie* comió con los caballeros, pero no participó de su conversación. Ni aceptó tampoco el ofrecimiento de un vaso de vino. Los caballeros trincaban sin cesar y competían entre sí con descripciones del paisaje ante sus ojos, a cual más elaborada. Uno de los caballeros se frotó las sienes y bromeó acerca de haberse aprovechado en exceso de la hospitalidad del señor Middleton la noche anterior. Su compañero alzó su vaso y declaró: «¡Un clavo saca otro clavo!», afirmación esta que me dejó perplejo. Lord Middleton se sirvió un pequeño vaso de vino y le habló en voz baja al *ghillie*. El *ghillie* hizo una observación acerca de que los caballeros no iban a poder cobrarse muchos venados después de beber tanto vino y, aunque lo hizo en tono jocoso, entendí que lo decía muy en serio y que no aprobaba el comportamiento de los caballeros. No pareció, sin embargo, que los caballeros repararan en el malestar del *ghillie*, y vaciaron tres botellas entre ellos.

Cuando los hombres se manifestaron saciados, se recogieron la vajilla y las viandas y fui informado, para mi alivio, de que no era necesario que volviera a cargar con el baúl, puesto que podía recogerlo en el viaje de regreso. Me encontraba, pues, de buen ánimo cuando reanudamos la marcha y este se elevó aún más cuando uno de los mozos, que deseaba rellenar su pipa, me pidió que guiara a su *garron*. Me llenó de orgullo este ascenso en mis obligaciones, y sentí que venía a significar un reconocimiento de mi valía por parte de los hombres. Nos desviamos hacia el sur entre dos picos e imaginé nuestra partida como un grupo de exploradores aventurándose por tierras ignotas. Los invitados de lord Middleton estaban de muy buen humor e iban conversando a voces entre ellos. El *ghillie* se vio en la obligación de decirles que bajaran la voz o de lo contrario no se cobrarían una sola pieza ese día. Me impresionó que el *ghillie* se dirigiera a los caballeros de aquella manera tan cortante, pero no pareció que lord Middleton se lo tomara como una afrenta ni mucho menos. Los caballeros se mostraron muy avergonzados y prosiguieron la marcha en silencio. El *ghillie* tomó ahora la delantera y, cada cien yardas o así, nos indicaba que nos detuviéramos levantando la palma de la mano del costado. Nosotros permanecíamos quietos, sin apenas tomar aire, mientras él escudriñaba la ladera y parecía olfatear el aire, hasta que sin mediar palabra nos indicaba que continuáramos por aquí o acullá con otro gesto de la mano. Tras una hora o así, llegamos a una cresta y el *ghillie* nos ordenó que agacháramos la cabeza. Yo me tumbé boca abajo sobre el brezo. El ambiente que se respiraba ahora en la partida era muy grave. A nuestros pies, más

abajo, pastaba una manada de treinta o cuarenta ciervos. Las grupas estaban todas orientadas hacia la misma dirección, con las cabezas abatidas sobre el pastizal, y avanzaban tardas como un grupo de mujeres sembrando un campo. Nos hallábamos lo suficientemente cerca como para divisar el pausado rotar de sus mandíbulas. A la cabeza del grupo estaba un venado con unas astas semejantes a un par de manos ajadas levantadas hacia el cielo. Las bestias eran completamente ajenas a nuestra presencia.

El *ghillie* indicó en silencio a uno de los acechadores que se adelantara. Dicho caballero, con sigilo y cierta habilidad, cargó su arma y la apuntó hacia el venado, apoyando la cabeza contra la culata. Fue este un momento de gran solemnidad. Yo me encontraba lo bastante cerca del caballero como para ver su dedo desplazarse hacia el gatillo. Miré de nuevo al venado y sentí que era una verdadera lástima que tuviera que morir solo para que aquel hombre pudiese colgar su cabeza en la pared de su salón. El dedo del caballero se arqueó en torno al gatillo. Sin pensarlo, me puse en pie de golpe y salté por encima de la cresta, aleteando con los brazos como un ave enorme y cacareando como un gallo. Allá abajo, los ciervos huyeron espantados y el caballero efectuó su disparo al aire. El *ghillie* se abalanzó hacia delante, me agarró del brazo y me tiró al suelo violentamente. Estaba yo, en ese momento, tan estupefacto como él por mi comportamiento, y al punto me arrepentí de lo que había hecho. El *ghillie* soltó entonces una ristra de obscenas maldiciones y yo, temiéndome que fuera a emprenderla conmigo a culatazos de escopeta, me cubrí la cabeza con los brazos. No hizo tal cosa, empero, y yo quedé postrado sobre el brezo sintiéndome un completo estúpido. Los dos mozos se echaron a reír con ganas, pero una mirada furibunda del *ghillie* bastó para que enmudecieran. El rostro de lord Middleton había adquirido un tono más bien amoratado, no sabría decir si por efecto del aire serrano o de la ira. Los tres caballeros me miraban atónitos. Se me ocurrió que tal vez el *ghillie* me haría correr ladera abajo en dirección a la cañada, a fin de que los invitados pudieran practicar disparando contra mí en lugar de contra las presas que yo había espantado. No sucedió nada de esa naturaleza, sin embargo. Lord Middleton dio un paso al frente y le preguntó al *ghillie* mi nombre.

—Es Roderick Macrae, hijo de John Macrae, de Culduie —repuso aquel.

Lord Middleton asintió y dijo:

—Asegúrate de que no vuelva a trabajar en la propiedad nunca más.

Entonces dio media vuelta y pidió disculpas a sus invitados. De haberseme dado la oportunidad, yo habría hecho otro tanto, pero se me ordenó que abandonara la montaña, recordándome que, de regreso, recogiese

mi baúl y lo devolviera a las cocinas. Me puse de pie a trancas y barrancas, agradecido para con lord Middleton por lo benévolo de mi castigo. Al separarme del grupo, Archibald Ross apartó la mirada, pues no quería que se lo asociara con semejante imbécil.

Esa noche, a mi regreso, nada comenté acerca del incidente en la montaña. A la mañana siguiente salí de casa con mis dos patatas en el bolsillo como si nada, y me pasé el día vagando por las lagunas del Càrn. Al volver esa tarde, mi padre ya se había enterado de mi fechoría y por lo tanto recibí una merecida y concienzuda paliza.

\* \* \*

Cierto tiempo después del incidente con la oveja, empezó a correr el rumor de que Lachlan Broad le había hecho una visita al *factor*. La procedencia del rumor no estaba del todo clara. Varios habitantes de Applecross aseguraron haber visto a Broad caminando en dirección a la casa del *factor*, pero difícilmente podía decirse que esto de por sí constituyera una prueba de nada. No se sabía de nadie que hubiese visitado jamás al *factor* por voluntad propia, y, si Lachlan Broad hubiera sido requerido a tal efecto, la petición le habría sido comunicada a través del alguacil, y Calum Finlayson no había anunciado dicha petición. Mi padre murmuraba, sombrío, que lo más probable era que la fuente del rumor fuese el propio Lachlan Broad. En cualquier caso, a fuerza de repetirla, la historia acabó por ser aceptada como un hecho.

De lo que no cabe la menor duda es de que, poco después de esta presunta visita, Calum Finlayson fue llamado a presentarse ante el *factor*. Estaba previsto que el mandato del señor Finlayson como alguacil finalizara en cuestión de meses y, de forma harto excepcional, este había logrado agotar el ejercicio de tan ingrato puesto sin distanciarse de sus vecinos. En cuanto factótum del *factor*, el alguacil se halla en una posición nada envidiable. Si fracasa en su obligación de hacer valer las normas, excita la ira del *factor*, y si implementa las condiciones del contrato de aparcería demasiado estrictamente se enajena de la comunidad. El señor Finlayson había conseguido evitar esta última contingencia al optar por llamar la atención de cualquier transgresor de forma discreta, ante un *strupach*, en lugar de recurrir al *factor* a la primera ocasión. Asimismo, y en la medida de lo posible, había alentado a los aparceros a que resolvieran las disputas entre ellos y, cuando se le había requerido actuar de mediador, la opinión general era que lo había hecho de forma ecuánime. Una gran mayoría de la comunidad quería que continuara

ocupando el puesto, pero aceptaba como una muestra de su buen carácter el hecho de que él no lo deseara.

Después de su audiencia con el *factor*, Calum Finlayson hizo saber que este lo había informado de que no había estado desempeñando su cargo con suficiente arrojo. La gente especuló con la posibilidad de que hubiese sido Lachlan Broad quien le había señalado esto al *factor*, pero la consecuencia fue que, en el tiempo restante de su mandato, tendría que hacer valer la normativa con mayor rigor. A fin de instarlo a ello, el *factor* le ordenó recaudar una suma determinada a base de sanciones durante los meses de ejercicio que le quedaban. De no lograr esta cantidad, el alguacil se vería obligado a pagar lo que faltase de su propio bolsillo. Esta situación dejó consternado al señor Finlayson.

Se celebró entonces una reunión en casa de Kenny Smoke, a la que acudieron la mayoría de los habitantes de nuestra comarca. Se decidió que, con el objeto de dispensar al señor Finlayson de la obligación de imponer las debidas sanciones a sus vecinos, las normas habrían de respetarse tan escrupulosamente como fuera posible. Se decidió, además, que, con el objeto de reunir la suma exigida por el *factor*, aquellas familias que se hallasen en disposición de hacerlo contribuirían con cinco chelines a un fondo común. Aquellos cuya situación fuera menos desahogada podrían contribuir según sus capacidades. Después de la reunión, a pesar del enojo de verse forzados, tal y como lo expresó Kenny Smoke, a llenar los bolsillos del *factor*, la gente estaba muy animada y entonaron canciones a la par que bebían mucho *whisky*.

Lachlan Broad y los suyos no se hallaban presentes en la reunión y, luego, se negaron a contribuir al fondo. Mi padre, por su parte, no aprobaba el plan, pues alegaba que implicaba engañar y desafiar a los poderes fácticos. De todas maneras, aportó un chelín en señal de la alta estima en que tenía a Calum Finlayson. Como nadie quería que junto a su nombre apareciese una marca negra por haber transgredido las normas, se acordó que las sanciones se registrarían como multas impuestas por igual a todas las familias de la parroquia. De esta forma, ninguna familia ni individuo podría ser señalado para recibir aun otra sanción. Así fue avanzando el verano y, a pesar de las penurias causadas por este gasto innecesario, el plan se convirtió en motivo de algunas chanzas. Se cobraban sanciones por las transgresiones más frívolas. La contribución de mi padre se registró como una multa por permitir que su gallo cantara durante las horas de oscuridad. Kenny Smoke fue multado por no haberse interesado por la salud del *factor*, y Maggie Blind, una viuda de Camusterrach, por echar a andar de camino a la iglesia con el pie izquierdo.

Cuando llegó el momento de que el señor Finlayson entregase los fondos, el *factor* tuvo que sospechar que no todo era como parecía, pero difícilmente podía acusar a su alguacil de no haber desempeñado sus obligaciones con celo. La gente se regocijó en grado sumo, en general, por el éxito del plan, interpretándolo como una pequeña victoria sobre las autoridades. Mi padre, sin embargo, era del parecer de que la gente no debería alegrarse tanto entregando su dinero al *factor*, y yo compartía este punto de vista.

Hacia finales de verano, Lachlan Broad hizo saber que tenía la intención de presentarse al cargo de alguacil, que de forma inminente quedaría vacante. Resultaba del todo insólito que alguien se presentara voluntario a este puesto tan desagradecido. Incluso aquellos que podrían haber disfrutado con la autoridad que el cargo confería tenían la suficiente sabiduría como para no admitirlo. Era de todos conocido que para Lachlan Broad supondría un deleite ejercer el poder sobre sus vecinos y, por esta razón, se buscó un candidato alternativo de forma encubierta. Mi padre, aunque no muy querido, era respetado por la comunidad y, una tarde, un grupo de hombres, Kenny Smoke entre ellos, visitó nuestra casa para persuadirle de que les permitiera presentar su nombre. Mi padre preguntó uno por uno a aquellos hombres por qué, si pensaban que era tan importante oponerse a Lachlan Broad, no se presentaban ellos mismos. Todos y cada uno de ellos tenían una excusa para no hacerlo y, cuando acabó de hablar el último, a mi padre no le hizo falta anunciarles en voz alta su negativa. El hecho es que la reunión entre Lachlan Broad y el *factor*, ya fuera real o imaginaria, había generado la percepción de que él era el hombre que el *factor* andaba buscando, y esta era la sola razón por la que nadie quería presentarse como su contrincante. Al final, la única persona a la que lograron convencer para que diera el paso fue Murdo Cock, un tonto que vivía en una cabaña en Aird-Dubh y de quien se decía que se alimentaba a base de gachas y lapas.

La votación se celebró en la casa parroquial, en Camusterrach. La tarde señalada, los hombres de las tres aldeas entraron en fila, con sus gorras embutidas en el bolsillo de la chaqueta o aferradas contra el pecho. El reverendo Galbraith saludó a cada uno de los hombres conforme fueron llegando, interesándose con preguntas genéricas por sus familias y mencionando cualquier ausencia reciente de la iglesia. El ambiente era apagado. El *factor* estaba en pie, flanqueado por los dos candidatos, y se dirigió brevemente a los allí presentes. Les agradeció su asistencia y les recordó la importancia del papel del alguacil para la feliz administración de la propiedad. No elogió a ninguno de los dos hombres y se limitó a hacer notar

el compromiso cívico que demostraban al presentarse al cargo, además de expresar su confianza en que los demás hombres sabrían escoger al candidato más capaz. El reverendo Galbraith aprovechó entonces la oportunidad para orar junto con ellos. Llegado el momento de la votación, no hubo un solo hombre que levantara la mano en contra de Lachlan Broad.

Broad no tardó en ejercer sus nuevos poderes. Una tarde, al poco de su nombramiento, realizó una visita a nuestra casa. Jetta acababa de terminar de recoger la vajilla de la cena y había reanudado sus labores de punto. Padre estaba en su silla, junto a la ventana. Yo permanecía sentado a la mesa. Todavía había luz y llevaba algunos minutos mirando hacia el exterior, por el hueco de la puerta abierta, observando como Lachlan Broad y su hermano se aproximaban. Hasta que no pasaron de largo junto a la casa de nuestro vecino no me di cuenta de que su intención era hacernos una visita a nosotros, y, para entonces, ya era demasiado tarde para alertar a mi padre sobre su inminente llegada. La enorme silueta de Broad llenó el hueco de la puerta. No pronunció saludo alguno y creo que fue la alteración en la luz lo que llevó a mi padre a levantar la vista de su libro. En ese momento, el nuevo alguacil nos deseó las buenas tardes. Mi padre se levantó, pero no fingió que se alegraba de verlo. Aeneas Mackenzie se quedó afuera, con los brazos cruzados, como guardando la entrada de posibles intrusos. Lachlan Broad se adentró uno o dos pasos en el interior de la casa y anunció que, en calidad de su recién adquirido cargo de alguacil, estaba visitando todos los hogares que quedaban bajo su jurisdicción.

Mi padre dijo con tono ladino:

—Así que ahora estamos bajo tu jurisdicción, ¿eh?

Lachlan Broad contestó:

—Estáis bajo la jurisdicción del *laird*, y, puesto que su *factor* tiene encomendada la administración de la propiedad y yo soy ahora el representante del *factor* en esta comarca, pues sí, estáis bajo mi jurisdicción.

Señaló entonces la mesa con un gesto de su mano derecha y dijo:

—¿Acaso no voy a recibir la bienvenida en vuestra casa?

Mi padre le indicó que tomara asiento y ordenó a Jetta que se fuera con su punto a otro sitio, pero no le ofreció a Broad un refrigerio como lo habría hecho con otro visitante. Lachlan Broad observó a Jetta retirarse a la estancia de atrás antes de tomar asiento en el banco y darme las buenas tardes. Le devolví yo el saludo de la manera más cívica de la que fui capaz, ya que, de haberle dicho lo que en verdad tenía en mente, es seguro que nos hubiese impuesto una sanción.



Cuando mi padre hubo ocupado su lugar en la cabecera de la mesa, Lachlan Broad empezó por constatar que le satisfacía haber conseguido el apoyo de la comunidad para hacerse con el puesto de alguacil. Luego disertó largamente sobre la responsabilidad de los individuos de cumplir con los términos del contrato de sus aparcerías. Las normas, dijo, no existían para divertimento o beneficio del *laird*, eran para el beneficio de todos los miembros de la comunidad.

—Si no hubiera normas —dijo—, viviríamos en un estado de anarquía, ¿no es así?

Mientras hablaba, daba golpecitos con los tres dedos centrales de su mano derecha sobre la mesa, de forma que producían un sonido semejante al distante galopar de un poni. Sus dedos eran gordos y ásperos, y las uñas estaban escamadas, con suciedad incrustada. A lo largo de su charla, su mirada permaneció clavada en algún punto entre la parte superior del aparador y las traveses, como si aquello fuera una reunión en la parroquia. Hizo una pausa durante unos breves instantes, como para darle a mi padre la oportunidad de responder, pero, comoquiera que este no lo hizo, continuó.

Era del parecer de que, de un tiempo a esta parte, nuestra comunidad se había convertido en la vergüenza del lugar por su escasa observancia de las normas, y por la laxitud con que estas se habían hecho valer. Nos habíamos estado comportando, dijo, como niños de escuela cuando el maestro les da la espalda, consentidos por una autoridad que, en su deseo extremo de agradar, había prestado un mal servicio a su comunidad. No obstante, interpretaba su elección como alguacil como una señal de que la gente deseaba enmendarse. Así pues, estaba aprovechando la oportunidad para recordarles a todos los aparceros sus responsabilidades para con los términos del contrato de sus respectivas aparcerías. Si no se producía un cambio a mejor, tendría que tomar medidas. Guardó silencio unos momentos antes de añadir, como si de una ocurrencia de último momento se tratase, que hablaba con la plena autoridad del *factor*.

La expresión de mi padre no había sufrido alteración alguna desde que Broad iniciara su discurso. Pero en este punto se sacó la pipa de la boca y se dispuso a rellenarla con su petaca. Hecho esto, la prendió y, despacio, le dio unas cuantas chupadas.

—No hay necesidad de que me recuerdes mis responsabilidades, Lachlan Mackenzie. Nunca he transgredido ninguna norma y tampoco he tenido nunca una marca negra junto a mi nombre.

—Lamento decirle, señor Macrae, que su respuesta no hace sino confirmar el estado de anarquía en el que nos hemos sumido recientemente; hasta tal punto es así que, de tanto ignorar las normas, ya no sabemos cuándo las estamos infringiendo. —Añadió entonces—: En cualquier caso, no le corresponde a usted ni a nadie más saber si hay marcas negras junto a su nombre.

Mi padre daba chupadas a su pipa a un ritmo regular. Rara vez conseguía uno adivinar lo que estaba pensando, pero en ese momento tuve la sensación, al detectar un leve rastro de dureza en su mirada, de que se sentía molesto. Los dedos de Lachlan Broad cesaron su tamborileo y el hombre colocó su mano izquierda, que hasta entonces había tenido apoyada sobre el regazo, plana sobre la mesa. Interpreté este gesto como una señal de que pensaba ponerse en pie y marcharse, pero no lo hizo. En su lugar, nos quedó claro que las observaciones que había realizado hasta ese momento habían sido un mero prefacio al verdadero propósito de su visita.

—Aparte de estas generalidades —dijo—, hay un asunto adicional que concierne a su hogar en particular.

Sus dedos reanudaron su tamborileo. Supuse que estaba a punto de reabrir el asunto del sacrificio de la oveja y valerse de sus poderes recién adquiridos para aumentar la sanción a mi padre, o cuando menos exigir su pago inmediato. Pero en esto me equivocaba.

—Se ha decidido —prosiguió— que la extensión de su parcela debería reducirse.

Mi padre no mudó de expresión.

—Desde la muerte de su esposa, su hogar ha visto disminuido su número de miembros y, asumiendo que no tiene usted planes de volver a casarse, doy por sentado que esta reducción es permanente. Su asignación de tierra se verá reducida, por tanto, en una quinta parte. Hay otras familias más numerosas cuyas parcelas son más pequeñas que la suya, así que se le asignará la tierra a una de ellas.

—Querrás decir que a ti —dijo mi padre.

Lachlan Broad chasqueó la lengua suavemente en señal de desaprobación y sacudió la cabeza como ofendido por la sugerencia.

—Desde luego que no a mí, señor Macrae. Eso sería abusar de mi cargo. La tierra le será asignada a la familia apropiada.

—Ninguno de mis vecinos la aceptará —dijo mi padre.

Lachlan Broad frunció la boca.

—Ya veremos —dijo—. Iría en perjuicio de todos que la tierra se quedase sin cultivar.

—Mi padre y mi abuelo araron esta tierra antes que yo.

—Sí —dijo Broad—, pero no les pertenecía a ellos y tampoco le pertenece a usted. Pertenece al *laird* y es a discreción de este que tiene usted el privilegio de ararla.

—¿Y qué pasa con el alquiler?

Maldije a mi padre para mis adentros, puesto que su pregunta revelaba claramente su intención de ceder en el asunto de la reducción de la parcela. Si mi madre hubiese estado viva, de inmediato habría echado a Lachlan Broad de la casa con una sarta de insultos, pero mi padre no estaba hecho de esa pasta.

—¿Qué pasa con el alquiler?

—Si la extensión de la parcela ha de reducirse, entonces otro tanto, de seguro, debería hacerse con el alquiler —dijo mi padre.

El alguacil soltó una risita por la nariz, para indicar cuán ridícula era la ocurrencia.

—Su alquiler, si no me equivoco, viene sufriendo atrasos desde hace algunos años —dijo—. Si me permite darle un consejo, yo no provocaría a los poderes fácticos pidiendo una rebaja.

Mi padre se levantó y, apoyando los nudillos sobre la mesa, se inclinó hacia Lachlan Broad.

—Concertaré una cita con el *factor* para tratar este asunto —dijo.

Broad permaneció sentado y extendió las manos frente a sí.

—Es usted muy libre de hacerlo —dijo—, pero puedo asegurarle que hablo con la autoridad del *factor*. Estoy convencido de que no querrá granjearse la reputación de ser uno de esos que busca socavar el funcionamiento fluido de la propiedad, cuya administración, le recuerdo, se lleva a cabo para beneficio de la comunidad y no así para el de un individuo en concreto. Tal y como usted mismo ha manifestado, no es su deseo que se añadan más marcas negras junto a su nombre. —Llegados a este punto, Lachlan Broad se levantó y dijo como si tal cosa—: La reasignación se llevará a cabo en primavera, para que tenga la oportunidad de recolectar de la tierra la cosecha de este año. Puede decidir personalmente a qué porción de tierra desea renunciar y comunicármelo en su momento.

Nos informó entonces de que, en el futuro, debíamos darle el tratamiento de alguacil Mackenzie o, simplemente, alguacil, con el fin de que no olvidáramos que actuaba en calidad de funcionario.

Mi padre no concertó una cita con el *factor* y, en primavera, la porción de la finca más alejada de nuestra casa fue adjudicada a nuestro vecino, Duncan Gregor, que vivía con su anciana madre, su esposa y sus cuatro hijos. El señor Gregor visitó a mi padre para asegurarle que nunca había buscado hacerse con esta porción de su finca y que no deseaba sacar provecho a costa de mi padre. Le propuso que las dos familias arasen la porción de tierra en común y compartiesen la cosecha entre ambas. Mi padre rechazó esta generosa oferta, diciendo que no deseaba cultivar una tierra que no le tocaba arar y que, de todos modos, las necesidades del señor Gregor eran mayores que las suyas. El señor Gregor se pasó un rato planteándole diversos argumentos a mi padre, pero este no se apeó de su decisión. Ni tampoco quiso aceptar ninguna otra clase de compensación por su pérdida.

Pronto quedó clara la naturaleza del régimen que Lachlan Broad tenía pensado imponer. Otros años, quienquiera que fuera el que había detentado el cargo de alguacil lo había hecho a su pesar y solo había desempeñado sus funciones cuando lo habían presionado a hacerlo. Lachlan Broad, en cambio, se metió en el papel con el fervor de un zorro en un gallinero. Se paseaba ufano por las aldeas de su jurisdicción, cuadernillo en mano y con un lápiz detrás de la oreja, las más de las veces acompañado por el imbécil de su hermano, por su primo o por ambos. El mantenimiento de las parcelas y el estado de los caminos, cunetas y senderos estaban sometidos a su constante escrutinio. Y no restringió sus inspecciones solo a las zonas comunales. Se metía como si tal cosa en casa de sus vecinos y se ponía a garabatear notas en su cuadernillo, cuyo contenido no le era revelado a nadie. Estas anotaciones no redundaban en sanciones inmediatas. La gente únicamente sabía que el alguacil había tomado nota de algo y que esto podría ser utilizado en su contra en algún momento futuro. En consecuencia, Lachlan Broad se encontraba con que la gente se mostraba conforme cuando les pedía que arasen su tierra o realizaran otras labores que sus obligaciones autoimpuestas no le permitían llevar a cabo.

Lachlan Broad decretó que las carreteras y caminos que conectaban nuestras casas y aldeas se habían desatendido hasta el punto de presentar un estado de deterioro inaceptable. Se trazó un programa general de obras y los hombres de la parroquia que estaban en buenas condiciones físicas recibieron el mandato de dedicarle diez días de labor en el momento que dictara el alguacil. A quienes tuvieron el atrevimiento de cuestionar esta obligación de prestar su mano de obra de forma gratuita se les informó que los términos de sus contratos de aparcería establecían como requisito mantener las carreteras

y caminos comunales debidamente drenados y en buen estado de conservación. Era, pues, una muestra de lenidad que a los aldeanos no se les estuviera pidiendo otra cosa que atender a unas responsabilidades que hasta entonces habían descuidado, en lugar de recibir una sanción por su dejadez. A pesar de las quejas que suscitara la naturaleza arbitraria de los métodos de Lachlan Broad, existía un consenso generalizado en que las mejoras que estaba introduciendo redundaban en el bien general.

Para el mantenimiento de su buen nombre, el alguacil contaba con la asistencia del elevado número de sus familiares que residía en las aldeas bajo su autoridad. Al igual que otros clanes, los Mackenzie tenían una inclinación natural a salir en defensa de los suyos y llegó a ser práctica común, o al menos así se creía, que Broad fuera informado de cualquier comentario desdeñoso que hubiese sido pronunciado en su contra. La gente aprendió así cuán sabio resultaba guardarse para sí sus opiniones acerca del alguacil.

Una tarde mi padre estaba tomando el fresco en el banco situado a la puerta de nuestra casa. Kenny Smoke se le unió y los dos hombres permanecieron allí sentados en silencio durante unos minutos, chupando sus pipas. Lachlan Broad avanzaba por el camino que iba desde la carretera a la aldea, haciendo una exhaustiva inspección de las cunetas. Kenny Smoke se sacó la pipa boca, se inclinó hacia mi padre y murmuró:

—Lachlan Broad es un zopenco de tomo y lomo, pero no se puede negar lo mucho que ha mejorado el mantenimiento del lugar.

Mi padre no contestó. No aprobaba el lenguaje de esa naturaleza.

La influencia de Lachlan Broad se extendió hasta abarcar todos los aspectos de la vida en la aldea. El final de los meses negros viene marcado, en estos pagos, por el cortado y secado de la turba, que tiene lugar tan pronto como el tiempo lo permite. Es esta una tarea que la aldea realiza como una entidad única, pues no tiene sentido que las familias corten turba solo para ellas. Se trata de un trabajo arduo, pero por lo general se lleva a cabo en un ambiente de camaradería, con cantos y refrigerios comunales. Este año, sin embargo, a pesar de que se hubiera cumplido satisfactoriamente con el cortado de la turba desde tiempos inmemoriales, el alguacil decidió que tenía que supervisar el proceso. Se organizaron turnos de trabajo y se nombró a varios ayudantes del alguacil (todos ellos familiares de Broad, sin excepción) para que supervisaran los trabajos en cada una de las aldeas de su jurisdicción. Estos ayudantes no participaban en las labores de cortado, sino que dedicaban el día a pasearse por los tremedales, ladrando órdenes a los cortadores y decidiendo en qué momento habían de tomarse los refrigerios.

Esto suscitó un enorme resentimiento, puesto que parecía que aquella labor, que los aldeanos habían acometido desde siempre por voluntad propia, se estaba ejecutando ahora solo a instancias de las autoridades. Así que trabajamos sin las canciones y el buen humor que de común acompañaban esta labor. A mí me sometieron a una vigilancia especial, puesto que, desde el incidente con la oveja, decían que no se me podía confiar un azadón. Me obligaron, pues, a trabajar a cierta distancia de los demás y, si acaso hacía un alto así fuera para secarme la frente, Aeneas Mackenzie me bramaba que dejara de vagar. Confieso que de buena gana habría estrellado mi herramienta contra su cráneo, pero, no queriendo causarle más problemas a mi padre, trabajé tan duramente como pude, regresando cada tarde de la montaña con los brazos y las pantorrillas doloridos por mis esfuerzos.

Una mañana, cuando llevábamos ya varios días cortando la turba, me di cuenta de que había olvidado los *bannocks* que Jetta me había preparado. Sin decir palabra a mis compañeros, que se encontraban reposando en los bordes del tremedal, enfilé el camino ladera abajo. Era un día cálido y soleado y tenía la espalda sudada por la labor matinal. Mientras descendía la montaña a grandes zancadas, se me ocurrió que quizá podía tomarme unos momentos de asueto en el banco de fuera de nuestra casa, con un tazón de leche. La aldea estaba tranquila. La mayoría de los hombres estaban en la montaña y las mujeres a buen seguro se encontraban ocupadas con sus propias tareas hogareñas. Mi padre, que ya no tenía fuerza para trabajar una jornada completa en las turberas, se encontraba arando al pie de la parcela con su *cas chrom* y, reparando en sus débiles esfuerzos, medité en que, así hubiese finalizado el cortado de la turba, mi siguiente tarea sería romper apropiadamente la tierra de lo que nos quedaba de parcela.

Me quedé plantado un momento en el umbral de la casa. Después de haber soportado la fulgurante luz del sol, mis ojos tardaron un poco en adaptarse a la penumbra del interior. Un débil resplandor emanaba del fuego en ascuas y un fino rayo de luz atravesaba la ventana. Me desconcertó ver una silueta plantada, de espaldas a la puerta, a un extremo de nuestra mesa. Mi sorpresa fue aún mayor cuando me di cuenta, por sus proporciones y por el pañuelo amarillo que llevaba atado al cuello, de que se trataba de Lachlan Broad. Me pareció que trataba de arrastrar la mesa, con las manos asidas a los extremos y las piernas y el cuerpo ejerciendo presión contra ella. Esto me intrigó, puesto que no se me ocurría ninguna razón para que el alguacil estuviera intentando mover nuestros muebles; y lo que es más: nuestra mesa no era de armazón tan pesado como para que un hombre de la estatura de

Lachlan Broad se las tuviera que ver y desear para levantarla. A punto estaba yo de anunciar mi presencia cuando reparé en dos piernas que sobresalían a ambos costados de las caderas de Lachlan Broad. Estas piernas se hallaban suspendidas en el aire, levemente flexionadas por la rodilla, más o menos paralelas al suelo de tierra pisada de la casa. Supe por las botas negras que calzaban sus pies que pertenecían a mi hermana. Entonces vislumbré hacia la mitad de la mesa, un segundo par de manos, que se aferraban con fuerza al canto. Permanecí en silencio en el umbral, observando durante unos minutos mientras Lachlan Broad seguía ejerciendo presión con intensidad creciente contra la mesa. El hombre comenzó a hacer unos ruidos animales y entonces, de repente, se apartó sin haber movido el mueble más que unas pocas pulgadas. Vi su miembro, que le asomaba por los pantalones, harto hinchado y tieso como el palo de una escoba. Lo tomó en su mano y se lo empujó dentro de los pantalones. Respiraba agitado por sus esfuerzos y había sudor en su frente. Yo no había hecho sonido alguno, pero volvió la cabeza hacia mí, como si todo ese rato hubiera estado al tanto de que yo me encontraba allí. Me dio los buenos días, como si su presencia en nuestra casa no tuviera nada de extraño. Se desanudó entonces el pañuelo del cuello y lo empleó para enjugarse la frente y el cuello, antes de tomarse su tiempo para retirarse el pelo de la cara y peinárselo hacia atrás con mucha calma. Bajó su mirada hacia Jetta, cuyas manos habían soltado ya el canto de la mesa, y echó a andar hacia mí. Yo me hice a un lado para dejarle pasar.

Se detuvo en el umbral y dijo:

—¿Tú no tendrías que estar en las turberas, muchacho?

Nunca me ha gustado que me llamen «muchacho», pues es el apelativo que usa mi padre para dirigirse a mí cuando está disgustado, así que le espeté:

—Yo no soy su muchacho, señor Mackenzie.

Al punto me arrepentí del arrebato, pensando que el hombre informaría a mi padre de que yo le había hablado de forma irrespetuosa y nos pondría una multa de un chelín. Pero, en su lugar, me agarró del cogote y, pegando su cara a la mía, dijo:

—Cuando seas más mayor te darás cuenta de que un hombre tiene que satisfacer sus necesidades en alguna parte. Sobre todo ahora que tu querida madre no está ya con nosotros.

Entonces rio estentóreamente y se marchó. Lo observé alejarse por la aldea, haciendo girar su pañuelo con la mano derecha, y sentí una aversión atroz hacia él.

Jetta seguía sobre la mesa; su pecho también subía y bajaba, y mis ojos se vieron atraídos hacia la oscura región entre sus muslos abiertos. Sin separar la espalda de la mesa, se bajó las faldas y las enaguas, arrugadas en torno a su cintura. Entonces se incorporó, quedando sentada, y permaneció así unos minutos, con los pies colgando por encima del suelo. Su cara estaba colorada y había perlas de transpiración en su frente. No supe qué decir, así que nada dije. Al cabo, se puso de pie y se alisó la ropa. Me preguntó qué hacía yo allí y le conté que había olvidado mis *bannocks*. Ella fue a buscarlos al aparador y se acercó con ellos adonde yo me encontraba, plantado junto a la puerta. Sus mejillas resplandecían como si hubiese estado corriendo o bailando. Me dijo que no le contara nada a Padre sobre lo que acababa de ver. Asentí y le pregunté si podía tomarme un tazón de leche.

Cogí mis *bannocks* y me senté en el banco de la entrada de la casa. Jetta me trajo un tazón de leche y regresó al interior sin mediar palabra. Mi padre estaba de espaldas a la casa y no levantó la vista. Lo observé debatirse con el arado, con el pie resbalándosele una y otra vez del posapié. Trabajaba metódicamente, pero sus esfuerzos apenas surtían efecto en la tierra. No sabría decir si había visto a Lachlan Broad entrar o salir de nuestra casa. Eso sí, durante los escasos minutos en que estuve observándolo, no levantó la vista ni una sola vez de su labor.

Cuando regresé a la turbera, Aeneas Mackenzie me llamó para que me acercase y me dijo que daría parte a su hermano de que me había ausentado de la montaña. Le contesté que no había necesidad de hacerlo, puesto que yo ya me había topado con él, y no volví a tener noticia de este asunto.

\* \* \*

Sería más o menos por esta época cuando entablé relación con Flora Mackenzie, la hija mayor de Lachlan Broad. Habíamos coincidido en la escuela, pero, debido a mi naturaleza insociable de aquellos días, era ahora cuando, a efectos prácticos, nos estábamos conociendo por primera vez. Ella era un año o así menor que yo, y, en razón de esto y de la mala sangre que existía entre nuestras familias, habíamos tenido poco contacto. En la escuela, Flora se sentaba en la parte de delante de la clase y, aunque yo no podía verle la cara, me la figuraba como una imagen de embelesamiento. Siempre era la primera en ofrecerse voluntaria para borrar la pizarra para el señor Gillies y se enorgullecía con desmesura cuando él le concedía este privilegio. Si alguna impresión me forjé de ella por aquel entonces, fue el de una niña tonta con unas ganas tremendas de agradar a quienes detentaban alguna autoridad.



Una tarde me pusieron a trabajar, rompiendo la tierra, en la parcela de Lachlan Broad. Flora estaba barriendo fuera de la casa y cuidando de su hermano pequeño, Donald. Aunque me encontraba de espaldas a ella, noté que me observaba. Proseguí con mi labor durante unos minutos, sintiendo en todo momento sus ojos clavados en mí. Hice una pausa y me giré hacia ella. Estaba apoyada en el palo de su escoba y no hizo ademán de disimular que había estado mirándome. Me apoyé yo en el mango de mi laya, imitando su postura, y me la quedé mirando también. Permanecimos así unos momentos, como si participásemos en un juego. Luego ella se encogió de hombros y entró en la casa, como si de pronto se hubiese acordado de atender una tarea ineludible allí dentro. Algo más tarde, emergió de la casa y me trajo un tazón de leche.

—He pensado que quizá tuvieras sed —dijo, tendiéndomelo.

Lo tomé de sus manos y lo vacié de un solo trago.

—Gracias —dije. Me limpié la boca con el dorso de la mano. Ella me cogió el tazón y regresó a la casa, con sus caderas balanceándose conforme se abría paso entre los surcos.

Una tarde, unos días después, yo salía del cobertizo de detrás de nuestra casa. Había corrido la puerta y estaba enrollando la cuerda a la jamba podrida cuando noté la presencia de otra persona. Completé la tarea de asegurar la cuerda como si no supiera que tenía compañía. No sabría decir por qué interpreté este pequeño teatrillo, salvo, quizá, porque no quería que la persona en cuestión pensara que había estado ocupado en alguna actividad secreta. Debí dar por sentado que era Jetta, aunque no había razón alguna para que me estuviese observando en silencio. Sabía que no era mi padre porque, después de cenar, había tomado asiento ya junto a la ventana y, una vez allí, rara vez se movía hasta que se retiraba a dormir. Pero de lo que estoy seguro es de que no era Flora Broad a la que esperaba ver plantada junto al cantón de la casa de los Gregor. Mi expresión debió delatar mi sorpresa, porque ella soltó una risita y se llevó la mano a la boca, como si desde el principio hubiera sido su intención sobresaltarme y estuviese encantada con el éxito de su empresa.

No supe qué decir, así que simplemente me la quedé mirando. Flora había cambiado de forma notable desde nuestros días en la escuela. Sus rasgos se habían tornado menos infantiles, su nariz y su boca algo más grandes. El pelo lo llevaba recogido a la manera que estilaban las mujeres, no con trenzas de niña. Su cuerpo era más rollizo y su busto ahora rellenaba el corpiño de su vestido de forma agradable. Su falda llegaba hasta tres o cuatro dedos por encima de sus tobillos y el volante de sus enaguas asomaba por debajo del

dobladillo de esta prenda. En los pies calzaba un par de pulcras botas negras. Me pregunté si se habrían comprado con los chelines que estábamos pagándole a su padre en compensación por la oveja. Ella me estudiaba con la cabeza ladeada, como si fuera un fenómeno en una feria ambulante.

Flora me dio las buenas tardes y me preguntó qué había estado haciendo. Contesté que no era asunto suyo lo que estaba haciendo, y que yo podría hacerle la misma pregunta. Ella dijo que, si no quería contarle lo que había estado haciendo en el granero, debía de tratarse de alguna travesura. Añadió entonces que su padre decía que yo era un bellaco y que le había dicho que se mantuviera alejada de mí. No me sorprendió enterarme de que Lachlan Broad no tenía buena opinión de mí, pero me pareció que Flora me lo había contado no tanto para ofenderme como para dar a entender que al ir en mi busca había desafiado los deseos de su padre.

—¿Y qué diría tu padre si supiera que estás hablando conmigo ahora? — pregunté.

Flora se encogió de hombros y abrió mucho los ojos, como si fuese un asunto sin trascendencia para ella.

—Si yo fuera tu padre, te daría una buena zurra —dije.

—A lo mejor la zurra te la daba él a ti —repuso.

—No dudo de que eso sería un enorme placer para él.

Flora soltó una risita, como si la perspectiva de verme recibir una paliza la divirtiese. Me preguntó entonces por segunda vez qué había estado haciendo en el granero. Y, comoquiera que ahora sentía que había una especie de vínculo entre nosotros, le conté que había estado cuidando de un polluelo que, dos o tres días antes, me había encontrado en la hierba, justo en el punto donde ella estaba ahora. Señalé un nido que había en el hastial de la casa, encima de su cabeza, y desde el cual se había caído el pajarillo.

—¿Por qué no lo devolviste al nido? —preguntó.

No sabía yo cómo contestar a esta pregunta, puesto que solo había querido salvar al pajarillo; aquella habría sido, desde luego, la línea de acción más sencilla. La verdad es que a menudo cuidaba de pájaros o animales heridos, pero lo hacía a escondidas, ya que mi padre consideraría mi afición una pérdida de tiempo o, peor aún, un desafío a la voluntad de Dios. En cualquier caso, las más de las veces mis ahijados morían. Dos años atrás, sin embargo, había criado a un polluelo que encontré mientras traía bloques de turba desde la ladera. Cuando le salieron las plumas caí en la cuenta de que era un cuervo y lo llamé Blackie. Una tarde, cuando fui al granero a alimentar a mi ahijado, este ya no estaba, y supuse que se había hecho lo bastante fuerte como para

seguir su camino por el mundo él solo. No sé si estos pájaros permanecen en las inmediaciones de su lugar de origen, pero siempre que veía a un cuervo pavoneándose sobre los rastrojos de una parcela o posado en el muro de piedra junto a la carretera de Toscaig me preguntaba si sería Blackie y si había algún destello de reconocimiento en su ojo.

En estos pagos, los cuervos no son bienvenidos, ya que se los considera un augurio de mala fortuna. Las gentes de Aird-Dubh, dedicándose como se dedican en su mayoría a la pesca, están particularmente predispuestos en contra de estos pájaros, y ver a un cuervo posado en una de sus embarcaciones causa gran consternación entre ellos. He visto a pescadores lanzando piedras de tamaño considerable contra un pájaro agravioso sin reparar en el daño que podían causarle a su propio barco, como si al repeler el símbolo fueran a conjurar la mala fortuna que presagia. Así y todo, nunca he sabido de un lugareño de Aird-Dubh, ni de ninguna otra parte si se quiere, que haya alterado su línea de acción cuando ha sido así alertado de un peligro. La actitud habitual en estos pagos, si uno ha de recibir la visita de la mala fortuna, es no hacer nada, pues no hay nada que pueda hacerse para evitarlo. Si una tripulación abortase su salida de pesca, bien podría suceder que uno de ellos, algo más tarde ese día, recibiera un golpe en la cabeza tras el desplome de una trabe en su casa. No es posible saber por adelantado la forma que adoptará la mala fortuna y es, por lo tanto, inútil hacer otra cosa que no sea lo que uno tenía intención de hacer desde el principio. De ahí que esa costumbre de lanzar proyectiles contra el heraldo resulte aún más desconcertante. Es más, cuervos haylos y en gran número por estos pagos, y uno podría pasar buena parte de cada día tratando de ahuyentarlos. A mí me parece que, si la mala fortuna se abate sobre una persona, es muy probable que esta, al hacer memoria, pueda recordar que un cuervo estaba posado esa mañana en el hastial de su tejado, pero esto no significa que sea razonable creer que existe conexión alguna entre los dos sucesos.

Pregunté a Flora si le gustaría ver al pájaro herido y ella contestó que sí. Dirigí mis ojos a un lado y a otro para dejar claro que lo que estábamos a punto de hacer formaba parte de un secreto del que ella era la única confidente. Desaté entonces la cuerda y Flora me siguió al interior. Cerré la puerta, corriéndola, detrás de nosotros. No había más luz que la que se colaba a través de los huecos de los tablones de las paredes y por una pequeña ventana situada en lo alto del hastial. Sentí el impulso de coger a Flora de la mano para conducirla hasta la viga donde había ocultado a mi ahijado, pero no lo hice. A cambio permanecemos allí quietos un rato, muy juntos,

permitiendo que nuestros ojos se acostumbraran a la media luz. Podía oír el suave sonido de la respiración de Flora. Me adelanté para guiarla hasta la esquina y acerqué la banqueta de ordeño a la que me subía para cuidar de mi ahijado. Le indiqué a Flora que debía subirse para ver al pajarillo. Ella se acercó y me tendió la mano para no perder el equilibrio mientras se encaramaba a la banqueta. Se alzó sobre las puntas de sus botitas, que estaban pulcramente atadas a los tobillos con sendos lazos. Sus dedos se demoraron entre los míos un momento antes de que ella colocara ambas manos sobre la viga. Había yo construido un nido provisional de palitos y hierba, y lo había cubierto con un lecho de plumas de las gallinas. Además, también estaban las tiras de tela que había colocado encima del pajarillo para remedar el calor de su madre. Flora dejó escapar un pequeño suspiro cuando vio la cabecita del polluelo asomando entre el gurrño de jirones, y se quedó allí varios minutos, aun cuando este estaba dormido y no había mucho que mirar.

—¿Qué le das de comer? —preguntó con un susurro.

—Insectos —contesté yo—. Y gusanos de la parcela.

Extendió la mano hacia atrás, con el objeto de que yo pudiera sostenerla mientras se bajaba de la banqueta. Luego se encaminó de vuelta hacia la puerta. Yo coloqué la banqueta en el rincón contrario del granero a fin de que mi padre no la viera allí y se preguntara qué hacía a los pies de la viga. Me habría gustado quedarme un rato más en el granero con Flora, pero no se me ocurrió ningún pretexto para hacerlo. Abrí la puerta de un empujón y asomé la cabeza para comprobar que no había nadie que pudiera vernos, luego hice pasar a Flora al exterior.

—Gracias por enseñármelo —me dijo.

—Me alegra habértelo enseñado —contesté.

Se apartó un paso.

—Será mejor que me marche. Padre estará preguntándose por dónde paro.

—Pues te va a dar una buena paliza.

—Si le digo dónde he estado, serás tú el que reciba la paliza —dijo con una sonrisita.

Entonces desapareció por el recodo de la casa. Yo aseguré la cuerda a la jamba por segunda vez y me dirigí a la parte delantera de la casa. Me senté en el banco y observé a Flora alejarse por la aldea. Por sus andares, parecía que su cuerpo iba entonando una canción. Para entonces empezaba a oscurecer y el humazo pendía muy bajo sobre el agua. Al poco, Jetta salió de la casa y se sentó junto a mí con su labor de punto. Estuve escuchando el apacible chascar de sus agujas en el aire estático y le pregunté qué tejía. Ella no me hizo caso

y, a cambio, inquirió con quién había estado hablando en el granero. Sentí que mis mejillas se ponían coloradas y contesté:

—Con nadie.

Ella depositó la labor sobre su regazo y me miró con expresión seria.

—Vamos, Roddy —dijo—, sabes perfectamente que hablabas con alguien y sabes perfectamente que yo sé que hablabas con alguien.

—Entonces ya debes saber con quién estaba hablando —le dije yo.

—Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

Eché un vistazo hacia la puerta de la casa, y luego dije, en voz baja:

—Con Flora Broad.

—¡Con Flora Broad! —exclamó Jetta como si fuera una gran revelación—. ¡La pequeña y preciosa Flora Broad!

La hice callar.

—Te oirá Padre —dije.

—De modo que ahora vas detrás de Flora Broad —prosiguió—. ¿Es que con tu Jetta ya no tienes suficiente?

—No voy detrás de ella —dije.

—Pero seguro que te has fijado en lo bonita que es y en lo bien que rellena ahora sus vestidos.

—No me he fijado en nada de eso —dije, a la vez que mis mejillas se ponían coloradas por segunda vez.

Jetta rio. Eso me alegró, pues no se había mostrado muy presta a reírse en los últimos meses. Entonces su cara se ensombreció de la manera en que siempre lo hacía cuando recibía el augurio de alguna desgracia.

—Pobre Roddy —dijo—, sé que no tienes mala intención, pero estoy en la obligación de decirte que no saldrá nada bueno de esto y que debes mantener las distancias con Flora Broad.

Bajé los ojos, consternado por que ella hubiese escogido alterar así de rápido los humores entre ambos. No tuve duda de que su consejo se basaba en alguna señal del Otro Mundo, pero nada podía hacer yo para alterar el curso de lo que había de suceder, y en ese punto tampoco deseaba hacerlo.

Unos días después, mi padre y yo madrugamos para aprovechar la marea baja. Era una mañana húmeda, en calma. El humazo de las casas se pegaba al suelo como una mortaja. Una gruesa capa de rocío cubría la tierra arada de la parcela. Teníamos intención esa mañana de recolectar las ovas marinas que, junto con el estiércol de invierno del ganado, nutrirían nuestros cultivos. Nos encaminamos hacia la orilla, con frecuencia resbalándonos en las viscosas rocas. Mi padre estaba agarrotado por el reuma, así que me tocaba a mí cortar

las ovas marinas de las rocas, y me apliqué a la tarea. Era un trabajo arduo. Mi zapa estaba desafilada y cada puñado de ovas marinas que tajaba de las rocas requería un esfuerzo considerable. Mi padre, apoyado en su horca, me miraba trabajar, haciendo frecuentes observaciones sobre cómo debía alterar mi manera de coger la herramienta o enderezar la espalda mientras trabajaba. Yo hice caso omiso de sus consejos. Una vez que hube reunido un buen montón, Padre se embarcó en la faena de trasladarlo más allá de la línea de pleamar. Perdía la mitad del cargamento entre los gajos de su horca en cada viaje, pero no se molestaba en detenerse para recuperarlo. En más de una ocasión perdió por completo el equilibrio, lanzando por los aires todo lo que llevaba en la horca y dando con sus huesos en las rocas. A pesar del desperdicio de nuestro esfuerzo, no podía evitar echarme a reír cada vez que esto ocurría. Mi padre como un cangrejo boca arriba, con las piernas y los brazos agitándose inútilmente en el aire, hasta que conseguía incorporarse de nuevo.

No obstante, según fue pasando la mañana cogimos cierto ritmo. Así subía la marea, así proseguía yo la faena más y más orilla arriba, de tal manera que los viajes de mi padre se iban acortando sin cesar. Padre incluso se puso a canturrear para sí. Era un canturreo extraño, que tenía más de hablado que de musical y que solo él comprendía, pero era un canturreo de todas maneras, y me complacía escucharlo. Llegado el mediodía habíamos cosechado una pila de cuatro pies de alto, suficiente para cubrir la mitad de nuestra tierra. Desde allí podía ser transportada hasta la parcela en carretón, una tarea sencilla. Padre se sentó en una roca junto a nuestro montón, sacó la pipa del bolsillo de su chaqueta y la prendió. Con este gesto di por cumplida la tarea de la mañana. Estuvimos sentados en silencio unos minutos, sintiendo una suerte de satisfacción compartida por lo que habíamos logrado. Luego Padre me ordenó que fuera a la casa y trajera un poco de leche y unos *bannocks*.

Bajaba por el terruño, de regreso, cuando divisé las siluetas de Lachlan Broad y su hermano caminando por la carretera hacia donde mi padre estaba sentado. Pararon y le dieron a mi padre los buenos días, saludo al que él no respondió, o al menos no le oí yo hacerlo. Se encontraba de espaldas a mí y pude ver una fina voluta de humo elevarse desde su pipa. Como no hacía viento, quedó suspendida en torno a su gorra al igual que más temprano había pendido el humazo entre las casas. Temí que Lachlan Broad fuera a quejarse sobre mi relación con su hija, y apresuré el paso hacia ellos, como si así fuera a disuadirlo. Le tendí a mi padre su tazón de leche.

—Veo que están recogiendo ovas marinas —decía Lachlan Broad.

Mi padre nada dijo.

—¿Con qué propósito, si se me permite preguntar?

—Bueno, ¿y con qué propósito podría estar recogiendo ovas marinas? —respondió mi padre. Mantuvo los ojos clavados delante de sí, mirando hacia la bahía. Una foca asomó la cabeza por la superficie del agua y observó la escena unos momentos antes de sumergirse silenciosamente de nuevo, arqueando su lomo.

Lachlan Broad hizo un gesto con la mano, con el que pareció querer sugerir que podía haber muchas razones para recoger ovas marinas. Aguardó unos instantes antes de continuar.

—¿Acaso no va a contestar a mi pregunta?

—Yo solo conozco una razón para recoger ovas marinas —repuso mi padre—. Siendo así, no veo el sentido de contestar a tu pregunta.

El alguacil se volvió hacia su hermano con una expresión de desconcierto, como si no lograra entender por qué mi padre se comportaba de manera tan obstruccionista. Aeneas Mackenzie baló como una oveja.

—Puesto que me obliga usted a adivinarlo —prosiguió Lachlan Broad—, ¿hago bien en suponer que recoge ovas marinas con el propósito de esparcirlas por su terreno?

—Eres muy sagaz, alguacil —dijo mi padre, poniendo especial énfasis en esta última palabra.

Lachlan Broad arrugó ahora los labios y asintió despacio, como si esta respuesta lo inquietase.

—¿Es usted consciente, señor —dijo—, de que los frutos de la orilla, incluidas estas ovas marinas, son propiedad del *laird*?

Mi padre se sacó la pipa de la boca, pero no dijo nada. Lachlan Broad insistió en este punto.

—¿Es usted consciente de ello, señor Macrae?

Mi padre alzó su tazón de leche y lo apuró de un trago. La nata formó en sus bigotes una gusarapa amarilla que permaneció allí durante el resto de la conversación.

—¿Y qué uso podría dar el *laird* a unas pocas hozadas de ovas marinas? —dijo. Mantenía la mirada en todo momento fija en el horizonte.

Lachlan Broad sacudió la cabeza, como si mi padre lo hubiese malinterpretado, o, más bien, como si la culpa fuera suya por no haber expresado con claridad lo que había querido decir.

—No es cuestión de que el *laird* pueda o no dar uso a las ovas marinas; de lo que se trata, simplemente, es de que las ovas marinas son propiedad del

*laird*. —Hizo una breve pausa—. Estoy convencido de que no hace falta que informe a un hombre tan devoto como usted de que no le corresponde a nadie coger lo que a otro pertenece.

Los ojos de padre se clavaron en él como flechas.

—Como bien sabes, Lachlan Broad, la gente siempre ha cogido ovas marinas para sus tierras, incluidos tú y tu padre.

—Así es, cierto, pero, si lo hemos hecho, ha sido solo con la bendición del *laird*. Va totalmente en contra de los términos de su contrato de aparcería hacer uso de los frutos de la tierra o de la orilla sin antes haber solicitado permiso para ello.

Mi padre se levantó de la roca en que había permanecido sentado y dio un paso hacia Broad.

—¿Hago bien en suponer que no se ha solicitado dicho permiso? —preguntó el alguacil.

Mi padre era quince buenos centímetros más bajo que Broad, pero levantó la barbilla hacia la cara de este en un gesto forzado. Su pecho quedaba a escasos centímetros del de Broad. Aeneas Mackenzie se pegó un poco más al hombro de su hermano y emitió una risita estúpida. No tuve la menor duda de que con gusto derribaría a mi padre contra las rocas si este daba un paso más.

Lachlan Broad permaneció tal cual, aparentemente impertérrito ante la proximidad de mi padre.

—Señor Macrae —dijo—, cuando fui nombrado alguacil de estas aldeas, manifesté que la observancia de las normas que gobiernan nuestra existencia se había desatendido de una manera vergonzante para todos nosotros. Y, puesto que, si no recuerdo mal, no se opuso usted a mi elección, asumo que es de la misma opinión.

—Yo no sé nada de esas normas que tanto te obsesionan —dijo mi padre.

Broad rio para sí.

—Me parece que todos conocemos las normas. En nada le beneficia fingir que ignora su existencia.

Mi padre aspiró ruidosamente por la nariz. Agarraba la pipa con tanta fuerza en su puño que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Siento que haya desperdiciado toda una mañana de faena —dijo Broad—, pero es mi deber pedirle que devuelva estas ovas marinas al lugar de donde las ha sacado.

—No haré tal cosa —dijo mi padre.

Lachlan Broad exhaló despacio e hizo chasquear la lengua.



—En cuanto alguacil de su aldea, le aconsejo que haga lo que le sugiero. Le ofrezco la oportunidad de rectificar esta transgresión de las normas sin imponerle una sanción, que sé que difícilmente puede permitirse pagar. Y estoy más que convencido de que preferirá resolver este asunto sin la intervención del *factor*.

Se apartó de mi padre con un paso atrás, luego le dio una palmada en el hombro y dijo:

—Lo dejo en sus manos. No me cabe duda de que tomará la decisión correcta.

Entonces le hizo una señal a su hermano y los dos reemprendieron el camino de regreso a la aldea. Mi padre partió su pipa en dos y, luego, arrojó los trozos al suelo y los trituró con la suela de su bota. Entonces me dijo que devolviese las ovas marinas a la orilla y echó a andar, furioso, de regreso a casa.

Esa misma tarde, Lachlan Broad vino a visitarnos a nuestra casa. Mi padre estaba sentado en su silla, mirando por la ventana, y a buen seguro tuvo que verlo aproximarse, pero, cuando Broad cruzó el umbral, bajó los ojos hacia el libro que tenía en el regazo y fingió no ser consciente de la presencia de este. Jetta levantó la vista de sus quehaceres y, al verlo, abrió mucho los ojos y aspiró ruidosamente, boquiabierta. Lachlan Broad la miró de hito en hito, pero no la saludó. Procedió el hombre, entonces, a dar unos golpes en la jamba de la puerta para llamar la atención de mi padre y le preguntó, esta vez tuteándolo, si podía hablar con él un momento. Mi padre volvió a fijar los ojos en su libro y simuló acabar el pasaje que se encontraba leyendo. Luego se levantó y dio unos pasos hacia Broad.

—Seguro que, de negarte la entrada a mi casa —dijo—, no tardarías en señalarme que en modo alguno esta casa es mía, sino que es propiedad del *laird*, y que, así las cosas, no tengo derecho a impedirte.

Lachlan Broad rio con ganas, como si mi padre le hubiese contado un chiste jocoso.

—Estoy convencido de que no hemos llegado al punto de negarnos el uno al otro la hospitalidad de nuestros hogares. —Entonces le dio una palmada en el brazo, como si fueran amigos íntimos, y, con la mano posada sobre el hombro de mi padre, lo condujo hacia la mesa—. Me resisto a creer que nuestra conversación de esta mañana pueda haber empañado nuestra buena relación.

No respondió mi padre a esto, pero tampoco ofreció resistencia a la maniobra de Broad. Los dos hombres se sentaron a la mesa: mi padre en la

cabecera, Broad en el banco, dando la espalda a la puerta, así que su cara solo quedaba iluminada por el halo anaranjado del fuego. Se diría que estaba ansioso por que el ambiente fuera cordial. Yo me encontraba de pie, de espaldas al aparador. Me inquirió sobre mi salud y, no queriendo desagradarle, contesté que estaba muy bien. Me preguntó si no iba a sentarme con ellos a la mesa. Yo miré a mi padre y, comoquiera que este no puso objeción alguna, así lo hice. Broad señaló entonces con un gesto el llar y, con un aire excesivamente jovial, dijo:

—Jetta, ¿es que no tenéis un *strupach* para agasajar al fatigado viajero?

Miró Jetta a mi padre, que no hizo ningún gesto ni en un sentido ni en el otro. Así pues, se dispuso a preparar el té, y, en tanto, Broad le dirigió una serie de preguntas, todas ellas en tono hartamente afable. Jetta repuso con buenos modales, pero con un expendio mínimo de palabras y sin levantar una sola vez los ojos hacia él. Reparé, no obstante, en que sus mejillas estaban muy encarnadas cuando colocó la taza delante de nuestro huésped. Entonces ella, por petición de mi padre, se retiró a la estancia de atrás. Broad dio un sorbo a su té y dejó escapar un suspiro apreciativo, como si realmente hubiese recorrido una gran distancia para llegar hasta nosotros.

—John —empezó, inclinándose hacia delante—, temo que el incidente de la orilla pueda haberte suscitado cierta animosidad. He creído, pues, conveniente esclarecerte mi parecer acerca del suceso de esta mañana, a fin de que puedas comprender que no tenía más alternativa que actuar como lo he hecho.

Puesto que mi padre no respondió, el hombre continuó:

—Solo te pido que tomes en consideración las consecuencias de permitirte recoger las ovas marinas.

—Las familias llevan recogiendo ovas marinas desde tiempos inmemoriales —dijo mi padre—, y, que yo recuerde, sin consecuencias, como tú las llamas.

—Eso es cierto, por supuesto —dijo Broad—, pero quizá no me haya expresado con claridad. No es, en sí, de la recogida de las ovas marinas de lo que se trata. De lo que se trata es de carecer de la autorización apropiada para hacerlo. De haber permitido que continuaras con tu recolección esta mañana, ¿no habría sido esto interpretado, por individuos menos escrupulosos que tú, como una señal de que es aceptable recoger ovas marinas cuando y como a la gente se le antoje? Difícilmente podría haberte permitido proseguir y, luego, pedirle mañana al señor Gregor que se abstuviera de hacerlo. Este objetaría con toda razón que, en el día de hoy, yo te había permitido recoger ovas

marinas, así que ¿por qué no iba a poder él hacer otro tanto? Las normas, y en esto estoy seguro de que convendrías conmigo, deben aplicarse a todos por igual.

Entonces extendió sus enormes manos ante sí, como para sugerir que lo que había dicho era irrefutable.

—Ahora bien, aunque me hago cargo del inconveniente que supone devolver las ovas marinas a la orilla, estoy convencido de que comprendes perfectamente que, de no haber actuado como lo he hecho, tendría que haber procedido a aprobar toda recolección no autorizada de las ovas marinas. Como muy bien has señalado, esta recolección lleva tiempo produciéndose sin control alguno, y, si bien puedes pensar que ello no tiene consecuencias, yo argüiría que la consecuencia es el desacato generalizado de las normas del que todos somos culpables. Comoquiera que fui elegido para ocupar el cargo de alguacil con el fin expreso de restaurar el orden, al pasar por alto la transgresión de esta mañana no habría sino convertido mi mandato en una pantomima.

Hizo una pausa para dar un sorbo al té y, con delicadeza, volvió a colocar la taza sobre el platillo. Los ojos de mi padre siguieron el movimiento de su mano. Después vino un momento de silencio, que quedó patente que mi padre no iba a romper. Lachlan Broad se volvió hacia mí y dijo:

—Tu padre es un hombre de principios, Roddy. Me temo que no lo he convencido de mis buenas intenciones.

No contesté y, en cambio, clavé mis ojos en la mesa para evitar su mirada. Él se dirigió entonces a mi padre de nuevo, con un tono de voz que, ahora, delataba cierta exasperación.

—Quizá te parezca que hago valer las normas con fanatismo, o que obtengo alguna satisfacción personal en el ejercicio de estos poderes. Nada más lejos de la realidad. Cierto es que, de por sí, la recolección de ovas marinas es un asunto baladí, pero, si fuera lícito coger ovas marinas de la orilla, ¿no haría bien la gente en concluir que es lícito también hacerse con los peces de los ríos o con los ciervos de las laderas?

—No veo que sean cosas comparables —dijo mi padre.

—Pero lo son —dijo Broad, meneando el dedo índice para recalcar este hecho—. No seré yo quien instruya a un hombre devoto como tú sobre asuntos teológicos, pero creo que el octavo mandamiento no hace ninguna distinción entre el robo de un objeto grande y el de uno pequeño.

—¿Me estás acusando de robo? —dijo mi padre en voz baja.

—No te acuso de nada —dijo Broad, desechando la idea con un gesto de la mano—, pero no veo de qué otra forma podría interpretarse el hecho de coger una cosa que no es tuya.

Mi padre consideró estas palabras durante unos momentos antes de manifestar que, si Broad daba por expresada su opinión, no había razón para que permaneciese allí más tiempo.

El alguacil no se movió del banco. Apuró los últimos sorbos de su té y se pasó el dorso de la mano por la boca. Sus dedos se demoraron allí, sobre su rostro, unos instantes, atusando su bigote.

—No he venido aquí a verter acusaciones, John —dijo—. Si me he expresado con torpeza, te pido perdón. He venido, por el contrario, con afán de reconciliación. En circunstancias normales, la multa por la transgresión de esta mañana sería de diez chelines. No obstante, a tenor del hecho de que, como bien has señalado, las ovas marinas llevan recogándose de la costa desde tiempos inmemoriales y de que, cuando te he hecho notar tu error, las has devuelto a la orilla, estoy dispuesto a no imponer la multa en esta ocasión.

Si Lachlan Broad pensaba que mi padre iba a darle las gracias por este acto de caridad, se equivocaba.

—Antes prefiero pagar los diez chelines que quedar en deuda contigo.

Lachlan Broad asintió.

—Lo respeto, pero, puesto que no hay diez chelines que pagar, no hace falta que cuentes esto como un favor por el que debieras sentirte en deuda conmigo.

Hizo tamborilear los dedos una vez sobre la mesa, como para dar el asunto por satisfactoriamente concluido. Pareció que estaba a punto de marcharse, pero entonces se detuvo, como si otra cosa se le hubiese venido de pronto a la mente.

—Por supuesto —dijo—, sigues necesitando ovas marinas.

—No es mi deseo tomar nada que no me pertenezca —dijo mi padre.

—Como llevo un rato intentando explicar —dijo Broad—, la cuestión no es si coges o no algo que no te pertenece, se trata simple y llanamente de seguir el trámite apropiado.

—Ya he tenido más que suficiente de trámites y normas estos últimos meses.

—No digo yo que no, pero los trámites existen y han de respetarse. En este caso, lo único que se requiere es elevar una solicitud al *factor*, donde expreses tu deseo de recoger ovas marinas de la orilla con el propósito de

esparcirlas por tu parcela. Dicha solicitud puede realizarse a través del representante del *factor*.

—Es decir, a través de ti —dijo mi padre.

Broad indicó con una leve inclinación de la cabeza que ese era indudablemente el caso.

—Visto el grado de entendimiento al que hemos llegado esta tarde —dijo —, no veo que haya razón alguna para no aceptar una solicitud oral, y puedo asegurarte que dicha solicitud se examinaría de manera favorable.

Los finos labios de mi padre temblaron, pero nada dijo. Pasados unos instantes apareció una gallina rolliza; su silueta se recortaba contra la luz que entraba por la puerta, y asomó la cabeza por el umbral como si buscara a sus compañeras. Tenía la pata izquierda suspendida en el aire, replegada debajo del pecho como una mano atrofiada. Entonces, como no encontrara lo que buscaba, retrocedió y desapareció de la vista. Lachlan Broad se encogió de hombros y dijo:

—Doy por hecho, entonces, que no quieres presentar dicha solicitud.

Nos dio, pues, las buenas noches de buen ánimo, como si acabásemos de pasar en mutua compañía una hora de lo más amena, y se marchó. No me cabe duda de que estaba encantado consigo mismo y sentí, en ese momento, un odio tremendo hacia él. Había quedado claro que era un tipo listo y que mi padre, mucho más corto de entendederas, no podía competir con él.

Padre permaneció sentado a la mesa y se pasó el resto de la tarde con la mirada perdida en el vaquerizo vacío. Al no haber nada que decir sobre lo que había pasado, salí y me senté en el banco de fuera. La gallina que antes se asomara a la puerta estaba ahora picoteando el terreno entre las casas. Pocos minutos después, Lachlan Broad salió de casa del señor Gregor y, sin mirar en mi dirección, siguió avanzando por la aldea para, a continuación, hacer un alto en casa de Kenny Smoke.

A la mañana siguiente, con la bajamar, tuvo lugar una recolección comunal de ovas marinas en la orilla y, hacia el final de la tarde, esta ya había sido esparcida por todas las parcelas, salvo la nuestra. Mi padre no hizo comentario alguno sobre esta circunstancia y se limitó a seguir con lo suyo como si nada. Unos días después escuché que le comentaba a Kenny Smoke, mientras se fumaban una pipa en el banco de fuera de nuestra casa, que no había forma de saber si las ovas marinas aportaban realmente algún beneficio a los cultivos. Solo era algo que la gente hacía por costumbre, porque sus padres y sus abuelos lo hacían antes que ellos. Kenny Smoke contestó que lo mismo podía decirse de muchas de nuestras prácticas.

El señor Sinclair viene a verme con mucha frecuencia y he acabado por disfrutar de sus visitas. La primera vez que entró en mi celda le ofrecí mi cama para que se sentara en ella, pero él la miró con cierto desdén y siguió en pie, de espaldas a la puerta. Sugirió que me pusiera cómodo, pero me pareció indecoroso sentarme en presencia de una persona de tan elevada categoría, así que me quedé de pie en la esquina, bajo la ventana alta. Él iba con un traje de *tweed* y unos zapatos de cuero marrones con cordones, prendas muy poco indicadas para el deprimente entorno en el que se encontraba. Su piel se veía lozana, y las manos, rosadas y suaves. Yo le echaría unos cuarenta años<sup>[6]</sup>. Tenía esa forma de hablar mesurada y elegante propia de los caballeros.

El señor Sinclair me informó de que me había sido designado como abogado y de que su deber consistía en representarme en la medida de sus posibilidades. Me dijo, entonces, que era para él un enorme placer conocerme, y la idea de que un caballero pudiera dirigirse a un infeliz como yo de semejante manera se me antojó tan cómica que me eché a reír de forma completamente descontrolada. Aguardó a que recuperase la compostura y, luego, me informó de que cualquier cosa que yo le contara era confidencial, antes de explicarme el significado de la palabra *confidencial* a la manera de un maestro dirigiéndose a un alumno retrasado.

Le dije que no hacía falta que me explicara el significado de esta o de ninguna otra palabra y, aun es más, que yo no tenía necesidad de sus servicios. Contestó que, si deseaba disponer de otro abogado, aquello podía solucionarse fácilmente. Sin embargo, no era la identidad de mi abogado a lo que me refería, expliqué; la cuestión era más bien que no requería los servicios de ningún abogado, puesto que no tenía intención de negar los cargos de los que se me acusaba. El señor Sinclair se me quedó mirando un rato, con expresión seria. Me dijo que comprendía mi postura, pero que la ley requería que yo estuviese representado ante el tribunal.

—Me interesa muy poco lo que la ley requiera —contesté—. La ley me importa un comino.

No sé qué fue lo que me poseyó para hablarle de esta manera tan indecorosa, aparte de un cierto resquemor ante el hecho de que me dijeran lo que se requería o no se requería de mí. Además, me mortificaba y no poco hallarme en presencia de un caballero mientras los contenidos de mis intestinos descansaban en un balde a mis pies, y deseaba con todas mis fuerzas que me dejara tranquilo.

El señor Sinclair apretó los labios y asintió lentamente.

—Así y todo —dijo—, es mi deber advertirlo de que prescindir de un letrado podría ir muy en contra de sus intereses.

Se sentó en mi jergón y adoptó un tono más coloquial, tuteándome. Me explicó que le estaría prestando un gran servicio si mostraba la deferencia de permitirle plantearme unas preguntas. Sintiéndome como me sentía un tanto arrepentido, le indiqué que no tenía inconveniente y él pareció complacido. El caballero me había tratado con una cortesía injustificada y no había razón para que le causara problemas.

El señor Sinclair procedió entonces a hacerme una serie de preguntas genéricas sobre mi familia y las circunstancias de mi vida, muy como si fuéramos un par de iguales entablando amistad. Contesté a sus preguntas con sinceridad, pero sin extenderme, porque no veía cómo los particulares de mi vida en Culduie podrían resultar de interés ni a él ni a nadie. No obstante, el señor Sinclair gastaba unas formas delicadas y agradables, y empecé a disfrutar de su compañía. Aunque no fuera más que eso, nuestro diálogo sirvió para romper la monotonía del día. Cuanto más hablábamos, más extraño se me hacía que él conversara conmigo, así, como si las circunstancias fueran del todo normales y no al contrario, pues el hecho era que él, un caballero, se hallaba departiendo con un asesino inculto. Me pregunté si no sería que no lo habían informado acerca de mis crímenes, o quizá no me encontrase yo en una prisión después de todo, sino en un manicomio, y quizá el señor Sinclair fuera uno de mis compañeros de internamiento. Sin embargo, cuando la parte más genérica de nuestra conversación llegó a su fin, el señor Sinclair abordó el verdadero motivo de su visita.

—Bien, Roderick —dijo—, hace unos días se cometió un crimen atroz en tu aldea.

—Sí —lo interrumpí, pues no quería que continuara—. Maté a Lachlan Broad.

—¿Y a los demás?

—A ellos también —dije.

El señor Sinclair asintió despacio.

—¿No estás diciendo esto a fin de asumir la culpa de otra persona? —preguntó.

—No —dije yo.

—¿Y actuaste solo en esta empresa?

—Sí —respondí—, actué totalmente solo y, como no tengo intención de negar nada, no necesito los servicios de un abogado. No me arrepiento de mis

actos y, sea lo que sea lo que pase ahora, me es indiferente.

El señor Sinclair se me quedó mirando, incrédulo, durante unos instantes después de mi breve discurso. No sabía qué estaría pasando por su mente, puesto que no he frecuentado la compañía de las clases cultas y sus formas son muy diferentes de las de mi gente.

Al cabo dijo que apreciaba mi franqueza y me pidió permiso para visitarme de nuevo al día siguiente. Le dije que podía visitarme siempre que quisiera, ya que había disfrutado hablando con él. Repuso que él también había disfrutado hablando conmigo. Luego golpeó la puerta dos veces con la palma de su mano y el carcelero, que debía de haber estado esperando afuera todo el tiempo, hizo girar la llave en la cerradura y le permitió salir.

El señor Sinclair ha seguido visitándome, en efecto, y he de admitir que ya hasta anhelo su compañía y lamento lo grosero que fui con él aquel primer día. Es señal de su exquisita crianza que esté preparado para dejar pasar mis pésimas formas. Comoquiera que mi celda ha sido ahora amueblada, gracias a la insistencia del señor Sinclair, con una mesa y una silla en las que puedo escribir, nuestros ratos juntos se han tornado algo más confortables. El señor Sinclair ocupa la silla desvencijada junto al escritorio, mientras que yo me siento en el jergón o en el suelo, bajo la ventana. Los ojos de mi abogado a menudo se desvían hacia las páginas que estoy escribiendo. Sería en su segunda o tercera visita cuando sugirió que elaborase una crónica de los acontecimientos que condujeron a mis crímenes y parece estar complacido con que haya abordado la tarea con entusiasmo. Una tarde, mientras hojeaba mis páginas con el pulgar, me dijo que sentía curiosidad por conocer su contenido. Me turba imaginarme a un hombre culto examinando mi tosco texto, pero le dije que lo escribía solamente porque él así me lo había pedido y que era libre de llevarse las páginas siempre que quisiera. Repuso que prefería esperar a que yo hubiese concluido y que era importante que continuase escribiendo sin pensar que lo hacía para él o para cualquier otro público.

Tengo la sensación de que el señor Sinclair es un hombre de enorme paciencia. Empieza cada día planteándome las mismas preguntas relativas a mi bienestar general y a si las comidas son suficientes. Me ha dicho en varias ocasiones que sería posible hacerme llegar comida de una taberna local, pero yo contesto que estoy más que acostumbrado a los platos sencillos y que no hay necesidad de que nadie se moleste por mi causa. Esta mañana, sin embargo, nuestra conversación ha tomado un derrotero muy distinto. El señor Sinclair evita, por lo general, entrar en detalles sobre los asesinatos



propriadamente dichos. Hoy, empero, ha insistido en el particular concerniente a lo que me pasaba por la cabeza en el momento en que los cometí. Le he contestado que mi único pensamiento era librar a mi padre de las injusticias que lo asolaban a causa de Lachlan Mackenzie. El señor Sinclair ha estado sondeándome acerca de este punto un buen rato, reformulando sus preguntas una y otra vez, hasta que he tenido la sensación de que trataba de pillarme, pero no ha conseguido hacerlo.

El señor Sinclair me ha preguntado entonces qué pensaría si me propusiera que, en el juicio, me declarase no culpable. He respondido que se trataba de una idea absurda, puesto que está clarísimo que soy culpable, y nunca he intentado ocultar ese hecho. El señor Sinclair me ha explicado entonces que, a ojos de la ley, para que se considere que se ha cometido un crimen, deben producirse tanto un acto físico como un acto mental. Es evidente, ha dicho, que en este caso se ha producido un acto físico, pero la existencia o no de un acto mental —una intención maliciosa, la ha llamado— es un asunto que concierne al contenido de mi mente. He escuchado educadamente el concienzudo sumario del señor Sinclair, con la creciente sensación de que a veces, llevado por la manía de ejercitar su fabulosa inteligencia, ignoraba por completo los hechos más obvios. No obstante, me he limitado a responder que no veía cómo nada de lo que había dicho podía guardar alguna relación con el caso que nos ocupaba.

El señor Sinclair ha adoptado entonces un tono que indicaba que no deseaba herir mis sentimientos.

—¿Y si llegara a sugerirse que lo que tú crees que se te pasaba por la cabeza en ese momento no era lo que realmente se te pasaba por ella?

Yo me he echado a reír groseramente ante semejante tontería.

—De haberseme pasado otra cosa por la cabeza, estoy convencido de que lo habría sabido —he dicho—. Si no, no podría haberseme pasado por la cabeza.

El señor Sinclair ha recibido mi respuesta con una sonrisa y ha ladeado su propia cabeza, como concediéndome ese punto. Me ha dicho que soy un jovencito muy listo. He de confesar que me he sentido halagado por este dictamen y que me ruboriza recogerlo aquí por escrito.

Y ha continuado:

—¿Tú crees que es posible, Roddy, que un loco pueda pensar que está cuerdo?

Esta proposición me ha parecido, en un primer momento, igual de absurda que su afirmación anterior, pero entonces he pensado en Murdo Cock, el

imbécil de Aird-Dubh, de quien se contaba que dormía a menudo en su gallinero y que cacareaba como un gallo. ¿Acaso, de preguntársele, respondería él que estaba loco? Me he dado cuenta de que el señor Sinclair, con esa delicadeza suya tan habitual, estaba sugiriendo que yo, a mi manera, soy como Murdo Cock. Me he tomado unos instantes antes de responder, a sabiendas de que, en efecto, podía parecer un maniaco si contestaba de forma intemperada.

—Le puedo asegurar —he dicho, con tono mesurado— que estoy en pleno uso de mis facultades mentales.

—Es precisamente el hecho de que creas que es así lo que sugiere lo contrario —ha respondido. He debido de parecerle muy ofendido por esta afirmación, porque al punto ha añadido—: Tienes que comprender, Roderick, que es mi deber explorar todas las vías posibles para tu defensa.

—Pero no es mi deseo defenderme —le he espetado, arrepintiéndome al instante por lo grosero de mi interrupción.

El señor Sinclair ha asentido levemente y se ha puesto de pie. Me ha parecido un poco apenado y he tenido la sensación de que había herido sus sentimientos y de que debía desagraviarle.

—De todas formas —ha dicho—, quería saber si accederías, quizá, a ser examinado por un caballero que desea fervientemente conocerte.

Me ha impactado de nuevo lo absurdo de una situación en la que, en virtud de haberme convertido en un asesino, hay ahora caballeros que buscan mi compañía, pero he contestado sencillamente que estaría encantado de entablar conocimiento con quienquiera que le placiese.

—Bien —ha dicho él, y con esas le ha hecho la señal acostumbrada al carcelero para que lo libere.

Unos días después del incidente de las ovas marinas, coincidí con Flora Broad por segunda vez. Estaba sentado en el muro de piedra que separa la tierra de labranza de la carretera, burlándome de unos cuervos por medio de un ratón atado a una cuerdecita. Me encontraba de espaldas a la aldea, de modo que no me di cuenta de que Flora se acercaba. Ella debió de percatarse de que estaba entretenido con un juego de alguna clase, porque en cuanto se plantó a mi lado me preguntó a qué estaba jugando. Sentí vergüenza de hallarme embarcado en un pasatiempo tan infantil, así que dejé que la cuerdecilla se deslizara de entre mis dedos y le dije que no estaba haciendo nada.

—Parece que siempre estás ocupado no haciendo nada... —contestó ella—. El diablo encontrará trabajo para tus manos ociosas.

—¿Y qué trabajo será ese? —pregunté yo.

Flora se encogió de hombros y levantó la vista hacia el cielo. Se sentó junto a mí en el muro de piedra. Portaba una cesta cubierta con un trapo a cuadros, y se la apoyó sobre el regazo. Sus faldas rozaban mi pierna. Unos instantes después, la cuerdecilla que yo había dejado caer se abrió camino, serpenteando, entre la hierba, y un cuervo se alejó dando saltitos con el premio en el pico.

—¿No tienes miedo de que tu padre pueda vernos? —pregunté.

—Eres tú el que debería tener miedo —dijo—, no soy yo la que recibirá la paliza.

Sin embargo, echó un vistazo por encima del hombro, hacia su casa.

—Voy a llevarle estos huevos a la señora MacLeod, a Aird-Dubh —dijo, levantando el trapo para enseñarme el contenido de la cesta. Los Broad Mackenzie criaban un número tremendo de gallinas, tantas que eran capaces de proveer de todos los huevos que necesitara a la posada de Applecross. La señora MacLeod era una vieja viuda a la que apodaban la Cebolla como consecuencia del elevado número de capas de ropa que siempre llevaba encima. Contaban que, desde el fallecimiento de su marido, no había vuelto a quitarse una prenda ni una sola vez.

Flora me preguntó si me gustaría acompañarla y yo dije que lo haría encantado. Caminaba tan despacio que me veía obligado a hacer un alto cada pocas yardas y esperar a que me alcanzara. Al llegar a la intersección con la carretera que lleva a Aird-Dubh, Flora me preguntó si podía llevarle la cesta. La tomé de sus manos y, a partir de ese momento, aceleró un poco el paso, como si hubiese sido el peso de los huevos lo que la había ralentizado.

—¿Qué tal está el paciente? —preguntó.

Esa misma mañana me había encontrado al polluelo muerto en el suelo del granero, debajo de la viga. Flora se puso muy triste y dijo que sentía escuchar la noticia.

—Es una de esas cosas que Dios nos envía para ponernos a prueba —dijo, con voz cantarina.

La miré de refilón. Era un sentir que se escuchaba a menudo en nuestros pagos.

—Me cuesta creer que Dios no tenga preocupaciones más importantes que ponernos a prueba —dije.

Flora me miró con expresión muy seria.

—Entonces, ¿por qué pasan esas cosas? —dijo.

—¿Qué cosas? —dije yo.

—Las cosas malas.

—El pastor diría que es para castigarnos por nuestra maldad —dije.

—¿Y tú por qué dirías que pasan? —preguntó.

Vacilé un momento y luego dije:

—Yo diría que pasan porque sí.

Flora no pareció muy alterada por mi respuesta y esto me infundió aliento.

—No veo yo que Dios se preocupe mucho por mí, ni por ninguno de nosotros, ya que estamos —proseguí.

Flora me respondió que no debería decir esas cosas, pero no me dio la sensación de que estuviera en desacuerdo conmigo, solo que pensaba que estaba mal dar voz a esa clase de pensamientos.

—Puede que Dios solo sea un cuento como los que el señor Gillies solía relatarnos en la escuela —dije, mirando a Flora por el rabillo del ojo. La brisa arrastró un mechón de pelo sobre su frente y ella se llevó una mano a la cara para acomodarlo detrás de la oreja. Tenía la vista fija al frente y continuamos nuestro paseo en silencio.

Llegados a Aird-Dubh, Flora me cogió la cesta y asomó la cabeza por la puerta de la casa de la Cebolla. Una vieja corcovada apareció en el umbral. Estaba su cuello tan torcido que tuvo que ladear la cabeza, como una gallina, para poder mirarnos a la cara. Era una tarde cálida y en la casa rugía un buen fuego, pero ella llevaba puesto un grueso abrigo, abotonado hasta el cuello y atado, hartamente, en torno al abdomen con un pedazo de cuerda. Se mostró complacida de ver a Flora y la invitó a pasar. Flora dijo que le traía unos huevos y le tendió la cesta.

—¿Y este que viene contigo quién es? —preguntó ella.

—Es el chico de John Black —dijo Flora.

—¿Y tiene nombre? —Su voz era estridente como la de una gaviota.

—Se llama Roddy —dijo Flora.

La Cebolla dedicó unos momentos a mirarme con ojos escrutadores y, luego, me dijo que sentía el fallecimiento de mi madre, aun cuando de aquello hacía ya un año. Tomó la cesta de Flora y desapareció en las humosas tinieblas de la casa. Flora tarareaba para sí en voz baja mientras esperábamos e hizo que me acordara de mi madre, cantando en los campos. La vieja regresó con la cesta vacía y le dio las gracias a Flora por los huevos.

En el camino de regreso a Culduie, me ofrecí de nuevo a llevarle la cesta, pero Flora me explicó que no era que la cesta le hubiera resultado demasiado pesada, sino que simplemente había querido que yo se la llevara. En cualquier caso, ahora que se nos había aliviado de los huevos, nuestra conversación se tornó más distendida. Flora hizo unos cuantos comentarios despreciativos sobre el olor de la señora MacLeod y yo le conté que a mi padre no le gustaban los habitantes de Aird-Dubh porque eran sucios y comían lapas. Flora rio esto alegremente. Cuando se le pasó la risa, dijo:

—A veces pienso que a tu padre no le gusta nadie.

—Así es —contesté. Me incliné entonces hacia delante e imité a mi padre, renqueando con su bastón—. Sabed que vuestro pecado os alcanzará —murmuré, meneando un dedo torcido delante de la cara de Flora—. ¡Vas por la senda del fuego eterno, jovencita!

Flora se detuvo en medio de la carretera y se llevó a la boca la mano que le quedaba libre para amortiguar su risa. Entonces me enderecé, arrepentido de pronto por haber ridiculizado a mi padre de esta forma.

—Hazlo otra vez —dijo ella, pero yo me sentía estúpido y reemprendí la marcha por la carretera.

Cuando alcanzamos el cruce donde nos habíamos encontrado, le dije a Flora que, con el objeto de que no nos vieran, yo continuaría por la carretera. Ella no protestó. Nos quedamos allí plantados, mirándonos, durante unos instantes. Luego ella dijo que acaso volveríamos a vernos alguna otra tarde, dio media vuelta y enfiló el camino, balanceando su cesta vacía en la mano. Yo seguí mi ruta a lo largo de la carretera y trepé por encima del muro de piedra que se levantaba en la linde de nuestra parcela, sintiéndome muy ligero, como si, así de repente, me hubiesen aliviado de la carga de una cesta de bloques de turba. Me estaba abriendo camino a través de nuestros enclenques cultivos cuando divisé a Jetta, que se apresuraba por el sendero procedente de la casa de Lachlan Broad, con un pañuelo echado sobre el cabello y encorvada como una viuda. No se me ocurría qué podía haberla llevado hasta la parte baja de la aldea y me quedé fuera de la casa, aguardando su llegada, pero ella pasó de largo y se escabulló al interior sin tan siquiera mirarme.

Padre se encontraba en su silla junto a la ventana, fumándose su pipa vespertina. Yo sabía de sobra que iba a preguntarme dónde había estado y, como era de esperar, así lo hizo. Su silla estaba dispuesta en ángulo, algo apartada de la ventana, de forma que la pizca de luz que por ella penetraba iluminaba su texto. Comoquiera que fácilmente podía habernos visto separarnos en el cruce, le conté sin rodeos que había ido a Aird-Dubh con Flora Broad para hacer entrega de unos huevos. Mi padre inquirió para quién eran los huevos. No veía yo qué podía importar para quién fueran los huevos, pero se lo conté también. No reaccionó a ninguna de mis respuestas, con lo que quedé convencido de que él ya sabía perfectamente dónde había estado, y de que solo me había preguntado para comprobar si le contaría la verdad. Dio un par de chupadas a su pipa. Jetta había retomado su labor de punto y fingía no prestar atención a nuestro diálogo.

Me parecía agravioso que me interrogara de esa forma, más aún cuando a Jetta no se la había sometido a un interrogatorio similar. Mi padre se sacó la pipa de la boca y dijo que no deseaba que me relacionara con Flora Broad ni con ningún otro miembro de su familia. No era mi costumbre contestar de malas formas a mi padre, pero en esta ocasión lo hice. Flora, le dije, no le había hecho daño alguno y me había agradecido que le llevara la cesta. Yo no esperaba que mi padre fuera a entablar una discusión conmigo y tampoco lo hizo. En su lugar, me recordó que aún tenía edad para recibir una paliza. Bajé la mirada hacia el suelo aparentando contrición, pero no tenía la menor intención de obedecer su sentencia. No era esta, ni mucho menos, la primera ocasión en que sentía que mi padre estaba siendo demasiado estricto conmigo o con mis hermanos, pero sí fue la primera vez que resolví desafiarle. Con la sabiduría que da la experiencia, sin embargo, me veo obligado a admitir que habría sido prudente hacer caso de su consejo.

Salí fuera y me senté en el banco con la esperanza de que mi hermana se me uniera, pero no hizo tal cosa. La mañana siguiente, cuando Padre hubo salido de casa, le pregunté a Jetta dónde había estado la tarde anterior. Contestó, sin levantar la vista de sus quehaceres, que había estado de visita en casa de Carmina Smoke. Yo sabía que esto no era verdad, puesto que la había visto venir desde más allá de la casa de los Smoke, pero no se lo dije. En cambio, le pregunté si Kenny Smoke también se encontraba en la casa. Jetta dejó lo que estaba haciendo y clavó su mirada en mí con expresión seria.

—Ya tengo un padre —dijo—. No necesito otro. Hay cosas que no te conciernen, Roddy.

Me tendió entonces un *bannock* y me ordenó que dejara de rondarla. Esto me apesadumbró, porque, que yo supiera, Jetta nunca me había ocultado un secreto, aunque, de haber sido esa su costumbre, difícilmente podría haberme yo enterado. Quizá me ocultaba toda clase de secretos.

Estuve algunos días sin ver a Flora Broad después de esto. Me los pasaba trabajando en los proyectos de Lachlan Broad y, por las tardes, Padre inventaba tareas para mí si es que no las había ya. No sé si con ello pretendía castigarme o si se trataba meramente de una medida para evitar que me viera con Flora. Sea como fuere, logró su propósito. Tres tardes fui a sentarme al muro de piedra, después de que mi padre hubiera por fin terminado conmigo, con la esperanza de que Flora pasara por allí por algún recado, o de que, al verme allí, se inventase algún pretexto para acercarse. Pero no vino y confieso que, a pesar del poco tiempo que habíamos pasado juntos, descubrí que anhelaba su compañía.

Sería más o menos por entonces cuando adopté la costumbre nocturna de deambular por el campo. Ya no conciliaba el sueño con facilidad e, incluso cuando me quedaba dormido, me despertaba al menor movimiento de los gemelos o de un animal en el exterior. En la quietud de la noche, se aparecen toda suerte de visiones convocadas por las ascuas del fuego o el mugido de un jato. A veces creía ver figuras elevándose de entre el humo, o escuchaba afuera una voz que me susurraba, y me quedaba tumbado en mi litera paralizado por el miedo, aguardando la llegada de algún espanto. Así pues, renuncié a mi cama y empecé a deambular por los montes. Me imaginaba como una de mis propias visiones, una silueta apenas reconocible en la negrura, vislumbrada por el rabillo del ojo antes de ser desechada como una mera ilusión. Tomé la costumbre de desaparecer entre los hastiales de las casas, ascender el Càrn hasta cierta altitud y divisar desde allí la parroquia de aldeas, situada tan abajo. Aquí, en los meses amarillos, las noches nunca son negras del todo. El mundo se presenta, en cambio, como drenado de todo color, y, cuando la luna luce en lo alto, todo es plateado, como un grabado al aguafuerte de un libro. Si mis pasos me llevaban cerca de las ventanas de mis vecinos, me asomaba y contemplaba con envidia los cuerpos apaciblemente dormidos. Mi único propósito en estas excursiones era vaciar la mente de cualquier pensamiento indeseado, cosa que solo lograba vagando por los montes hasta la extenuación. Como no quería que nadie supiera de mis actividades nocturnas, siempre regresaba antes de que mi padre o mi hermana se levantaran por la mañana, y me pasaba el día subsiguiente en un estado de total aturdimiento. Hubo una o dos veces en que me quedé dormido allí donde trabajaba, lo que llevó a Jetta a pensar que me había desmayado y a acudir corriendo en mi ayuda.

Decidí valerme de uno de aquellos paseos nocturnos para determinar si Flora había regresado a la Casa Grande. Si bien anhelaba verla, tenía la esperanza de que se hallase trabajando de nuevo para lord Middleton y de que, por ende, no estuviese evitando mi compañía por voluntad propia. Aquella noche en concreto, la luna se veía oscurecida por las nubes y solo emitía un debilísimo fulgor. Me abrí camino entre los cobertizos y ascendí parte de la ladera del Càrn. La naturaleza de mi misión redobló mis afanes de pasar desapercibido. Emplazaba mis pies quedamente en el suelo y mantuve mi espalda agachada hasta que me encontré fuera de la vista de la aldea. Atravesé entonces la ladera hasta allende el punto donde descansaba la casa de los Broad. Ni en una sola ocasión me había cruzado con nadie, a excepción de alguna oveja, durante mis excursiones, pero ahora la sangre se agolpaba en



mis sienes. Ya a plena luz del día me aterraba poner un pie en la propiedad de Lachlan Broad, pero la perspectiva de hacerlo al amparo de la oscuridad era, si cabe, mucho más intimidante. De ser descubierto, difícilmente iba a poder aducir un motivo que explicase mi presencia en el lugar. Desde niño siempre me ha costado mucho disimular. Una vez, tendría yo cinco o seis años, me enviaron al granero para que recogiera los huevos. Cometí el descuido de no llevarme conmigo el cuenco que utilizábamos para este propósito y, en lugar de desandar el camino hasta la casa, decidí que no lo necesitaba. Recogí los huevos y, conforme salía del granero con estos apilados en mis manos, un pájaro salió volando, me sobresaltó e hizo que dejara caer mi carga. Contemplé el revoltijo de albumen y yema en el suelo y, al punto, se me ocurrió que alegraría que había sorprendido a un gitano robando nuestros huevos. Pero, cuando mi madre vino a buscarme, rompí a llorar sin más y le conté que se me habían caído los huevos porque había olvidado traer el cuenco conmigo. Ella se compadeció de mí, me secó las lágrimas y me dijo que no pasaba nada, que habría más huevos al día siguiente. Algo más tarde, cuando nos sentamos a comer, le dijo a mi padre que las gallinas no habían puesto huevos ese día y me guiñó un ojo. No podía, sin embargo, contar con que Lachlan Broad fuera a mostrarse así de piadoso conmigo si llegaba a pescarme merodeando detrás de su casa en plena noche.

Aun siendo así, y una vez emprendido mi camino, sentí el impulso de llegar hasta el final. Iba pues abriéndome camino ladera abajo cuando se me ocurrió una idea. Había oído contar historias acerca de esos que se levantan inconscientes de sus sueños y se mueven por el mundo como si estuvieran completamente despiertos. Pero que, al dirigirse uno a ellos, miran sin ver, como si hubiera otra realidad ante sus ojos. Se trata de somnámbulos, y tomé la determinación de que, de ser apresado, esta sería mi defensa: me haría el somnámbulo. Animado por esta ocurrencia, me aproximé a la vivienda sin miramientos. No estaba familiarizado con la distribución de la casa, pero, comoquiera que había dos pequeñas ventanas en la fachada trasera, supuse que aquellas debían ser de los dormitorios. Para mi sorpresa había un tenue resplandor en la segunda de las ventanas, y me imaginé a Flora en su ropa de dormir, esperándome a la luz de una vela.

Me pegué al muro y, paso a paso, avancé silenciosamente hacia la primera ventana. Las piedras estaban musgosas y húmedas al tacto de las palmas de mis manos. Vacilé y, entonces, conteniendo la respiración, acerqué despacio la cabeza al cristal. La alcoba estaba a oscuras. Pasados unos instantes, pude distinguir una cama y las oscuras siluetas de unos cuerpos enrollados en

mantas. Nada se movía. Al pie de la cama había una cuna, y pude distinguir el pelo amarillo del hermano pequeño de Flora. Mi aliento se condensó en el cristal. Di tres pasos hacia la segunda alcoba. Abandonando toda precaución, me planté delante de la ventana. Allí titilaba una vela y, en una robusta silla, envuelta en mantas, estaba sentada, no Flora, sino una anciana, la madre inválida de Lachlan Broad, que no había puesto un pie fuera de la casa desde hacía años. Sus ojos abiertos se clavaban en el marco de la ventana, pero parecía no percatarse de mi presencia. Estaba como muerta y de solo verla se me erizó la cabellera. A su derecha había una cama pequeña, vacía, y pensé que esta quizá fuera la de Flora. Me quedé mirando a la arpía unos momentos, hasta que reparé en el casi imperceptible subir y bajar de sus mantas. Entonces parpadeó, despacio, como si recuperara la visión, y un dedo huesudo emergió de debajo de las colchas y me señaló. Sus labios se movieron mudos. Di media vuelta y salí disparado ladera arriba. En algún lugar, un perro empezó a ladrar y me imaginé a Lachlan Broad despertándose y abandonando la cama dando tumbos, para indagar en la causa de aquel alboroto. Me lancé sobre la hierba húmeda detrás de un matorral de brezo y allí yací un buen rato, esperando a recuperar el aliento. Nadie se movió en los hogares de abajo y regresé a casa sin ser descubierto. Lo que quedaba de esa noche, me lo pasé despierto, tumbado en mi litera, pensando en la cama vacía de Flora y sintiéndome muy complacido con el éxito de mi empresa.

Nuestros cultivos crecieron de forma muy pobre aquel verano. No sabría decir si fue por la falta de ovas marinas en nuestra tierra o si se debió a alguna otra causa. Mi padre se había enrocado en la convicción de que tendríamos una cosecha pobre y, en consecuencia, se ocupó de la parcela con menor diligencia que de costumbre. Cuando Kenny Smoke hacía alguna observación acerca de la mala hierba que medraba en nuestros surcos, Padre se encogía de hombros y decía: «¿De qué sirve preocuparse? La tierra está exhausta».

Tenía yo la sensación de que no era la tierra la que estaba exhausta, sino mi padre. Pasé muchos días trabajando en los proyectos de Lachlan Broad. Primero, los días que, por mi parte, estaba obligado a dedicar a aquellas faenas. Luego, puesto que la salud de mi padre imposibilitaba que se lo pudiera emplear provechosamente en labores pesadas, me tocó a mí trabajar en su lugar. Por añadidura, a veces llevaba a cabo, a cambio de medio chelín al día, las labores de otros, que estaban ocupados en tareas más rentables. Entregaba cuanto ganaba a mi padre y me alegraba contribuir así a los ingresos familiares. Con todo, trabajar para Lachlan Broad resultaba verdaderamente fastidioso. Raro era el momento en el que el alguacil o su

hermano no andaban por los alrededores pavoneándose como un par de gallos enormes, asegurándose de que ninguno de nosotros hacía un alto para tomarse un respiro o enjugarse el sudor de la frente. Ni siquiera cuando Broad se ausentaba dejábamos de trabajar sin tregua, temerosos de que apareciera de pronto y nos ordenara que dedicásemos a la faena aún otro día de labor más por nuestra holgazanería. Estos constantes esfuerzos se traducían en que disponía de muy poco tiempo para ocuparme de nuestros propios cultivos y, en consecuencia, habría menos que comer en los meses negros.

Una tarde, Lachlan Broad nos hizo una visita para informarnos de que había tenido noticia de que nuestra parcela se hallaba muy descuidada. Se había convertido en una de sus expresiones predilectas decir que «había tenido noticia» de este o aquel particular. Ello perpetuó la convicción de que todo cuanto uno hiciera o dijera sería tomado en cuenta y reportado a su persona, convicción que garantizaba un elevado grado de cumplimiento de cualesquiera que fueran los decretos que él promulgara. También arrastró a la gente a mirar con recelo a sus vecinos y a tratarse entre ellos con un grado de desconfianza hasta entonces desconocido en aquellos pagos. En esta ocasión, Broad multó a mi padre con diez chelines y le recordó que el apropiado mantenimiento de la parcela figuraba como una de las condiciones en su contrato de aparcería, y que, si no cumplía con sus obligaciones, el *factor* no tendría otra elección que reconsiderar su alquiler. Con el objeto de reunir fondos para pagar dicha sanción, tuve que trabajar, además, en las carreteras y caminos y, en consecuencia, el estado de la parcela empeoró hasta alcanzar un grado lamentable.

Una noche, varios días después de esta última visita del alguacil, mi padre permaneció sentado a la mesa una vez que Jetta hubo recogido la vajilla. Me dio la impresión de que quería anunciarnos algo y no me equivocaba. Tras rellenar su pipa y prenderla, nos informó de que tenía la intención de concertar una cita con el *factor*. Yo le pregunté que con qué propósito. Mi padre hizo caso omiso de mi pregunta y manifestó que deseaba que yo lo acompañara, habida cuenta de que era un muchacho inteligente y no me dejaría embrollar por las palabras del *factor*. Me causó cierta turbación esta admisión de sus limitaciones y elevé mi protesta, aseverando que él estaba a la altura del *factor*, y de cualquier otra persona ya puestos. Mi padre sacudió la cabeza y dijo:

—Los dos sabemos que eso no es verdad, Roderick.

Entonces dijo que tenía la intención de ir a Applecross dentro de dos días y que, si yo había acordado trabajar para Lachlan Broad, debía encontrar a

alguien que me sustituyera o excusar mi presencia con antelación. Luego se levantó y ocupó su lugar de costumbre en su silla, junto a la ventana.

Desde el principio me invadió la sensación de que nada bueno podía salir del plan de mi padre. Nadie de nuestra parroquia había concertado jamás una cita con el *factor* y, cuando un individuo era emplazado a presentarse ante él, este lo hacía con gran agitación. Es posible que Padre creyera que nuestra suerte difícilmente podía empeorar, pero a mí no me cabía duda de que, así Lachlan Broad tuviera noticia de su visita, no vacilaría en cobrarse su venganza de algún modo.

Padre y yo salimos hacia Applecross por la mañana temprano. Lachlan Broad, nos enteramos, se había marchado a Kyle of Lochalsh para atender no se sabe qué asuntos y caí en la cuenta de que mi padre debía de haber escogido esta fecha para nuestra visita con ello en mente. El día nos regaló los grandes contrastes climatológicos a los que estamos habituados en estos pagos. Así, para cuando llegamos a Camusterrach, ya nos había empapado un aguacero, justo antes de que los cielos se despejaran abruptamente y el sol empezara a secar nuestras ropas. Conforme nos acercábamos a Applecross, empero, los cielos se oscurecieron de nuevo y la lluvia empezó a caer en forma de grandes y pesadas gotas. Mi padre no reaccionó a estos cambios del tiempo. Es más, ni siquiera puedo asegurar que reparara en ellos. Siguió caminando a ritmo constante, con los brazos rígidos a sus costados, con los ojos clavados en algún punto de la carretera, unas yardas más adelante. No hablamos del asunto que, de forma inminente, íbamos a tratar, así que todavía no me había podido hacer una idea concreta de lo que mi padre pretendía decirle al *factor* ni de cuál era el papel que él deseaba que yo desempeñara. En el fondo, tenía la esperanza de que el *factor* no estuviese en casa, o se negara a recibirnos, y de que pudiésemos regresar a Culduie sin haber soliviantado todavía más a los poderes fácticos.

El hogar del *factor* quedaba detrás de la Casa Grande. Dimos un amplio rodeo por el lindero de la propiedad, evidentemente porque mi padre deseaba evitar que lo abordaran por adentrarse sin autorización en los terrenos del *laird*. Una vez que llegamos a la casa de piedra gris de dos plantas, mi padre hizo sonar la aldaba de latón con una timidez que no auguró nada bueno para nuestra entrevista. Al cabo apareció un ama de llaves. Nos miró como si fuéramos gitanos y preguntó qué queríamos. Mi padre se retiró la gorra, aun cuando la mujer era una sirvienta y, por lo tanto, ni mejor ni peor que él, y repuso que su nombre era John Macrae de Culduie y que deseaba hablar con el *factor*. El ama de llaves preguntó entonces si teníamos cita. Era una mujer

escuálida, de labios apretados y nariz alargada, que sin duda creía que su empleo en casa del *factor* la convertía en alguien mejor que un aparcerero. Mi padre contestó que no la teníamos. La mujer cerró la puerta sin mediar palabra y nos dejó plantados en el umbral. Comoquiera que seguía lloviendo, nos apretujamos en el pequeño soportal. Es difícil decir cuánto tiempo permanecimos allí. Ciertamente, fue un intervalo lo suficientemente largo como para acrecentar mis esperanzas de que el *factor* no se encontrara en casa. Estaba yo a punto de expresar este pensamiento a mi padre cuando la puerta se abrió de nuevo y fuimos invitados a pasar al interior. La sirvienta nos condujo hasta un estudio con las paredes forradas de madera y nos dijo que esperásemos. Un fuego rugía en la chimenea, pero ni él ni yo osamos acercarnos hasta allí para secarnos las ropas. En cambio, permanecimos plantados en medio de la estancia, de tal modo que nuestra presencia causara la menor ofensa posible. En las paredes a ambos lados de la chimenea había retratos de caballeros distinguidos, vestidos con finos ropajes. Reconocí a lord Middleton en uno, sentado en una butaca, con un perro de punta y vuelta a sus pies. Teníamos ante nosotros un enorme escritorio de madera oscura y pesada. Dispuestos sobre la superficie había algunos utensilios de escritura y cierto número de gruesos libros de contabilidad encuadernados en cuero. La pared que quedaba a nuestra izquierda estaba completamente revestida de estanterías con libros.

Llegó el *factor* y, para mi sorpresa, saludó a mi padre con cierta calidez. Mi padre hizo una servil reverencia ante él, retorciendo su gorra, nervioso, con las manos. Yo seguí plantado a su lado durante unos momentos, tratando de aparentar tranquilidad, estrujando mi propia gorra delante de mí. El *factor* era más bajo de lo que recordaba, pero tenía una cara agradable que denotaba franqueza, con tupidas patillas en las mejillas. El pelo le raleaba en la coronilla, pero el poco que allí se conservaba se veía hirsuto y despeinado, muy al contrario del de otros hombres cultivados a los que había conocido.

—¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó, haciendo un gesto en mi dirección.

Mi padre se lo dijo y él me miró con curiosidad unos instantes, como si hubiese oído hablar de mí, cosa que deseé de todo corazón que no hubiera ocurrido. El *factor* tomó asiento detrás del escritorio y miró a mi padre, a la espera de que este le explicara el motivo de su visita. Comoquiera que mi padre no hizo nada por el estilo, el *factor* clavó sus ojos en mí. Yo no podía hablar en nombre de mi padre, empero, ya que no me había puesto al tanto de lo que deseaba decir. Reinó pues el silencio durante unos pocos segundos

más. Por el rabillo del ojo, vi que mi padre dirigía su mirada hacia el *factor* por debajo del ceño.

—Señor Macrae —arrancó el *factor*, sin abandonar su tono jovial—, creo que hago bien en suponer que no ha venido caminando nada menos que desde Culduie para compartir el calor de mi chimenea. —Rio brevemente su propio chiste, antes de proseguir—: A pesar de mi gran afición por los juegos de salón, no puedo adivinar la misión que lo trae hoy hasta aquí, de modo que he de rogarle que exponga el objeto de su visita.

Mi padre me miró. Pensé que había perdido el valor, o que no entendía lo que de él se esperaba, pero, tras aclararse la voz, habló en voz baja.

—Quizá esté enterado de los problemas que hemos estado teniendo en Culduie...

—¿Problemas? —dijo el *factor*—. No estoy enterado de ningún problema. ¿Qué problemas?

—Varios problemas, señor.

—Nada sé de ningún problema. Al contrario, solo recibo buenos informes acerca de las mejoras que se están haciendo en su parroquia. ¿Ha hablado con su alguacil acerca de estos «problemas»? —Pronunció esta última palabra con especial énfasis, como si perteneciera a una lengua extranjera.

—Pues no.

El *factor* arrugó la frente y miró a mi padre con recelo.

—Si está pasando dificultades, debe usted hablar con el señor Mackenzie. Dudo que no vaya a sentirse desairado si llega a sus oídos que ha recurrido usted a mí antes de pedirle ayuda a él. Es competencia del alguacil abordar cualquier problema que pueda usted tener. Yo no puedo ocuparme de las minucias de... —Dejó que sus palabras se apagaran a la vez que hacía un gesto displicente con la mano.

Mi padre no dijo nada. El *factor* tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Y bien?

Mi padre levantó ligeramente la vista de sus pies, donde la tenía clavada.

—No le he hablado al señor Mackenzie acerca de estos problemas porque es el señor Mackenzie quien ha causado estos problemas.

Al escuchar aquello, el *factor* soltó una carcajada que no se me antojó natural, sino más bien una forma de hacer notar lo absurdas que eran las palabras de mi padre. Cuando permitió que se extinguiera su risa, dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Le importaría explicarme eso en mayor detalle?

Mi padre, para sorpresa mía, no se había dejado amilanar del todo por las carcajadas del *factor*.

—Es cierto que las relaciones entre el señor Mackenzie y yo mismo son tensas, pero no osaría involucrarlo a usted en esa suerte de cosas.

—Faltaría más, señor Macrae. Según tengo entendido, el señor Mackenzie está desempeñando sus funciones con una dedicación que, lamento decir, ha brillado por su ausencia estos últimos años. Y, puesto que él, si no recuerdo mal, fue elegido por unanimidad, no puedo sino presuponer que lo está haciendo con el apoyo de la comunidad de la que usted forma parte. Que usted y el señor alguacil tengan ciertas diferencias personales, pues, bueno, eso ya... —Lanzó los brazos al aire y bufó sonoramente.

—Por supuesto —dijo mi padre.

—De modo que, si no ha venido a ventilar algún agravio personal, le sugiero que me diga por qué está aquí. —El ánimo jovial del *factor* había mudado ahora en impaciencia.

Padre estrujaba su gorra entre las manos y, luego, como percatándose de que este gesto no contribuía a ofrecer una impresión favorable, cesó abruptamente y se llevó las manos a los costados.

—Deseo ver las normas —dijo.

El *factor* lo miró con curiosidad unos momentos, y volvió luego su mirada hacia mí, como si quizá yo fuera capaz de explicar las palabras de mi padre.

—¿Desea usted ver las normas? —repitió lentamente, acariciando sus patillas con la mano.

—Sí —dijo mi padre.

—¿De qué normas habla usted?

—Las normas que regulan nuestra existencia —contestó.

El *factor* sacudió la cabeza con un gesto seco.

—Discúlpeme, señor Macrae, pero no sé si le sigo.

Mi padre estaba ahora completamente confundido. Resultaba evidente que no había esperado toparse con un ofuscamiento semejante y, como es natural, dio por descontado que la culpa era suya por no haberse expresado con suficiente claridad.

—Mi padre —intervine— se refiere a las normas bajo las cuales se rigen nuestras parcelas en alquiler.

El *factor* ahora me miró a mí, con expresión grave.

—Ya veo —dijo—. Y ¿por qué desea usted ver estas «normas», como las llama usted, si se puede saber?

Llevó entonces su mirada desde mi persona hasta mi padre, y tuve la impresión de que estaba divirtiéndose a nuestra costa.

—Para que pueda saber cuándo las estamos transgrediendo —aventuró mi padre por fin.

El *factor* asintió.

—Pero ¿por qué?

—Para que pueda evitar que se añadan marcas negras junto a nuestros nombres o que nos sancionen por transgredirlas —dijo mi padre.

Al oír esto, el *factor* se retrepó en su silla y chasqueó la lengua con aparatosidad.

—Así pues, si le he entendido bien —dijo, juntando las manos bajo la barbilla—, ¿desea usted consultar las normas para poder transgredirlas con impunidad?

Mi padre miraba al suelo y tuve la impresión de que sus ojos empezaban a estar muy acuosos. Lo maldije por haberse puesto a sí mismo en esta situación.

—Señor Macrae, su audacia es digna de aplauso —dijo el *factor*, extendiendo las manos.

—No es eso lo que mi padre desea expresar —dije—. No es que pretenda desobedecer las normas, sino que, más bien, quiere familiarizarse con ellas para así evitar transgredirlas.

—Me parece —persistió el *factor*— que una persona que desear consultar las normas solo podría desear hacerlo con el objeto de fijar los límites de las faltas que puede cometer.

Mi padre estaba, llegados a este punto, completamente perdido y, para poner fin a su desolación, le dije al *factor* que nuestra visita había sido una insensatez y que no lo molestaríamos más. El *factor*, empero, desechó con un gesto de la mano mis intentos de poner punto final a la entrevista.

—No, no, no —dijo—, eso no me vale, de ninguna de las maneras. Se ha presentado usted aquí, para empezar, lanzando acusaciones contra el alguacil de su aldea, y, en segundo lugar, con el propósito manifiesto de buscar la manera de evitar que le impongan sanciones por saltarse las normas. No puede esperar que deje pasar este asunto así como así.

El *factor*, percatándose de que mi padre era incapaz de seguir hablando, se dirigía ahora a mí en todo momento. Aproximó su silla a la mesa un poco más, seleccionó uno de los libros de contabilidad y lo abrió. Pasó unas cuantas páginas y luego recorrió con el dedo una columna, de arriba abajo. Tras leer unas líneas, volvió a fijar su mirada en mí.



—Dime, Roderick Macrae —dijo—, ¿a qué aspiras en la vida?

Contesté que mi única aspiración era ayudar a mi padre en la parcela y cuidar de mis hermanos.

—Muy loable —dijo—. Hay demasiadas personas de tu condición con aspiraciones por encima de su posición social en los tiempos que corren. No obstante, seguro que has pensado en marcharte de este lugar. ¿Acaso no has sopesado la posibilidad de buscar fortuna en otra parte? Un joven inteligente como tú por fuerza tiene que darse cuenta de que aquí no hay futuro.

—No deseo que mi futuro esté en otra parte que no sea Culduie —dije.

—Pero ¿y si no hay futuro?

No supe cómo responder a eso.

—Te diré algo con toda franqueza, Roderick —continuó él—. Aquí no hay futuro ni para los agitadores ni para los criminales.

—Yo no soy ninguna de esas dos cosas —repuse—, ni tampoco lo es mi padre.

El *factor* bajó entonces la mirada de manera significativa al libro de contabilidad que tenía ante sí y ladeó la cabeza. Luego, lo cerró ruidosamente.

—Estáis atrasados en el pago del alquiler —dijo.

—Al igual que todos nuestros vecinos —contesté.

—Sí —dijo el *factor*—, pero tus vecinos no se han presentado aquí como si fueran, de un modo u otro, la parte agraviada. Si seguís en esta tierra, es solo merced a la lenidad de la propiedad, nada más.

Di por hecho que esta advertencia venía a insinuar que aquella ordalía había llegado a su fin y le di un codazo a mi padre, que llevaba los últimos minutos como en trance, allí plantado. El *factor* se puso de pie.

Me di la vuelta para marcharme, pero mi padre se quedó clavado en el sitio.

—¿He de entender, entonces, que no podemos ver las normas? —dijo.

El *factor* pareció más divertido que airado por la pregunta de mi padre. Se había adelantado tres o cuatro pasos desde detrás de su fabuloso escritorio, de tal forma que ahora se hallaba a escasos pies de nosotros.

—Esas normas de las que habla llevan acatándose desde tiempos inmemoriales —dijo—. Nadie ha sentido nunca la necesidad de «verlas», como usted dice.

—No obstante... —dijo mi padre. Levantó la vista y miró al *factor* a los ojos.

El *factor* sacudió la cabeza y soltó una risilla por la nariz.

—Me temo que parte usted de un planteamiento equivocado, señor Macrae —dijo—. Si no toma usted para sí los cultivos de la tierra de su vecino, no es porque una norma se lo prohíba. Usted no roba sus cultivos porque estaría mal hacerlo. La razón de que no pueda «ver» las normas es porque no hay normas, al menos no de la manera que usted cree, al parecer. Ya puestos, podría usted pedir ver el aire que respiramos. Evidentemente, hay normas, sí, pero no puede usted verlas. Las normas existen porque todos aceptamos que existen y, sin ellas, reinaría la anarquía. Es competencia del alguacil de la aldea interpretar estas normas y hacerlas cumplir a su discreción.

Nos mostró entonces la puerta con un gesto desdeñoso de la mano. Al punto pensé que, ya que mi padre nos había traído hasta aquí, no tenía sentido marcharnos sin poner claramente de manifiesto nuestras quejas.

—Si se me permite volver a los problemas de los que hablaba mi padre... —dije—. Lo que mi padre desea realmente transmitir es que, en el ejercicio de hacer cumplir estas normas, Lachlan Broad está llevando a cabo una campaña de acoso contra nuestra familia.

El *factor* me miró con una expresión de incredulidad.

—¿Una campaña de acoso? —repitió, al parecer bastante complacido con la expresión. Retrocedió unos pasos y se apoyó en el escritorio—. Esa es una acusación muy seria, jovencito, una acusación pero que muy seria, desde luego. A quienes ejercen el poder no se les puede permitir que abusen de su cargo, ¿no es así? Como tampoco, claro está, puede permitirse que un individuo lance acusaciones no corroboradas contra sus superiores. Va a ser mejor, pues, que me digas en qué ha consistido esta «campaña de acoso».

Me alentó escuchar estas palabras del *factor* y creo que, involuntariamente, avancé un paso hacia su escritorio. Pasé entonces a relatar, con bastante detenimiento, cómo Lachlan Broad, a la primera oportunidad, había reducido la extensión de nuestra tierra, nos había privado de ovas marinas para fertilizar nuestros cultivos, que ahora desfallecían, y a la postre nos había sancionado por el deteriorado estado de nuestra parcela.

El *factor* escuchó atentamente, sin apartar ni un momento los ojos de mí.

—¿Algo más? —dijo.

Quería hablarle también del ambiente generalizado de opresión en el que vivíamos todos, pero no se me ocurría de qué forma expresarlo. Y tampoco consideré prudente describir el incidente con mi hermana del que había sido testigo, si no por otra razón, al menos por el hecho de que mi padre seguía sin estar al tanto del episodio.

El *factor* pareció decepcionado al ver que yo no tenía nada más que añadir.

—¿Y a eso lo llamas tú «campana de acoso»? —dijo.

—Sí, señor —repuse.

—Así que vuestro verdadero objeto al venir aquí era calumniar, por cualesquiera motivos personales que sean, a un funcionario que, por cómo lo has descrito, no hace otra cosa que llevar a cabo sus obligaciones concienzudamente. Voy a tomar buena nota de lo que me has dicho y, en mi próximo encuentro con el señor Mackenzie, me ocuparé de darle mi enhorabuena por la forma en que ha estado llevando sus asuntos.

Sentí una desagradable punzada en el estómago, pero no vi que fuera a ganar nada protestando.

El *factor* se dirigió entonces a mi padre.

—Espero que no vuelva a dignarse a presentarse en mi casa de esta manera nunca más. Le recuerdo que la vigencia del alquiler de sus tierras sigue estando a discreción de lord Middleton. Y a discreción de sus representantes.

Luego, sacudió la cabeza y nos invitó a salir del despacho con un gesto de la mano.

Mi padre no pronunció palabra en el camino de regreso a casa, y su expresión tampoco dejó entrever la índole de sus pensamientos. La lluvia había escampado. Esa tarde me quedé por casa, aguardando la llegada de Lachlan Broad, pero este no apareció. Ni tampoco se presentó en las tardes subsiguientes, y concluí que estaba dejando que nos torturásemos pensando en el castigo que había de ser desatado sobre nosotros. Días después, me encontraba yo trabajando en la cuneta de la carretera a Aird-Dubh cuando de pronto Lachlan Broad pasó por allí. Hizo un alto y estuvo observándome trabajar durante unos minutos, pero nada dijo y enseguida retomó su camino. Después de nuestra entrevista, me figuré que el *factor* aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para informar de lo sucedido a su alguacil, pero, cuando pareció quedar patente que no lo había hecho, me di cuenta de que para estos hombres tan importantes nuestras acciones simplemente no eran de consecuencia.

Unos días más tarde, después de cenar, salí afuera con el único objeto de escapar del oscuro ambiente que reinaba en casa. El ánimo de mi padre por aquel entonces era tan sombrío que proyectaba su lobreguez a su alrededor, empañándolo todo. No había visto sonreír a Jetta en días, semanas, y era como si cada mañana se encogiera sobre sí misma un poco más, hasta el

punto de que su porte parecía el de una verdadera arpía. Si los niños alguna vez jugaban, lo hacían en silencio y de forma misteriosa para todos salvo para ellos mismos. Cuando Jetta tenía que hablarles, lo hacía en susurros, con el objetivo de no recordar a mi padre que existían. En cuanto a mí, y a tenor de mi añoranza de Flora Broad, me dejé llevar por el desaliento, actitud que solo contribuía a aumentar la lobretez reinante.

Al salir por la puerta, empero, mi estado de ánimo se iluminó al punto. Flora estaba sentada en el muro de piedra del cruce de la carretera de Toscaig. Tuve la tentación de salir corriendo, pero un instante de circunspección me hizo desear el camino que atravesaba la aldea y, en su lugar, tiré por el terruño, salvé el muro de piedra y me planté en la carretera a unas doscientas o trescientas yardas de donde se encontraba Flora. Afecté unos andares tales como para sugerir a cualquiera que pudiera observarme que solo estaba paseando de aquí para allá, sin rumbo fijo. Pensé que, de esta forma, cuando llegara a la altura de Flora, nuestro encuentro parecería del todo casual. Flora no levantó la vista ni una sola vez mientras me aproximaba y parecía ocupada con algo que tenía en el regazo. Así como me encontré cerca, quedé prendado de la delicadeza de sus rasgos. Volutas de pelo revoloteaban inadvertidas en la brisa, alrededor de su cara. Me detuve a unos pasos de distancia, pero Flora estaba completamente enfrascada, o fingía estarlo, en la metódica destrucción de un diente de león, cuyos pétalos amarillos se desperdigaban por sus faldas.

La saludé y ella levantó la vista de su actividad.

—Hola, Roddy —dijo.

Me sentí incapaz de abordarla con rodeos y medias verdades.

—Te he estado buscando estos últimos días —dije—. Y me apenaba no verte.

—¿Ah, sí? —dijo Flora.

Una leve sonrisa se asomó a sus labios, y ella bajó la mirada a los pétalos de su falda, como si mis palabras le hubiesen agradado.

—He estado trabajando en la Casa Grande —dijo.

Me gustó que Flora hubiese creído conveniente facilitarme esta explicación de su ausencia.

Asentí y me aproximé a ella un poco más.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—No voy a ninguna parte —dije yo.

—Entonces es una fortuna que hayas pasado por aquí de camino a ninguna parte justo en este momento, ahora que yo estoy aquí sentada.

—Sí —dije—. Toda una fortuna.

—A lo mejor podría acompañarte en tu paseo a ninguna parte —dijo.

Se apeó del muro y se sacudió los pétalos de la ropa. Caminamos un rato en silencio y, sin mediar palabra, tomamos el desvío a Aird-Dubh. Me agradaba que esta costumbre pareciera haber arraigado entre nosotros, como si fuéramos una pareja casada desde hacía mucho tiempo. La brisa había cesado y el agua del Canal estaba completamente quieta. Íbamos caminando tan pegados el uno al otro que no hacía falta elevar el tono de nuestras voces por encima de un susurro, y me dio la sensación de que nos movíamos por un mundo que, por un momento, había dejado a un lado sus herramientas y se había detenido. De haber podido transportarme, por algún medio mágico, a la casa, me habría encontrado a Jetta y a mi padre completamente congelados en sus quehaceres y el juego de los niños paralizado del todo.

Pasado un rato, le pregunté a Flora qué había estado haciendo en la Casa Grande. Me contó cómo, a causa de la llegada de una numerosa partida de caza, habían hecho falta más manos en la cocina y para servir en los banquetes. Describió los platos de carne, verdura y dulces que se ofrecían a los invitados, y las grandes cantidades de vino de las que se daba buena cuenta en la mesa. Se trataba, dijo, de un espectáculo de lo más asombroso. Pasó entonces a describir los elegantes vestidos de las damas, cada una más hermosa que la anterior. Había un caballero muy apuesto, de pelo oscuro, largo y suelto, en quien todas las damas depositaban su mirada y que parecía liderar los brindis a la hospitalidad de lord Middleton. Había sido una semana espléndida, dijo Flora, y había ganado dos chelines por su trabajo. Entonces, llevado por la sensación de que no debía haber secretos entre los dos, le hablé a Flora acerca de mi efímero empleo al servicio de lord Middleton. Ella no se rio, sino que me miró y me habló con expresión grave.

—No fue muy inteligente por tu parte hacer eso, Roddy.

—No, no lo fue —contesté—, porque mi padre me dio la paliza más gorda que he recibido jamás.

Tampoco pareció que Flora encontrara esto gracioso y su aparente desaprobación a mi comportamiento me dejó consternado. Le dije que la única razón de que actuara como lo hice era que no había querido ver cómo se acababa con un magnífico venado solo para el divertimento de la nobleza. Flora entonces dijo que los ciervos estaban en la montaña para ser cazados por los caballeros y que el sustento de lord Middleton dependía de esa clase de pasatiempos. Repuse que el sustento de lord Middleton no era de mi incumbencia. Flora replicó que debería ser de mi incumbencia, ya que era su propiedad la que proveía de empleo a la gente.

—Sin la benevolencia de lord Middleton —añadió—, todos estaríamos malviviendo de la tierra.

Su respuesta hizo que me sintiera muy estúpido y, no queriendo agriar el ambiente entre ambos, dejé pasar el asunto. Proseguimos en silencio hasta Aird-Dubh y tuve la sensación de que la cercanía que compartíamos se había disipado un tanto. Paseamos por entre la destartalada maraña de casas, pajares y cobertizos de la aldea. La Cebolla estaba sentada en un banco fuera de su casa, dando ruidosas chupadas a una pequeña pipa. Flora hizo un alto y le dio las buenas tardes.

—¿No tienes huevos para mí? —dijo la vieja.

Flora sacudió la cabeza y dijo que lo sentía, pero que no tenía. Entonces se interesó por la salud de la vieja. La señora MacLeod ignoró su pregunta y, a cambio, sacándose la pipa de la boca, clavó en mí su mirada, a la par que sus labios flácidos emitían sin parar un sonido parecido al palmoteo del mar contra una roca.

—¿Y este es el chico de Black Macrae? —preguntó.

—Sí —dijo Flora.

La arpía continuó taladrándome con una mirada de desaprobación.

—¿Es que se te ha comido la lengua el Diablo, Roddy Black? —preguntó por fin.

No se me ocurría una respuesta prudente a esa pregunta, así que me limité a quedármela mirando yo también. Se encajó de nuevo la pipa en la boca y empezó a darle ruidosas chupadas. No estaba prendida.

—Últimamente he visto a tu hermana por aquí —dijo.

No se me ocurría ninguna razón por la que mi hermana pudiese haber venido a Aird-Dubh y así se lo hice saber.

—Pues sí que ha estado aquí. O su sosias al menos. Una muchacha bonita, igualita que su madre. —Pronunció estas últimas palabras con un retintín malicioso, y, si su intención era mosquearme, confieso que lo consiguió. De no haber estado Flora a mi lado, le habría dicho que era una vieja arpía del demonio, pero me mordí la lengua—. Y tú eres igualito que tu padre —dijo.

—Usted no conoce a mi padre —contesté.

—Vaya si lo conozco —dijo—. Más cerrado que una ostra.

Entonces rio para sí, con socarronería. No quise escuchar más, así que eché a andar y Flora me siguió, una vez que se hubo despedido de la arpía con un buenas tardes.

—Dile a tu hermana que espero que haya visto su estado mejorado —vociferó a nuestra espalda.

Fingí que no la había oído, pero, cuando estuvimos a cierta distancia, Flora me preguntó qué había querido decir con eso. Contesté que no era más que una vieja loca y que no le hiciera caso.

Llegamos a la altura de la casucha de Murdo Cock y el sonido de nuestros pasos lo atrajo a la puerta. Se nos quedó mirando mientras pasábamos de largo, boqueando de tal forma que el único diente de su boca quedaba expuesto de manera prominente. Luego emitió una suerte de chillido de gaviota y desapareció de nuevo en el interior, como un animal en su madriguera. Flora se estremeció. Me pegué a ella y dejé que el dorso de mi mano rozara la manga de su camisa, con la esperanza de que ella la cogiera, pero no lo hizo y yo me retiré a mi posición anterior, algo más separado. Así llegamos hasta el cabo, donde nos sentamos en las rocas. Unos pocos barcos se mecían suavemente en el mar ondeante. Le conté a Flora la historia del barco de pesca de mi padre y el incidente en el que los dos Iains se habían ahogado. Le describí cómo mi madre solía ir al muelle de Toscaig a ver a mi padre atracando el barco. No sabría decir por qué le relaté esto, salvo que quizá pensara en darle lástima, para que tal vez así yo le gustase más. Cuando hube terminado, dijo que era una historia muy triste, y yo me arrepentí de habérsela contado.

A fin de romper el silencio que se había vuelto a instalar entre nosotros, le pregunté si volvería pronto a trabajar en la Casa Grande.

—Sí, si así me lo requieren y si estiman que me desenvolví bien — contestó.

Al punto recordé a la niña a la que observaba en la escuela, tan deseosa siempre de agradar al señor Gillies, y me dio por pensar que ella tal vez no hubiese cambiado tanto, después de todo. Me dijo entonces que el año siguiente, cuando cumpliera los dieciséis, la enviarían a Glasgow para servir en casa de un comerciante. Su madre le había conseguido un empleo a través del ama de llaves de la Casa Grande. Flora me preguntó si había estado en Glasgow alguna vez y yo le dije que, a causa del miedo que le tenía mi padre al agua, ni siquiera había estado en Kyle of Lochalsh. Ella me contó un montón de historias sobre las majestuosas calles, almacenes y casas de la ciudad. Me preguntó si no tenía pensado marcharme de Culduie, y yo le dije que mi padre me necesitaba para la parcela y que, en cualquier caso, no deseaba irme a ninguna parte, porque Culduie era de donde venía y donde deseaba pasar todos mis días. Flora expresó la opinión de que el mundo tenía mucho más que ofrecer que Culduie, y que a buen seguro yo había de querer ver al menos una pequeña parte de él. No contesté, porque desde que la

conociera no había querido otra cosa que lo que había a la vuelta de la esquina. Flora me contó que tenía la esperanza de, una vez en Glasgow, llamar la atención de un joven elegante que quisiera convertirla en su esposa. Respondí que estaba convencido de que había un montón de jóvenes en Culduie que desearían hacer lo mismo.

Flora me miró con expresión de franco desconcierto.

—No estarás hablando de ti, ¿verdad? —dijo.

Yo aparté la vista y miré hacia el mar.

—Si no hablabas de ti, ¿a quién te referías entonces? —insistió, con un tono travieso.

Me giré para mirarla de frente. Entonces, sin pensarlo, abalancé mi rostro contra el suyo y, por un instante, mis labios rozaron su mejilla. Flora se apartó y se puso de pie.

—¡Roddy Black! —exclamó. Luego, se echó a reír como una tonta y yo me reí también, para hacer ver que solo había sido una broma.

Al cabo de unos momentos, volvió a sentarse a mi lado. Ninguno de los dos dijo nada. Yo no deseaba otra cosa que salir corriendo y echarme a llorar.

Flora me dio un empujoncito en el brazo, juguetona, y dijo que yo no era más que un bobo que nada sabía del mundo. Tenía, en cualquier caso, y en la misma Culduie, a las seis hijas de Kenny Smoke a las que pretender. No dije lo que en ese momento se me pasaba por la mente, puesto que no deseaba exponerme a que se burlara más de mí.

Mientras caminábamos de regreso, la noticia de que Flora tenía intención de marcharse de Culduie me pesaba como una enorme carga. Me di cuenta de que, de forma totalmente espontánea, había concebido un futuro en el que ella y yo estaríamos juntos. No sabría decir en qué momento estos pensamientos habían aflorado en mi mente por primera vez, pero es seguro que, antes de nuestro encuentro en el granero, yo jamás había contemplado la idea de tomar esposa. Mi vida hasta ese momento concreto había estado junto a padre y Jetta, y hasta que conocí a Flora nunca había deseado otra compañía. Me maldije por haber albergado semejantes pensamientos. Comprendí que, para Flora, yo no era más que un divertido entretenimiento al que olvidaría en el mismo instante en que pisara la ciudad.

Flora debió notarme alicaído, porque intentó darme conversación con trivialidades y se dedicó a darme empujones juguetones con el hombro, pero yo hundí mis manos todavía más en los bolsillos de mis pantalones y a nada respondí.

\* \* \*



Ninguno de nosotros estaba de humor para la Feria estival cuando esta llegó, pero Jetta había tejido un gran número de chales para venderlos en el mercado, así que no había posibilidad de no asistir. Padre declinó acompañarnos, pero se desquitó advirtiéndome entre dientes que no me metiera en problemas. Le aseguré que no tenía intención de meterme en problemas, y su ausencia contribuyó en cierto modo a aligerar nuestros ánimos cuando partimos.

La mercancía de Jetta iba apilada en un carretón y a los gemelos, para gran regocijo suyo, los plantamos encima de esta. La carretera bullía con partidas como la nuestra, se escuchaban canciones y reinaba un ambiente festivo generalizado. Jetta se unió a los cánticos para divertir a las dos criaturas y, contemplados desde fuera, debíamos de ofrecer la estampa de una familia más o menos feliz. Yo, por mi parte, seguía abrumado por el peso de mis melancólicos sentimientos hacia Flora Broad, pero decidí, por el bien de mis hermanos, dejarlos a un lado. Conforme nos aproximábamos a Camusterrach sobrepasamos a la Cebolla, que avanzaba a un paso tan lento que comenté en voz alta que debía de haber salido de casa dos días antes. Jetta apuró la marcha cuando la adelantamos; luego se pinzó la nariz y torció la cara. Los gemelos se echaron a reír e imitaron su mueca. Más adelante, alcanzamos a los Smoke. Jetta se puso a conversar con la hija mayor entre susurros. Carmina Smoke se interesó por mi padre y le conté que se había quedado en casa para trabajar en la parcela. Ella me miró con escepticismo, pero yo no dije nada más. Lo que quedaba de viaje me lo pasé a la zaga del grupo, sin hablar con nadie.

La carretera entre la orilla y la hilera de casitas que conformaba la aldea de Applecross estaba atestada de mesas de caballete donde se exhibían quesos, tallas de madera, pipas, bujerías y prendas de ropa. Jetta encontró un hueco cerca de donde acababa la aldea, dispuso su género en el carretón y se sentó en el murete que separaba la carretera de la playa. Los gemelos jugaban a sus pies. Me quedé un rato por allí, sin hacer nada, antes de desandar nuestros pasos a lo largo de la aldea. Era como si la parroquia entera hubiese venido a apiñarse en la angosta carretera. Las mujeres iban vestidas con sus mejores ropas. Las niñas lucían bonitos peinados adornados con flores. Me pregunté si me encontraría con Flora Broad, aunque estaba convencido de que no me haría caso. Entremezclados con los paisanos aparceros, estaban los huéspedes de la Casa Grande, los cuales conversaban a voces y señalaban ordinariamente las mercancías expuestas.

Me acerqué por detrás a dos caballeros bien vestidos y escuché a escondidas su conversación. El primero declaró a voz en grito: «Se tiende a olvidar con demasiada facilidad que todavía existen gentes tan primitivas en nuestro país». El que lo acompañaba asintió con solemnidad y se preguntó en voz alta si no podría hacerse algo más por nosotros. El primer caballero expresó entonces el parecer de que era difícil asistir a unas gentes tan incapaces de hacer nada por sí mismas. Luego se detuvieron para echar un trago de una petaca y observar a un grupito de muchachas que pasaba por delante. No me quedé a escuchar los comentarios que intercambiaron a continuación y proseguí andando por la calle.

Avisté a Archibald Ross apoyado en el umbral de la posada. Iba ataviado con un fino traje de *tweed*, con zapatos marrones de cordones y pantalones de montar metidos por dentro de los calcetines. Me quedé plantado donde estaba y lo observé durante unos momentos. Ofrecía de pies a cabeza la típica estampa de un joven caballero de una partida de caza. Aunque me encontraba a pocas yardas de él, pareció que no me reconocía. Recordé que casi había transcurrido un año desde la última vez que nos vimos y di uno o dos pasos en su dirección. Sostenía en la mano derecha una pipa, que, reparé, estaba rellena y prendida en esta ocasión. Pensé que quizá, después de mi proeza en la ladera, no querría saber nada de mí, pero entonces una expresión de reconocimiento mudó su rostro y, tendiendo su mano, exclamó:

—¡Roddy, viejo amigo!

Intercambiamos un caluroso apretón de manos. Me complació que no pareciese guardarme rencor.

—A estas alturas te hacía ya en Canadá —dije.

—¿En Canadá? —contestó él.

—Con tu primo.

Hizo un gesto ampuloso con su pipa.

—No hay nada para nosotros en Canadá en los tiempos que corren. Allí las cosas están peor que aquí. Aparte de que ahora estoy con el *ghillie*.

Asentí y le dije que tenía un aspecto verdaderamente primoroso con aquel atuendo. Él agitó la pipa con ostentación, desechando mi comentario, para al punto volver a encajársela en la boca y ponerse a darle chupadas con fruición. En ese momento deseé con toda mi alma tener mi propia pipa. Luego me cogió del brazo y me condujo al interior de la posada. Eché un vistazo por encima del hombro, temiendo que alguno de nuestros vecinos pudiera verme. Nunca antes había pisado la posada. Mi padre consideraba que era un antro de iniquidad y a menudo aseveraba que quienes la frecuentaban no hacían más

que seguir la senda del fuego eterno. Dentro se apretujaban un montón de hombres en mangas de camisa, chillándose todos a la cara, muy animados. Archibald se abrió camino entre la muchedumbre hasta que nos llegamos a una mesa diminuta que había en un rincón; al punto, una mujer robusta ataviada con un vestido a cuadros depositó en ella sendas jarras de piedra rebosantes de cerveza. Archibald agarró uno de los recipientes y, entrechocándolo ruidosamente contra el segundo, elevó su brindis.

—¡A la salud de quienes bien nos quieren!

Yo cogí mi jarra, cuyo peso me pilló tan por sorpresa que casi la dejo caer, y repetí su brindis. Entonces bebimos. La cerveza me supo a rayos y de haberme encontrado a solas no habría dudado en escupirla al suelo. Archibald le dio un segundo buen trago y me codeó en las costillas para que yo hiciera otro tanto.

—Me congratula verte, chaval —declaró—. Eres todo un personaje, ¿eh?

Yo estaba tan extasiado de encontrarme en compañía de un tipo tan distinguido como Archibald Ross que me llevé la jarra a los labios y me eché la mitad de su contenido al gaznate. Me pregunté qué pensaría mi padre si me viera en semejante lugar, pero, para cuando la cerveza me llegó al estómago, ya no me importaba. A nuestra izquierda, dos hombres fornidos que estaban de pie, agarrados por los hombros, cantaban con ganas:

*En el bosque de Coille Mhùiridh  
no eran los de las Tierras Bajas quienes nos despertaban,  
sino el balido de los cervatillos y el bramar de los venados  
y el cuco en primavera entonando su música.*

Al poco toda la concurrencia se unió para cantar a una. Archibald se puso de pie y, desafinado, entonó a gritos la canción:

*Es mi tierra la más hermosa,  
la tierra más radiante, vasta y acogedora,  
con ciervos en la boca de cada desfiladero,  
gamos y gamas, urogallos y salmón.*

En este punto, los dos hombres que se balanceaban a mi izquierda aterrizaron sobre mi regazo, derramando lo que restaba de mi cerveza. Archibald los apartó de un brusco empujón y pidió a la tabernera otras dos. La canción acabó perdiéndose en un tumulto de cuerpos enredados y carcajadas. Al punto

nos despacharon dos jarras más y Archibald volvió a tomar asiento muy ufano.

—Bien, señor Macrae, ¡por nosotros y por quienes bien nos quieren!

—¡Por quienes bien nos quieren!

Esta segunda cerveza me supo mucho mejor que la anterior y llegué a la conclusión de que la primera debía de estar pasada. Archibald me explicó entonces cómo, al final de la temporada de caza del año anterior, el *ghillie* le había ofrecido que se convirtiera en su aprendiz; ahora vivía en las dependencias de detrás de la Casa Grande. Se sacaba un chelín al día, y aún más cuando les hacía recados a los huéspedes de lord Middleton. A mí aquello me pareció una millonada y así se lo dije.

—Yo preguntaría si pueden ofrecerte un empleo —dijo—, pero me temo que el *ghillie* no guarda buen recuerdo de ti.

Y al punto se puso a hacer aspavientos con los brazos y a graznar como un poseso, imitando mi actuación en la montaña, carcajeándose ruidosamente. Pero debió notarme alicaído, porque al punto sofocó sus risotadas y se interesó por mis planes para el futuro. Le conté que estaba trabajando en las carreteras y en la parcela de mi padre y que con eso me contentaba. Archibald adoptó una expresión seria y me preguntó si hasta ahí llegaban mis ambiciones. Como no quería decepcionarlo, le dije que esta era una solución a corto plazo y que, una vez que hubiese ahorrado el dinero suficiente, tenía intención de buscar fortuna en Glasgow. Archibald acogió con aprobación esta falsedad, asintiendo con la cabeza.

—He oído que hay un sinfín de oportunidades allí para un hombre con ambiciones —dijo.

Asentí, agradecido de que no me hiciera más preguntas sobre el tema, y él pidió más cerveza a gritos. Para entonces estábamos muy achispados y él se puso a contarme unos cuantos chismes sobre los caballeros que visitaban la propiedad, imitando sus manías y su forma de hablar de manera muy lograda. El *ghillie*, me relató, no era ni la mitad de temible de lo que aparentaba a primera vista y a menudo invitaba a Archibald a que se pasara por su cabaña caída la tarde, donde se sentaban frente al hogar fumando una pipa y repasando lo acontecido ese día. Cuando no había partidas de caza, el *ghillie* instruía a Archibald en el arte del rececho, de forma que ahora podía saber, mediante la inspección de briznas de hierba quebradas o alteraciones en el brezo invisibles al ojo no entrenado, si había ciervos en las proximidades y en qué dirección se movían. Archibald presumió de que ahora conocía los montes y cañadas mejor que el interior de su propia casa y confieso que sentí

mucha envidia de su nueva condición. Se aprestó a rellenar su pipa y preguntó por qué no tenía yo una. Contesté que estaba ahorrando todo mi dinero para el viaje a Glasgow y que no quería derrocharlo en tabaco. Archibald opinó que esa clase de hábitos harían de mí un hombre rico. Por un instante me imaginé como un rico comerciante, sentado junto a la chimenea de una elegante casa de ciudad, con Flora cosiendo a mi lado.

No sé cuánto tiempo permanecemos en la posada ni cuántas jarras de cerveza bebimos, pero llegado determinado momento la turba salió en tropel a la calle. La hora del gran acontecimiento del día, el partido de *shinty* entre las parroquias de Applecross y del Cabo, se aproximaba. Archibald pagó lo que se adeudaba, cosa harto afortunada, puesto que yo no tenía dinero. Le di las gracias, que él desechó con un gesto de la mano, insistiendo en que, al haberme invitado él a compartir un trago, habría sido de canallas permitirme pagar a mí.

Descubrí que me tambaleaba por los efectos de la cerveza, pero no me sentí abochornado por mi estado. Enfilé la calle a paso sosegado, dejándome zarandear por la multitud y atrayendo las miradas despectivas de los viandantes. Archibald echó su brazo sobre mis hombros y nos dedicamos a quitarnos la gorra ante propios y extraños, pensándonos unos tipos de lo más distinguido. Ya cerca del final de la carretera, nos llegamos hasta el lugar donde había desplegado su mercancía Jetta, que quedó espantada al percatarse de mi estado de embriaguez.

—Espero, por tu bien, que Padre no se entere de la condición en la que te encuentras —dijo entre dientes.

Hice caso omiso de su comentario y señalé con un gesto a mi compañero.

—Permíteme que te presente a mi amigo, el señor Archibald Ross.

Archibald ejecutó una florida reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Macrae —dijo—. No puede haber doncella más hermosa en la parroquia.

Tomó entonces su mano, que ella no le había tendido, y la besó. Jetta lo miró estupefacta, preguntándose, a buen seguro, cómo podía su hermano haber trabado conocimiento con un tipo tan distinguido. Archibald retrocedió un paso para inspeccionar la mercancía de Jetta. Adoptó los aires de un entendido, deslizando los artículos entre sus dedos con delicadeza y murmurando apreciativamente. Al parecer, estas atenciones agradaron a Jetta y esta nos contó que ni diez minutos antes le había vendido un chal a una dama de la Casa Grande por un chelín.

—¡Un chelín! —dijo Archibald—. Estás vendiendo tu fina labor por debajo de su precio, querida mía.

Le hizo saber, entonces, que compraría el chal que en ese momento tenía en las manos para su madre y le dio por él dos chelines. Jetta se mostró muy complacida y se lo agradeció profusamente. Mientras Archibald se alejaba del puesto, ella me entregó un chelín y me susurró que no le dijera ni una palabra a Padre sobre sus ventas. Me metí la moneda en el bolsillo y me interné entre la multitud en persecución de Archibald, contento de que, más tarde, pudiera invitarlo a la posada a beber más cerveza. Nos abrimos camino allende la aldea en dirección a la Casa Grande, donde iba a celebrarse el partido.

—Tu hermana es verdaderamente deslumbrante, pero se viste como una arpía —me dijo Archibald en tono afable—. Jamás encontrará marido con ese atuendo tan poco favorecedor. Si un tipo ve a una muchacha envuelta en arpillera, tiene todo el derecho a pensar que existe una razón de peso para ocultar lo que hay debajo, ja, ja.

Ejecutó su acostumbrado floreo con la pipa, gesto con el que, ahora comprendí, pretendía dar a entender que la sentencia en cuestión, fuera cual fuese, era incontestable. Tengo que admitir que algo de verdad sí había en sus palabras y que, si miraba a Jetta de forma desapasionada, esta ofrecía una estampa muy poco atractiva. Como para recalcar este hecho, había por allí cerca unas cuantas muchachas muy atractivas, ataviadas con bonitos vestidos, con el pelo recogido con gracia y de tal forma que se alcanzaba a ver la suave y pálida piel del cuello.

Archibald hizo entonces un gurrño con el chal que había comprado y lo embutió en el interior de un arbusto. Esto me horrorizó y le pregunté qué pretendía con semejante acto. Archibald se encogió de hombros y me sonrió de oreja a oreja.

—Viejo amigo, ni a mi perro le daría ese andrajo para que durmiese encima. Solo lo he comprado para que tu hermana tuviese un poquito de dinero con el que agenciarse un atuendo menos lóbrego.

Pensé en las muchas horas que mi hermana había dedicado a tejer el chal y me sentí muy herido por la insensibilidad de mi amigo. Creyendo que Jetta quizá pudiese encontrar más tarde su labor desechada en el arbusto, regresé corriendo hasta allí y recuperé el chal. Estaba enganchado entre las zarzas y me llevó un buen rato liberarlo de las ramas. El chal había quedado destrozado, pero lo doblé con sumo cuidado y me lo embuté en el interior de mi chaqueta. Archibald me miraba divertido.

—¿Qué vas a hacer con él ahora? —dijo, cuando regresé a su lado—. Está hecho trizas.

No me apeteció responderle. Continuamos en silencio unos minutos. El partido de *shinty*, organizado a instancias del *laird*, iba a celebrarse en un campo que se había marcado con serrín delante de la Casa Grande. Los espectadores ya habían empezado a reunirse en torno a las líneas que lo delimitaban. Al cabo de un rato, mi resentimiento hacia Archibald se calmó. Él debió de reparar en ello, porque reanudó su charla en un tono confidencial.

—Yo, a decir verdad, no tengo intención de buscar esposa hasta dentro de unos años. ¿Por qué unos tipos jóvenes como nosotros tendríamos que conformarnos con un único plato cuando hay tantos para degustar? —dijo, echándole el ojo a un grupo de muchachas—. Si tu hermana invierte su dinero sabiamente, creo que contemplaría la posibilidad de llevármela a dar una vuelta por detrás de la posada. Después de los dos chelines que le he dado, seguro que se siente un poco en deuda conmigo.

Me encajó un codazo en las costillas y, comoquiera que yo tenía una idea muy vaga de lo que había querido dar a entender con aquello, hice un gesto de asentimiento con la cabeza. Los invitados de lord Middleton ocupaban unas sillas que habían sido dispuestas en el extremo más alejado del campo. Ya que era evidente que esa zona estaba reservada para la nobleza, los aldeanos se repartieron por los tres lados restantes. Se había levantado un toldo y, como el partido no había dado comienzo aún, la mayoría de los hombres se hallaban reunidos en torno a su entrada. Archibald me condujo al interior del pabellón, donde compramos dos cuartillos de *whisky*. Brindamos y los rematamos y, para cuando el licor llegó a mi estómago, yo ya había olvidado por completo el incidente del chal. Los equipos entraron trotando al campo y nosotros nos hicimos un hueco entre la multitud, que, llegados a este punto, se apiñaba tan compacta en torno al campo que ya apenas resultaban necesarias las líneas de serrín. El griterío reinaba en todos los flancos.

Naturalmente, Lachlan Broad asumió el papel de capitán del equipo del Cabo, palmeando con brusquedad a sus compañeros de equipo en los hombros para encender su pasión. Presentaba un aspecto imponente conforme se dirigía con paso decidido hacia el centro del campo, sacando pecho, con su *camán* apoyado sobre el hombro como si de un hacha se tratara. El resto de nuestro equipo, exceptuando a Kenny Smoke, era una tropa lastimera y desaliñada, y la mayoría de los integrantes daban la sensación de desear fervientemente encontrarse en otra parte. Ya desde niño sentía yo aversión por los deportes, y considero el *shinty* un espectáculo especialmente violento

y ridículo. En el colegio me dedicaba a deambular por un lateral del campo y corría en dirección opuesta si la pelota venía hacia mí. A pesar de la escasez de jóvenes lozanos en nuestra parroquia, mi ineptitud era tal que nunca me habían reclutado para jugar en el equipo.

El partido comenzó con un tabletear de palos en el centro del campo. Dos hombres fueron derribados al punto, y los sacaron a rastras del campo mientras el juego los envolvía como una tormenta. Lachlan Broad se hizo con la pelota a medio campo y le asestó un golpe temible hacia la portería de Applecross. Luego cruzó el césped a grandes zancadas para amonestar a Dunkie Gregor, que apenas tenía doce años, por no haber interceptado su pase. En el entretanto, la pelota fue rechazada hacia el otro extremo del campo y, entre crujidos de palos y huesos, atravesó disparada los palos de la portería. Lachlan Broad, para el carcajeo generalizado de la multitud, arrojó a Dunkie Gregor al suelo y regresó corriendo a reprender al resto de su equipo. Los jugadores de Applecross celebraron su gol echando tragos de un *quaich* de madera repleto de *whisky*, que estaba situado detrás de su portería. Cuanto más avanzaba el partido, más degeneraba este en violencia y mayor era la vehemencia con la que la multitud exhortaba a su equipo a atacar al oponente. Los caballeros que se encontraban sentados en el extremo más alejado del campo daban la sensación de hallar el espectáculo enormemente divertido, y animaban a los combatientes con frenesí. Archibald también aplaudía cada nuevo ataque con creciente fervor. La multitud alcanzó la plenitud del éxtasis cuando una vieja recibió un golpe de *camán* en un lado de la cabeza y se derrumbó inconsciente. Al final, la pelota cayó en el más completo de los olvidos y, con la multitud formando un ceñido cerco en el centro del campo, los equipos la emprendieron a palos unos contra otros, golpeando cabezas y piernas. Después, y sin previo aviso, la batalla cesó y cada uno de los equipos fue proclamado vencedor por sus respectivos partidarios. Sacaron a los ensangrentados jugadores del campo a hombros, mientras estos se pasaban recipientes de *whisky* entre ellos. Archibald y yo seguimos su estela; mi amigo iba comentando extasiado los momentos más brutales del partido. Un *quaich* aterrizó en nuestras manos y echamos los dos un buen trago de su contenido. Ahora la multitud me daba vueltas y propuse a Archibald que regresáramos a la posada a tomar más cerveza. Él insistió en que nos quedáramos un rato en el toldo, dado que todas las muchachas de las aldeas estaban allí y quizá pudiéramos, dijo, probar suerte con ellas.

Después de abrirnos paso a empujones al interior del pabellón y comprar más cerveza, Archibald se dispuso a evaluar a las chicas que ocupaban el



perímetro de la tremenda marabunta de hombres y que, allí de pie, se inclinaban unas sobre otras cuchicheándose al oído, con las caras sonrojadas por la excitación del espectáculo. Entonces fue cuando vislumbré a Flora Broad en la linde del campo de *shinty*. Iba en compañía de una muchacha alta a la cual yo no conocía y ambas estaban conversando animadamente con dos jóvenes caballeros. Reparé, con desagrado, en la avidez con la que levantaba el rostro hacia aquellos pretendientes. Los dedos de su mano derecha jugueteaban sin cesar con un mechón de su cabello, que llevaba acicalado en un bonito peinado para la ocasión. No tenía yo ninguna gana de retomar nuestra relación, de modo que intenté llevarme a Archibald algo más adentro de la multitud, pero él ya había salido en pos de un grupo de muchachas y, como estas se encontraban en la dirección contraria adonde estaba Flora, le fui a la zaga encantado. Tenía dificultades para plantar un pie delante del otro y, para cuando lo alcancé, Archibald ya se estaba presentando con unas maneras deliciosas ante las tres jóvenes, que iban todas muy peripuestas con vestidos blancos bordados. A continuación, me presentó a mí, en términos harto elogiosos. Yo me quité la gorra y ejecuté un amago de reverencia, con la que solo conseguí arrancar a las muchachas unas risillas burlonas.

—¿Y cómo es que no habéis participado en el partido? —preguntó la más alta de las tres.

Archibald hizo una floritura con su pipa.

—Nosotros pertenecemos a esa clase de tipos que prefieren superar al contrincante con la inteligencia y no con palos —declaró.

Me dio un codazo en las costillas, evidentemente con el deseo de que yo confirmase aquella declaración por medio de algún comentario ingenioso, pero todo cuanto pude procurarle fue una sonrisa estúpida. Archibald no se desanimó, sin embargo, y pasó a informar a las muchachas de que yo pronto haría una gran fortuna como comerciante en Glasgow.

—Pero ¿este no es el chico de Black Macrae? —preguntó la joven alta a la vez que me señalaba con un dedo acusador.

—Así es, desciende de los Black Macrae, pero te diré que ninguno de los dos es esclavo de la reputación que nuestros antepasados nos han granjeado —dijo Archibald con grandilocuencia.

Sentí la necesidad de contribuir de algún modo al discurso, pero todo cuanto conseguí fue agitar los dedos en el aire y que mi cuerpo oscilara hacia las muchachas, de modo que Archibald tuvo que agarrarme del codo para evitar que me desplomara sobre ellas.

Les preguntó, entonces, a las muchachas si aceptarían dar un paseo por los jardines de la propiedad con nosotros, dado que, dijo, resultaba difícil conversar en medio de aquella caterva emborrachada. Las muchachas se negaron, recatadas, y, con una breve reverencia, Archibald me cogió del brazo y nos alejamos de allí. No pareció que este rechazo lo amilanara en lo más mínimo, es más, insistió en que lo único que yo necesitaba era un poco más de cerveza que me destrabase la lengua y contrarrestase los efectos del *whisky* que habíamos bebido. De vuelta en el toldo y cada uno con su jarra de cerveza en la mano, le dije a Archibald que no había mostrado interés por aquellas chicas porque mi corazón ya pertenecía a otra. Archibald me preguntó quién era la muchacha en cuestión y yo le conté parte de lo que había sucedido entre Flora Broad y yo. Cuando hube concluido, Archibald se quedó un rato dando chupadas a su pipa, como si estuviese considerando muy seriamente mi situación. Luego me agarró de la solapa y tiró de mí hacia él.

—Permíteme darte un consejo —empezó—, ¿no sería mejor que cuando partieras para Glasgow lo hicieras libre de cualquier atadura a este lugar? Olvidarás a esa muchacha así que te encuentres rodeado por las riquezas que la ciudad ofrece.

Le dije que ni podía olvidarla ni deseaba hacerlo.

Archibald asintió con la cabeza, despacio. Entonces, como si hubiese tomado una decisión repentina, levantó la pipa en el aire y exclamó su sentencia.

—En ese caso, debes darle a conocer la naturaleza de tus sentimientos.

A lo que yo respondí refiriéndole la conversación que habíamos mantenido en Aird-Dubh, omitiendo, eso sí, los detalles más humillantes.

—Si tus sentimientos son tan hondos como sugieres —dijo Archibald, mientras me rodeaba los hombros con su brazo—, debes declararte de algún modo. Al menos así sabrás realmente a qué atenerte. En cualquier caso, no deberías desanimarte con tanta facilidad. Es muy habitual que una muchacha desaire las insinuaciones de un mozalbete, pero uno no ha de tomarse en serio esa clase de negativas. Es más, habría que considerar como una muestra de aprecio hacia ti el hecho de que no accediera a la primera de cambio. Ella se está limitando a poner a prueba tu determinación. Estoy seguro de que has visto cómo se comporta el gallo en el gallinero. Tiene que exhibir las plumas de su cola. Una joven es igual que una gallina, hay que cortejarla. Debes pavonearte un poco delante de ella, Roderick.

Se puso entonces a imitar a un gallo, aleteando los codos como si fueran alas y echando la cabeza hacia atrás para cacarear. Algunos de los hombres a

nuestro alrededor dejaron de beber y se lo quedaron mirando. Cuando hubo concluido su exhibición, Archibald me señaló meneando un dedo.

—¿Qué quieres ser, gallo o pavo? —declaró, evidentemente orgulloso de su máxima.

Yo le expliqué entonces que, aun cuando mis sentimientos se vieran correspondidos, existía muy mala sangre entre nuestras familias, y que su padre jamás daría su consentimiento a que estuviéramos juntos.

—Tengo la sensación —dijo Archibald— de que te has erigido tantos obstáculos en tu propia cabeza que tú mismo has conseguido derrotarte antes de empezar siquiera.

Al punto me golpeó, brusco, con el dedo en la frente y me dijo que hiciera menos caso de lo que tenía entre oreja y oreja y más a lo que tenía entre las piernas. En ese preciso momento, vi por encima del hombro de Archibald que Flora se había separado de sus admiradores y caminaba del brazo de su amiga por el perímetro del ahora desierto campo de *shinty*. No respondí al consejo de mi amigo y él debió de notar el ilapso momentáneo que me sobrevino.

—Puedo discernir por el color de tus mejillas que acabas de localizar a la doncella en cuestión —dijo, apuntando la caña de su pipa hacia las dos figuras—. Solucionemos esta cuestión de una vez por todas.

No era mi deseo solucionar ninguna cuestión y me arrepentí profundamente de haber revelado mis pensamientos sobre Flora en primer lugar, pero Archibald ya se había puesto en marcha, estrechándome los hombros firmemente con su brazo. Al aproximarnos a las dos figuras, protesté que no creía que estuviera ni mucho menos en condiciones de mantener una conversación decente.

Archibald desechó mis objeciones con un gesto de la mano.

—Tonterías —sentenció—. Si estás en la situación en la que estás, se debe precisamente a que no has sido capaz de expresar tus sentimientos. Así que, si ahora la cerveza te ha destrabado la lengua, mejor que mejor.

Acortamos camino por la mitad del césped, de modo que, cuando Flora y su amiga torcieron la esquina del campo de juego, pareció que nos habíamos topado con ellas de manera fortuita. Iban tan enfrascadas en su conversación que no repararon en nosotros hasta que no estuvimos a escasas yardas de ellas. Para entonces resultaba del todo imposible, salvo si salían corriendo, evitar el encuentro. Archibald se puso a disertar a voz en grito sobre la majestuosidad del paisaje y lo pequeños que éramos nosotros, y afectó gran sorpresa cuando casi nos chocamos con nuestra presa.

—Hola, Roddy —dijo Flora.

No me dio la impresión de que nuestra aparición la desconcertase en lo más mínimo y pensé, de pronto, que quizá lo nuestro no estaba del todo perdido y que, al verme en compañía de un tipo tan distinguido como Archibald Ross, tal vez reconsiderara su opinión respecto a mí.

Archibald fingió sorprenderse del hecho de que Flora y yo nos conociéramos ya y me persuadió para que lo presentara. Así lo hice, y Flora nos presentó entonces a su amiga, que respondía al nombre de Ishbel Farquhar. Archibald ejecutó la misma reverencia afectada que le había dedicado a mi hermana y manifestó que, de haber sabido que en Culduie crecían flores tan bonitas, hacía tiempo que habría instalado allí su residencia. Las dos muchachas se miraron e intercambiaron alguna suerte de mensaje secreto con sus ojos. Archibald preguntó entonces si podíamos acompañar a las muchachas en su paseo por los jardines y ellas no pusieron objeción alguna. Archibald, tras aclarar que trabajaba para el *ghillie*, destacó algunos elementos de la casa y describió en términos divertidos algunos aspectos de la vida que se desarrollaba en su interior. Flora añadió de buena gana que durante los meses de verano su madre trabajaba en las cocinas y que ella misma había estado empleada allí. Me fastidió que Flora se asociara, así, con la vida de Archibald. Los dos se pusieron a departir acerca de varios miembros de la casa, y Flora escuchó divertida las descripciones y anécdotas que nos relataba mi amigo. Ishbel y yo los seguíamos en silencio y, cuanto más arreciaban las risitas de Flora en respuesta a la conversación de Archibald, más se ensombrecía mi ánimo. Al llegar al límite más apartado del campo de juego, Archibald interrumpió su charla y sugirió que continuásemos hasta el arroyo, que, sentenció, ofrecía su estampa más pintoresca en esta época del año. Nuestras acompañantes aceptaron y seguimos adelante, dejando atrás un grupo de cobertizos, rumbo al bosque que se extendía a las orillas del río. Archibald preguntó entonces cuánto tiempo hacía que Flora y yo nos conocíamos. Flora respondió que habíamos sido vecinos toda nuestra vida, pero que, comoquiera que yo había sido siempre un niño tan solitario, no había sido hasta estos últimos meses cuando había trabado amistad conmigo. Archibald sacó a colación que yo era todo un personaje y que, mientras muchos jóvenes se congratulaban de escuchar el sonido de su propia voz, yo era, de parte a parte, un individuo mucho más meditabundo. Declaró entonces que le daba mucha pena que Flora y yo no tuviésemos la oportunidad de conocernos mejor a causa de mi inminente partida a Glasgow. Flora se mostró un tanto sorprendida ante este comentario.

—Pero ¿y qué hay de la parcela de tu padre? —dijo.

—Últimamente he cambiado de parecer —murmuré.

Flora me miró con recelo.

—¿Y qué tienes pensado hacer en Glasgow?

Archibald contestó en mi nombre.

—A un joven emprendedor como Roddy jamás le faltarán oportunidades en un lugar así.

Al escuchar esto, Flora e Ishbel intercambiaron una mirada y se echaron a reír. Alcanzamos el puente de piedra que vadea el arroyo. La luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles y centelleaba en el agua. De forma natural, hicimos una pausa y nos quedamos los cuatro allí parados, en el sendero, mirándonos los unos a los otros durante unos momentos. Entonces, de repente, Archibald tomó a Ishbel del brazo y la condujo hasta el puente, diciendo que había allí algo que deseaba enseñarle. Se asomaron al agua, con sus cuerpos muy juntos, y Archibald señaló hacia un punto en el río y le habló entre susurros. Flora y yo permanecemos donde estábamos, mirándonos. Yo me sentía muy incómodo y consciente de mi embriaguez. Por encima del hombro de Flora, vi a Archibald mirar en mi dirección y animarme, con un gesto de la cabeza, a entrar en acción.

Le pregunté a Flora si querría seguir paseando un poco más conmigo. Ella no se opuso y enfilamos el sendero que discurría junto al arroyo. Después de avanzar unas yardas no pude resistir la tentación de volver la vista y mirar a Archibald, que para entonces se encontraba inclinado tan cerca de Ishbel que hasta podía ser que sus labios estuviesen tocando el cuello de ella. Flora también echó la mirada atrás, como si no quisiera quedar fuera de la vista de su amiga. Aunque habíamos estado solos antes, había ahora entre ambos una tensión que no había existido previamente. Esperaba que Flora hiciera algún comentario, pero no lo hizo, y, como a mí no se me ocurría nada que decir, el silencio se espesó entre los dos. El sendero era angosto y teníamos que caminar tan pegados que la manga de Flora me rozaba el brazo. Recordando el consejo de Archibald, le dije a Flora que su vestido era muy favorecedor. Al cabo, el sendero descendió a una hondonada que estaba repleta de barro. Flora aprovechó la oportunidad para proponer que diéramos la vuelta.

Yo sugerí, en cambio, que quizá podríamos sentarnos un momento. Había una roca enorme junto al arroyo y la usamos como banco. No queriendo que el silencio se impusiera una vez más entre nosotros, le conté a Flora que Archibald y yo habíamos estado en la posada y habíamos compartido unas jarras de cerveza.

—Ya veo que has estado bebiendo —dijo Flora— y no me quiero imaginar lo que hará tu padre cuando se entere.

Respondí que no había necesidad de que se enterase mi padre y que, en cualquier caso, merecía la pena pasar un rato en compañía de un tipo tan refinado como Archibald.

Flora dijo entonces que no le gustaba Archibald y que no creía que fuera un amigo apropiado para mí. Me ofendió mucho que hablara así de él, pero no se lo dije y, de nuevo, enmudecimos. Quizá Flora se percatase de que había herido mis sentimientos, porque fue ella la que rompió el silencio.

—¿Así que has cambiado de parecer? —dijo, refiriéndose a nuestra conversación de antes—. Pensaba que te habías casado para siempre con Culduie.

Quizá fuera su empleo de la palabra *casado* lo que destrabó mi lengua; el caso es que entonces me embarqué de la manera más espontánea en la declaración de mis sentimientos.

—No es con Culduie con quien deseo casarme, sino contigo —dije—. Me marcharía a Glasgow o a Canadá o adonde fuera con tal de estar contigo.

Flora pareció completamente desconcertada. Se me habían encendido las mejillas y al punto me arrepentí de mi arrebato.

—Roddy —dijo—, estoy convencida de que cuando seas más mayor encontrarás una esposa, pero no seré yo.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y, con el objeto de que Flora no las viera, la cogí por los hombros y enterré mi cara en su pelo. Durante un momento sentí el tacto de la piel de su cuello contra mis labios e inhalé su olor. Sentí una fuerte comezón en la entrepierna. Flora me clavó el codo en el pecho y me apartó de ella de un empujón, con cierta violencia. Entonces me dio una fuerte bofetada en la cara y yo, debido al sobresalto, resbalé de la roca y fui a dar con mis posaderas sobre el musgo. Flora se puso de pie y echó a correr entre los árboles. Me quedé allí tirado un buen rato, con la mano en la mejilla. Finalmente, me incorporé y me enjuagué las lágrimas de la cara con la manga de la camisa, antes de desandar mis pasos por el sendero. Archibald me estaba esperando junto al puente, fumando su pipa. Para mi alivio, Flora e Ishbel se habían marchado.

Me hallaba completamente abatido por lo ocurrido, pero Archibald, sin embargo, pareció encontrarlo todo muy divertido. En el camino de regreso a la aldea iba narrando una y otra vez el incidente, a cada ocasión con aderezos más y más elaborados, cosa que hizo que me arrepintiera por completo de haberme confiado a él. En el entretanto, yo mantenía la mirada clavada en el

camino, en algún punto bajo nuestros pies. Flora tenía razón, yo no era más que un bobo. Archibald debió percibir mi abatimiento, porque dejó de bromear y me echó el brazo sobre los hombros.

—Venga, chaval —dijo—. Es mucho mejor para ti largarte a Glasgow sin ataduras.

No estaba yo de humor para escuchar sus conmisericordias, no solo porque sus palabras se me antojaban completamente huecas, sino también porque tenía la sensación de que él había participado de forma activa y deliberada en mi fracaso. Removí los hombros en un intento de liberarme de su brazo, pero él me agarraba con firmeza. Sentía el ardor de las lágrimas en los ojos. Archibald se detuvo de pronto y nos quedamos allí plantados, mirándonos cara a cara. Giré el rostro, dispuesto a escuchar sus burlas, pero él no hizo nada parecido; es más, se deshizo en disculpas por la falta de sensibilidad que había mostrado hacia lo que denominó mis «más distinguidos sentimientos». Esto me apaciguó un tanto y me sequé las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Lo que necesitas, amigo mío —dijo, dándome una palmada en el hombro—, es una buena jarra de cerveza.

Esboqué una sonrisa forzada y dirigimos de nuevo nuestros pasos rumbo a la posada. Saqué de mi bolsillo el chelín que Jetta me había dado y se lo enseñé.

—Nos emborracharemos como lores —declaró Archibald.

La posada estaba más atestada aún que la vez anterior, pero Archibald navegó a través de la masa con destreza, a la par que me arrastraba con él tirándome de la manga de la chaqueta. Un violinista y un acordeonista tocaban canciones populares en un rincón. Más pronto que tarde nos encontrábamos en una mesa con una jarra de cerveza en la mano y me sentí considerablemente más animado.

—¡Por quienes bien nos quieren! —gritó Archibald.

A nuestro alrededor, todos los hombres alzaron sus jarras y repitieron el brindis de Archibald, y me sentí orgulloso de encontrarme en compañía de un tipo así. Lamentaba haberle dicho que pensaba marcharme a Glasgow porque deseaba conservar su amistad y reunirme cada tarde con él en la posada para trincar cerveza en grandes cantidades. Al poco estábamos ambos cantando y dando tragos a nuestras cervezas a placer. No tenía ni idea de lo que costaba una jarra de cerveza ni de si mi chelín iba a bastar para sufragar el coste, pero se trataba de consideraciones que en ese momento me eran totalmente indiferentes. Archibald se encaramó a una silla y entonó una canción a la que

se unió toda la concurrencia, que lo aclamó con gran entusiasmo. Una y otra vez veíamos aparecer en nuestras manos jarras de cerveza y me invadió un gran sentimiento de camaradería hacia mis compatriotas. El incidente con Flora y las miserias de mi familia quedaron olvidadas por completo. Había descubierto la unión entre los hombres. Así, para expresar el elevado estado de ánimo en el que me encontraba, me subí a una mesa y derramé una jarra de cerveza sobre mi cabeza. Entonces empecé a brincar al son de la melodía del violinista, con las manos levantadas sobre la cabeza y dando vueltas como una peonza. Abajo, los hombres pateaban el suelo y golpeaban las mesas al ritmo, hasta que perdí el equilibrio y me estrellé contra el suelo. Volví a ponerme de pie como pude y proseguí con mi baile. Justo en ese momento fue cuando vi a Lachlan Broad plantado delante de mí con varios de los suyos. De repente me sentí como un estúpido y dejé de saltar. El patear contra el suelo que me había acompañado fue decayendo hasta apagarse del todo. Se escuchaban voces que me animaban a seguir, pero no sentía deseos de ponerme más en ridículo. Tenía la camisa empapada de cerveza y el pelo pegado a la cabeza.

Lachlan Broad dio un único paso en mi dirección.

—Venga, Roddy Black, no pares por mí.

Dio una voz a los músicos para que tocaran una melodía. Los hombres a mi alrededor daban palmas, animándome a empezar, pero me quedé clavado en el sitio. Lachlan Broad echó mano de la jarra de cerveza de uno de los suyos y, levantando una gran ovación, me arrojó su contenido a la cara.

—¡Baila, chico! —bramó. Aeneas Mackenzie empezó a patear el suelo rítmicamente a su espalda, gruñendo como un cerdo. Lachlan Broad espoleó el frenesí de la multitud haciendo aspavientos con los brazos.

Me abalancé contra él. Me recibió con la palma abierta de una mano y me empujó hacia atrás de un empujón. Aterricé sobre mis posaderas entre una maraña de piernas. Varios brazos tiraron de mí para ponerme de pie y me propulsaron de nuevo contra Broad. Esta vez me recibió con el puño en toda la cara. Caí al suelo; entonces me puse de pie y empecé a lanzarle puñetazos como un poseso. Escuché rugidos de aprobación y muchas risas. El alguacil me asestó un golpe en la boca del estómago y a la par que caía, doblado, contra él, levantó la bota y me la clavó en la entrepierna. El golpe me dejó sin resuello y me quedé tirado en el suelo tratando de recuperar el aliento. Archibald acudió a mi lado, pero Lachlan Broad lo apartó de un violento empujón. Entonces se arrodilló junto a mí y me susurró al oído.



—Habré echado a tu viejo de su parcela antes de que acabe el año, pedazo de mierda hibernesa.

Luego me levantó de un tirón y, agarrándome de las solapas, me lanzó violentamente contra la otra punta de la sala. Fui a aterrizar de espaldas sobre una mesa, haciendo que la cerveza saliera despedida a diestra y siniestra. De nuevo tiraron de mí hasta ponerme en pie y aguardé a que Broad volviese a por mí, pero este ya se había dado por satisfecho y se había reunido de nuevo con su corrillo de parientes, que elevaron a voz en grito un brindis por el clan Mackenzie y apuraron sus jarras.

Desperté la mañana siguiente en una cuneta de la carretera, no muy lejos de la aldea de Applecross. Mi ropa estaba empapada y tenía un dolor punzante en las sienas. Estuve allí tumbado un buen rato, pero no pude recordar de la tarde anterior nada más que lo que ya he relatado. Un cuervo me observaba desde el borde de la carretera.

—¿Qué andas buscando? —dije.

—Estaba pensando en que quizá podría desayunarme con tus ojos — contestó.

—Siento decepcionarte —le dije.

Trepé a gatas por el talud de la cuneta hasta la carretera y me puse de pie. El cuervo no perdía ripio de mis avances, como si no estuviera del todo convencido de que fuera a quedarse sin su festín. Le lancé una de mis botas y él alzó el vuelo, aleteando, uno o dos pies por encima del suelo, para después volver a posarse donde antes. Debía de ser muy de mañana, porque gruesas gotas de rocío cubrían la hierba y ni un solo sonido rasgaba el aire. Empecé la marcha hacia Culduie. Me daba totalmente igual el recibimiento que pudiera aguardarme a mi regreso. La mañana no era fría, pero me temblaba todo el cuerpo a causa de mis ropas mojadas. Según fui haciendo memoria de los acontecimientos del día anterior, me sentí terriblemente abochornado y resolví aceptar sin protestar, fuera cual fuese, el castigo que decidiera imponerme mi padre. No vi ni un alma en la carretera y tampoco al aproximarme a Culduie me encontré con nadie trabajando en su parcela. Pensé que tal vez mi padre estuviese todavía acostado y que podría entrar en la casa sin que nadie se percatara, pero este no habría de ser el caso. Mientras avanzaba por la carretera que bordeaba las parcelas, sentí algo bajo el brazo; me abrí la chaqueta y descubrí que el chal de Jetta seguía allí. No era más que un chorreante amasijo de lana. Bajé a la orilla y, después de mirar a un lado y a otro para comprobar que nadie me observaba, lo arrojé al mar. Allí se

desenredó en el agua y quedó atrapado entre los tentáculos de las ovas marinas que flotaban sobre las olas.

Mi padre estaba sentado ante su desayuno cuando crucé el umbral. No levantó la vista ni dijo palabra alguna. Y, al no haber nada que yo pudiera hacer, fui a tumbarme en mi litera y allí permanecí el día entero.

Esta mañana, después de sus acostumbradas preguntas acerca de mi bienestar, el señor Sinclair me ha preguntado si accedería a que me presentase a un caballero que, me ha dicho, ha viajado una distancia considerable para verme.

—¿Tanto me han elevado mis crímenes —he preguntado— que ahora los caballeros buscan disfrutar de mi compañía?

El señor Sinclair ha esbozado una fina sonrisa ante mi comentario y me ha informado de que quizá me fuera beneficioso recibir al caballero en cuestión. He aceptado, como es natural, en primer lugar porque no deseaba contrariar a mi abogado, pero también porque difícilmente puede un prisionero gozar del derecho de escoger a sus invitados. Aparentemente, mi decisión ha complacido al señor Sinclair, y este ha salido al pasillo, donde seguramente había estado esperando el visitante. Los dos hombres han entrado juntos y, como ninguno ha querido sentarse a mi escritorio, hemos permanecido los tres de pie: yo bajo la ventana alta, el señor Sinclair junto a la mesa y el otro caballero al pie de mi cama de tablones, a la derecha de la puerta. El señor Sinclair me ha presentado al visitante, que respondía al nombre de señor Thomson, y me ha explicado que era toda una eminencia en su campo, si bien no creo que haya especificado de qué campo se trataba. Confieso que el semblante de este caballero me ha resultado hartamente repelente y es muy posible que yo le haya causado una impresión similar, porque me ha mirado con una expresión de indisimulada repugnancia. Era un hombre alto —ha tenido que agacharse para pasar por la puerta—, de rasgos afilados y pequeños ojos azules. Vestía un traje negro, con una camisa blanca abotonada hasta la garganta, y tan apretada que los pliegues de piel flácida rebosaban por encima del cuello de esta. Iba con la cabeza descubierta, y su pelo era crespo y gris y ya no le crecía en las zonas superiores del cráneo. No despegaba las manos del pecho, y el dedo corazón de su derecha daba vueltas sin parar a un grueso anillo engastado con una piedra verde que llevaba en el cuarto dedo de su izquierda.

Se ha dirigido entonces al señor Sinclair:

—Ciertamente, su naturaleza es de la clase inferior, como era de esperar. ¿Se muestra por lo general alerta cuando lo visita? ¿Duerme mucho?

El señor Sinclair parecía incomodado por que lo interrogasen de aquel modo.

—Siempre está extremadamente alerta y que yo recuerde jamás me lo he encontrado dormido.

El visitante ha emitido un pequeño chasquido con la lengua.

—Es muy probable que se espabile con el rascar de la llave en la cerradura.

Ha dado dos pasos vacilantes hacia mí, como si temiese que yo fuera a saltarle encima. Ha inclinado la cabeza y ha dedicado unos minutos a pasear sus ojos por mi cara y el resto de mi persona. Yo he permanecido muy quieto, creyendo que por fuerza debía de haber alguna razón que sobrepasaba mi entendimiento para explicar tan grosero comportamiento. No obstante, me he sentido como una cabeza de ganado. Al cabo, ha alzado la mirada y se ha retirado hacia la mesa. Ha dado unos golpecitos con los dedos de su mano izquierda sobre las hojas de papel que estaban allí apiladas.

—¿Y estas son las páginas que dice usted que él ha estado redactando?

—Efectivamente —ha dicho el señor Sinclair—. Ha estado trabajando sin descanso en ellas.

El señor Thomson ha soltado un pequeño gruñido por la nariz.

—Dudo mucho que vayamos a sacar nada de interés de su contenido. Sospecho, señor Sinclair, que adolece usted de cierta ingenuidad por la forma en que está tratando con su cliente, pero supongo que eso le honra.

Ha hojeado entonces unas pocas páginas. A mí me han entrado unas ganas enormes de cruzar la celda y arrebatárselas, pues no era mi deseo que leyera las palabras que yo había escrito y estaba convencido de que, de hacerlo, sería con el único propósito de mofarse de mis oraciones pésimamente construidas. No he actuado así, sin embargo, puesto que no quería confirmar la opinión negativa que el caballero parecía haberse formado ya de mí.

Luego ha presionado las puntas de los dedos de una mano contra las de la otra y ha preguntado a mi abogado si podía dejarnos a los dos solos durante unos minutos. El señor Sinclair se ha mostrado conforme y se ha dispuesto a salir de la celda. El señor Thomson lo ha detenido entonces con un gesto de la mano.

—¿Considera al prisionero un peligro para su persona? —ha preguntado en voz baja.

El señor Sinclair ha reaccionado a esto con una sonrisa y ha contestado que no. Así y todo, el señor Thomson ha llamado al carcelero y lo ha hecho montar guardia junto a la puerta. Luego, harto lenta y deliberadamente, ha

separado la silla de mi mesa de escribir y ha tomado asiento, reposando un pie sobre el camastro de tablas y apoyando el codo sobre su rodilla.

—Bien, Roderick —ha empezado—, parece ser que se la has pegado muy pero que muy bien al señor Sinclair.

Nada he dicho yo, porque no parecía que su afirmación requiriese una respuesta.

—Siento informarte, sin embargo, de que yo no estoy hecho ni mucho menos de la misma pasta que tu erudito abogado. He examinado a centenares, a miles de los de tu estofa, y me temo que te veo tal cual eres. Me temo que te va a costar mucho más meterme a mí en la huerta.

Me ha ofendido sobremanera escuchar al señor Thomson ajar al señor Sinclair de este modo, pero no he creído prudente ponerme a discutir con él.

—Con todo —ha proseguido—, comoquiera que he viajado una buena distancia para examinarte, deberíamos ponernos ya a ello.

El caballero se ha puesto entonces de pie y ha llevado a cabo una minuciosa exploración de mi persona, tomando notas en todo momento en un pequeño cuaderno, que debía de haber traído consigo para tal efecto, y murmurando para sí de tanto en tanto mientras desempeñaba su tarea. No existe animal que haya sufrido jamás en un mercado una inspección íntima semejante, pero yo me he sometido a sus palpaciones varias y he accedido a sus instrucciones sin reparo.

Finalizada la exploración, ha vuelto a ocupar la silla, apoyando de nuevo el pie en mi catre.

—Ahora tengo intención de hacerte una serie de preguntas que me complacería que respondieras de la manera más completa de la que seas capaz —ha dicho—. El señor Sinclair me ha asegurado que comprendes bien el lenguaje y que tienes capacidad para expresarte con mucha lucidez, de modo que veamos si es así, ¿te parece?

He notado que mis ojos iban a posarse sin querer en el carcelero, que se encontraba plantado detrás del señor Thomson y no daba indicios de estar siguiendo la conversación del caballero. Tenía la mirada clavada en la pequeña ventana situada muy por encima de mí y se me ha vuelto a pasar por la cabeza que debe de resultar tan desagradable para él como para mí encontrarse confinado entre estas paredes. Mi mirada ha vagado luego hasta el ventanuco, y pasado un rato he caído en la cuenta de que no había estado haciendo caso de las preguntas que el señor Thomson me había planteado. Entonces he vuelto a mirarlo. Él había retirado el pie de mi cama y estaba sentado muy tieso, como si le doliera la espalda. Ha enmudecido y se ha

levantado. El carcelero se ha hecho a un lado y el señor Thomson se ha marchado sin darme los buenos días. El carcelero ha cerrado entonces la puerta y ha girado la llave en la cerradura. Se me ha ocurrido que tal vez he tratado al caballero con cierta descortesía. No lo lamento por él, puesto que no me ha caído en gracia en ningún momento, pero creo que quizá puedo haber decepcionado al señor Sinclair y es por eso por lo que me he sentido un poco arrepentido.

Mi padre estuvo varios días sin hablarme después de la Feria. No sé si se había enterado de mis payasadas en la posada, pero en nuestra comunidad muy pocos sucesos pasan desapercibidos o sin suscitar comentarios. Jetta, por su parte, se limitaba a dirigirme la palabra solo si era estrictamente necesario, y cuando lo hacía utilizaba un tono cortante al que yo no estaba acostumbrado. Si esto se debía a que desaprobaba mi comportamiento o a algún problema suyo es algo que no sabría decir. Las comidas transcurrían en silencio y el ambiente en la casa resultaba más tenebroso que nunca. Reinaba una sensación de miedo en general, como si todos fuéramos muy conscientes de que los acontecimientos pronto llegarían a su desenlace.

Cada noche esperaba que Lachlan Broad se presentara en nuestro umbral, pero no venía. Con todo, el hecho de saber que nuestra visita al *factor* y las estúpidas insinuaciones que yo le había hecho a su hija no serían pasados por alto constituía una carga difícil de sobrellevar. No es el golpe lo que más desasosiega, sino la espera que implica la anticipación, y yo vivía por esta época en un estado de ansiedad que se agravaba cada día. No me llamaron a trabajar a ninguno de los proyectos de Lachlan Broad, y tampoco él ni ninguno de sus parientes se aventuraba siquiera más allá del cruce de la aldea. Yo estaba seguro de que lo que nos tenían reservado no era la imposición de alguna multa de tres al cuarto, sino la culminación de la campaña del alguacil contra nosotros.

Pasaba el mínimo tiempo posible en la casa. Dedicaba los días a arrancar hierbajos y a intentar mejorar las perspectivas para nuestra cosecha, pero lo hacía con bastante desgana y, si deponía las herramientas y me marchaba sin rumbo, mi padre ni me interrogaba ni me reprobaba. Por las tardes me echaba al monte y me sentaba a contemplar Culduie desde lo alto. Vista desde tan arriba, la parroquia no parecía más que el juguete de un niño. La gente y los animales no eran más grandes que meras motas de ceniza y me costaba creer que nada de lo que allí sucediera tuviera alguna trascendencia. Pensaba en lo que yacía allende las montañas, en las grandes ciudades del sur y, al oeste, en el vasto Atlántico y su promesa de Canadá. Me sorprendía a mí mismo

cavilando si quizá podría, después de todo, construirme una nueva vida. Acertaba Flora en una cosa: no había nada para ninguno de nosotros en Culduie. ¿Por qué entonces quedarme? Lo único que hacía falta era emprender la marcha una mañana y no regresar jamás. Se trataba, al principio, de un producto de mi mente ociosa, nada más, pero en las horas que pasé en el Càrn la idea empezó a prender en mí. No era un prisionero aún. No había muros que me impidieran esfumarme. Solo necesitaba echar a andar. Primero hasta Camusterrach, y de allí a Applecross y luego más allá del puerto para acabar en Jeantown<sup>[7]</sup>. Desde allí, podía coger un barco o, sencillamente, seguir caminando. No me despediría. Ni trazaría plan alguno, puesto que allende el puerto nada sabía del mundo. Durante cierto periodo de tiempo, esta idea fue ganando peso en mi interior hasta adquirir, finalmente, las proporciones de una fuerza irresistible.

Y así fue como, una mañana perfectamente corriente, abandoné la casa y me abrí camino terruño abajo, trepé por encima del muro de piedra y partí. No quería reconocer que me marchaba. Me dije a mí mismo que solo estaba emprendiendo el camino hacia Camusterrach. Una vez allí, podía continuar o dar media vuelta. No había cargado con mis posesiones ni con comida siquiera, porque ello habría supuesto admitir lo que realmente estaba haciendo. Tampoco le dije nada a Jetta y no me permití pensar, mientras la observaba remover gachas en el llar, que no volvería a verla nunca más. Al alcanzar la cresta de la colina que borraría a Culduie de mi vista, resistí el impulso de mirar atrás. Con el objeto de vaciar mi mente, empecé a contar mis pasos en voz alta y de esta forma recorrí la milla hasta Camusterrach. Allí me crucé con el reverendo Galbraith en la carretera. No me saludó y me pregunté si, más tarde, cuando cayeran en la cuenta de que no regresaba, recordaría haberme visto.

Al principio fue como si estuviera de paseo, caminando sin prisa, pero, al dejar atrás Camusterrach, mis pasos se aceleraron. Conforme la distancia entre Culduie y yo crecía, experimenté una sensación de ligereza. Cuando llegué a Applecross, me di cuenta de que había estado corriendo, y con el fin de no llamar la atención aminoré la marcha. Mi avance a lo largo de la aldea sería observado por un puñado de arpías, apostadas en sus respectivos bancos a la puerta de sus casas. Entonces, al aproximarme a la posada, avisté a Archibald Ross en la carretera, más adelante, conversando con un hombre barbudo al que reconocí como el herrero. Un perro daba vueltas alrededor de sus pies. No queriendo cruzarme con mi amigo, me metí en el hueco entre dos casas. Después, pasados unos momentos, asomé la cabeza por el cantón.

Archibald se aproximaba ahora en mi dirección, con el perro en los talones. No había forma de escapar hacia la parte trasera de la casa, así que, antes de dejar que me descubriera merodeando entre los edificios, salí a la carretera ajustándome los pantalones como si hubiera estado desbebiendo. Archibald no pareció sorprenderse en absoluto al verme aparecer de este modo.

—Vaya, ¡el púgil ha vuelto! Menuda tunda tan tremenda te llevaste —dijo, riéndose—. Pero no tuvo nada de deshonrosa. El tipo te doblaba en tamaño.

Yo no dije nada.

—¿Qué te trae por Applecross?

Le dije que venía a hacerle un recado a mi padre.

—¿Un recado? —repitió—. ¿Qué clase de recado?

—Un asunto familiar —dije.

—Ya veo —contestó con gravedad—. ¿Y no vas a confiarle a tu amigo los pormenores de dicho asunto? Bueno, da lo mismo. Estoy convencido de que no te negarás a obsequiarme con el placer de tu compañía mientras nos tomamos una buena jarra de cerveza. —Apuntó con el pulgar hacia la posada.

Yo sabía sobradamente que si entraba en la posada mi determinación se dispararía con rapidez, y me excusé y decliné la invitación de Archibald.

—No me creo —protestó— que tu recado sea tan urgente como para dejar a un viejo amigo en la estacada.

—Tengo que ir a Jeantown —dije.

—Pero ¡si eso está a dieciocho millas de aquí! —exclamó Archibald—. No estarás pensando en recorrer andando esa distancia, con el puerto de por medio, ¿verdad?

—Tengo intención de pasar la noche —dije.

—Pero primero tendrás que llegar hasta allí. —Caviló sobre mi dilema un momento y luego, cogiéndome del codo, me arrastró con él a lo largo del pueblo—. Te conseguiremos un *garron* —dijo, entusiasmado por su plan—. Puedes cabalgar hasta Jeantown y devolverlo a tu regreso. ¿Regresas mañana?

Yo asentí con la cabeza, enmudecido.

—¡Mejor que mejor! —dijo.

—Pero no tengo dinero para pagarme un *garron* —dije.

Él desechó mis protestas gesticulando con la mano.

—Déjalo en manos de Archibald Ross —dijo—. Estoy seguro de que encontrarás algún modo de devolverme el favor en el futuro.

Se le ocurrió entonces, así de repente, que la tarde del día siguiente, una vez que yo hubiese devuelto el poni, podríamos ir a tomar unas cervezas a la

posada.

—Quizá entonces te sientas capaz de contarme lo de este misterioso recado tuyo —dijo.

No tuve otra elección que acompañar a Archibald hasta el patio de detrás de la Casa Grande, donde lo había conocido tiempo atrás. Cruzó ufano el adoquinado con una impresionante seguridad en sí mismo y asomó la cabeza por la puerta del establo. Al cabo, apareció un mozo bajo el arco de piedra de la entrada.

—Haz que ensillen un poni para el señor Macrae —dijo Archibald sin más explicaciones.

El mozo, que rondaría los cincuenta años, me miró con recelo, pero no puso reparos. Mientras aguardábamos en el patio, Archibald rellenó su pipa y la prendió. Su perro estaba sentado a sus pies y lo miraba con gran devoción. Se me ocurrió de pronto que quizá Flora estuviese en ese momento empleada en las cocinas, de modo que me apoyé contra la pared para evitar ser visto desde la ventana. Archibald me indicó que debía asegurarme de que el poni había comido y bebido apropiadamente antes de emprender el viaje de regreso. Pasados unos minutos, el mozo salió del establo tirando de un viejísimo poni picazo. Archibald le dio un palmetazo en la grupa y me invitó a que lo montara, cosa que hice con cierta dificultad. Cualquier placer que hubiera podido sentir (pues no había nada que hubiese deseado más en toda mi vida que montar un poni) se vio completamente arruinado por la situación en la que me encontraba. Archibald me condujo hasta la parte delantera de la Casa Grande y me puso en marcha con otro fuerte azote en el trasero del poni, declarando que la noche siguiente beberíamos hasta dejar seca la posada.

El *garron* avanzaba al paso, no más deprisa que yo si hubiera ido caminando. Traté de clavarle mis talones en los costados, como había visto hacer a otros jinetes, pero el animal se negó a aligerar el ritmo. Fuera como fuese, mientras desandábamos el camino de regreso a la aldea, me puse a evaluar las líneas de acción que se me ofrecían. En lo primero que pensé fue en atar al *garron* en el cruce desde el que se accedía al puerto y continuar a pie. Un poni abandonado no tardaría en atraer la atención, empero, y pude imaginarme cómo se reunía rápidamente a una partida para darme caza. Entonces tuve que recordarme a mí mismo que no era un fugitivo. ¿Acaso no tenía la libertad de ir doquiera que me placiera? No estaba incumpliendo ninguna ley ni norma, y, si deseaba cabalgar hasta Jeantown en un poni prestado por un amigo, no era asunto de los poderes fácticos ni de nadie más. Es más, para Lachlan Broad mi exilio sería a buen seguro un motivo de



satisfacción. Incluso para mi padre supondría probablemente una bendición. Mi existencia no había evitado ninguna de las tribulaciones que nos habían acontecido. A decir verdad, habían sido mis propias acciones y mi propia estupidez las que nos habían causado buena parte de nuestros problemas, y prolongar mi presencia en Culduie nada haría para conjurar cualesquiera que fueran las penas que nos aguardaban. Y, pensando en esto, continué cabalgando más allá del cruce e inicié el lento ascenso hacia el puerto.

Quedó patente, también, que Archibald Ross estaba muy en lo cierto. Recorrer caminando las dieciocho millas, salvando el puerto, no habría sido de ningún provecho, no solo debido a la distancia propiamente dicha, sino también porque yendo a pie habría ofrecido una estampa harto más llamativa. Cabalgar un poni, incluso uno tan viejo y renco como el mío, me confería cierta autoridad. Aquellos individuos con los que me cruzaba en el camino se limitaban a darme los buenos días o incluso me saludaban llevándose la mano a la gorra. Ninguno (al contrario de lo que me había imaginado que harían) me interrogó acerca de mi destino ni me acusó de haber robado mi montura. Empecé a tener la sensación, conforme ascendía más y más por la montaña, de que la intervención de Archibald había sido enormemente providencial; que esto era, después de todo, lo que estaba escrito que hiciera. A medida que el camino iba quedándose desierto, permití que mi mente divagase acerca de lo que podría esperarme más allá de Jeantown. Seguro que, tal y como dijo Archibald, había un sinfín de oportunidades en las ciudades del sur. Podría hacerme con algún empleo estable y, con ello, resultar de mucha mayor utilidad a mi familia que si me hubiese quedado allí esperando a ver lo que nos deparaba el destino. Quizá hasta pudiera enviar a casa algún dinero para sacar a mi familia de su miseria. A su debido tiempo, quizá Jetta podría reunirse conmigo y ambos podríamos vivir desahogados y felices. Estos pensamientos, empero, no me entretuvieron demasiado tiempo.

Cuando nos hallábamos cerca de la cabecera del puerto, el aire se tornó helado. El viento sacudía las matas de hierba marrón de los bordes del camino. La cabeza del *garron* se hundió todavía más y su paso devino más pesaroso. Desmonté junto a un arroyo para que pudiera beber un poco. Yo estaba, para entonces, congelado y hambriento, y me maldije por no haber llenado mis bolsillos de *bannocks* antes de abandonar la casa. Me calé la gorra bien abajo, por encima de los ojos, y continué a pie, llevando al *garron* por las riendas. Tardé varias horas en alcanzar la cabecera del puerto. Me senté en una piedra grande y oteé la vista gris que se desplegaba ante mí. La carretera descendía tortuosamente a través de una peñascosa cañada. Más allá

estaba la extensión de agua. No sé qué me había esperado encontrar, pero el escenario que tenía delante me llenó de una suerte de pavor. Me di cuenta de que no tenía ni idea de adónde me dirigía y de que, si acaso llegaba a Jeantown alguna vez, tampoco sabía realmente qué iba a hacer allí. A buen seguro que el chelín de mi bolsillo no me llevaría demasiado lejos. Tal vez pudiera encontrar un cobertizo donde dormir y algún que otro resto de comida para alimentarme, pero no era una idea que me colmase de contento. Por desdichada que fuera mi vida en Culduie, no deseaba pasar mis días como un mendicante. Pensé entonces en Jetta, quien con certeza ya me habría echado en falta para entonces, e imaginé el desconsuelo que le causaría mi deserción. Y sentí en lo más profundo cuán despreciable era mi idea de marcharme. Igual que un perro atado a una cadena, había alcanzado los límites de mi territorio. Me encaramé al *garron* y le hiqué los talones en los costados, pero la bestia, exhausta, se negó a dar un solo paso. Desmonté y con cierto esfuerzo logré que me siguiese de vuelta, puerto abajo. La tarde estaba muy avanzada cuando llegamos a Applecross.

Como no quería encontrarme con Archibald Ross, me aproximé a la Casa Grande con una turbación mayor, si cabe, de lo habitual. A fin de apaciguarla, había fabricado el cuento de que el tipo al que tenía que ver en Jeantown había salido a mi encuentro en la carretera, permitiéndome así regresar ese mismo día. Me importaba bien poco que Archibald se creyera o no tan disparatada historia, pero, en cualquier caso, no apareció. El ruido de los cascos del *garron* sobre los adoquines sacó al mozo del interior de las cuadras. Me cogió las riendas sin mediar palabra y yo le agradecí haber podido hacer uso del poni.

Me encontraba terriblemente cansado cuando ya me aproximaba a Culduie, tanto por los esfuerzos del día como por la certeza de que ahora ya no había forma de escapar de lo que fuera que la providencia me tenía reservado. Enfrentado a esto, lo que dijese mi padre acerca de mi ausencia me era del todo indiferente. Yo no quería otra cosa que tumbarme en mi litera y dormir. Al cruzar el umbral, me sorprendió ver una figura vestida de negro sentada a la mesa, de espaldas a la puerta. Lo reconocí por su pelo cuidadosamente recortado, era el reverendo Galbraith. Mi padre ocupaba la cabecera de la mesa. Jetta merodeaba junto al aparador como un oscuro fantasma. Aun en la penumbra, su cara se veía pálida. Di por hecho que el pastor había venido a traer noticia de que me había visto en Camusterrach aquella mañana, pero no era este el caso. Sobre la mesa descansaba una hoja de pergamino, plegada en tres, que lucía un sello de lacre roto.

El pastor me indicó que tomara asiento antes de hablar.

—Tu padre ha recibido hoy esta carta.

Se inclinó sobre la mesa y la empujó hacia mí con las puntas de los dedos. Tenía los nudillos deformados e hinchados. Cogí el papel y lo desplegué. Comoquiera que la luz resultaba insuficiente para leer, me acerqué con la carta al hogar. Estaba escrita con caligrafía elegante y encabezada con las palabras subrayadas «Notificación de desahucio». No recuerdo la formulación precisa de la carta, pero primero mencionaba a mi padre («el arrendatario») y especificaba la extensión de la parcela, la casa y las edificaciones anejas. A continuación, exponía que el *factor*, en virtud de la autoridad que le había sido conferida por el *laird*, por la presente, notificaba al arrendatario que debía abandonar la citada propiedad llegado el día 30 de septiembre de 1869, fecha que había sido así establecida con el fin de conceder al arrendatario el tiempo suficiente para retirar los cultivos de la tierra. Le seguía una lista de las causales del desahucio: incumplimiento del deber de mantener la parcela en condiciones apropiadas; incumplimiento del deber de mantener casas y edificaciones anejas en condiciones apropiadas; sustracción de la propiedad del *laird*; inquietar las funciones del alguacil de la aldea, y retrasos en el pago del alquiler y de las sanciones impuestas. Varias sumas aparecían enumeradas a continuación, y el cálculo total excedía con mucho el valor de todos nuestros animales y bienes mundanos. La carta estaba firmada y fechada por el *factor*.

Regresé a la mesa y deposité la carta sobre ella. Mi padre seguía con la mirada fija al frente.

—Le he explicado el contenido de la carta a tu padre —me dijo el pastor—. Me asombra que haya podido desatender sus asuntos hasta el punto de hacer necesaria la toma de estas medidas.

—¿Necesaria? —repetí.

El pastor me miró y sonrió con los labios apretados.

—Todos somos responsables de administrar nuestros asuntos. No se puede exigir del *laird* que permita que un arrendatario explote su tierra sin pagar nada a cambio, ni tampoco que lo haga con semejante falta de consideración a los términos del contrato de aparcería. —Entonces sacudió la cabeza y emitió unos leves chasquidos con la lengua, entre dientes.

No pude evitar la sensación de que nuestra situación le proporcionaba cierto disfrute y no le encontré sentido a pedirle que intercediera por nosotros. Él siguió, entonces, y constató que no nos había visto ni a mi hermana ni a mí en la iglesia en los últimos meses.

—Si hubierais prestado más atención a vuestro bienestar espiritual —dijo—, tal vez no os encontraríais en semejantes circunstancias.

—No veo qué relación tiene una cosa con la otra —dije yo.

—A eso es precisamente a lo que me refiero —dijo el pastor—. Eres una grandísima vergüenza para tu padre.

Nos informó de que haría cuantas indagaciones estuvieran en su mano para encontrarnos un alojamiento alternativo. Mi padre le dio las gracias y él se despidió. Cuando se hubo marchado, mi padre cogió la carta de la mesa y la despedazó. Estrelló los puños contra la mesa, haciendo que los pedazos de papel saltaran por los aires. Yo lo observaba como quien contempla a un animal herido retorciéndose en una trampa. Los gemelos, que estaban ya en la litera, se despertaron y Jetta acudió a tranquilizarlos. Padre, entonces, se levantó y fue a por Jetta. La agarró de la nuca, la arrastró hasta la mesa y la sentó de un empujón en el banco, junto a mí. Los gemelos la seguían a gatas, berreando de forma espantosa.

—Es tu perversión lo que nos ha llevado a esto —dijo entre dientes.

Jetta bajó la cabeza y unió las manos sobre el regazo, retorciendo una trenza de hilos de colores entre los dedos.

—No es así —contestó ella.

No creí que fuera sabio contradecir a mi padre cuando estaba de semejante humor, pero Jetta parecía muy firme.

Entonces Padre se puso de pie y, a una velocidad sorprendente, agarró a Jetta bruscamente por el pelo de la parte posterior de su cabeza. Tiró y pegó su cara a la de él.

—¿Te crees que envolviéndote en trapos como una vieja puedes ocultarme tu estado? No soy ciego.

Jetta sacudió la cabeza con todo el vigor que le permitía el agarre de Padre.

—Eres una ramera.

Al punto empujó la cabeza de mi hermana hacia la mesa y la golpeó repetidamente contra la superficie. Jetta no gritó. Yo le agarré de la muñeca e intenté soltarle la mano, pero sus dedos estaban firmemente entrelazados con el pelo de ella. Mientras forcejeaba con él, Jetta se zarandeaba entre los dos como un barco pesquero entre las olas.

—Quiero saber quién es el responsable —siseó mi padre.

Jetta apretó los labios y no abrió la boca. Sus ojos estaban anegados en lágrimas. Imploré a mi padre que la soltara. A pesar de mis esfuerzos, él

golpeó la cabeza de Jetta contra la mesa con tanta fuerza que sus propios pies se despegaron del suelo.

—¿Quién es el responsable? —rugió, echando espumarajos por la boca. Un reguero de sangre empezó a extenderse por la superficie de la mesa. Jetta indicó con un movimiento de la cabeza que se negaba a contestar. Temí por su vida.

—Lachlan Broad, él es el responsable —espeté.

Mi padre me miró fuera de sí, sus pequeños ojos bailaban de aquí para allá, y yo aproveché el momento para lanzarme sobre él por encima de la mesa. De un tirón, hice que soltara la cabeza de Jetta, arrancándole un buen mechón de pelo. Los tres caímos juntos al suelo. Me encaramé sobre mi padre. Él forcejeó débilmente durante unos momentos, y, al rodearlo con mis brazos, me di cuenta de que no era más que un saco de huesos. No tenía fuerzas, y los ánimos que le quedaban para luchar pronto se agotaron. Jetta salió corriendo de la casa. Los gemelos aullaban como perros. Padre permaneció boca arriba en el suelo mientras yo recolocaba la mesa, que habíamos tumbado durante la refriega. Recogí varios objetos que habían quedado tirados por el suelo y coloqué cada uno en su lugar. Padre se puso de pie con dificultad y se sacudió el tamo de la ropa con aire cansado. Entonces fue a sentarse en su silla y hundió la cabeza entre las manos. Yo salí a buscar a Jetta.

La encontré en el granero. Estaba sentada en la banqueta de ordeño que, tiempo atrás, yo había utilizado para alcanzar la viga donde había construido el nido para mi polluelo. El pelo del lado izquierdo de su cabeza estaba apelmazado de sangre, y tenía el ojo izquierdo ensangrentado e hinchado. Retorcía un pedazo de cuerda sobre el regazo. Levantó la vista cuando entré; el ojo tumefacto le temblaba.

—Hola, Roddy —dijo apenada.

—Hola —respondí. No se me ocurría nada más que decir, así que me acerqué y me quedé plantado junto a ella. Jetta se llevó la mano al cuero cabelludo y lo tocó suavemente con las puntas de los dedos. Luego examinó la sangre que manchaba su mano, como si no fuera la suya. Me arrodillé en el suelo, a su lado. Ella giró la cabeza hacia mí y el gesto la hizo estremecerse de dolor.

—Nuestra suerte en esta vida no es que sea muy feliz, ¿verdad, Roddy? —dijo.

—No, no lo es.

—Me temo que Padre no va a querer que vuelva a vivir bajo su techo.

—Ninguno de nosotros va a permanecer bajo su techo demasiado tiempo —dije.

Ella asintió, despacio.

—¿Te marcharás a Toscaig? —pregunté.

—Me temo que en mi estado actual no sería bienvenida —dijo.

—Y entonces ¿qué?

Ella dibujó con sus labios una sonrisa triste y sacudió la cabeza para indicar que no tenía respuesta a esa pregunta. Reparé por primera vez en que su nariz estaba completamente aplastada contra su cara. Me dolió verla tan destrozada.

—Yo estoy acabada —dijo—. Solo me preocupas tú. Deberías abandonar este lugar. Debes darte cuenta de que aquí no hay nada para ti.

No dije ni una palabra de mi desafortunada excursión al puerto, porque me avergonzaba pensar en mi huida.

—¿Y qué hay de Padre? —dije.

—Nuestro padre no experimenta mayor felicidad que cuando está sufriendo —dijo—. No te encadenes a su mástil.

—¿Y los gemelos?

Una gruesa lágrima surcó el lado ileso de la cara de Jetta.

—Alguien se ocupará de ellos —dijo.

—Es de Lachlan Broad de quien habría que ocuparse —dije.

—Esto no es culpa de Lachlan Broad —dijo Jetta, llevándose la mano a su cara deshecha.

—Todo es culpa de Lachlan Broad —contesté—. Ojalá pudiera vengarme de él. —Estas eran, por el momento, palabras vacuas, una mera bravata. Nunca, hasta ese momento, había pensado en ese castigo e ignoraba por completo de qué modo podría obrarse algo así.

—No debes decir esas cosas, Roddy. Si supieras más acerca de cómo funciona el mundo, verías que Lachlan Broad no tiene la culpa. Es la providencia la que nos ha llevado hasta este punto. Lachlan Broad es tan culpable como lo podemos ser tú, yo o Padre.

—¿Y si yo no hubiera matado a la oveja, y si madre no hubiese muerto, y si el *Dos Iains* no se hubiese hundido? —objeté.

—Pero todas esas cosas ocurrieron.

—Si Lachlan Broad no existiera... —empecé, sin tener ni idea de adónde me llevaría ese pensamiento.

—Pero sí que existe, e, igual que ni tú ni yo elegimos que nos trajeran a este mundo, tampoco lo hizo él.

—Entonces tampoco elegiré la forma en que lo abandonaré —dije.

Jetta dejó escapar un largo suspiro.

—Nada de lo que puedas hacer alterará la situación, Roddy. En cualquier caso, no es necesario que te preocupes por Lachlan Broad. —Bajó el volumen de su voz hasta un susurro—. No seguiré en este mundo por mucho tiempo.

Aparté mi cabeza de la suya, para así poder ver bien su cara. Me hizo un gesto con los dedos invitándome a que me acercara.

—Dos veces lo he visto amortajado por el lienzo.

Me costó unos instantes comprender lo que implicaba la afirmación de mi hermana y, cuando lo hice, me embargó un sentimiento de euforia, convencido de que la partida de Lachlan Broad de este mundo nos libraría de todos nuestros problemas. Le expresé este pensamiento a Jetta.

Ella me reprendió por regodearme con un acontecimiento que convertiría en viuda a su esposa y en huérfanos a sus hijos. Repliqué que preferiría ser huérfano antes que criarme como vástago de Lachlan Broad.

—Esos sentimientos no son propios de ti —dijo Jetta—. Nada de lo que le ocurra a Lachlan Broad puede revertir mi estado. Como tampoco puede revocar la carta del *factor*.

Me levanté, reacio a creer sus palabras, y me puse a dar vueltas por el granero preso de una gran agitación. Exigí que me diera más detalles acerca de su visión y del inminente final de Lachlan Broad, pero ella se negó a brindármelos. El destino del alguacil no era relevante para nuestra situación.

De repente, Jetta pareció encontrarse terriblemente cansada. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante. Me arrodillé frente a ella y sostuve la parte posterior de su cabeza con mi mano. No pude acceder al contenido de su mente, pero sí tuve un fuerte presentimiento de lo que ella pretendía hacer y no se me ocurrió que tuviese otra alternativa. Apretó mi mano en la suya. Entonces abrió los ojos y me pidió que me marchara. Las lágrimas me caían por las mejillas. Le di las buenas noches y la dejé allí sentada, en la banqueta de ordeño. Salí, corrí la puerta hasta el tope y até la cuerda a la jamba podrida. Y de esta forma me despedí de ella.

No quería regresar a la casa, así que atravesé la parcela en dirección a la playa.

La tarde estaba en calma y el cielo por encima de las islas había adquirido la tonalidad rosada del ocaso. En esta época del año, en nuestro rincón del mundo, las horas de oscuridad son breves; tanto que he oído contar que a los que vienen de fuera les trastorna el sueño. Observé cómo, durante unos minutos, una garza permanecía inmóvil en la orilla, antes de alzar el vuelo

con la poca elegancia propia de esa especie. Cruzó la bahía volando muy bajo y fue a posarse en el cabo de Aird-Dubh. Me puse a pensar en lo que Jetta me había contado. Ella no tenía por costumbre compartir sus visiones conmigo, pero yo a menudo había visto cómo una sombra cruzaba su rostro y sabía que en esos momentos experimentaba una suerte de silenciosa comunión con el Otro Mundo. En cierta medida, Jetta nunca había morado del todo en Culduie, sino que iba y venía entre los dos mundos. Si ahora le había llegado el momento de abandonarlo, sería una muerte más pequeña que para aquellos de nosotros que habitamos solo el mundo físico.

Y fue mientras estaba sentado junto a la orilla, observando el lento movimiento de la marea, cuando pensé por primera vez en matar a Lachlan Broad. Descarté la idea, o eso intenté, pero era tenaz y, cuanto más trataba de poner la mente en otras cosas, más prendía aquel pensamiento en mi interior. Saber que Lachlan Broad había de morir pronto relajaba las cláusulas que de ordinario condicionaban la realidad. Si la providencia había decretado que él no permanecería mucho tiempo en este mundo, ¿qué importancia tenía la forma en que lo abandonaba? La posibilidad de que pudiera morir por mi mano se me antojaba tan justa que me resultaba irresistible. La idea me entusiasmó. Me convertiría en el redentor del que había hablado el reverendo Galbraith en el funeral de mi madre. Y ello a sabiendas de que, aunque fuera yo el instrumento que precipitase el final de Lachlan Broad, solo estaría acelerando lo que, en cualquier caso, había de suceder.

La visión del lienzo que había tenido Jetta nada revelaba acerca de la manera en que moriría Lachlan Broad, o, si así era, ella no me lo había contado. Costaba pensar en un individuo de nuestra parroquia que gozara de mejor salud y que tuviera menos probabilidades de verse aquejado por alguna dolencia repentina. Tampoco resultaba fácil imaginar que pudiera ser víctima de algún fatal infortunio. ¿Era, entonces, posible no solo que Lachlan Broad estuviese abocado a llegar a su final, sino que este final se hallara en mis manos? La idea me pesaba como una carga y, para cuando salí de mi ensimismamiento, el sol se había hundido en el horizonte y me envolvía lo que en esa época del año pasaba por oscuridad.

Para cuando regresé a la casa, Padre ya se había acostado. Los gemelos dormían profundamente en su litera y envidié su sosiego. Yo también dormí, aunque de manera irregular, esa noche, despertándome con frecuencia, y, cada vez que lo hacía, los pensamientos que la visión de Jetta había prendido en mi interior incendiaban mi mente. Quise sofocarlos con el sueño, pero la luz creciente de la mañana me lo impidió.



Salí de la casa antes de que mi padre emergiera de su alcoba. A tenor de lo acontecido la víspera, temí que fuera a estar de mal humor, y después de cómo había tratado a mi hermana no deseaba conversar con él. Me llevé dos *bannocks* al pie de la parcela y me los comí allí mismo, lentamente. En el terruño, la mala hierba campaba a sus anchas y, comparado con los de los vecinos, el nuestro ofrecía una estampa bochornosa. El aire estaba excepcionalmente quieto y unas pocas briznas de nubes se cernían sobre el agua, muy bajas, como hebras de lana. No se veía ni un alma, y los únicos sonidos que se escuchaban eran los reclamos de los pájaros y el ruido distante del ganado, en los pastos.

Tenía la esperanza de que, quizá, del mismo modo en que uno despierta de un sueño, la idea de asesinar a Lachlan Broad se hubiese esfumado ya de mi mente, pero, si acaso, no había hecho más que ganar peso. Así y todo, en aquel momento, apenas seguía siendo una especulación caprichosa en base a la cual no tenía intención de actuar. Si contemplé la posibilidad de asesinar a Lachlan Broad, fue con el mismo espíritu con el que un matemático abordaría un problema de álgebra. Mi maestro, el señor Gillies, nos había explicado en una ocasión cómo, con objeto de resolver un problema, el científico debía proceder, en primer lugar, adelantando una hipótesis y, luego, poniéndola a prueba mediante la observación o la experimentación. Y fue de esta manera como empecé a avanzar.

Ciertamente, asesinar a un hombre tan corpulento y fuerte como Lachlan Broad no sería tarea fácil. Cuando enumeré los diversos medios de los que uno podía valerse para matar a un hombre, reparé en que cada uno entrañaba sus propias dificultades. Uno podía, por ejemplo, matar a un hombre de un hachazo en la cabeza, pero ello exigía permanecer al acecho en algún lugar oculto, con la esperanza de que la víctima pasara casualmente por allí. Uno podía apuñalar a un hombre con un cuchillo, pero yo no confiaba en conseguir acercarme lo bastante a Lachlan Broad, ni en tener la fuerza suficiente para infligir un corte lo bastante severo como para lograr algo más que meramente herirlo. A un hombre se lo podía matar con un arma de fuego. Esto tenía la ventaja de que podía ejecutarse a distancia, pero, aun en el caso de que fuera capaz de hacerme con semejante arma —en la Casa Grande, por ejemplo—, no poseía los conocimientos necesarios para cargar o disparar una escopeta. Quizá fuese posible envenenar a mi víctima, pero ello implicaría tener que consultar con una de las viejas arpías de la parroquia que eran duchas en la materia y, luego, hallar la manera de administrar la mortal sustancia. Al meditar sobre estos últimos métodos, sin embargo, caí en la

cuenta de que no cumplían un punto que, hasta ese momento, me había pasado inadvertido. Mi objetivo no se limitaba a barrer a Lachlan Broad de este mundo, cosa que, en cualquier caso, ocurriría sin ninguna intervención por mi parte. No, en el momento de su muerte, él debía tomar conciencia de que era yo, Roderick Macrae, quien ponía fin a su vida, y de que lo hacía en justa retribución por los tormentos que él había causado a mi familia.

Mi padre salió de la casa. No sé cuánto tiempo llevaba yo sumido en mis pensamientos, pero encontré una zapa a mis pies y empecé a arrancar la mala hierba que crecía en los surcos. Mi padre bajó por el terruño hasta donde yo me encontraba trabajando y preguntó qué estaba haciendo. Tenía la cara demacrada y gris, y me pareció que caminaba más doblado que de costumbre. Contesté que todavía teníamos unos cultivos que cosechar, y que, si no nos ocupábamos debidamente de la parcela, no habría comida suficiente ni para que los gemelos sobrevivieran al invierno. Padre murmuró algo así como que, si Dios quisiera proveernos, lo haría, pero lo dijo sin convicción y dejó que siguiera trabajando sin añadir nada más. Tengo la más absoluta certeza de que los dos sabíamos que no habría cultivos que cosechar ese año.

Para entonces, nuestros vecinos ya habían empezado a salir de sus casas y se estaban aprestando a emprender la rutina diaria. En realidad, la mañana debía de antojárseles completamente normal y, de no ser por lo que pronto iba a suceder, es probable que más adelante hubiesen tenido dificultades para recordarla o distinguirla de cualquier otra mañana. Y es que, en todos los aspectos, con la salvedad de los oscuros pensamientos que se habían instalado en mi mente, se trataba de un día totalmente común y corriente. Mientras paseaba la mirada por aquel conjunto nuestro de casas desperdigadas, caí en la cuenta de que la eliminación de Lachlan Broad aliviaría a toda la parroquia de una carga que desde hacía mucho tiempo la abrumaba con su peso.

Me levanté de donde me encontraba arrodillado y dirigí mis pasos hacia la casa. Aquel cavilar acerca de las formas de matar a Lachlan Broad no había sido más que un aplazamiento. No importaba lo que en ese momento se me pasara por la mente o lo que planeara hacer. Si el destino había decretado que Lachlan Broad debía morir por mi mano, entonces así sería. El éxito o fracaso de mi empresa era algo ajeno a mi voluntad. Con este ánimo, determiné que, si había de matar a Lachlan Broad, primero debía llegarme a su casa. Es más, sería necesario ir pertrechado con algún arma con la que poder llevar a cabo la faena. ¿Qué mejor que la zapa que la providencia acababa de colocarme en la mano? Al alcanzar el extremo más alto de la parcela, me topé con una laya que estaba apoyada contra el hastial y me hice con ella también. Luego eché a

andar por la aldea. Me repetía a mí mismo que no iba allí con el fin de asesinar a Lachlan Broad, sino solo con el fin de averiguar qué podía suceder si visitaba su casa armado de aquel modo.

Avanzaba a paso normal. Carmina Smoke salió de su casa y me saludó. Como no quería despertar sus sospechas, me detuve en medio del camino y le devolví el saludo. Ella vio la laya en mi mano y me preguntó si no estaba el año un poco avanzado para andar rompiendo la tierra. Yo le dije sin pensar que iba a despejar parte del terreno que quedaba detrás de la casa de Lachlan Broad, donde pensaban levantar un muro de piedra. La soltura con la que esta mentira brotó de mis labios me llevó a creer que mi plan estaba predestinado al éxito. Carmina Smoke dijo que no había oído nada acerca de un nuevo muro de piedra, pero no me hizo más preguntas. Le di los buenos días y proseguí la marcha por la aldea. Tuve la sensación de que me observaba, pero no miré atrás por miedo a que pareciese un gesto furtivo. No hablé con nadie más conforme fui pasando por delante de las demás casas. Me sobrevino un regusto de la vieja aprensión que solía experimentar cada vez que me internaba en territorio Mackenzie. El incidente con la cometa revoloteó en mi mente y se me aceleraron los latidos del corazón. Me detuve frente a la casa de los Broad y me apoyé en el mango de mi laya, como considerando el trabajo que tenía por delante, cosa que en cierto sentido estaba haciendo. Un cuervo se acomodó sobre el hastial de la casa. El pequeño Donnie Broad estaba jugando en el suelo de tierra, a unas yardas del umbral. Levantó la vista y se me quedó mirando, y yo lo saludé con total normalidad. Entonces volvió a lo que estaba haciendo, que probablemente sería algún juego inocente. Miré atrás, llevando los ojos a lo largo de toda la parroquia. Carmina Smoke había desaparecido. Unos pocos aldeanos trabajaban en sus cultivos, agachados, ajenos todos ellos a los acontecimientos que estaban a punto de suceder. Una delgada columna de humo se elevaba de la chimenea de los Broad. Pasé de largo junto a Donnie Broad y me planté en el umbral.

Dentro, la casa se encontraba en penumbra y mis ojos tardaron unos momentos en ajustarse a la oscuridad. El sol proyectaba un rectángulo de luz en el suelo de tierra y la silueta de mis piernas se recortaba en su interior. Flora estaba sentada a la mesa, lavando patatas y colocándolas en una olla con agua. Cuando pasé al interior de la casa, levantó la vista de su tarea. Pareció sobresaltada de verme y me preguntó qué hacía yo allí. Una fina capa de sudor le cubría la frente y levantó la mano derecha para retirarse un mechón de pelo que le caía delante de la cara. No se me ocurría ningún recado que pudiese haberme llevado hasta allí, ni ninguna razón para mentir, de modo

que contesté que había venido a matar a su padre. Ella dejó la patata que había estado lavando y dijo que eso no tenía ninguna gracia. Yo podría, supongo, haber fingido que era una broma, pero no lo hice, y a partir de ese momento mi camino quedó marcado. A cambio, le pregunté dónde estaba su padre. Flora abrió los ojos de par en par y dejó escapar una serie de pequeños resoplidos. Me adentré unos pasos en la estancia. Ella se desplazó hasta el extremo más alejado de la mesa, que ahora se interponía entre nosotros. Me dijo que sería mejor que me marchara antes de que regresase su padre porque, si no, iba a tener problemas muy serios. Contesté que ya tenía problemas muy serios, todos ellos propiciados por su padre. Flora dijo que la estaba asustando. Le dije que lo sentía, pero que, aun cuando deseara que las cosas fueran de otro modo, no podían serlo.

Entonces, muy de improviso, Flora se lanzó a su izquierda y corrió hacia la puerta. En cuanto sobrepasó el extremo de la mesa, balanceé mi laya y la intercepté con ella a la altura de las rodillas. Flora se desmoronó en el suelo como una marioneta a la que le han cortado los hilos. El porrazo debió de dejarla sin habla, porque no gritó ni emitió ruido alguno, solo unos débiles sollozos. Deposité mis herramientas en el suelo y me acuclillé a su lado. Le recogí las faldas y vi que su rodilla estaba doblada en un ángulo antinatural. Los ojos de Flora miraban de un lado para otro, frenéticos, como un animal atrapado en una trampa. Acaricié su pelo un momento para calmarla, y luego, como no deseaba que sufriera, eché mano de mi laya y planté un pie a cada lado de sus caderas. Levanté la herramienta por encima de mi cabeza y, recordando a la oveja del tremedal, apunté con cuidado. Flora no hizo ademán de moverse y yo abatí el canto de la hoja firmemente contra su cráneo. El peso provocó que la herramienta atravesara limpiamente el hueso, como si este no fuera más grueso que una cáscara de huevo. Las piernas de Flora se sacudieron durante unos momentos antes de que por fin le llegara el descanso, y me alegró no verme obligado a administrar más golpes.

Me aparté del cuerpo dando un paso atrás y dediqué unos momentos a estudiarlo. Las faldas de Flora yacían desordenadas alrededor de sus piernas. Tenía los brazos pegados a los costados y, de no ser por el hecho de que su cráneo estaba partido en dos, podría haber parecido que la había fulminado un rayo. Como su cuerpo no quedaba iluminado por la luz que llegaba por la ventana, cualquiera que entrase en la casa podía tropezar con él. A fin de evitar esta eventualidad, apoyé mi laya contra la pared y la transporté hasta la mesa, donde poco antes había estado ocupada pelando patatas. No pesaba, pero, al levantarla, una buena cantidad de materia se derramó desde la parte

posterior de su cráneo y cayó al suelo. La tumbé boca arriba, con las piernas colgando por un extremo de la mesa, y volqué la olla en la que ella había estado metiendo las patatas. El agua se derramó y formó un charco en el suelo. Recogí las patatas y las metí de nuevo en la olla. Recuperé la laya que había dejado apoyada en la pared y, con mi zapa todavía en la mano, me adentré en la oscuridad, a un lado de la puerta, para que la sombra me ocultara.

Pasados unos minutos, Donnie Broad apareció en el umbral. Voceó el nombre de su hermana, pero, como es evidente, no recibió respuesta. Entró en la estancia y vio las piernas de Flora colgando del borde de la mesa. Empezó a gatear hacia ella, pero, al acercarse, resbaló con parte de la materia de su cráneo y cayó de bruces contra el suelo. Rompió a llorar. Di un paso al frente y lo golpeé en un lado de la cabeza con mi laya. No pretendía hacerle ningún daño al pequeño, pero no podía permitir que diera la voz de alarma. En ese momento, no sabía si lo había matado o si solo lo había dejado sin sentido, porque no lo había golpeado con fuerza ni mucho menos, pero yacía muy quieto y, pasado un rato, concluí que debía de estar muerto. Lo dejé tumbado en el mismo sitio donde había caído y, dando un paso atrás, me recliné de nuevo en las sombras.

No sé cuánto tiempo pasó mientras permanecí allí. El rectángulo de luz del sol en el suelo se fue estirando lentamente, como si tiraran de sus esquinas por un hilo invisible. Empecé a inquietarme. Me habría apenado haber matado a Flora y al niño en vano.

Entonces, oí ladrar a un perro cerca de la casa, lo que demostró ser un anuncio de la llegada de Lachlan Broad. El hombre apareció en el umbral, y su fabulosa silueta bloqueó por completo el parche de luz solar que había estado avanzando, a rastras, por el suelo. No sé si se detuvo a causa de la penumbra que reinaba en la estancia o porque vio los cuerpos ante él. Puesto que se encontraba de espaldas a la luz, no pude distinguir la expresión de su cara. En cualquier caso, pasados unos instantes, avanzó tres o cuatro pasos hacia el lugar donde su hijo yacía sobre la tierra. Se arrodilló y volteó el cuerpo y, viendo que el niño estaba muerto, levantó la vista y miró a su alrededor presa de la ira. Yo permanecí entre las sombras, sin siquiera osar respirar. Entonces él se levantó y se dirigió a la mesa donde yacía el cuerpo de Flora. Al ver que ella también había abandonado este mundo, se llevó el puño a la boca y sofocó un grito, similar en cierto modo al que emite un animal cuando lo sacrifican. Trató de mantener el equilibrio con ambas manos, con los nudillos contra la mesa y los pies separados. Un enorme

sollozo sacudió su cuerpo, pero luego se dominó y se apartó de la mesa. Dio media vuelta y avanzó dos o tres pasos hacia la puerta. Llegado este punto, salí de la penumbra y él se detuvo. Nos quedamos allí plantados, a menos de tres pasos el uno del otro. Quedé sobrecogido por su tamaño y albergué serias dudas respecto a mi capacidad de despacharlo como lo había hecho con los otros. Pareció que se tomaba su tiempo para registrar quién estaba plantado ante él. Luego, se enderezó, alcanzando toda su envergadura.

—¿Es esta obra tuya, Roddy Black? —dijo, con voz calmada.

Contesté que lo era y que había venido a expulsarlo de este mundo en pago del sufrimiento que le había causado a mi padre. Él ya no dijo nada más. Dio un paso adelante y se lanzó sobre mí. Sin pensarlo, planté el pie derecho detrás de mí y lancé una estocada con mi laya. La hoja alcanzó a Lachlan Broad en las costillas, pero su propio peso lo llevó hacia delante y ambos caímos al suelo aparatosamente. Yo no había soltado mis herramientas y, balanceando mi zapa con la mano derecha, lo alcancé en la sien con la plancha de la hoja. Se llevó una mano adonde yo lo había golpeado, luego se puso de pie y dejó escapar un tremendo rugido. Temí que solo hubiera conseguido enfurecerlo y que no tuviera la fuerza suficiente para sobrepujarlo. Retrocedí arrastrándome por el suelo y me puse en pie. Lachlan Broad miró a su alrededor, puede que con la esperanza de encontrar algún arma a mano. Corrí hacia él, blandiendo mi laya. Esta vez, empero, se anticipó al golpe y levantó los brazos para esquivarlo. Agarró el palo por debajo de la hoja y me arrebató la laya de la mano. Se me quedó mirando con ojos de loco unos momentos. Un hilo de sangre manaba de la herida de su sien. Cogió la laya entre sus puños carnosos, con la hoja apuntada hacia mí, y se abalanzó hacia delante. Yo me hice a un lado y él, arrastrado por su ímpetu, pasó de largo. Se giró torpemente, quizá por el aturdimiento que le causaba el golpe que yo le había asestado con anterioridad. Ahora me encontraba de espaldas a la puerta y sabía bien que podía huir, pero si no lo hice fue porque no quería marcharme sin haber logrado antes mi objetivo.

Lachlan Broad cargó por segunda vez contra mí. Recordé el día en que, siendo yo niño, el buey de Kenny Smoke recorrió la aldea totalmente desbocado; habían hecho falta seis hombres para someterlo. Cuando Broad blandió la laya, di un paso adelante, interponiéndome en su trayectoria, y, llevando mi mano izquierda hasta su hombro, le asesté un golpe con mi zapa en el cogote. La hoja no penetró el cráneo, pero el impacto bastó para que Lachlan Broad cayera de rodillas. Soltó la herramienta y se quedó allí, aturdido, a cuatro patas. Me acerqué por detrás y me coloqué a horcajadas por

encima de él, como si estuviera montando un *garron*, pero manteniéndome de pie. Alcé mi zapa y, ansioso por concluir el asunto sin más dilación, la abaté sobre él con ambas manos. El golpe lo derribó, dejándolo aplastado contra el suelo, pero no penetró el hueso, y quedé impresionado con la resistencia del cuerpo humano. Él yacía boca abajo sobre la tierra, con los ojos muy abiertos y el pecho agitado como un pez fuera del agua. Ahora dispuse de tiempo para medir el golpe como es debido y cuando, al punto, abaté mi arma, la hoja atravesó debidamente su cráneo con un desagradable sonido que me recordó al de una bota siendo succionada por un tremedal. No sin poco esfuerzo, conseguí extraer la hoja de su cabeza. Sus manos se sacudieron a los costados, pero si respiraba todavía o no es algo que no sabría decir. Así y todo, administré un último golpe con el canto de la zapa, destruyendo por completo la integridad de su cráneo esta vez.

Entonces me planté a cierta distancia del cuerpo y contemplé mi obra. La sangre se agolpaba en mis sienes y estaba muy aturdido, pero sentí cierta satisfacción por el éxito de mi plan. A un observador ajeno a todo aquello, el escenario de la casa se le habría antojado, a buen seguro, hartamente espantoso, y confieso que yo mismo tuve que apartar los ojos de la estampa que ofrecía el niño muerto.

Entonces fue cuando reparé en la vieja señora Mackenzie, que se encontraba sentada en una silla tapizada, en la oscuridad, al fondo de la estancia. Estaba totalmente quieta y me pregunté si no habría ella también abandonado este mundo. Su cara no lucía ninguna expresión en particular y pensé que quizá se le hubiera descompuesto la cabeza o no fuera consciente de lo que la rodeaba. Había oído contar numerosas historias de viejos que llamaban y llamaban a personas que llevaban muertas mucho tiempo, o que se perdían a un puñado de yardas de la puerta de su propia casa. Me aproximé a ella, con la zapa todavía en mi mano derecha. Sus ojos estaban acuosos y revoloteaban rápidamente de aquí para allá, puede que consternados por el espectáculo del que acababa de ser testigo. Planté mi mano izquierda delante de su cara y la moví de lado a lado, pero ella no reaccionó. No había motivo para atacarla. Aparte de traer a Lachlan Broad a este mundo, ella no me había causado ningún daño. No era más responsable de los actos de su hijo que mi padre de los míos. Yo había logrado lo que me había propuesto hacer y, comoquiera que no tenía intención alguna de negar mi responsabilidad por cuanto había hecho, matarla no habría servido de nada. En cualquier caso, acabar con una vieja indefensa habría sido algo despiadado, y no tenía estómago para ello.

## GLOSARIO

bannock. Galleta de avena.

batea. Fuente grande para servir alimentos.

bujerías. Adornos de poco valor, baratijas.

camán. Palo de *shinty*.

cantón. Esquina externa de un edificio.

Càrn nan Uaighean. Su traducción es «montón de lápidas».

carretón. Carretilla de mano.

cas chrom. Arado de pie de mango largo.

ceilidh. Reunión en la que se canta y se cuentan historias.

garron. Poni de las Tierras Altas escocesas.

ghillie. Un hombre que hace las veces de guía de caza o de pesca.

hibernés, hibernesa. Irlandés, irlandesa.

humazo. Humo.

ilapso. Estupor.

jato. Ternero o becerro.

laird. Lord.

laya. Pala con hoja triangular en punta.

lienzo. Mortaja.

llar. Cadena de la que la caldera cuelga sobre el hogar.

los meses amarillos. Verano.

los meses negros. Invierno.

ovas marinas. Algas marinas.

pastura. Zona de pasto.

quaich. Recipiente tradicional para beber, poco profundo y con dos asas.

seres aciagos. Criaturas sobrenaturales.

*shinty*. Modalidad violenta del *hockey* que sigue practicándose en las Tierras Altas escocesas.

sosias. Doble.

sowens. Una especie de gachas, elaboradas con el cascabillo del grano.

strupach. Cacillo de té o infusión.

tamo. Polvo o suciedad.



terruño. Porción de tierra.

trabe. Viga de madera.

vaquerizo. Corral destinado a las vacas.

zapa. Herramienta de mano para romper la tierra, como un zapapico o alcotana de un solo pico.

## INFORMES MÉDICOS

*de las víctimas, redactados por Charles MacLennan,  
doctor en Medicina, residente en Jeantown, y J. D.  
Gilchrist, cirujano, de Kyle of Lochalsh*

### **Applecross, 12 de agosto de 1869**

A petición del ilustre señor William Shaw, juez del condado, y del señor John Adam, fiscal, hemos procedido a examinar en el día de hoy el cuerpo de Lachlan Mackenzie, aparcerero y alguacil de la aldea de Culduie, Ross-shire, de treinta y ocho años de edad. El cuerpo nos ha sido mostrado en el granero de un vecino, el señor Kenneth Murchison, al cual, según el testimonio del propio señor Murchison, fue trasladado poco después de su hallazgo. El cuerpo estaba tendido sobre una mesa y cubierto con tela de arpillera.

La cara de la víctima estaba muy descolorida y cubierta de mucha sangre, coagulada y seca. El lado derecho de la cara, desde el pómulos hasta la sien, se hallaba completamente hundido y la nariz, rota. La zona posterior del cráneo estaba completamente hundida e incompleta y acusaba una importante falta de materia cerebral. El señor Murchison nos ha informado de que se habían recuperado varios fragmentos del cráneo y de materia cerebral del suelo de la casa donde se había producido la muerte y de que estos habían sido depositados en un cuenco. Procedimos a examinar dicho cuenco y descubrimos que contenía fragmentos de hueso compatibles con los que le faltaban al cráneo. La oreja derecha estaba seccionada prácticamente en su totalidad. En las partes del cráneo que todavía se conservaban se apreciaban fragmentos de hueso astillado clavados en el tejido cerebral. Opinamos que estas lesiones fueron causadas por varios golpes asestados con un objeto u herramienta romo y pesado, manejado con gran fuerza.

Se apreciaban numerosas contusiones en el tórax, particularmente al lado izquierdo del esternón. Una herida de quince centímetros de largo había perforado la piel entre las costillas inferiores, de las cuales descubrimos que dos estaban fracturadas. Los órganos internos estaban intactos. Estimamos que esta herida fue causada por una hoja ancha y roma, compatible con la laya que había sido recuperada del escenario, y que nos ha sido mostrada.

En la parte exterior del antebrazo derecho se apreciaba una contusión de tamaño considerable, quince centímetros por debajo del codo. Las palmas de ambas manos presentaban pequeñas laceraciones y habían sido penetradas por astillas de madera. El cuarto dedo de la mano izquierda estaba fracturado.

No se han apreciado más lesiones en ninguna otra zona del cuerpo.

Opinamos, firmemente, que el golpe o golpes asestados contra la parte posterior del cráneo fueron suficientes para causar una muerte instantánea y constituyen la causa de la muerte.

Y así lo testificamos en alma y conciencia,

Charles MacLennan, doctor en Medicina

J. D. Gilchrist

## **Applecross, 12 de agosto de 1869**

A petición del ilustre señor William Shaw, juez del condado, y del señor John Adam, fiscal, hemos procedido a examinar en el día de hoy el cuerpo de Flora Mackenzie, de quince años de edad, hija de Lachlan Mackenzie y residente en Culduie, Ross-shire. El cuerpo nos ha sido mostrado en el granero del señor Kenneth Murchison, al cual había sido trasladado desde el lugar de la muerte. El cuerpo estaba tendido sobre una camilla y cubierto con lienzos funerarios.

La parte posterior del cráneo estaba completamente hundida y múltiples fragmentos de hueso habían penetrado profundamente en el tejido blando. El pelo estaba apelmazado con una gran cantidad de sangre coagulada y seca. Las estructuras faciales aparecían intactas y, en nuestra opinión, el traumatismo del cráneo fue causado por un único golpe, asestado con un objeto u herramienta pesado y manejado con gran fuerza.

Hemos observado varias laceraciones y contusiones en la zona púbica. Las partes blandas externas habían sido completamente destrozadas y el hueso púbico estaba fracturado en su lado izquierdo.

La pierna izquierda estaba fracturada a nivel de la rodilla y la parte externa de la rodilla presentaba una contusión severa. Estimamos que esta

lesión fue causada por un golpe contundente, asestado con un objeto compatible con la laya que nos ha sido mostrada, que con toda probabilidad dejaría a la víctima incapacitada para caminar.

No se han apreciado más lesiones en ninguna otra zona del cuerpo.

Opinamos, firmemente, que el golpe asestado contra la parte posterior del cráneo fue la causa de la muerte, si bien no podemos determinar si esta se produjo de forma instantánea o no.

Y así lo testificamos en alma y conciencia,

Charles MacLennan, doctor en Medicina

J. D. Gilchrist

## **Applecross, 12 de agosto de 1869**

A petición del ilustre señor William Shaw, juez del condado, y del señor John Adam, fiscal, hemos procedido a examinar en el día de hoy el cuerpo de Donald Mackenzie, de tres años de edad, hijo de Lachlan Mackenzie y residente en Culduie, Ross-shire. El cuerpo nos ha sido mostrado en el granero del señor Kenneth Murchison, al cual había sido trasladado desde el lugar de la muerte. El cuerpo estaba tendido en una cuna y cubierto con lienzos funerarios.

Se ha observado en el cráneo una contusión de tamaño considerable, que se extendía desde la región frontotemporal hasta el oído. En esta zona, el cráneo estaba hundido, si bien el hueso no estaba fracturado. La piel estaba abierta en los bordes de la zona contusionada y se apreciaba cierta pérdida de sangre ya coagulada.

No se han apreciado más lesiones en ninguna otra zona del cuerpo.

La lesión del cráneo fue causada con toda probabilidad por un golpe asestado con un objeto pesado y romo, compatible con la laya que nos ha sido mostrada, aunque no manejado con tanta fuerza como la que se aprecia en las lesiones provocadas a Lachlan Mackenzie y Flora Mackenzie. No obstante, dicha lesión podría deberse también a una fuerte caída contra una superficie dura. Opinamos, firmemente, que esta lesión fue la causa de la muerte, pero en lo que se refiere a su origen solo podemos hacer conjeturas.

Y así lo testificamos en alma y conciencia,

Charles MacLennan, doctor en Medicina

J. D. Gilchrist

## VIAJES POR LOS CONFINES DE LA LOCURA



por J. Bruce Thomson

*James Bruce Thomson (1810-1873) fue el cirujano residente a cargo de la Prisión General para Escocia de Perth. Como tal, examinó a cerca de seis mil prisioneros y se convirtió en una reconocida autoridad en la por entonces incipiente disciplina de la antropología criminal. En 1870, publicó dos influyentes artículos: «La psicología de los criminales: un estudio» y «La naturaleza hereditaria del crimen», en la Journal of Mental Science. Su libro de memorias Viajes por los confines de la locura fue publicado póstumamente en 1874.*

LLEGUÉ A INVERNESS EL DÍA 23 DE AGOSTO DE 1869 y pernocté en una posada, donde me recibió el señor Andrew Sinclair, abogado de un joven aparcerero que había sido acusado de asesinar a tres de sus vecinos. El señor Sinclair me había escrito expresando su deseo de contar con mi opinión, en calidad de autoridad preeminente del país en este campo, sobre si su cliente estaba cuerdo o todo lo contrario. Ninguno de nosotros es totalmente inmune a semejantes apelaciones a nuestra vanidad y, comoquiera que el caso tenía varios puntos de interés, entre ellos nada menos que la presunta inteligencia del perpetrador, accedí y partí de Perth tan pronto como me lo permitieron mis obligaciones.

Vi, desde el primer momento, que el señor Sinclair no era hombre de grandes competencias, lo que apenas resultaba inesperado dadas las limitadas oportunidades que se le ofrecen a uno para disfrutar de una conversación cultivada en un lugar tan atrasado como Inverness. Era completamente ajeno a la nueva corriente de pensamiento en el campo de la antropología criminal y pasé buena parte de la tarde explicándole a grandes rasgos algunas de las más recientes innovaciones que mis colegas del continente habían realizado en esta disciplina. Como es natural, él estaba ansioso de departir acerca de su

cliente, pero le eché un candado a los labios, puesto que deseaba alcanzar mis propias conclusiones libre de ideas preconcebidas, por mal informado que estuviera.

La mañana siguiente acompañé al señor Sinclair a la prisión de Inverness para examinar al prisionero, y de nuevo indiqué al abogado que no me hablara de su cliente antes de que yo tuviera la oportunidad de realizar mi análisis. El señor Sinclair entró en la celda antes que yo, con el objeto, me dijo, de comprobar si su cliente estaba dispuesto a recibirme. Hallé esto de lo más irregular, puesto que nunca antes había oído que a un prisionero se le consultara quién podía o no entrar en su celda, pero lo atribuí a la escasa experiencia del abogado en el manejo de casos de esta naturaleza. El señor Sinclair permaneció algunos minutos en el interior de la celda antes de informar al carcelero de que podía dejarme pasar. Desde el primer instante noté que la relación entre abogado y cliente era muy poco ortodoxa. Conversaban entre ellos, no como un profesional y un criminal, sino más bien como un par de amigos conchabados de un modo u otro. No obstante, el diálogo que mantuvieron me brindó la oportunidad de observar al prisionero antes de emprender mi examen propiamente dicho.

Mi primera impresión de R. M. no fue negativa del todo. Visto su porte en general, resultaba evidente que era de naturaleza inferior, aunque no tan repelente en sus rasgos como la mayoría de los sujetos de la clase criminal, quizá porque no respiraba el mismo aire fétido que sus deudos de la ciudad. Tenía la tez pálida, sin embargo, y sus ojos, aunque despiertos, estaban muy juntos y coronados por unas tupidas cejas. Era barbilampiño, aunque ello podía deberse a su relativa juventud, más que a algún tipo de deficiencia hereditaria. En su conversación con el señor Sinclair, se mostró muy advertido, pero reparé en que las preguntas del abogado eran, con frecuencia, de naturaleza conducente, con lo que el prisionero solo tenía que confirmar lo que se le sugería en ellas.

Pedí al abogado que se retirara y, en presencia del carcelero, indiqué al prisionero que se quitase la ropa. Hizo esto sin protestar. Se quedó plantado delante de mí sin ningún pudor, y yo procedí a realizar una minuciosa exploración de su persona. Medía un metro y sesenta y cuatro centímetros de alto, y tenía una constitución más menuda que la de la media. El tórax era desproporcionadamente protuberante —lo que los profanos en la materia denominan «pecho de paloma»— y sus brazos, más largos de lo normal. Los brazos y antebrazos estaban bien desarrollados, sin duda como resultado de haber dedicado su vida a labores físicas. Las manos eran grandes y callosas,

con dedos excepcionalmente largos, aunque sin presencia de membranas interdigitales u otras anomalías. Su torso era hirsuto desde los pezones hasta el pubis, pero presentaba una ausencia total de vello en la espalda y en los hombros. Su pene era grande, aunque su tamaño estaba dentro del rango normal, y contaba con testículos descendidos normales. Tenía las piernas escuálidas, y, cuando se le pidió que caminara de una punta a la otra de la celda (hay que reconocer que ni mucho menos una gran distancia), observé que su marcha presentaba un leve bamboleo o inclinación lateral, apuntando a una asimetría en su porte. Esto podría deberse a alguna lesión sufrida en el pasado, pero, cuando le pregunté, el prisionero fue incapaz de proporcionarme una explicación.

Llevé a cabo una inspección minuciosa del cráneo del sujeto y de su fisionomía. La frente y el ceño eran grandes y prominentes, mientras que la cabeza era plana en la parte superior y marcadamente protuberante en la posterior. En general, el cráneo estaba bastante contrahecho y no era muy distinto de muchos de los que había examinado en la prisión, en calidad de cirujano. Las orejas eran considerablemente más grandes de lo acostumbrado, con lóbulos grandes y aplanados<sup>[8]</sup>.

En cuanto al semblante: los ojos, como ya se ha indicado, eran pequeños y hundidos, pero de mirada despierta e inquieta. Tenía una nariz protuberante, aunque admirablemente recta; los labios, finos y pálidos. Asimismo, los pómulos eran altos y prominentes, como a menudo sucede, y así se ha señalado recientemente, entre la casta criminal. Los dientes estaban muy sanos y los caninos no presentaban un desarrollo anormal.

Así pues, R. M. compartía cierto número de características con los presos de la Prisión General (siendo estos, principalmente, el cráneo deforme, los rasgos faciales poco atractivos, el pecho de paloma y los brazos y orejas alargados). En otros aspectos era, no obstante, un espécimen sano y bien desarrollado de la raza humana y, de haberlo observado en su medio natural, uno no lo habría identificado automáticamente como miembro de la clase criminal. Desde este punto de vista, se presentaba como un sujeto interesante y yo sentía verdadera curiosidad de estudiar más a fondo.

Dejé que el prisionero se vistiera y le planteé un puñado de preguntas muy simples. Su reacción fue completamente nula. Había momentos en que parecía no haber oído mis preguntas, o fingía no haberlo hecho. Sospecho que sabía sobradamente lo que se le preguntaba, pero que se negó a responder por motivos que solo él conocía. Sin embargo, el hecho de que recurriese a semejante estrategia sugería que el sujeto no era un imbécil redomado y que

poseía cierta capacidad de raciocinio, ya fuera esta defectuosa u otra cosa. Con todo, estimé un despropósito prolongar mis pesquisas ante tan terca actitud, y solicité al carcelero que me dejase salir de la celda.

El señor Sinclair me aguardaba fuera y me interrogó con impaciencia tan pronto salí yo por la puerta. Su actitud no era tanto la de un profesional como la de un padre nervioso, ansioso por obtener información sobre la salud de su hijo. Mientras avanzábamos por el pasillo, le expliqué a grandes rasgos los resultados de mis pesquisas.

—Pero ¿y qué me dice de su estado mental? —preguntó.

Yo era consciente de que el abogado ansiaba que yo me pronunciara acerca de esta cuestión, para así poder alegar locura ante el tribunal y, de este modo, salvar a su cliente de la horca y, ya de paso, cosechar para sí, quizá, no pocas dosis de fama personal. No obstante, me negué, en ese momento, a aventurar una opinión.

Le expliqué que, como hombre de ciencia, no podía dejarme guiar por la especulación o las conjeturas. Lo que importa, le dije, son los hechos, ¡los hechos y los actos probados!

—Su cliente presenta algunas de las características fisiológicas de la clase criminal con la que estoy familiarizado gracias a mi profesión. No obstante, y aunque es cierto que comparte algunos de sus rasgos, no puedo, sin antes conocer la estirpe de la que proviene, aventurar una opinión acerca de si ha adquirido dichas características por vía hereditaria. Cuando la copa de agua que tenemos en las manos está infecta, lo primero que debemos comprobar es si proviene de un pozo envenenado. Si descubrimos que, efectivamente, el pozo está contaminado, ello puede tener cierto peso en la consideración de si es o no responsable de sus actos.

Habíamos alcanzado el final del hediondo pasillo por el que habíamos estado caminando e hicimos una pausa en nuestra conversación mientras nos abrían las puertas. El señor Sinclair, intimidado por la superioridad de mis conocimientos e intelecto, adoptó una actitud más deferente. Continuamos en silencio hasta la verja exterior y, una vez que nos hubieron franqueado el paso, respiramos profundamente el cálido aire estival.

Nos dirigimos entonces, a petición mía, a la posada, puesto que quería hacerle algunas preguntas al abogado. Una vez acomodados en una mesa con unos refrigerios, el señor Sinclair me preguntó qué me proponía hacer. Le dije que volvería a visitar la prisión al día siguiente con el objeto de continuar con mi examen del prisionero.

—Después —dije—, debemos echar un vistazo al pozo.



El señor Sinclair no captó el sentido de mis palabras.

—Debemos —expliqué— hacer una visita a cualquiera que sea la pocilga dejada de la mano de Dios de la que ha salido ese desgraciado.

—Entiendo —dijo el abogado, dando a entender por el tono de su voz que la perspectiva de realizar semejante expedición no le atraía demasiado.

—¿Qué sabe usted —inquirí— acerca de los antecedentes familiares de su cliente?

El señor Sinclair dio un buen sorbo a su cerveza, sin duda complacido de que le solicitase algo de información.

—Su padre es un granjero arrendatario, un aparcerero, de buen carácter. Su madre era una mujer respetable que murió durante un alumbramiento hace un año o así. Hay, o había, tres hermanos, una hermana mayor y unos gemelos mucho más pequeños.

—¿«Había» dice usted?

—A la hermana la encontraron ahorcada en el granero la tarde posterior a los asesinatos.

Hice una pausa en mi interrogatorio. Esta información era muy pertinente para mi investigación.

—¿Y se hallaba esta hermana en pleno uso de sus facultades mentales antes de dicho suceso? —pregunté.

—No sabría decirle —contestó él—. Debido a la confusión suscitada por los asesinatos, nadie reparó en su ausencia durante algún tiempo. Luego se emprendió una búsqueda y la encontraron, como he dicho, en el granero. El juez de instrucción no fue capaz de establecer la hora concreta de la muerte.

Yo asentí despacio. La existencia de un suicidio no decía nada bueno de la naturaleza psicológica de la familia. Es más, el hecho de que hoy día una mujer muera durante el alumbramiento probablemente sea indicio de alguna debilidad congénita. En resumen, el cuadro que empezaba a surgir ante nosotros no era precisamente el de una tribu robusta y sana.

—¿Y qué me dice de los gemelos?

—De ellos nada sé —repuso el abogado, sacudiendo lentamente la cabeza—. No son más que unos niños pequeños.

—¿Y qué evidencias tiene usted del buen carácter del padre?

—Solo las que he podido constatar a través de mis conversaciones con R.

—A eso iba, precisamente —contesté—. Estoy seguro de que convendrá conmigo en que no podemos dar por ciertas las palabras de un individuo artero y violento como su cliente. Debemos intentar establecer la verdad sobre

sus antecedentes familiares de forma objetiva. ¡Hechos y actos probados, señor Sinclair! Es a estos a los que nos debemos ceñir.

El abogado protestó que no había encontrado que su cliente tuviera nada de artero, pero yo deseché sus objeciones con un gesto de la mano.

—Partiremos hacia esta aldea de Culduie pasado mañana mismo. Dejo en sus manos los preparativos.

El señor Sinclair me preguntó si podría cenar conmigo esa noche, pero, consciente de que íbamos a pasar muchísimo tiempo en mutua compañía durante los próximos días, me negué. Mandé recado a la prisión de Perth de que iba a ausentarme unos días y también escribí a mi esposa informándola de lo mismo. Luego leí detenidamente un expediente, con declaraciones de testigos e informes médicos, que el señor Sinclair me había proporcionado, e hice anotaciones de los acontecimientos del día. Tomé la cena en mi habitación, pues no deseaba fraternizar con los parroquianos de los espacios públicos, quienes me recordaban demasiado a los internos de mi propia institución. La comida era muy decente y bebí suficiente vino como para contrarrestar los efectos del incómodo colchón y de los sonidos de la jarana que me llegaban desde abajo.

Al día siguiente, di instrucciones al señor Sinclair para que le llevaran al prisionero, desde una taberna local, un almuerzo abundante y una botella de vino. El abogado me informó de que en más de una ocasión le había propuesto a su cliente hacerle llegar un almuerzo, pero que estas ofertas habían sido rechazadas en todas y cada una de las ocasiones. Le advertí que esto no se debía a que el prisionero no quisiera la comida; se debía a que no quería quedar en deuda con su abogado. Las muestras de sincera generosidad les son tan desconocidas a los miembros de las clases criminales que estas son recibidas, invariablemente, con sospechas. He de admitir, empero, que mi ofrecimiento no nacía de la generosidad. Está demostrado fuera de toda duda que el hambre puede inducir en un prisionero un estado de agitación, irritabilidad o, incluso, agresividad. Cuando yo llegase, quería que R. M. se hallara en un estado de indolencia provocado por la succulenta comida que había consumido y que, de esta forma, presentase un ánimo más propicio para ser interrogado. Habían de servirle el almuerzo a mediodía y acordé reunirme con el señor Sinclair en la prisión a la una de la tarde, momento para el cual calculaba que la vitualla habría surtido el efecto deseado.

Llegué a la prisión algo más temprano de lo convenido, pues antes de nada quería plantearle una serie de preguntas al carcelero. Y deseaba hacerlo en ausencia de mi colega letrado, dado que, como bien sé por mi nada

desdeñable experiencia, los empleados en labores de tan ínfima importancia tienden a ligar su lealtad al primer hombre cultivado con el que se cruzan, muy a la manera en que un cordero huérfano se siente unido a la primera mano que lo alimenta.

El carcelero se ajustaba estrictamente al modelo de sujeto de naturaleza inferior que, de manera rutinaria, encuentra uno empleado en las prisiones y manicomios de nuestro país. Era de mediana estatura, aunque de constitución ancha, con hombros y antebrazos fuertes. Tenía una tez rubicunda y escrofulosa, y un cráneo un tanto deforme, con grandes orejas protuberantes. Su pelo era oscuro e hirsuto, y el nacimiento se situaba muy abajo en su frente. Asimismo, sus patillas estaban muy pobladas y le cubrían las mejillas. Su semblante adolecía de esa expresión singularmente estúpida e insensata tan corriente entre los que ocupan el otro lado de la puerta de la celda, y no me habría sorprendido en lo más mínimo habérmelo encontrado dentro de esta. Sin duda, el hombre estaba hecho para su vocación, pero para mi misión de ese momento no era sagacidad ni inteligencia lo que buscaba en él; tenía un par de ojos en la cabeza, y era de estos de los que deseaba servirme.

El carcelero no se sorprendió cuando le indiqué que no quería pasar al interior de la celda del prisionero inmediatamente. Esta clase de sujetos ciñe su existencia al presente de forma casi exclusiva; apenas piensan en el pasado y tampoco proyectan sus pensamientos hacia el futuro, de manera que son incapaces de sorprenderse por nada. Asimismo, son incapaces de experimentar aburrimiento y, por lo tanto, son idóneos para ejercer labores sencillas y repetitivas. Conduje al zopenco hasta el final del pasillo, con el propósito de que el sujeto de nuestra conversación no pudiera oírnos. Para empezar, me aseguré de que R. M. había permanecido bajo la vigilancia del carcelero desde su llegada a la prisión; y de que aquel era el responsable de servir al prisionero sus comidas, retirar sus heces y observarlo periódicamente a través de la apertura en la puerta. El carcelero respondía a mi interrogatorio con dificultad y a menudo me veía obligado a reformular las oraciones para hacerme entender.

A continuación, le hice varias preguntas concernientes al comportamiento del prisionero y procedo ahora a narrar el contenido de sus respuestas.

El prisionero no dormía en exceso y se mostraba en todo momento despierto y consciente de lo que sucedía a su alrededor. Comía con buen apetito y no había formulado ninguna queja acerca de la calidad o la cantidad de su comida. Asimismo, no se había lamentado de un frío o calor excesivos en su celda, ni tampoco había pedido mantas extra ni ningún otro artículo.

Nunca había inquirido acerca del bienestar de su familia ni había expresado interés alguno en el mundo exterior. Resumiendo, entre los dos hombres no se había producido ninguna conversación significativa. R. M. pasaba todo el tiempo que la luz del día le concedía ocupado en la redacción de los papeles que había sobre su mesa, pero el carcelero no había expresado ningún interés en su contenido. Al prisionero no se le había visto ni oído ni una sola vez desvariar o dar voces como si estuviese sufriendo alguna alucinación. Por las noches dormía profundamente y no parecía que su sueño se viera alterado por pesadillas o visiones nocturnas.

Al final de nuestra conversación, planté un chelín en la palma de la mano del guarda. Él se lo quedó mirando bobamente durante unos instantes y luego, sin mediar palabra, se lo metió en el bolsillo de su grasiento chaleco. En ese momento llegó el señor Sinclair, que se quedó asombrado cuando me encontró en concurrencia con el bruto del carcelero. Quedó claro que a él no se le había ocurrido aprovecharse del individuo —por limitado que fuera su intelecto— que más próximo estaba al prisionero. Sin duda, como es habitual entre la mayoría de sus deudos en la profesión de la abogacía, prefería hacer suposiciones y conjeturas antes que buscar pruebas. No me pareció necesario ofrecerle una explicación de mis actos y él no tuvo la osadía de preguntarme.

Cuando entramos en la celda, R. M. se encontraba de pie, de espaldas a la pared que quedaba enfrente de la puerta, y sospeché que, a pesar de mis precauciones, la conversación en el pasillo lo había puesto sobre aviso de nuestra presencia. Comoquiera que el señor Sinclair había establecido alguna suerte de vínculo con el prisionero, dejé que pasara al interior de la celda por delante de mí y me reservé mi opinión mientras él articulaba una ristra de ridículas cortesías. Reparé al instante en que la bandeja de comida que había solicitado que trajeran de la posada había sido colocada en el suelo, junto a la mesa. El cuenco, que parecía haber contenido alguna clase de caldo, estaba vacío, pero el plato de cordero con patatas parecía intacto. Asimismo, la botella de vino seguía sin descorchar.

Pregunté a R. M. de manera cordial por qué no se había acabado tan suculenta ración y él contestó que no estaba acostumbrado a las comidas pesadas y que había tomado una cantidad suficiente y adecuada. Luego añadió que, si yo tenía hambre, podía comerme lo que quedaba, una oferta que decliné con educación. El señor Sinclair le explicó que yo deseaba hacerle unas preguntas y que redundaría enormemente en su beneficio si las contestaba en detalle y con sinceridad. R. M. respondió que no veía cómo iban a redundar en su beneficio, pero que, si con ello complacía al señor

Sinclair, estaba dispuesto a contestar a cualquier pregunta que se le hiciera. Me senté en la silla junto a la mesa y le pedí al prisionero que tomara asiento en su camastro, cosa que hizo. El señor Sinclair permaneció de pie, dando la espalda a la puerta, con las manos cruzadas sobre el abdomen.

Las pruebas que yo había reunido hasta el momento —a saber, las que había conseguido a partir de la exploración física que le había realizado al prisionero y a partir de mi conversación con el carcelero— no bastaban para sacar ninguna conclusión relativa a la cordura del acusado, ni tampoco relativa a su responsabilidad moral para con los crímenes que había cometido. Había un buen número de puntos en los que coincidía con la deprimente procesión de imbéciles que, a diario, se sometían a mis cuidados, pero luego había otros, como su estado general de alerta y su capacidad de concentrarse en una tarea, en los que no. Ni por un momento pensé que las páginas en las que parecía haber estado ocupado con tanta diligencia contuviesen otra cosa que incoherencias y desvaríos, pero el mero hecho de que se hubiese mostrado tan aplicado era de por sí notable. En mi larga experiencia con las clases criminales, jamás me he encontrado con un solo individuo capaz de la más mínima apreciación estética, y menos aún de producir cualquier clase de obra literaria o artística. Las ambiciones literarias del prisionero medio no van más allá de rayar un puñado de frases vulgares en la pared de su celda. Un hombre de ciencia debe, forzosamente, estar al corriente de las teorías y precedentes de su campo de estudio, pero no debe permitir que esas teorías le impidan ver la evidencia que le muestran sus propios ojos, o que lo lleven a descartar lo que no obedece a sus expectativas, tachándolo de aberrante o insignificante. Por novedosa y sorprendente que pueda resultar cualquier prueba, esta debe abordarse con honradez. Tal y como ha declarado el señor Virchow, «Debemos aceptar las cosas como son, y no como deseamos que sean<sup>[9]</sup>».

Estaba clarísimo que R. M. no era un maniaco delirante, el loco del imaginario popular, pero, como muy bien han demostrado el señor Prichard<sup>[10]</sup> y otros de mis colegas, existe otra categoría de locura: se trata de la *demencia moral*, en la que pueden darse las más groseras perversiones de los impulsos, afectos y costumbres naturales sin que exista un desorden concomitante del intelecto o de la capacidad de raciocinio. Desde luego, por lo que había podido observar hasta ese momento, R. M. mostraba cierto grado de inteligencia, una inteligencia que con toda probabilidad solo podía destinarse al engaño o a fines perversos, pero que, así y todo, lo hacían distinto del prototipo del degenerado. Así pues, fue con la intención de

explorar el alcance de la capacidad de raciocinio del prisionero que abordé mi interrogatorio.

Con el objeto de alimentar la ilusión de que éramos meramente dos hombres manteniendo una conversación, me abstuve de tomar notas *in situ* y el relato que sigue se basa en las anotaciones que recabé de memoria a mi regreso a la posada.

Empecé por decirle a R. M. que sentía curiosidad por el proyecto literario en el que se había embarcado. Me respondió que solo escribía aquellas páginas porque el señor Sinclair le había solicitado que así lo hiciera. Contesté que su respuesta me parecía insuficiente, dada la entrega que había mostrado hacia la tarea. Al escuchar estas palabras, el prisionero hizo un gesto con la mano, abarcando toda la celda, antes de contestar:

—Como puede ver, señor, no hay mucho más con lo que me pueda entretener aquí.

—¿De modo que te entretiene escribir estas páginas? —le dije yo.

No respondió. Estaba sentado muy tieso en el jergón y miraba a la pared que tenía delante, en lugar de a su interlocutor. Le dije entonces que deseaba hacerle unas preguntas acerca de los actos que lo habían traído a este lugar. Sus ojos se posaron en mí un breve instante, pero aparte de eso no se produjo alteración alguna en su expresión.

—Por lo que me ha contado el señor Sinclair, entiendo que no niegas ser el responsable de estos crímenes —dije.

—No lo niego —contestó. Su mirada permaneció firmemente clavada en la pared que tenía delante.

—¿Y podría saber —dije— qué te llevó a cometer tan violentos actos?

—Quería librar a mi padre de las tribulaciones que venía sufriendo últimamente.

—¿Y cuál era la naturaleza de esas tribulaciones?

R. M. pasó entonces a describir una serie de disputas triviales que se habían sucedido a lo largo de un periodo de varios meses entre su padre y el difunto.

—¿Y te sentiste justificado, habida cuenta de estos incidentes, para dar muerte al señor Mackenzie?

—No vi que hubiese otra línea de acción abierta para mí —dijo R. M.

—¿No podrías haber recurrido a alguna autoridad de tu comunidad para que mediara en estos asuntos?

—El señor Mackenzie era la autoridad en nuestra comunidad.

—Tú pareces ser un joven inteligente —dije—. ¿Acaso no podrías haber intentado resolver estos desacuerdos razonando con el señor Mackenzie?

R. M. recibió esta sugerencia con una sonrisa.

—¿Hiciste algún intento de razonar con el señor Mackenzie?

—No, no lo hice.

—¿Por qué no?

—Si hubiese tenido usted la oportunidad de conocer al señor Mackenzie, no me haría esa pregunta.

—¿Llevaste a cabo el asesinato del señor Mackenzie a instancias de tu padre?

R. M. sacudió la cabeza cansadamente.

—¿Hablaste acerca de tu plan con alguna otra persona?

—Yo no diría que tuviese un plan —respondió él.

—Pero llegaste a casa del señor Mackenzie provisto de armas. A buen seguro tenías pensado hacerle algún daño.

—Así es.

—Entonces eso ciertamente constituye un plan, ¿no es así? —Pronuncié estas palabras con tono afable, como si aquello no fuera más que un debate cordial acerca de un asunto de mutuo interés. No deseaba que le pareciera que intentaba cogerlo en un renuncio y predisponerlo así en mi contra.

—Fui a la casa del señor Mackenzie con intención de matarlo, pero yo no diría que tuviese un plan.

Fingí cierto desconcierto ante la minúscula distinción que estaba haciendo el prisionero, y le pregunté si podía explicarse mejor.

—Lo único que quiero decir es que, aunque tenía la intención —pronunció esta última palabra con un énfasis especial, como si fuera él, y no yo, quien conversaba con su inferior— de hacerle daño, no había ideado un plan como tal. Fui a la casa del señor Mackenzie así armado solo para averiguar qué pasaría si lo hacía.

—Por lo tanto, crees que no eres del todo responsable de la muerte del señor Mackenzie; que lo que ocurrió fue, hasta cierto punto, por puro azar.

—Podría decirse que todo lo que sucede sucede por puro azar —dijo el prisionero.

—Pero ¿fue el azar el que colocó una zapa en tu mano y te empujó a entrar en la casa del señor Mackenzie?

—Fue puro azar que yo tuviera una zapa en la mano antes de encaminarme hacia allí.

—Y esa segunda arma...

—La laya —interpuso el señor Sinclair.

—No fue el azar —proseguí— la que colocó la laya en tu mano.

R. M. respondió con tono aburrido.

—La laya estaba apoyada contra el hastial de nuestra casa.

—Con todo —insistí—, fuiste tú quien la cogió. No fue el azar el que la colocó en tu mano.

—No.

—Porque tenías planeado matar al señor Mackenzie.

—Es cierto que quería que el señor Mackenzie muriera por mi mano. Si quiere usted llamarlo plan, es libre de hacerlo. Yo lo único que quería era conceder a mi empresa todas las posibilidades de éxito.

Asentí sabiamente ante esta parodia de la lógica.

—¿Y te complació dicho éxito?

—No me molestó —dijo R. M.

—Pero seguro que no te complace estar encarcelado en esta celda.

—Eso es un asunto sin trascendencia —declaró.

—¿Entiendes que tus actos y tus afirmaciones sobre ellos van a llevarte con toda probabilidad a la horca?

R. M. no respondió a esto. No supe si aquella actitud reservada suya era fingida o producto de alguna bravuconada extemporánea. Ni tampoco habría podido asegurar, en ese momento, si las respuestas que me había ofrecido con toda naturalidad eran completamente francas o formaban parte de alguna suerte de estratagema para parecer un loco de atar; si había calculado que, al admitir tan abiertamente la comisión de tan brutales actos, se acabaría por dictaminar que había perdido la capacidad de raciocinio.

Pasé entonces a las otras víctimas del asalto de R. M.

—Has manifestado que deseabas asesinar al señor Mackenzie y entiendo que, desde tu punto de vista, te creías plenamente justificado para hacerlo, pero matar a una joven y a un niño pequeño es algo completamente diferente. ¿Acaso estabas también resentido con Flora o Donald Mackenzie por alguna razón?

—No lo estaba.

—Entonces, que les dieras muerte es algo totalmente monstruoso —dije.

—Actué por necesidad —contestó él.

—¿Por necesidad? —repetí yo—. ¿Acaso no habría sido posible para un joven fuerte como tú dominar a una muchacha y a un niño pequeño?

—Visto en retrospectiva, parecería que sí. Si hubiese tenido un plan, como usted lo llama, quizá habría podido hacerlo. Pero, sea como fuere, las



cosas sucedieron como sucedieron.

—De modo que, a fin de llevar a cabo tu objetivo de matar al señor Mackenzie, estabas dispuesto a asesinar a dos individuos que, incluso para ti, eran completamente inocentes.

—No pretendía matarlos —contestó—, pero no tuve otra elección.

—¿Actuaste solamente por necesidad?

El prisionero se encogió de hombros, como si empezara a estar harto de seguirme la corriente.

—Si es así como desea expresarlo, pues sí, los maté por necesidad.

Llegado este punto, extraje de mi cartera los informes médicos, compilados con suma habilidad por un médico local, donde se detallaban las lesiones que habían sufrido las víctimas. Procedí entonces a leerle al prisionero un párrafo donde se detallaban las de Flora Mackenzie y que, por obscenas, no repetiré en estas páginas.

—Lo que aquí se describe parece exceder con mucho lo estrictamente necesario —dije.

R. M. había permanecido hasta este momento completamente quieto en su camastro, con la mirada clavada en la pared de la celda. Al escuchar este relato de las heridas que él había infligido, empero, sus ojos empezaron a moverse de un lado para otro, rápidamente, y sus manos, que hasta ese momento habían reposado sobre su regazo, comenzaron a retorcer el tejido de sus pantalones.

—¿Puedes explicar por qué sentiste la necesidad de infligir semejantes lesiones? —pregunté, conservando un tono de voz uniforme y afable.

Al prisionero se le subieron los colores al rostro. Sucede con frecuencia que aun los internos que son capaces de dominar sus expresiones verbales sean incapaces de suprimir las manifestaciones físicas de ansiedad. R. M. recorría la celda con su mirada, como si buscara una respuesta a mi pregunta.

—No recuerdo haber infligido semejantes lesiones —contestó pasados unos momentos y con un tono de voz mucho más bajo del que había empleado hasta entonces.

—Pero debiste de infligirlas —dije.

—Sí, debí de hacerlo —dijo él.

No creí necesario insistirle más en este punto, puesto que, al obligarlo así a enfrentarse a ello, ya había logrado mi propósito. Devolví los documentos a mi cartera y me puse en pie para dar a entender que la entrevista había llegado a su fin. El señor Sinclair se retiró de la pared contra la que había estado apoyado y se puso firme. Le indiqué que ya nos podíamos marchar y él se

encargó de avisar de que nos abrieran la puerta de la celda. Ordené al carcelero que retirara la bandeja de comida que se había hecho llegar de la taberna y quedé convencido de que este no iba a tener ningún reparo en dar buena cuenta de las sobras.

El señor Sinclair y yo llegamos a Applecross la tarde del 26 de agosto tras un arduo viaje. La posada en la que habíamos de pasar la noche estaba encomiablemente limpia, con paredes encaladas, mobiliario sencillo y un buen fuego ardiendo en la chimenea. Fuimos recibidos con hospitalidad y disfrutamos de un guiso de cordero servido por una muchacha bien proporcionada y de rostro saludable. Los hombres del lugar eran, en su mayoría, de tez morena y baja estatura, pero, por lo demás, se los veía robustos y no exhibían ninguna deformidad congénita aparente. Hablaban en la lengua primitiva de la región, de modo que no puedo dar fe del contenido de sus conversaciones, pero, a pesar de la ingente cantidad de cerveza que consumían, su comportamiento no era disoluto; ni tampoco parecía que hubiera ninguna prostituta en el local. Reparé en que nuestra presencia no llamaba especialmente la atención y, cuando le pregunté a nuestra anfitriona al respecto, ella contestó que, dada la gran cantidad de gente que venía a la Casa Grande para la cacería, no era ni mucho menos inusual que pasaran caballeros por la posada. Me retiré tan temprano como pude, dejando al señor Sinclair sumido en su ambiente de camaradería, y dormí profundamente.

Nos levantamos temprano y nos sirvieron un desayuno de morcilla y huevos, acompañado de una jarra de cerveza, de la que mi entusiasmado acompañante dio buena cuenta. Comoquiera que no había ni un triste carro que nos llevara desde Applecross, se nos proveyó de un par de ponis y partimos hacia Culduie. La mañana era luminosa y el aire, frío y vigorizante. El pueblo de Applecross se encontraba situado en una zona hartamente agradable, a orillas de una bahía guarecida, y las casas del lugar, aunque primitivas, estaban bien construidas. A pesar de lo temprano de la hora, varias viejas estaban sentadas en bancos a la puerta de sus casas, un buen número de ellas bien entradas en los ochenta, diría yo. Algunas chupaban pequeñas pipas, mientras que otras se hallaban ocupadas tricotando. Todas ellas nos miraron con curiosidad, pero ninguna nos saludó.

Alrededor de una milla más adelante, atravesamos la aldea de Camusterrach, un destartalado conjunto de chozas dispuestas en torno a un puerto de lo más humilde. Esta aldea contaba con una iglesia de construcción rudimentaria, una decente casa parroquial de piedra y una escuela, y eran estos últimos edificios los que brindaban al lugar un cierto decoro. Pero ni

Applecross ni Camusterrach —aun siendo primitivas como lo eran— nos prepararon, desde luego, para el miserable grupo de tugurios del que formaba parte el domicilio de R. M. La breve cabalgada entre Camusterrach y Culduie nos regaló, todo hay que decirlo, con una vista magnífica de las islas de Raasay y Skye. El canal que las separaba de la tierra firme centelleaba agradablemente a la luz del sol. El contraste que se dio cuando enfilamos el camino de tierra que conducía a Culduie no podría haber sido mayor, y solo me cabe imaginar que los desafortunados nativos de este lugar deben de apartar la vista a diario de la belleza que se despliega ante ellos, para no tener que recordar la miseria que habitan. La mayoría de las casas, si es que se las puede calificar así, estaban tan bastamente construidas que cualquiera las habría confundido con vaquerizos o pocilgas. Habían sido erigidas con un revoltijo de piedras y tepe, y rematadas con techumbres de paja basta de las que emanaban, a pesar de lo caluroso del día, columnas de hediondo humo de turba, de forma que daba la sensación de que cada una de las casas se estaba consumiendo poco a poco. Mientras avanzábamos por el camino, un hombre que trabajaba en sus cultivos hizo un alto y se nos quedó mirando con descaro. Era bajo y rechoncho, barbudo y de semblante extremadamente repugnante. Solo la casa situada en el cruce de la aldea contaba con tejado de pizarra y parecía apta para ser habitada por seres humanos. Aquí fue donde nos detuvimos para que nos indicaran dónde se encontraba la casa del señor M., el padre del acusado. Salió a la puerta a recibirnos, para gran sorpresa mía, una mujer de lo más hermosa, que, antes de que tuviéramos la oportunidad de manifestar el motivo de nuestra visita, nos invitó a pasar a su hogar. Reconozco que tenía curiosidad por ver de primera mano las condiciones en las que vivían aquellas gentes y el interior de la casa me sorprendió agradablemente. Aunque el suelo era de tierra pura y dura, estaba recién barrido, y reinaba un ambiente de buena higiene. Había varias piezas de mobiliario, rudimentarias pero en uso, y fuimos invitados a sentarnos en dos butacas dispuestas junto al hogar. El señor Sinclair fue a excusarse, diciendo que no hacía falta que tomáramos asiento porque solo habíamos venido a que nos indicaran cómo llegar al hogar de la familia M., pero yo lo hice callar y manifesté que estaríamos encantados de aceptar la hospitalidad de nuestra anfitriona por unos minutos. Puesto que habíamos recorrido una larga distancia con el fin de conocer algo de la comunidad que había engendrado a R. M., habría sido una negligencia no aprovechar cuantas oportunidades se nos presentasen para ello. El estudio de la clase criminal no debe centrarse exclusivamente en la herencia, sino que debe también prestar

atención a las condiciones en las que mora el individuo degenerado. La herencia, por sí sola, no puede explicar la perpetración de un crimen. El aire viciado de la barriada, el hambre y un entorno de inmoralidad generalizada deben ser admitidos también como factores en la manufactura del criminal. Se han realizado numerosos estudios sobre vástagos degenerados que, tras ser apartados del miserable influjo de sus progenitores, han sido criados para llevar, dentro de las limitaciones de su intelecto, vidas muy productivas.

Así pues, me complació disponer de esta oportunidad para conocer un poco mejor el pozo del que había salido R. M. Después de que nos hubimos presentado, la señora Murchison llamó a dos de sus hijas para que nos sirvieran el té y se sentó con nosotros junto al fuego. De no haber sido por su sencilla vestimenta, no me habría avergonzado presentar a la señora Murchison en un salón de Perth. Era de rasgos finos y tenía ojos marrones, inteligentes. Se conducía con una dignidad que sugería que no estaba desacostumbrada a conversar con hombres cultivados. Sus hijas, que estimé tendrían unos doce y trece años de edad, se movían con una gracia similar y sus proporciones eran agradables, tanto las del cuerpo como los rasgos de la cara. La señora Murchison explicó que su marido, picapedrero, estaba ese día fuera de casa. Inquirí cómo lo había conocido y ella nos explicó que habían trabado conocimiento en la vecina Kyle of Lochalsh, donde su padre era un comerciante de buena posición. El señor Murchison había soslayado de este modo, por tanto, la tremenda estulticia de las tribus costeras de Escocia, que, a través de la incesante costumbre de casarse con sus más próximos allegados, perpetuaban sus peculiaridades y deficiencias físicas. El té fue servido en tazas de porcelana y acompañado de panecillos untados de mantequilla. Alabé a la señora Murchison por lo bien educada que estaba su progenie. Ella contestó que tenía cuatro hijas más y yo le expresé mi pésame por la mala fortuna de no haber sido bendecida con un varón.

Le expuse entonces la naturaleza de nuestra misión en Culduie y le pedí su opinión acerca del acusado. La señora Murchison eludió mi pregunta haciendo un comentario, en su lugar, sobre cuán trágicos habían sido los recientes crímenes y el efecto que habían tenido en su pequeña comunidad.

Reparé en su empleo de la palabra «trágicos» y le pregunté por qué calificaba de este modo los acontecimientos.

—No sé de qué otra manera podría nadie describir semejantes sucesos.

—Solo tenía curiosidad por saber —repliqué— por qué califica usted unos actos semejantes como «trágicos» en lugar de como, pongamos, malvados o perversos.

La señora Murchison nos miró, entonces, a los dos, como si quisiera asegurarse de que podía hablar abiertamente con nosotros.

—Si quiere que le dé mi opinión, señor Thomson —dijo—, creo que se habla demasiado de perversidad en estos pagos. Por las cosas que comentan algunas personas, se diría que vivimos en un estado perpetuo de libertinaje.

—Me doy cuenta de que esa sería una idea equivocada, desde luego —dije, abarcando la estancia con un gesto de la mano—. Sin embargo, uno debe intentar por todos los medios hallar la forma de dar explicación a los actos de su vecino.

En ese momento, la señora Murchison pidió a sus hijas que salieran de la casa, diciéndoles que fueran a ocuparse de sus tareas. Luego contestó que ella no era quién para aventurar una opinión, pero que lo único que se le ocurría es que, cuando perpetró sus terribles crímenes, R. M. no podía estar en su sano juicio. Entonces nos pidió perdón por haber dado su opinión en compañía de dos caballeros que, a buen seguro, sabían mucho más sobre la mecánica de la mente que ella.

Deseché sus disculpas con un gesto de la mano y le dije que, a pesar de haber estudiado a un gran número de criminales, yo era un hombre de ciencia y, como tal, valoraba la evidencia por encima de las generalizaciones y la especulación. Había sido precisamente mi deseo de averiguar el parecer de quienes conocían al acusado lo que me había traído hasta allí.

—Estoy segura de que no le va a faltar gente que esté ávida por darle una mala opinión de él —dijo ella—, pero, que yo sepa, R. jamás le hizo daño a nadie a propósito.

—¿Jamás lo habría creído capaz de cometer semejantes actos?

—Jamás habría creído a ningún hombre, el que fuese, capaz de cometer semejantes actos, señor Thomson —contestó ella.

Le pregunté entonces si conocía algún motivo por el que R. M. pudo actuar como lo había hecho. Ella se mostró reacia a contestar a esta pregunta.

—Bueno, se habían producido algunas disputas entre el señor Mackenzie y el señor M., desde luego... —dijo ella por fin.

—Y ¿quién, en su opinión, era el culpable de estas disputas?

—No creo que me corresponda a mí decirlo —respondió.

—Quizá se deba a que no desea hablar mal de los muertos —dije yo.

La señora Murchison se me quedó mirando unos instantes. Verdaderamente se trataba de una criatura deslumbrante.

—Puedo decir con absoluta certeza que Flora y Donald Mackenzie no tenían culpa de nada —dijo finalmente, antes de echarse a llorar.

Le pedí disculpas por haberla disgustado. Ella se sacó un pañuelo de lino del interior de la manga y, con unos toquecitos, se secó los ojos a perfecta semejanza de una mujer de buena cuna. Deduje por el ocultamiento de este pañuelo en su persona que, en esa época, era dada a sufrir con frecuencia esos arrebatos de emoción. Cuando se hubo rehecho, le pregunté qué podía contarme sobre el carácter de R. M. Ella me miró unos instantes con sus agradables ojos marrones.

—Generalmente tenía buen carácter —dijo ella con vaguedad.

—¿Generalmente?

—Sí.

—Pero ¿no siempre? —insistí.

—Todos los muchachos de la edad de R. son dados a hacer alguna travesura de vez en cuando, ¿no le parece?

—Sin duda —dije—. Pero ¿a qué clase de travesura se refiere usted?

La señora Murchison no contestó y me asombró aquella extraña reticencia suya a hablar mal de una persona que había cometido unos actos tan monstruosos. Por ello decidí que era mejor plantearle mis preguntas de una forma más concreta.

—¿Robaba?

La señora Murchison se echó a reír ante esta sugerencia.

—¿Sabe si alguna vez cometió actos de crueldad contra animales o niños pequeños?

La señora Murchison no se rio de esta proposición, pero contestó negativamente.

—¿En alguna ocasión lo oyó desvariar o delirar preso de alguna alucinación o fantasía?

—Yo no diría que lo haya visto desvariar —contestó—, pero, de tanto en tanto, cuando paseaba por la aldea o estaba trabajando en los campos, sí que murmuraba para sí.

—Y estos murmullos ¿se podían oír?

La señora Murchison sacudió la cabeza.

—No descosía los labios —en este punto emuló lo que quería decir con una mueca—, como si no quisiera que lo oyeran. Si te acercabas, o él veía que lo estaban observando, paraba.

—Entonces, por fuerza tenía que ser consciente de lo que estaba haciendo —dije, más para mí que para los presentes—. ¿En alguna ocasión habló usted con alguna otra persona acerca de esta tendencia de R.?

—Mi marido también se dio cuenta y me lo comentó.

—¿Y cuál fue la sustancia de dicho comentario?

—Solo me hizo notar lo que había observado. No pensamos que tuviera ninguna trascendencia.

—No obstante, era lo bastante inusual como para merecer un comentario.

—Evidentemente —dijo la señora Murchison. Tomó un pequeño sorbo del té que sostenía delicadamente sobre su regazo—. Debe usted comprender, señor Thomson, la enorme infelicidad que ha afligido a R. Cuando murió su madre, toda su familia quedó envuelta en un manto de profunda pena que era dolorosa de observar y completamente inmune a los buenos oficios de sus vecinos.

—¿Usted cree, entonces, que la muerte de la señora M. obró un cambio en el carácter de su hijo?

—En el de toda la familia —dijo ella.

Asentí.

—Debería usted saber, también, que John M. es un hombre severo que... —en ese momento bajó la voz y clavó la mirada en el suelo, como si le avergonzara lo que estaba a punto de decir—... que no mostraba demasiado afecto hacia sus hijos.

Añadió entonces que no deseaba hablar mal de un vecino y yo le prometí discreción.

—Ha sido usted de gran ayuda —le dije—. Como ya le he explicado, nuestros motivos para realizar estas pesquisas son de índole totalmente profesional. —Hice una pausa antes de continuar—. Comoquiera que está claro que es usted una mujer con cierta educación, ¿me permitiría hacerle una última pregunta? ¿Una pregunta de naturaleza un tanto delicada?

La señora Murchison me indicó que podía hacerlo.

—Le pido perdón —dije yo—, pero ¿tiene noticia de que R. M. cometiera actos indecentes alguna vez?

Las mejillas de la mujer se vieron invadidas por un leve rubor, que ella intentó ocultar llevándose una mano a la cara. Mi sospecha al ver esto no fue que estaba incómoda por aquello a lo que yo aludía, sino, más bien, que había tocado un asunto que ella quizá habría preferido no tratar. Al principio intentó desviarse de la cuestión preguntándome a qué clase de actos me refería.

—Está claro —dije— que, si la respuesta a mi pregunta fuese negativa, usted no habría tenido necesidad de pedirme esa aclaración. Le suplico que recuerde que soy un hombre de ciencia y que deje usted de lado su reticencia natural.

La señora Murchison depositó su taza de té sobre el platillo y miró a su alrededor para asegurarse de que sus hijas no estaban presentes. Cuando habló, mantuvo en todo momento los ojos clavados en el tramo de tierra que nos separaba.

—Nuestras hijas, la mayor tiene quince años, duermen en una habitación de la parte de atrás de la casa. —En este punto señaló una puerta que presumiblemente conducía a esta habitación—. En varias ocasiones, mi marido sorprendió a R. al otro lado de la ventana.

—¿Por la noche? —pregunté yo.

—Por la noche o por la mañana temprano.

—¿Estaba él observando a sus hijas?

—Sí.

—Disculparé mi falta de delicadeza, pero ¿descubrió su marido al muchacho en un estado de arrebatamiento?

El rubor se hizo ahora más intenso en las mejillas de aquella buena señora.

—¿Se hallaba entregado al onanismo?

La señora Murchison asintió levemente, y luego dirigió su mirada hacia mí, con timidez. Con el objeto de disipar su embarazo, adopté un tono de voz despreocupado y le pregunté qué medidas había tomado su marido. Ella contestó que lo había echado con una enérgica advertencia, lo que venía a significar, pensé, que como mínimo el muchacho había recibido un par de contundentes bofetadas en las orejas.

—¿Informaron ustedes a alguien sobre estas actividades?

La señora Murchison sacudió la cabeza.

—Les dijimos a nuestras hijas que no se relacionaran con R. y que nos informaran si se comportaba de manera impropia con ellas.

—¿Y lo hizo?

—No que yo sepa.

—¿Persistió en estas visitas? —pregunté.

—Durante un tiempo sí —dijo ella—, pero parece que lo dejó hace unos meses. Supongo que se le pasaría.

Expresé a la señora Murchison mi admiración por su generosa descripción del comportamiento de R. M., y de nuevo le pedí perdón por haberla obligado a hablar de semejantes asuntos. Le agradecemos luego su hospitalidad y le preguntamos por las indicaciones que nos habían llevado originalmente a llamar a su puerta.



Dejamos nuestros ponis atados en el exterior de la casa de los Murchison y recorrimos a pie el tramo de aldea restante. La morada de los M. era, con diferencia, la de construcción más humilde de toda la parroquia; se asemejaba menos a una casa que a un montón de estiércol humeante. El terreno de delante estaba descuidado y cubierto de mala hierba. La puerta se encontraba abierta y nos asomamos al interior. A la izquierda quedaba una suerte de vaquerizo ruinoso. No había animales en las cuadras, pero el hedor era, así y todo, repugnante, y muy pocas personas habrían considerado aquel como un lugar apto para ser habitado por humanos. No ardía ningún fuego, y la estancia estaba fría y sumida prácticamente en la oscuridad.

El señor Sinclair voceó un saludo, que no obtuvo respuesta. Se adentró en la estancia y repitió su saludo en gaélico. Un par de gallinas, que habían estado picoteando en el suelo de tierra, se escabulleron entre nuestras piernas. Algo se removió a nuestra derecha y nuestros ojos se vieron atraídos hacia una figura que estaba sentada en una silla junto a la pequeña apertura de la pared.

—¿Señor M.? —inquirió mi acompañante.

La figura se puso de pie con cierta dificultad y avanzó uno o dos pasos hacia nosotros, apoyando todo su peso en un palo nudoso. Pronunció unas pocas palabras en la lengua con la que había sido abordado.

El señor Sinclair respondió y el hombre se acercó a nosotros. Rara vez he visto tan deplorable espécimen de la raza humana. Así de encorvado como estaba, difícilmente podía medir más de metro y medio de alto. Tenía la barba y el cabello foscos y despeinados, las ropas, harapientas. A instancias mías, el señor Sinclair le preguntó si podíamos salir afuera y conversar unos minutos. El homúnculo nos miró con cierta suspicacia y sacudió la cabeza. Indicó que, si deseábamos hablar con él, podíamos sentarnos a la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Tomamos asiento en los bancos pegados a esta; su superficie estaba salpicada de pequeños excrementos. Conforme mis ojos fueron acostumbrándose a la penumbra, estudié al señor M. Tenía el ceño prominente y los ojos inquietos de su hijo. Sus manos, que se hallaban atareadas rellenando su pequeña pipa, eran grandes, con dedos largos y agarrotados, un tanto aplanados en los extremos. Me pregunté si quizá estaba dormido cuando entramos, porque ahora pareció haberse sacudido de encima parte de su confusión inicial. Con todo, su rostro mostraba una expresión de desconfianza, por no decir de abierta hostilidad. No nos ofreció ningún refrigerio, aunque tampoco es que yo tuviera ganas de consumir ni el más mínimo bocado en aquel tugurio inmundo.

El señor Sinclair le preguntó si era capaz de conversar con nosotros en inglés y proseguimos en esa lengua. El abogado procedió entonces a explicar la naturaleza de nuestra misión en términos llanos. Me asombró el hecho de que el señor M. no preguntara en ningún momento por el bienestar de su hijo. El señor Sinclair empezó interesándose por la ventura de los vástagos más pequeños del aparcero. Él contestó que habían sido acogidos por la familia de su esposa en Toscaig.

El señor Sinclair le ofreció sus condolencias por la muerte de su hija.

La mirada del señor M. se endureció.

—Yo no tengo ninguna hija —dijo.

—Me refería a su hija Jetta —le aclaró el señor Sinclair.

—No existe tal persona —dijo el aparcero, apretando los labios.

Los comentarios de mi socio, aunque bienintencionados, no habían logrado mejorar un ápice el ambiente que reinaba en torno a la mesa.

—¿De modo que está usted completamente solo? —dije.

El señor M. no contestó a esta pregunta, es posible que con toda la razón, teniendo en cuenta que la respuesta era obvia. Encendió su pipa y le dio una serie de breves chupadas para que prendiera, mientras sus ojos iban y venían sin cesar entre sus dos inoportunos invitados.

—Señor M.... —empecé—, hemos viajado una distancia nada desdeñable para hablar con usted y espero que sea capaz de responder a unas pocas preguntas acerca de su hijo. Resulta de cierta importancia que intentemos comprender cuál era su estado mental cuando cometió los actos de los que se lo acusa.

La expresión del señor M. no se alteró y yo me pregunté si había entendido algo de lo que le acababa de decir. Decidí plantear mis preguntas con la mayor llaneza posible. Mis expectativas de escuchar algo de interés no eran muy grandes, pero sí que había sacado algo en claro, al menos, observando las lamentables condiciones en las que R. M. había vivido.

—Recordará usted, estoy seguro, el día en que tuvieron lugar los asesinatos, ¿no es así? —En este punto hice una pausa a la espera de alguna señal afirmativa, pero, comoquiera que no recibí ninguna, proseguí—. ¿Podría describir el estado mental de su hijo aquella mañana?

El señor M. chupaba ruidosamente la caña de su pipa.

—Un hombre puede asomarse a la mente de otro hombre tanto como puede asomarse al interior de una piedra —dijo finalmente.

Decidí formular mi pregunta de manera más directa.

—¿Era su hijo de natural alegre? —pregunté—. ¿Era un muchacho jovial?

El aparcerero sacudió la cabeza, aunque no tanto, deduje, en desacuerdo, sino más bien para expresar que no tenía una opinión sobre el asunto. Con todo, sí que era, al menos, una especie de respuesta, y eso me alentó.

—¿Le comunicó su hijo su intención de matar a Lachlan Mackenzie? —dije.

—No, no lo hizo.

—¿Es posible que se oliera usted que planeaba hacerlo?

El hombre sacudió la cabeza.

—Pero es cierto que se habían producido algunas disputas entre usted y el señor Mackenzie —insistí.

—Yo no las llamaría «disputas» —contestó el otro.

—¿Y cómo las llamaría?

El señor M. se me quedó mirando unos instantes.

—Yo no las llamaría de ninguna manera.

—Pero, si no quiere llamarlas «disputas», por fuerza debe usted llamarlas de otra manera, ¿no es así? —dije.

—¿Por qué habría de hacerlo? —contestó él.

—Bueno —dije yo, con tono harto afable—, cuando uno desea hablar de algo, es necesario darle un nombre.

—Pero yo no deseo hablar de ello. Es usted quien desea hablar de ello —dijo.

No pude evitar sonreír ante esta respuesta. Quizá no fuera tan corto de entendederas como me había supuesto en un primer momento.

El señor Sinclair trató entonces de superar la obstinación del viejo por su cuenta.

—¿Sería correcto afirmar que el señor Mackenzie estaba llevando a cabo alguna suerte de venganza contra usted?

—Esa es una pregunta que tendría que hacerle al señor Mackenzie —dijo el viejo.

El señor Sinclair me miró con expresión de derrota.

El señor M. se acercó un poco a nosotros, inclinándose levemente sobre la mesa.

—Sea lo que fuere que ha hecho mi hijo, ya no puede deshacerse. Nada de lo que ustedes o yo tengamos que decir es de consecuencia.

—Pero, señor M., me temo que se equivoca usted de parte a parte —dijo el señor Sinclair con franqueza. Le explicó que las posibilidades de que su hijo eludiera la horca dependían en grado sumo de que se determinase cuál era su estado mental en el momento en que cometió sus crímenes, y que, por

tanto, no era por mera curiosidad por lo que habíamos viajado desde Inverness para plantearle estas preguntas.

El aparcero se lo quedó mirando unos momentos. Su pipa se había apagado y el hombre vació su contenido sobre la mesa, frente a él, con unos golpecitos, y empezó a escarbar en su petaca a la caza de las hebras que allí quedaran. Yo saqué mi propia petaca y la empujé hasta el centro de la mesa.

—Por favor —dije, invitándolo a servirse con un gesto.

Los ojos del señor M. saltaron de mi persona a la petaca y de nuevo a mí, sin duda sopesando en qué medida iba a sentirse en deuda conmigo si aceptaba el presente. Luego depositó su pipa sobre la mesa y habló.

—No creo que pueda serle de ninguna ayuda, señor.

Le dije que ya había sido de gran ayuda y solicité su permiso para hacerle unas cuantas preguntas acerca de su hijo. Comoquiera que no se opuso, le pregunté sucesivamente si su hijo había padecido epilepsia; si era dado a cambios repentinos de humor o si deliraba o experimentaba alucinaciones; si era excéntrico en sus costumbres o en su comportamiento; o si existían antecedentes de desórdenes mentales en la familia. A todas estas preguntas respondió el aparcero negativamente. Yo no di excesiva credibilidad a sus respuestas, empero, porque, a pesar de las condiciones abyectas en las que vivía, lo más probable es que el hombre hubiese considerado vergonzoso admitir la existencia de semejantes inclinaciones en su familia.

Puesto que no hallaba utilidad alguna en prolongar la entrevista, me levanté y le agradecí su hospitalidad. El señor M. se puso de pie. Bajó la vista a la petaca de tabaco que seguía sobre la mesa, entre ambos. Entonces, su mano se abalanzó sobre ella y se la embutió en el bolsillo de su chaqueta. Luego nos miró como si nada hubiese ocurrido. Le deseamos los buenos días y, con cierto alivio, salimos al exterior y respiramos el aire sin contaminar de la aldea.

No cruzamos una sola palabra mientras íbamos de regreso hasta nuestros ponis. Fui consciente de que nuestra ruta era la misma que R. M. había seguido dos semanas atrás al emprender su sangriento plan. Y me pregunté si quizá no habría algo de verdad en el comentario del aparcero sobre lo difícil que es determinar el contenido de la mente de otro hombre. Naturalmente, si un hombre está en su sano juicio, uno no tiene más que preguntarle y, dando por verdaderas sus respuestas, aceptar su versión de lo que podría haberse pasado por la cabeza en tal o cual momento. Los problemas empiezan cuando se trata con aquellos que habitan los confines de la locura, y que, por definición, no tienen acceso al contenido de su propia mente. Es con el objeto

de escrutar el interior de las mentes de esos desafortunados que existe la disciplina de la psiquiatría. No me cabe duda de que el señor Sinclair deseaba conocer el contenido de *mi* mente, pero, como no quería precipitarme y caer en la falta de formular una opinión poco juiciosa, preferí guardármela para mí de momento.

Se me ocurrió pensar, mientras recorríamos la corta distancia hasta el cruce de la aldea, que aquel lugar se les antojaría una suerte de paraíso a los moradores de las barriadas de tugurios de nuestra ciudad, y que, de no ser por la pereza e ignorancia de sus habitantes, bien podría serlo.

Cuando nos llegamos hasta nuestros ponis, el señor Sinclair sugirió que tal vez redundara en nuestro beneficio hacer una visita al hogar del señor Mackenzie, el cual se hallaba situado en el otro extremo de la aldea. Yo no veía qué utilidad podía tener interrogar a los miembros supervivientes de la familia de las víctimas cuando el objeto de mis pesquisas era el perpetrador, pero el señor Sinclair afirmó que quizá pudiera ayudarlo durante el juicio estar familiarizado con la disposición del escenario del crimen. La casa de los Mackenzie era una edificación más o menos razonable y parecía en buen estado de conservación. Una mujer robusta se hallaba en el umbral, batiendo vigorosamente una enorme mantequera. Levantó la vista de su quehacer cuando nos aproximamos. Tenía la tez rubicunda y el cabello fosco, de color marrón, recogido en un moño a la altura de la nuca. Sus antebrazos eran bastos y musculosos, y su porte y gestos, muy hombrunos. Con todo, no exhibía ningún rasgo ostensible de baja ralea y parecía ser un espécimen sano, aunque nada atractivo, de la raza humana.

El señor Sinclair, después de comprobar que se trataba de la viuda del difunto, le ofreció sus condolencias y yo incliné la cabeza para indicar que compartía dichos sentimientos. Él la informó de que participábamos en la investigación del asesinato de su marido (evitando mencionar, muy prudentemente, el papel concreto que él desempeñaba en ella) y le preguntó si podía pasar un momento, para «familiarizarse con la geografía de la casa». La dama le indicó con un gesto de la mano que podía pasar, pero no nos siguió al interior. Un fuego ardía al fondo de la estancia y la temperatura era bastante sofocante. Yo permanecí junto al umbral mientras el señor Sinclair realizaba una somera inspección de las dependencias. El mobiliario de la casa no hacía concesiones a la moda, pero contrastaba radicalmente, no obstante, con el tugurio del que acabábamos de salir. El recorrido del señor Sinclair por la estancia lo llevó hasta la enorme mesa donde, sin duda, la familia realizaba sus comidas; me figuro que intentaba reconstruir en su mente los truculentos

sucesos que allí habían tenido lugar. No fue hasta que alcanzó el extremo más alejado de la mesa cuando sus ojos se posaron en una vieja que, a pesar del calor, estaba envuelta en varias mantas en una butaca junto al fuego. El abogado se excusó al punto por la intrusión, pero la mujer no respondió. Repitió él su disculpa en gaélico, pero los ojos acuosos de ella permanecieron clavados en algún punto ante sí y yo concluí que la mujer acusaba un estadio avanzado de demencia.

Salí de la casa y dejé que mi socio terminara sus pesquisas en privado. La señora Mackenzie seguía batiendo sin parar, se diría que como si la presencia de dos caballeros en aquella remota pocilga no tuviera nada de notable. Me quedé observándola durante unos minutos y me dio por pensar, mientras la veía allí, tan obcecada en su extenuante y repetitiva labor, en lo poco que se diferenciaba de una oveja rumiando. Es un hecho vergonzoso, aunque cierto, que las tribus más inferiores de nuestro país siguen viviendo como poco más que ganado, carentes de la voluntad de mejora que ha traído el progreso a nuestras regiones del sur.

El señor Sinclair emergió de la casa, con la frente ahora perlada de sudor. Agradeció a la mujer que le hubiese permitido entrar en su casa, y luego se admiró de que fuera capaz de continuar con su duro trabajo a pesar de lo acontecido. La señora Mackenzie lo miró sin comprender.

—Todavía hay bocas que alimentar y cultivos que recoger de la tierra, señor —dijo.

El señor Sinclair asintió ante la innegable verdad de esta respuesta y nos despedimos, tanto de ella como de Culduie, un lugar al que me alegrará no regresar jamás. Como el día estaba ya muy avanzado para emprender el viaje de regreso a Inverness, volvimos a la posada de Applecross. Yo me retiré a mi habitación para compilar mis anotaciones y reflexionar sobre los hallazgos de nuestra excursión, mientras mi socio disfrutaba de la hospitalidad de los de abajo.

## EL JUICIO

*El relato que sigue a continuación ha sido compilado a partir de la cobertura que realizaron los periódicos de la época y de la información contenida en el volumen Informe completo del juicio de Roderick John Macrae, publicado por William Kay de Edimburgo en octubre de 1869.*

### Primer día

El juicio dio comienzo en el Tribunal del Condado de Inverness el lunes, 6 de septiembre de 1869. A las ocho en punto, Roderick Macrae fue trasladado al juzgado desde su celda en la prisión de Inverness; lo llevaron a una sala de detención situada en el sótano del edificio. Fue transportado en un carruaje exento de ventanillas, flanqueado por policías a caballo, y la presencia de este pequeño convoy en las calles excitó las pasiones de los viandantes. Según John Murdoch, que cubría el caso para el *Inverness Courier*, hubo quienes al verlo «gritaron palabras ofensivas, mientras que otros convertían en arma arrojadiza cuanto tenían a mano». Tal era el interés que suscitaba el caso que una muchedumbre de varios centenares de personas se había reunido en el exterior del tribunal, y un buen número de avispados vendedores ambulantes habían montado puestos para servir al gentío. Cuando llegó la comitiva, se elevó un gran clamor y la escolta no pudo evitar que la multitud se abalanzara como una ola hacia delante y golpeará los lados del coche. El carruaje fue detenido y varios hombres resultaron heridos cuando la policía intentó hacer retroceder a la turba con sus porras. Una anciana, Mary Patterson, fue arrollada y pisoteada y tuvo que recibir atención médica. En los días subsiguientes, se erigieron barreras y se incrementó la presencia policial para garantizar el paso sin incidentes del convoy.

En la sala del tribunal se había facilitado un espacio para acomodar al gran número de reporteros que deseaban asistir al juicio, y a estos se les franqueaba el paso, previa cita, por una entrada lateral. El acceso a la tribuna del público se organizó mediante la emisión de volantes especiales que, como

pudo descubrirse después, pasaban de mano en mano a cambio de considerables sumas de dinero. A las nueve y media, la tribuna del público ya se había llenado y su señoría el juez del Tribunal del Condado, lord Ardmillan, y lord Jerviswoode ocuparon sus asientos. En el estrado, la Corona estaba representada por el procurador general, el señor Gifford, y un tal señor William Crichton, y los asistía el señor Gordon Frew, abogado de la Corona. Para la defensa, Andrew Sinclair contaba con la asistencia de su colega Edward Smith. Su señoría el juez del Tribunal del Condado empezó con una severa advertencia para quienes ocupaban la tribuna del público. No se permitiría a nadie entrar o salir de la sala durante el proceso, y cualquier persona que perturbara el desarrollo del pleito sería expulsada de forma perentoria, siéndole confiscado su volante de acceso.

El juez se dirigió entonces a los abogados. Estaba al corriente, dijo, de la existencia de las «denominadas memorias» escritas por el prisionero. Puesto que el relato no había sido redactado bajo las medidas cautelares apropiadas y contenía admisiones que el prisionero tal vez no deseara hacer en el transcurso de su defensa, «ni el documento ni ningún extracto de este» serían admitidos como prueba. A continuación, aconsejó severamente a ambas partes que se abstuvieran de hacer ninguna referencia al documento en el transcurso de sus interrogatorios a los testigos. El veredicto del caso se decidiría sola y exclusivamente en base a las pruebas presentadas ante el tribunal. Ni el procurador general ni la defensa pusieron ninguna objeción a este dictamen, con el que, es evidente, el juez pretendía evitar de antemano cualquier discusión futura en presencia del jurado.

A las diez y cinco, acompañado por «un gran tumulto de voces que los repetidos golpes del mazo del juez no lograron sofocar», el prisionero fue conducido hasta el banquillo. James Philby, reportero de *The Times*, describió el momento:

*Quienes aguardaban la entrada de un monstruo quedaron profundamente decepcionados. Una vez apagado el alboroto inicial, no hubo comentario más repetido que el que resaltaba el hecho de que el prisionero era tan solo un niño. Y en verdad se trataba de una observación de lo más acertada. Roderick Macrae no obedecía a la imagen que nadie tendría de un asesino y, desde luego, no parecía capaz de cometer los monstruosos actos de los que se lo acusa, siendo como es de pequeña estatura, aunque también cuenta con una constitución corpulenta en los hombros y el pecho. Tenía el pelo despeinado*



*y la tez pálida, qué duda cabe de que debido a las semanas que llevaba recluido en su celda. Al entrar, sus ojos oscuros escudriñaron la sala por debajo de su ceño prominente, pero parecía estar completamente en sus cabales y no reaccionó a los bramidos procedentes de la tribuna del público. Su abogado, el señor Andrew Sinclair, se apostó junto al banquillo y le indicó que tomara asiento en él, cosa que el acusado hizo, adoptando una postura respetable, con las manos sobre el regazo y la cabeza inclinada. Se mantuvo en esta pose durante la práctica totalidad del pleito.*

El actuario procedió entonces a leer los cargos:

*Roderick John Macrae, actualmente o hasta la fecha aparcerero de Culduie, Ross-shire, y actualmente o hasta la fecha recluso en Inverness, se lo imputa y acusa a instancias del ilustre señor James Moncreiff, fiscal de Su Majestad y servidor de los intereses de Su Majestad: de que, aun cuando las leyes de este y todo otro reino de buen gobierno consideran el asesinato un crimen de naturaleza abyecta y merecedor del más severo de los castigos, es cierto y verdadero que usted, el ya mencionado Roderick Macrae, es culpable de dicho crimen, actor o arte y parte; en tanto en cuanto (1) en la mañana del día 10 de agosto de 1869, en el interior de la vivienda de Lachlan Mackenzie en Culduie, Ross-shire, asaltó y atacó con perversidad y felonía al ya mencionado Lachlan Mackenzie, y asestó, con una zapa y una laya, al ya mencionado Lachlan Mackenzie varios golpes en pecho, rostro y cabeza, y fracturó su cráneo, todo o parte de lo cual causó que el ya mencionado Lachlan Mackenzie quedara mortalmente herido y muriera de inmediato, y fuera por tanto asesinado por usted, el ya mencionado Roderick John Macrae.*

La lectura de los cargos pasó entonces a detallar en términos similares los ataques contra Flora y Donald Mackenzie.

El juez ordenó entonces al prisionero que se pusiera en pie y se dirigió a él en estos términos:

—Roderick John Macrae, se lo acusa con arreglo a estos cargos del crimen de asesinato. ¿Cómo se declara usted? ¿Culpable o no culpable?

Roddy estaba de pie, con los brazos a los costados, y tras lanzar una mirada a su abogado respondió, con voz clara pero callada.

—No culpable, su señoría.

Volvió a tomar asiento y Andrew Sinclair se levantó para hacer entrega de la alegación especial de la eximente de demencia. El actuario la leyó: «El acusado se declara no culpable de todos los cargos. Asimismo, alega, en concreto, que, en el momento en que presuntamente fueron cometidos los actos expuestos en el pliego de cargos, actuaba bajo el influjo de la demencia».

El señor Philby escribió: «Para ser un joven que nunca antes se había aventurado más allá de un puñado de millas de su aldea, no parecía excesivamente inquietado por el repertorio de rostros eruditos que ahora lo escrutaban desde la tribuna. Que ello se debiera a la locura que alegaba la defensa, o bien revelase cierta sangre fría por parte del acusado, es algo sobre lo que, en ese punto, aún no era posible aventurar una opinión».

Se procedió entonces a la constitución del jurado, formado por quince hombres. El juez dio instrucciones a los miembros del jurado de que desecharan de sus mentes todo cuanto hubiesen leído o escuchado sobre el caso y les recordó que era su obligación tomar en consideración únicamente las pruebas que se presentaran en la sala. Luego preguntó a los jurados si alguno de ellos tenía una opinión ya formada acerca del caso o abrigaba algún prejuicio sobre este. Los miembros del jurado respondieron de uno en uno negativamente y, a las diez y media, se abrió el turno de la acusación.

El primer testigo llamado a declarar fue el doctor Charles MacLennan, el cual había llevado a cabo el examen *post mortem* de los cuerpos. El médico vestía traje de *tweed* y chaleco amarillo, y lucía unos largos bigotes que le daban un aire sombrío muy apropiado. Resultaba poco probable que, siendo como era un médico rural, lo hubiesen convocado alguna vez a participar en un procedimiento de esta clase, y se mostró nervioso cuando subió al estrado de los testigos. Al iniciar su declaración, escribió el señor Murdoch para el *Courier*, «el ambiente festivo que reinaba en la tribuna del público se disipó rápidamente, dando paso al aire de gravedad que requería la ocasión».

Ante una sala enmudecida, el señor Gifford fue guiando al doctor MacLennan a través de una meticulosa descripción, por espacio de unos treinta minutos, de las lesiones que presentaba cada una de las tres víctimas. Una vez concluido su testimonio, se mostraron al doctor las pruebas n.º 1 y n.º 2: una laya y una zapa. La exhibición de las armas homicidas provocó gritos ahogados entre los ocupantes de la tribuna del público. La hoja de la

laya estaba doblada y deformada, cosa que atestiguaba «la gran fuerza con la que había sido utilizada».

El procurador general se dirigió entonces al testigo.

—¿Ha visto usted estos objetos con anterioridad?

El doctor MacLennan:

—No, señor.

—¿Podría decirnos qué son?

—Son una laya y una zapa.

—¿Y qué uso tendrían normalmente?

—Se utilizarían para romper la tierra o bien para arar una parcela.

El señor Gifford, un hombre alto y distinguido, impecablemente ataviado con un traje negro, hizo ahora una pausa para dar mayor énfasis a la pregunta que estaba a punto de formular.

—Bien —dijo—, en su opinión como experto, y a tenor de su minucioso examen de las tres víctimas del caso que nos ocupa, ¿diría usted que las lesiones sufridas podrían corresponderse con el empleo de estas armas?

—Con toda certeza —contestó el médico—. Siempre y cuando se emplearan con la fuerza suficiente.

El señor Gifford asintió con aire solemne.

—Y, si me permite hacerle otra pregunta —dijo—, ¿cómo describiría usted las lesiones provocadas a los difuntos, en comparación, me refiero, a las de otros casos que ha examinado?

El doctor MacLennan exhaló ruidosamente, como si la respuesta fuese obvia.

—Son, sin duda, las más brutales con las que he tenido la desgracia de encontrarme nunca —dijo.

El señor Gifford indicó entonces que había concluido su interrogatorio. Si su intención era convencer a los miembros del jurado de la gravedad del caso al que se enfrentaban, es seguro que lo consiguió. Varios de ellos, se informó, se habían quedado lívidos.

El señor Sinclair no tenía preguntas para el médico y el testigo pudo retirarse.

Roddy había escuchado esta declaración con cierta atención, pero sin dar muestra alguna de emoción, «muy como si —escribió el señor Philby— no fuera más que un interesado espectador».

La siguiente testigo era Carmina Murchison. Llevaba un vestido verde de tafetán y no habría, destacó *The Scotsman*, «desentonado en los salones de George Street». Ni un solo periódico obvió hacer mención de la deslumbrante

presencia de la señora Murchison, la cual llevó incluso al señor Philby a destacar que «ningún jurado con sangre en las venas podría poner en duda ni una sola de las palabras que brotaran de unos labios semejantes».

A instancias del señor Gifford, la señora Murchison relató cómo se había encontrado con Roderick Macrae la mañana del 10 de agosto y cómo habían intercambiado unas pocas palabras cuando él pasó por delante de su casa. Se había elaborado un plano de Culduie y este se encontraba expuesto sobre un caballete en la sala; la señora Murchison señaló dónde se hallaban ubicadas su casa, la del prisionero y la de Lachlan Mackenzie.

—¿Le pareció a usted —preguntó el señor Gifford— que el prisionero estaba agitado?

—No, señor.

—¿No parecía nervioso o inquieto?

—No.

—¿Le creyó usted cuando él le dijo que iba a romper un poco de tierra en la propiedad del señor Mackenzie?

—No tenía ninguna razón para no hacerlo.

—¿Y portaba alguna herramienta para dicho propósito?

—Sí.

Se procedió entonces a mostrar las pruebas a la señora Murchison. Ella se tapó los ojos al ver las armas y estas fueron retiradas rápidamente.

El elegante señor Gifford se disculpó con una pequeña reverencia antes de proseguir con sus preguntas.

—¿Eran estas las herramientas que llevaba encima el prisionero?

La señora Murchison:

—Sí.

—¿Y son estas las herramientas que normalmente se necesitarían para llevar a cabo la labor antes mencionada?

—Sí.

—Pero la época del año no era la habitual para romper la tierra, ¿no es así?

—No si fuera con el propósito de sembrar cultivos.

—¿Y esto, sin embargo, no la hizo sospechar que quizá no fuera ese el verdadero propósito del prisionero?

—Últimamente, Roddy había estado realizando muchísimos trabajos para Lachlan Broad.

El juez:

—¿Lachlan Broad es el nombre por el que se conocía al señor Mackenzie en su comunidad?

—Sí, su señoría.

El señor Gifford:

—¿Por qué había estado el prisionero realizando trabajos para el difunto?

La señora Murchison:

—Lo hacía en pago de una deuda que el padre de Roddy tenía con el señor Mackenzie.

—¿Y cuál era la naturaleza de esta deuda?

—Roddy trabajaba en compensación por una oveja que había matado.

—¿Una oveja propiedad del señor Mackenzie?

—Sí.

—¿Y a qué cantidad ascendía esta deuda?

—A treinta y cinco chelines.

—¿Y el señor Macrae, el padre del prisionero, no podía pagar esta suma?

—Eso creo.

—¿De modo que, en lugar de pagar, el prisionero trabajaba para el señor Mackenzie?

—Sí.

—Y, teniendo en cuenta este acuerdo, ¿no notó nada extraño en su conversación con el prisionero?

—No.

—¿Nada que pudiese haberla puesto sobre aviso de lo que estaba a punto de ocurrir?

—Nada de nada.

La señora Murchison pasó a relatar entonces cómo, un rato después —a la media hora, estimó—, vio regresar a Roderick Macrae por la aldea, esta vez cubierto de sangre de pies a cabeza. Pensando que había sufrido un accidente, corrió en su ayuda. Cuando le preguntó qué había ocurrido, él contestó que había matado a Lachlan Mackenzie. No mencionó a las otras víctimas. La señora Murchison describió entonces la conmoción que se produjo en la aldea y cómo Roderick Macrae había sido encerrado en el cobertizo de los Murchison.

El señor Gifford:

—¿Cómo describiría usted el estado en que se encontraba el prisionero en ese momento, señora Murchison?

—Estaba muy tranquilo.

—¿No hizo ningún intento de huir?

—No.

—¿No forcejeó con su marido o con los otros hombres que lo encerraron en el cobertizo?

—No.

El señor Gifford pasó entonces a abordar el móvil.

—¿Cómo describiría usted —preguntó— las relaciones entre el difunto, el señor Mackenzie, y el prisionero?

—No sabría decirle.

—¿Eran amigos?

—Yo diría que no.

—¿Enemigos, entonces?

La señora Murchison no contestó a esta pregunta.

El señor Gifford expresó cierta sorpresa ante el hecho de que en una aldea habitada por solo cincuenta y cinco almas se pudiera ocultar el estado de las relaciones entre dos miembros de esa comunidad.

La señora Murchison:

—Nunca oí a Roddy expresar ningún rencor hacia Lachlan Broad.

—¿No sabía usted de la existencia de cierta clase de ánimo de venganza entre el señor Mackenzie y la familia Macrae?

—Sabía de algunas disputas que se habían producido entre ellos.

—¿Y cuál era la naturaleza de estas disputas?

—Estaba lo de la muerte de la oveja.

—¿Algo más?

—Estaba el asunto de la asignación de tierras en la aldea.

El señor Gifford le pidió a la señora Murchison que explicara este asunto en mayor detalle.

—En su calidad de alguacil de la aldea, el señor Mackenzie asignó una parte de la parcela del señor Macrae a su vecino, el señor Gregor.

—¿Se refiere al señor John Macrae, el padre del prisionero?

—Sí.

—¿Y en base a qué se llevó a cabo esta reasignación?

—La esposa del señor Macrae había fallecido y el señor Mackenzie arguyó que, como la familia se había visto reducida en número, necesitaba menos tierra.

—¿Y esto se consideró injusto?

—Sí.

—De modo que estaba el asunto de la muerte de la oveja y el asunto de la reasignación de las tierras de cultivo. ¿Alguna cosa más?

—Es difícil de decir.

—¿Es difícil de decir porque no había nada más o porque no sabe usted cómo explicarlo?

La señora Murchison se quedó un rato callada y el juez se vio obligado a pedirle que contestara a la pregunta.

—Había un ambiente generalizado de opresión —dijo por fin—. El señor Mackenzie actuaba con despotismo a menudo, sobre todo con el señor Macrae.

—Comprendo. Como veo que le cuesta explicar cómo eran las relaciones entre el señor Mackenzie y el prisionero, ¿podría usted darnos, quizá, su propia opinión acerca del difunto?

—No me gustaba.

—Por favor, díganos por qué no le gustaba.

—Era un matón.

—¿Un matón?

—Sí.

—¿Un matón cómo, exactamente?

—Disfrutaba imponiendo su autoridad sobre quienes lo rodeaban y, especialmente, sobre el señor Macrae y su familia.

—¿Los atormentaba?

—Sí, yo diría que sí.

El señor Gifford concluyó entonces su interrogatorio y el señor Sinclair se puso en pie en representación de la defensa, mostrándose, en un primer momento, muy aturullado. «Debe de ser —escribió el señor Philby— un acontecimiento hartamente inusual para un abogadito provinciano de tres al cuarto verse implicado en un caso de semejante notoriedad, o quizá solo fuera que la cautivadora mujer que ocupaba el estrado lo tuviera deslumbrado». Sea como fuere, el caso es que, después de interesarse obsequiosamente por el confort de la señora Murchison, el señor Sinclair comenzó su interrogatorio.

—¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo en Culduie, señora Murchison?

—Dieciocho años. Desde que me casé.

—De modo que conoce usted al prisionero desde que nació, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cómo describiría su relación con él?

—Era completamente normal.

—¿Diría usted que era cordial?

—Sí.

—Con anterioridad a los actos de los que aquí se lo acusa, ¿tiene usted conocimiento de que el prisionero se comportara alguna vez de forma violenta?

—No.

—¿Y la relación entre usted y la familia del prisionero era bien avenida?

—Por lo general, sí.

—¿Por lo general, dice usted?

—Sí.

—¿Podría usted ser más concreta?

—Yo mantenía una relación muy estrecha con Una Macrae.

—¿La madre del prisionero?

—Sí.

—¿Y con su padre?

—No tanto.

—¿Había alguna razón para que esto fuera así?

—No teníamos mala relación, es solo que yo no tenía nada que ver con él ni él conmigo.

—Pero ¿esto no se debía a ninguna razón en particular?

—No.

—Pero mantenía una relación íntima con la madre del prisionero, ¿cierto?

—Sí. Éramos íntimas.

—¿Y en qué momento se produjo el fallecimiento de esta?

—En la primavera del año pasado.

—Debió de ser un acontecimiento muy traumático.

—Fue terrible.

—¿Para usted?

—Para mí y para los hijos de ella.

—¿Cómo describiría el efecto que tuvo en los hijos la muerte de su madre?

—Cambiaron totalmente.

—¿De qué forma?

—Jetta...

—¿La hermana del prisionero?

—Sí. Se volvió taciturna y se obsesionó con los amuletos y las cosas del otro mundo.

—¿Se refiere a supersticiones?

—Sí.

—¿Y qué me dice del prisionero?



—Él pareció encerrarse en sí mismo.

—¿Podría explicar un poco mejor a qué se refiere?

La señora Murchison miró hacia la tribuna, como pidiendo ayuda. El juez le indicó con un gesto de la mano que debía continuar.

—No estoy segura de saber explicarlo apropiadamente... —dijo—. Es solo que, quizá, Roddy a veces parecía muy apartado del mundo.

—«Muy apartado del mundo» —repitió el señor Sinclair de manera significativa—. Y este cambio —prosiguió—, ¿dice usted que se produjo tras la muerte de su madre?

—Eso creo.

—¿Observó usted en alguna ocasión algún indicio de locura en el prisionero?

—No sé si será un indicio de locura, pero de tanto en tanto le veía hablar solo.

—¿De qué manera?

—Muy como si conversara consigo mismo o con una persona invisible.

—¿En qué ocasiones le vio hacer esto?

—A menudo, mientras se dedicaba a trabajar en la parcela o a pasear por la aldea.

—¿Y cuál era el contenido de estas conversaciones?

—No podría decirle. Siempre que alguien se le acercaba, se callaba.

—¿Sabe de alguna ocasión en que tuvieran que contenerlo por representar un peligro para sí mismo o para otros?

—No.

—¿No ha tenido en ningún momento la sensación de que fuera una persona peligrosa?

—No.

—¿No lo consideraban en la aldea como una persona peligrosa?

—No lo creo, no.

—De modo que ¿se llevó usted una sorpresa cuando él cometió los actos por los que hoy nos hallamos reunidos en este tribunal?

—Oh, Dios mío, sí, fue un golpe terrible —contestó la señora Murchison.

—Entonces ¿estos actos fueron completamente impropios de él?

—Sí, yo diría que sí.

El señor Sinclair dio entonces las gracias a la testigo y concluyó su interrogatorio. Antes de que Carmina Smoke tuviera tiempo de bajar del estrado, el procurador general se puso en pie por segunda vez.

—Si se me permite, quisiera aclarar un particular —empezó—. En la mañana de los asesinatos, ¿vio usted al prisionero sumido en este murmurar consigo mismo?

—No, señor.

—Y, cuando conversó con él, ¿le pareció que razonaba con absoluta normalidad?

—Razonaba perfectamente, sí.

—¿No le pareció, y este es un particular de extrema importancia, que no estuviese en plena posesión de sus facultades mentales?

—No lo creo, no.

—Le ruego que me disculpe, pero no se trata de que lo «crea o no», señora Murchison. O se lo pareció o no se lo pareció.

Al escuchar estas palabras, intervino el juez, haciendo notar que la testigo había contestado a la pregunta de manera satisfactoria y que a la Corona no le correspondía acosar a los testigos para que le proporcionasen las respuestas que deseaba escuchar. El señor Gifford rogó al juez que lo disculpara y la señora Murchison pudo retirarse, «saliendo de la sala —destacó el señor Philby— bajo la mirada escrutadora de todos los caballeros del jurado».

El siguiente testigo llamado al estrado fue Kenny Smoke. A instancias del señor Gifford, el señor Murchison describió los acontecimientos acaecidos en la mañana del 10 de agosto. Confirmó que el prisionero estaba muy tranquilo, que había reconocido abiertamente sus actos y que no había ofrecido resistencia ni tampoco había intentado huir.

El señor Gifford le pidió a continuación que describiera la escena con la que se había encontrado en el hogar de Lachlan Mackenzie. En este punto, según el señor Murdoch, el ambiente en la sala se tornó de lo más sombrío: «El señor Murchison, un tipo de lo más vigoroso y campechano, se las vio y se las deseó para describir los horrores de los que había sido testigo, y es digno de elogio por el sobrio relato que fue capaz de proporcionar al tribunal».

—El cuerpo de Lachlan Mackenzie —testificó el señor Murchison— se hallaba boca abajo en el suelo, un poco a la izquierda de la puerta. La parte de atrás de su cabeza estaba completamente destrozada y algunos trozos del cráneo habían salido despedidos a cierta distancia del cuerpo. Los sesos se le habían derramado por un lado de la cabeza. Su cara descansaba en medio de un gran charco de sangre. Le levanté la muñeca para ver si había pulso, pero no lo había.

El señor Gifford:

—¿Estaba el cuerpo caliente?

—Muy caliente, sí.

—¿Y qué pasó luego?

—Me puse de pie y entonces vi al niño tirado en el suelo, entre la puerta y la ventana. Fui hasta él. No vi que tuviera ninguna herida, pero estaba muerto.

—¿El cuerpo estaba caliente?

—Sí.

—¿Y luego?

—Vi el cuerpo de Flora Mackenzie dispuesto sobre la mesa.

—Dice usted que estaba «dispuesto» sobre la mesa. ¿Acaso le dio la impresión de que el cuerpo había sido colocado allí a propósito?

—No parecía que ella hubiese caído allí encima.

—¿Por qué lo dice?

El señor Murchison vaciló ahora unos momentos.

—No era una postura natural. Los pies no le llegaban al suelo y pensé que por fuerza tenían que haberla subido encima de la mesa.

—Por favor, describa, si puede, lo que vio.

—Había muchísima sangre. Le habían arremangado las faldas y sus partes pudendas habían sido mutiladas. La examiné por si hubiera señales de vida, pero estaba completamente muerta. Entonces fue cuando me di cuenta de que le habían abierto la parte de atrás de la cabeza. Le bajé las faldas para proteger su dignidad.

—¿Y qué hizo después?

—Fui hasta la puerta, con la idea de impedir que entrara nadie más.

El señor Murchison procedió entonces a describir las medidas que se tomaron para trasladar los cuerpos hasta su granero y cómo, durante el proceso, habían descubierto a Catherine Mackenzie, la madre del difunto, en la penumbra, al fondo de la estancia donde se habían cometido los asesinatos. Trasladaron a la anciana a casa del señor Murchison, «completamente ida de la cabeza», y allí la mujer de este se ocupó de ella.

El señor Gifford abordó entonces los posibles móviles de los asesinatos. Kenneth Murchison describió la reunión en la que se había decidido la compensación por la muerte de la oveja de Lachlan Mackenzie.

El señor Gifford:

—¿Y esta ascendía a la cantidad de treinta y cinco chelines?

El señor Murchison:

—Sí.

—¿Y por qué se acordó esta cantidad en concreto?

—Era el precio que la oveja habría alcanzado en el mercado.

—¿Y fue el difunto, el señor Mackenzie, quien demandó esta cantidad?

—La cantidad fue propuesta por Calum Finlayson, quien por aquel entonces ejercía de alguacil en nuestras aldeas.

—¿Aceptó el señor Mackenzie esta cantidad?

—Lo hizo.

—Y el señor Macrae, el padre del prisionero, ¿aceptó también esta cantidad?

—Sí.

—Y el señor Mackenzie ¿exigió que se le pagase esta cantidad de forma inmediata?

—No.

—¿Qué se dispuso para el pago de esta compensación?

—Se acordó que la cantidad se pagaría a razón de un chelín a la semana.

—¿Y ello por consideración a la apurada situación económica de la familia Macrae?

—Sí.

—¿Y cumplió el señor Macrae con sus obligaciones en lo que se refiere a estos pagos?

—Creo que intentó hacerlo, pero es posible que no se realizaran de manera regular.

El juez:

—¿Sabe usted si se realizaron los pagos o no?

—No lo sé, pero sí sé que el señor Macrae no tenía demasiados ingresos y que los pagos le habrían resultado muy onerosos.

El señor Gifford continuó:

—Pero ¿se llegó a este acuerdo de forma amistosa?

—Yo no la llamaría amistosa.

—Pero ha declarado usted que tanto el señor Macrae como el señor Mackenzie aceptaron la propuesta del alguacil.

—La aceptaron, sí, pero Lachlan Broad dejó claro que no estaba satisfecho.

—¿En qué sentido?

—Opinaba que debía aplicarse un castigo adicional al muchacho.

—¿Siendo el «muchacho» el prisionero aquí presente?

—Sí.

—¿Y manifestó en qué debía consistir este castigo?

—No lo recuerdo, pero dejó claro que le gustaría que el chico recibiera un castigo.

—¿Y eso aun cuando la compensación acordada era aceptable para ambas partes?

—Sí.

El señor Gifford hizo ahora una pausa y arqueó las cejas de forma inquisitiva, pero el testigo no añadió nada más.

—¿Sería justo afirmar que el señor Mackenzie y el señor Macrae no eran grandes amigos, precisamente?

—Sí, sería justo.

—Y esta animadversión entre ellos, si se me permite expresarlo así, ¿era anterior a este incidente con la oveja?

—Sí.

—Entonces, dígame, ¿cómo surgió esta animadversión?

El señor Murchison abrió las manos en un gesto de impotencia.

—No sabría decirle. —Hinchó los mofletes y dejó escapar un «bufido de desconcierto»—. El señor Macrae vivía en su extremo del pueblo y el señor Mackenzie en el suyo.

El señor Gifford pareció contentarse con no tener que entrar en más detalles acerca de este particular.

—No obstante, se llegó a un acuerdo por el cual el señor Macrae quedó en deuda con el señor Mackenzie, ¿no es así? —dijo.

—Sí.

El señor Gifford hizo que el testigo abordara entonces el proceso de elección de Lachlan Broad como alguacil de la aldea.

El señor Gifford:

—¿Sería justo decir que, en su comunidad, este cargo no gozaba de popularidad?

El señor Murchison:

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no era un cargo que los miembros de su comunidad quisieran ocupar, ¿es así?

—Sí, yo diría que sí.

—Entonces, debió de alegrarle que el señor Mackenzie se ofreciera a echarse al hombro esa carga, ¿no es así?

El señor Murchison no contestó.

El señor Gifford:

—¿No le alegró?

—Ni me alegró ni me dejó de alegrar.

—Pero ¿acaso no es cierto que usted y algunos otros miembros de su comunidad hicieron grandes esfuerzos para encontrar un candidato alternativo que se enfrentara al señor Mackenzie?

—Algunos esfuerzos sí que se hicieron.

—¿Por qué sintieron esa necesidad?

—No parecía correcto que el señor Mackenzie fuera elegido sin contrincante.

—¿Ese fue el único motivo?

Kenny Smoke vaciló unos instantes antes de responder.

—Reinaba la sensación de que el señor Mackenzie tal vez pudiera valerse de sus poderes para satisfacer sus propios intereses.

—¿Se refiere a los poderes inherentes al cargo de alguacil de la aldea?

—Sí.

—¿Y lo hizo?

—En cierta medida.

—¿En qué medida?

—Disfrutaba ejerciendo su poder sobre la comunidad.

—¿Podría ser más específico?

—Estableció un plan de obras para cuya ejecución los hombres de la comunidad estaban obligados a prestar su mano de obra durante un número de días determinado.

—¿Y cuál era el propósito de este plan de obras?

—Realizar mejoras en las carreteras y en la canalización de las aldeas.

—¿Y satisfacían estos planes, como usted los llama, sus propios intereses?

—No específicamente.

—¿No específicamente?

El señor Murchison no contestó a esto.

El señor Gifford prosiguió.

—¿Eran estas mejoras beneficiosas para la comunidad en general?

—Resultaban beneficiosas, sí.

—De modo que el señor Mackenzie estableció un plan de mejoras beneficioso para la comunidad y los hombres de la comunidad contribuían a dicho plan con su mano de obra, ¿cierto?

—Sí.

—¡Y esto es lo que usted describe como una forma del señor Mackenzie de satisfacer sus propios intereses!

El señor Gifford dirigió ahora al jurado una expresión de asombro.

—Bien —continuó—, pasando a otro incidente, si me lo permite, ¿mentiría al afirmar que en su aldea hay escasez de tierra cultivable?

—No abunda, que se diga.

—¿Y cómo está asignada la tierra?

—Cada familia tiene su terruño.

—«Cada familia tiene su terruño» —repitió—. ¿Entendiéndose como «terruño» su parte de la tierra disponible?

—Sí.

—¿Y esta tierra se asigna por periodos de un año, de cinco años o de cuánto tiempo?

—En la práctica, cada hogar se encarga de cultivar el terreno que queda entre su casa y la carretera de Toscaig.

—¿Y esa parcela se considera, a todos los efectos, como su tierra?

—Sí.

—¿De modo que cada parcela de terreno pertenecía, a efectos prácticos, a la propiedad a la que era colindante?

—A efectos prácticos, sí.

—¿Sin atender a la población o conformación del hogar?

—Generalmente, sí.

—Poco después de que el señor Mackenzie fuese elegido para ocupar el cargo de alguacil de la aldea, se procedió a la reasignación de parte de la tierra cultivable de Culduie, ¿no es así?

—Sí.

—¿Podría describir en qué consistió esta reasignación?

—Una parte de la tierra del señor Macrae le fue cedida a su vecino, el señor Gregor.

—¿Y cómo es eso?

—Como en el hogar del señor Gregor había más personas que en el del señor Macrae, se decretó que necesitaban más terreno.

—Ya veo. ¿Y cuántas personas había en el hogar del señor Macrae?

—Cinco, contando a los dos pequeños.

—Que serían el señor Macrae, el prisionero, la hija y los dos niños pequeños de tres años de edad, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y en la casa del señor Gregor?

—Ocho.

—¿Y quiénes conformaban ese hogar?

—El señor Gregor y su esposa, la madre del señor Gregor y sus cinco hijos.

—De modo que ¿la necesidad de tierra cultivable de estos era mayor que la del hogar de los Macrae?

—Sí, pero...

—¿Se benefició personalmente el señor Mackenzie de esta distribución de la tierra?

—No.

—Entonces, fue completamente justo redistribuir esta tierra conforme a la necesidad mayor del hogar de los Gregor, ¿no es así?

—Podría decirse que fue justo, sí.

—Le estoy preguntando si diría usted que fue justo, señor Murchison.

Antes de contestar, el señor Murchison se pasó la mano por sus bigotes y ojeó la sala.

—No estuvo bien —dijo.

—Pero usted ha declarado que la necesidad de tierra cultivable de la familia Gregor era mayor que la de los Macrae.

—Puede que fuera justo según la ley —dijo el señor Murchison, que para entonces ya mostraba claros signos de exasperación—, pero no era la costumbre. Las parcelas no se dividen de esta forma. Cada familia cultiva su porción de tierra y esta pasa de una generación a la siguiente.

—Entiendo. ¿De modo que la actuación del señor Mackenzie fue algo sin precedentes?

—Fue vengativa.

—¡Ajá! —dijo el señor Gifford, como si finalmente hubiese logrado llegar al meollo del asunto—. «Vengativa» es una palabra muy fuerte, señor Murchison. Así que ¿la sensación reinante era que, en lugar de emplear sus poderes para el bien general, el señor Mackenzie estaba llevando a cabo alguna suerte de venganza contra el señor Macrae?

—Correcto.

El señor Gifford dirigió una mirada muy significativa al jurado; luego, dio las gracias al testigo y dio por concluido su interrogatorio. *The Scotsman* publicó que el señor Murchison «parecía un buen tipo, pero que aquella desconcertante forma suya de aferrarse a la idea de que la tierra debía ser asignada en base a la costumbre y no a la utilidad constituía aún otro ejemplo de cómo la intransigencia de las tribus de las Tierras Altas estaba precipitando su propio final».

El señor Sinclair se puso en pie para la defensa.



—¿Desde hace cuánto tiempo conoce al prisionero?

El señor Murchison:

—Desde que nació.

—¿Y cómo es su relación con él?

—Me cae bien.

—¿Lo describiría usted como un débil mental?

—¿Débil mental? No.

—¿Entonces cómo lo describiría usted?

El señor Murchison hinchó los mofletes y miró a Roddy, que le devolvió la mirada con una débil sonrisa.

—Bueno, no hay duda de que tiene cerebro. Es un chico listo, pero...

—Pero ¿qué, señor Murchison?

El testigo levantó los ojos hacia el techo, como si tratara de dar con las palabras adecuadas. Sacudió la cabeza.

—Está chiflado.

—¿«Chiflado»? —repitió el señor Sinclair—. ¿Podría explicar qué quiere decir con eso?

Pareció que al señor Murchison le costaba expresarse una vez más.

—A veces parecía como si estuviese en su propio mundo. Siempre fue un niño solitario. Nunca le veía jugar con otros críos. Podía estar sentado rodeado de gente, pero, vaya, era como si no hubiera nadie más allí con él. Uno nunca sabía lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Y siempre fue así?

—Creo que sí.

El señor Sinclair dejó pasar unos instantes antes de formular su siguiente pregunta.

—¿En alguna ocasión ha visto al prisionero hablando consigo mismo o como si mantuviera una conversación con otra persona que no estaba allí?

El señor Murchison asintió.

—Oh, sí, de tanto en tanto le veía murmurando para sí.

—¿Muchas veces?

—No pocas veces.

En este punto intervino el juez.

—¿Cuán a menudo diría usted que es «no pocas veces»?

—Muy a menudo.

El juez:

—¿Y eso es todos los días, todas las semanas o una vez al mes?

—No todos los días, pero desde luego que sí todas las semanas.

—¿De modo que, para usted, este comportamiento era de lo más habitual?

—Sí, su señoría.

El señor Sinclair:

—¿Y alguna vez oyó lo que se decía a sí mismo?

—No.

—¿Y cómo es eso?

—Se callaba siempre que alguien se acercaba. Y, en cualquier caso, no era que hablase en voz alta, más bien murmuraba.

—Entiendo. ¿Y el prisionero se ha comportado siempre así?

—No sabría decirle.

—¿Lo vio alguna vez hablando para sí de esta forma cuando era un niño?

—No lo creo.

—¿Recuerda cuándo fue la primera vez que lo vio comportándose de este modo?

El señor Murchison sacudió la cabeza y el juez le ordenó que contestara a la pregunta.

—No, no lo recuerdo.

—¿Fue hace diez años, cinco años, hace un año?

—Hace más de un año.

—Pero ¿no hace cinco años?

—No.

—¿Vio usted al prisionero comportarse de esta forma en alguna ocasión antes del fallecimiento de su madre?

—No sabría decirle con seguridad.

—En conclusión, ¿sería acertado afirmar que no considera usted al prisionero una persona del todo normal?

—Sí, eso sería acertado.

El señor Sinclair concluyó así su interrogatorio y el señor Kenny Smoke pudo retirarse. El siguiente testigo al que llamaron a declarar fue Duncan Gregor. El señor Gifford inició su interrogatorio preguntándole acerca de lo sucedido la mañana de los asesinatos, pero el juez lo interrumpió, sugiriéndole que, puesto que nadie cuestionaba dichos acontecimientos, no había necesidad de perder el tiempo repasando unos hechos que ya habían sido establecidos. El señor Sinclair no puso ningún reparo y, a partir de ese momento y para el resto del día, el proceso se agilizó notablemente. Enseguida surgió un claro patrón, según el cual la Corona buscaba establecer móviles racionales para los asesinatos, mientras que el señor Sinclair intentaba, con más o menos éxito, presentar al acusado como un sujeto que no

estaba en sus cabales. Irónicamente, fue el testimonio de Aeneas Mackenzie el que le proporcionó sus mejores momentos a la defensa. El señor Philby describió a Mackenzie como un «sujeto porcino [que] no parecía entender que sus comentarios despectivos acerca del acusado favorecían mucho más a la defensa que a la Corona».

Cuando le preguntaron su opinión acerca del estado mental del prisionero, la respuesta de este fue rotunda.

—Es un lunático.

—¿Un lunático? —repitió el señor Sinclair con voz suave—. ¿Podría explicar al tribunal a qué se refiere exactamente?

—Pues a eso. Todos sabían que estaba mal de la chaveta.

—¿Y quiénes son «todos»?

—Todos los de la parroquia.

—¿Quiere usted decir que tenía fama de ser algo así como el «tonto de la aldea»?

—Oh, sí, de eso y de más cosas.

—¿De qué más cosas?

—Siempre iba por ahí con una sonrisa estúpida en la cara. Se pasaba la vida soltando risitas por cualquier cosa, cuando no había nada de qué reírse.

—Comprendo. Así que ¿usted afirmaría que no está bien de la cabeza?

—Oh, sí, desde luego. Más de una vez me habría encantado borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, y lo haría ahora si tuviera la oportunidad.

Una vez concluido el interrogatorio del señor Sinclair, al señor Mackenzie le costó un rato caer en la cuenta de que ya podía retirarse, y abandonó el estrado «murmurando para sí de una manera que llevaba a preguntarse si no sería su cordura la que habría que poner en duda».

El último testigo del día fue el maestro, el señor Gillies, a quien el señor Philby, que evidentemente para entonces ya empezaba a divertirse, describió como un hombre «con manos de damisela y una cara difícil de describir... e incluso de recordar». El señor Gifford obtuvo del maestro un elogioso testimonio acerca de las capacidades de Roddy. Luego le preguntó sobre la visita que le hiciera al padre del prisionero con el objeto de sugerirle que el muchacho prosiguiera sus estudios.

—¿Y cuál fue el resultado de esta visita?

—Desafortunadamente, el padre de Roddy lo requería para que trabajase en la parcela familiar.

—¿Tiene usted costumbre de hacer esta clase de propuestas?

—Es la única ocasión en la que lo he hecho.

—¿Y por qué escogió precisamente al prisionero para hacer esta excepción?

—Era, sin duda, el alumno de mayor talento que he tenido nunca.

El señor Gifford abordó entonces el comportamiento y la apariencia de Roddy en general.

—¿Era un alumno indisciplinado?

—Al contrario, tenía una conducta impecable y atenta.

—¿Está usted al tanto, señor Gillies, de que mis colegas de la defensa han presentado una alegación de la eximente de demencia para este caso?

—Sí.

—¿Detectó usted alguna vez algún signo de locura en el prisionero?

Pareció que el señor Gillies se pensaba muy en serio la pregunta antes de responder con una negativa.

—¿Nunca lo vio delirar o hablar consigo mismo?

El señor Gillies sacudió la cabeza.

—Nunca.

Tras consultar brevemente con su equipo, el señor Gifford declaró no tener más preguntas.

El señor Sinclair se puso en pie para la defensa.

—¿Era el prisionero popular entre sus compañeros de escuela? —preguntó.

—No especialmente.

—¿Qué quiere decir con «no especialmente»?

—Pues exactamente eso —respondió el señor Gillies, un tanto desconcertado.

—¿Jugaba o se relacionaba con sus compañeros de una forma normal?

—Creo que era un muchacho más bien solitario que disfrutaba estando solo.

—¿Guardaba un poco las distancias con los demás?

—Podría decirse que sí, pero yo no lo veía como algo anómalo. Algunos niños son gregarios por naturaleza, otros no tanto.

El señor Sinclair no pareció muy seguro de si debía seguir con su línea de interrogatorio, y entonces decidió que tenía poco que ganar dándole alas a un testigo que en apariencia tenía a su cliente en tan alta estima.

Como para entonces eran ya las cuatro y media, se levantó la sesión hasta el día siguiente. El juez informó al jurado de que se los alojaría en un hotel para pasar la noche y les aconsejó que desistieran de discutir sobre los particulares del caso o de expresar cualquier opinión acerca de este.

La sesión, escribió el señor Philby, «probó ser un excelente entretenimiento y todo cuanto en ella se dijo fue escuchado con atención por quienes habían tenido la fortuna de asistir. Ciertamente, y como para corroborar el testimonio del encomiable Aeneas Mackenzie, la única persona que no pareció encandilada por el espectáculo fue el mismísimo prisionero».

## Segundo día

La sesión se reanudó a las nueve y media de la mañana siguiente. Cuando lo llevaron a la sala, Roddy fue recibido con vítores y abucheos desde la tribuna del público, cuyos ocupantes, escribió el señor Murdoch para el *Courier*, «parecían creer que se encontraban en un teatro y no en un tribunal, y que el infeliz prisionero no era más que un villano de pantomima, sacado a la palestra para su goce y disfrute». Roddy no miró ni una sola vez a sus torturadores. El señor Sinclair lo recibió con una palmadita amistosa en el hombro mientras tomaba asiento en el banquillo. El juez permitió que el barullo se prolongase durante unos minutos, quizá considerando que era prudente dejar que los espectadores se desahogaran un poco antes de llamarlos al orden. Y, desde luego, hay que reconocer que, cuando finalmente golpeó su mazo, la sala calló al instante.

Este respetuoso silencio fue más bien breve, sin embargo, pues enseguida se puso en pie el señor Gifford para llamar al estrado a John Macrae, el primer testigo del día. El señor Philby de *The Times* describiría al señor Macrae como «un hombrecillo diminuto y encorvado que aparentaba tener el doble de años de los cuarenta y cuatro que tenía. Apoyaba todo su peso sobre un bastón nudoso y, una vez en el estrado, levantó la vista con una expresión de extrañeza en sus pequeños ojos oscuros. El prisionero mantuvo la cabeza gacha mientras duró el testimonio de su padre, y el aparcerero no miró a su hijo ni una sola vez». El juez advirtió entonces severamente a los ocupantes de la tribuna del público que guardaran silencio so pena de que quisieran comparecer ante aquel mismo tribunal por desacato. Se acordó que, comoquiera que el señor Macrae estaba más familiarizado con el «lenguaje antiguo de las Tierras Altas», su interrogatorio se llevaría a cabo en gaélico, en vista de lo cual se hizo pasar a la sala a un intérprete. El señor Gifford, por deferencia al aparente delicado estado de salud del testigo, inició su interrogatorio con un tono suave.

Empezó preguntando acerca de las relaciones del testigo con el difunto. El señor Macrae se mostró confundido ante las preguntas que le iba planteando y

desde la tribuna del público se elevaron murmullos divertidos, que fueron rápidamente sofocados desde el estrado. El señor Gifford reformuló su pregunta, cosa que, debido al proceso de traducción, llevó un tiempo nada desdeñable.

—¿Eran las relaciones entre usted y el señor Mackenzie amistosas?

El señor Macrae:

—Conozco a un buen número de señores Mackenzie.

El señor Gifford sonrió pacientemente.

—Me refiero a su vecino, Lachlan Mackenzie, o, si lo prefiere, Lachlan Broad, que es como se lo conocía.

—Ah, sí —dijo el señor Macrae. Esta respuesta provocó una nueva oleada de risas en la tribuna del público. El juez ordenó entonces que los agentes del orden echaran a uno de los alborotadores, una acción que, a pesar de los graves trastornos que causó, surtió, al parecer, el efecto deseado.

El señor Gifford repitió entonces su pregunta.

—Yo no diría que fuéramos amigos —replicó el testigo.

—¿Y eso a qué se debía?

—No sabría decirle.

—¿Había alguna razón para que usted y Lachlan Mackenzie no fueran amigos?

El señor Macrae no contestó. En vista de lo cual, el juez preguntó, por medio del intérprete, si acaso el señor Macrae tenía alguna dificultad para entender las preguntas del abogado. Después de que este último le hubiese asegurado que no era así, procedió a recordarle al testigo que estaba obligado a responder a las preguntas que se le plantearan y que, de lo contrario, se lo acusaría de desacato.

El señor Gifford preguntó entonces al señor Macrae acerca de la reducción de la parcela. Tras una laboriosa serie de preguntas relacionadas con este incidente, el abogado abordó el meollo del asunto.

—¿Se sintió usted agraviado por este reajuste?

—No.

—¿No le agravió que una parte de su parcela, de la cual dependía usted para dar sustento a su familia, le hubiese sido arrebatada?

—Había otros que la necesitaban más.

—¿Se sintió su hijo agraviado por este ajuste?

—Tendría que preguntárselo a él usted mismo.

—¿Percibió usted en él alguna señal que apuntara a que se sentía agraviado por este ajuste?

No hubo respuesta.

—¿Discutió usted este incidente con su hijo?

—No.

El señor Gifford, visiblemente exasperado, solicitó al juez que compeliere al testigo a responder a sus preguntas con mayor detalle. El juez contestó que correspondía a los caballeros del jurado decidir si las respuestas eran satisfactorias o no.

El procurador general pasó entonces a tratar un incidente que no había sido abordado hasta el momento.

—¿Recuerda usted —preguntó— una mañana, allá por abril o mayo de este año, en la que estuvo recogiendo ovas marinas en la orilla de Culduie?

—La recuerdo.

—¿Podría relatarle al tribunal qué sucedió esa mañana?

—Sucedió lo que usted mismo bien ha dicho —repuso el señor Macrae, provocando risas contenidas entre los ocupantes de la tribuna del público.

—¿Estaba usted recogiendo ovas marinas?

—Sí.

—¿Con su hijo?

—Sí.

—¿Con qué propósito estaban ustedes recogiendo estas ovas marinas?

—Con el propósito de extenderlas sobre la parcela.

—¿Habló usted con el señor Mackenzie esa mañana?

—Él habló conmigo.

—¿Y qué le dijo?

—Me dijo que devolviera a la orilla las ovas marinas que habíamos recogido.

—¿Adujo algún motivo que justificase esta orden?

—No teníamos permiso para recogerlas.

—¿Se necesita un permiso para recoger ovas marinas de la orilla?

—Eso parece.

—¿Y de quién tenían que obtener dicho permiso?

—De lord Middleton, que es a quien pertenecen las ovas marinas.

—Lord Middleton es el *laird* de su distrito, ¿no es así?

—Sí.

—¿Había usted recogido ovas marinas de la orilla con anterioridad?

—Sí.

—¿Con frecuencia?

—Cada año.

—¿Y había usted pedido permiso para hacerlo en esas ocasiones anteriores?

—No.

—¿Y, empero, en esta ocasión el señor Mackenzie le pidió que devolviera a la orilla las ovas marinas que ustedes habían recogido?

—Sí.

—¿Por qué piensa usted que hizo tal cosa?

—Era su obligación hacer cumplir las normas.

—¿Y usted lo aceptó?

—Sí.

—¿No se sintió agraviado por la forma de actuar del señor Mackenzie?

El señor Macrae no respondió.

—Lo obligó a devolver una gran cantidad de ovas marinas, que usted había tardado varias horas en recolectar, siendo esta además una costumbre muy arraigada, ¿y aun así no se sintió agraviado?

El aparcerero se quedó mirando al abogado durante unos instantes antes de responder.

—No me agradó.

Al escuchar esto, el señor Gifford bufó teatralmente y se ganó una reprimenda del juez por hacerlo. El abogado respondió con una disculpa, pero no pudo resistirse a lanzar una mirada muy significativa al jurado.

—Y ¿es cierto —prosiguió— que, al día siguiente, la aldea entera estuvo recogiendo ovas marinas con el propósito de extenderlas sobre sus parcelas?

—Desconozco cuál era su propósito.

—Pero ¿estuvieron recogiendo ovas marinas?

—Sí.

—¿Y usted no lo hizo?

—No.

—¿Podría usted explicarnos por qué a ellos se les permitió recoger ovas marinas y a usted no?

—Ellos tenían permiso para hacerlo.

—¿Y no pidió usted permiso para hacer otro tanto?

—No deseaba coger lo que no me pertenecía.

Se escucharon algunas carcajadas en la tribuna del público. El señor Macrae no levantó la mirada, esta siguió fija en su mano izquierda, con la que se aferraba a la barandilla del estrado. El señor Gifford dejó pasar unos instantes antes de proseguir.



—De modo que, por resumir, si se me permite —dijo—, usted declara que no estaba resentido con el difunto, un hombre que había reducido el tamaño de su parcela, que le había ordenado devolver ovas marinas a la orilla y a quien, como consecuencia del incidente con la oveja, le debía usted una cantidad considerable, ¿no es así?

El señor Macrae no respondió.

El señor Gifford lo presionó para que lo hiciera.

—Yo no era quién para estar resentido con el señor Mackenzie.

Llegados a este punto, el juez recordó al señor Gifford que no era al testigo a quien se sometía a juicio, y que la cuestión de si estaba resentido o no con el difunto resultaba irrelevante. Pero había quedado claro que para la estrategia de la Corona era imperativo establecer que había existido resentimiento hacia la víctima, para así poder demostrar que el acusado había actuado de forma racional. De modo que el señor Gifford concluyó su interrogatorio visiblemente enfurecido. Un jocoso apunte en el *Inverness Courier* del día siguiente describía cómo «el letrado más avisado de la Corona había sido derrotado por un simple aparcerero».

El señor Sinclair se puso en pie para la defensa y, dirigiéndose al testigo en gaélico, le preguntó si se encontraba cómodo y a gusto.

—Bien —dijo—, debo preguntarle acerca de su hijo, aquí presente y al cual se acusa de haber cometido unos crímenes espantosos. Con anterioridad a los acontecimientos que nos han traído ante este tribunal, ¿consideraba usted que su hijo fuera un sujeto violento?

El señor Macrae no respondió.

—¿En alguna ocasión fue usted agredido por su hijo o lo amenazó este con agredirlo?

El señor Macrae no respondió y el juez le recordó una vez más cuáles eran sus obligaciones.

—No.

—¿Agredió su hijo en alguna ocasión a su esposa o a alguno de sus hermanos?

—No.

—¿Agredió su hijo en alguna ocasión a alguno de sus vecinos?

—No.

—Así pues, usted no diría que era propenso a cometer actos violentos, ¿no?

—No.

—Entonces, si cometió los actos de los que aquí se lo acusa, ¿diría usted que fue algo impropio de él?

El señor Macrae no pareció comprender esta pregunta.

El señor Sinclair:

—¿Describiría usted a su hijo como una persona violenta?

—Nunca he tenido motivos para describirlo.

El señor Sinclair sonrió, en «un claro intento de ocultar su creciente irritación», y reformuló la pregunta.

—Si le pidieran que describiera a su hijo, ¿lo describiría como una persona violenta?

—No lo creo —contestó el testigo.

—¿Ha actuado usted en alguna ocasión de manera violenta contra su hijo?

—No.

—¿Usted nunca le pegaba?

—Sí que le pegaba.

—¿En qué ocasiones le pegaba?

—Cuando era necesario.

—Entiendo. ¿Y podría darnos un ejemplo de cuándo consideraba usted necesario pegarle?

—Cuando me había desobedecido o había causado algún problema.

—Dice usted «cuando había causado algún problema»; de modo que ¿su hijo en ocasiones causaba problemas? ¿Podría describir al tribunal una ocasión en la que su hijo causó un problema, obligándolo a usted a pegarle?

El señor Macrae no respondió.

—Hemos escuchado testimonios acerca de un incidente en el que su hijo mató a una oveja propiedad del señor Mackenzie. ¿Pegó usted a su hijo en esa ocasión?

—Sí, lo hice.

—¿Podría explicarle al tribunal por qué lo hizo?

—Había causado un problema.

—Entiendo. ¿Y le pegó usted una vez o repetidas veces?

—Repetidas veces.

—¿Y con qué le pegó?

—Con mi bastón. —El cual levantó en alto solícitamente.

—¿Y en qué parte o partes de su cuerpo le pegó?

—En la espalda.

—¿Le pegó usted repetidamente en la espalda con su bastón?

—Sí.

—¿Y fue este un incidente aislado?

El señor Macrae no pareció comprender esta pregunta.

—¿Hubo más ocasiones en las que tuvo usted motivos para pegar a su hijo?

—Algunas.

—¿Y le pegaba usted siempre con su bastón?

—No siempre.

—¿Le pegaba usted también con los puños?

—Sí.

—Y, cuando le pegaba con los puños, ¿dónde le pegaba?

—En todo el cuerpo.

—¿En la cabeza y en la cara?

—Sí, es probable que ahí también.

—¿Y esto sucedía con frecuencia?

En este punto, el juez pidió al señor Sinclair que fuera más preciso en su pregunta.

—¿Pegaba usted a su hijo a diario, semanalmente o con menos frecuencia?

—Semanalmente.

—¿Y usted consideraba necesario hacerlo?

—El muchacho necesitaba disciplina.

—¿Y consiguió esta disciplina mejorar su comportamiento?

—No, no lo consiguió.

El señor Sinclair estudió entonces los papeles que tenía delante y, tras consultar con su asistente, declinó hacer más preguntas.

En ese momento, el señor Gifford solicitó efectuar una alteración en el orden programado de testigos. El juez no tuvo inconveniente y se llamó a declarar a Allan Cruikshank.

El señor Gifford empezó a interrogar al testigo.

—Por favor, indique qué puesto ocupa actualmente, señor Cruikshank.

—Soy el *factor* de lord Middleton de Applecross.

—¿Y la aldea de Culduie forma parte de la propiedad de lord Middleton?

—Sí, así es.

—Y, a tenor de esto, ¿es usted responsable de administrar dicha aldea?

—Soy responsable de la administración de la propiedad en toda su extensión. No me ocupo de los asuntos cotidianos de las aldeas.

—Esos serían los asuntos de los que se ocuparía el alguacil de la aldea, ¿no es así?

—Desde luego.

—Y, en el caso de Culduie, ¿el alguacil en cuestión era el señor Lachlan Mackenzie?

—Correcto. Servía como alguacil de Culduie, Aird-Dubh y Camusterrach.

—Siendo estas dos últimas las aldeas vecinas, ¿no es así?

—Sí.

—De modo que, en tanto en cuanto él era el alguacil de estas comunidades, usted tendría la oportunidad de reunirse repetidamente con el señor Mackenzie para tratar sobre la administración de estas, ¿no es así?

—Sí que nos reuníamos, aunque no con frecuencia.

—¿Le proporcionaba usted directrices detalladas sobre cómo debían administrarse las aldeas?

—Discutíamos la gestión de las aldeas en términos generales, pero yo no me preocupaba por las minucias.

—Ha dicho usted «en términos generales», ¿a qué se refiere exactamente?

—Al mantenimiento de la carretera y de las vías secundarias en general, a garantizar que los aparceros no se retrasaran con el alquiler, esa clase de cosas.

—¿Y le parecía a usted que el señor Mackenzie era un hombre competente?

—El señor Mackenzie fue, incuestionablemente, el mejor alguacil que ha prestado servicio a la propiedad bajo mi mandato.

—¿Confiaba usted en sus capacidades?

—Plenamente, sí.

—Ahora bien, ¿recuerda usted una ocasión, hacia finales del mes de julio de este año, en la que el señor John Macrae y su hijo, el prisionero aquí presente, le hicieron una visita?

—Sí, la recuerdo.

—Antes de esta reunión, ¿conocía usted al señor Macrae?

—No.

—¿Recibe usted a menudo visitas de los aparceros de la propiedad?

—Desde luego que no. Fue algo del todo irregular.

—¿Cómo es eso?

—Si un aparcerero desea discutir algún asunto relacionado con la gestión de su aldea, debe recurrir a su alguacil.

—Que, en este caso, era el señor Mackenzie, ¿no es así?

—Correcto.

—¿Le expresó este particular al señor Macrae?

—Lo hice.

—¿Y qué le respondió?

—Me dijo que el señor Mackenzie era el objeto de su visita.

—¿Podría entrar en detalles?

—Al parecer, existía cierta desavenencia entre los dos hombres o, al menos, el señor Macrae tenía la sensación de haber sufrido un trato deshonesto por parte del señor Mackenzie.

—¿Preguntó usted al señor Macrae por qué tenía esa sensación?

—Sí, lo hice. Me relató una serie de incidentes sin importancia, pero me temo que no recuerdo los detalles.

—No obstante, ¿le pareció a usted que, con o sin razón, el señor Macrae guardaba cierto resentimiento hacia el señor Mackenzie?

—Eso me pareció, sí.

—¿Y qué medidas tomó usted?

—No tomé ninguna medida. No era un asunto de mi incumbencia.

—¿Informó usted al señor Mackenzie de lo ocurrido?

—No lo recuerdo.

—¿Vio usted al señor Mackenzie en el periodo que transcurrió entre la reunión de la que hablamos y el momento de la muerte de este?

—Lo hice.

—¿Cuándo lo vio usted?

—Lo vi el día de la Feria estival.

—¿Y cuándo fue eso?

—Creo que el 31 de julio.

—¿Habló usted con él ese día?

—Sí. Tomamos una cerveza en la posada de Applecross.

—Entiendo. ¿Y recuerda si le mencionó usted este incidente, a saber, su reunión con el señor Macrae y su hijo?

—Eso creo.

—¿En qué términos?

—Le dije que me había parecido un incidente muy divertido.

—¿El señor Mackenzie lo encontró divertido?

—Eso hizo ver.

El señor Gifford concluyó entonces su interrogatorio. La defensa declaró no tener preguntas para este testigo.

El señor Macrae fue llamado de nuevo al estrado y fue informado de la declaración del *factor*.

—Si, tal y como usted ha declarado, no guardaba ningún resentimiento hacia el difunto —inquirió el señor Gifford—, ¿por qué vio necesario hacerle esta visita al *factor* y presentar estas quejas contra él?

En este punto, los ocupantes de la tribuna del público, algunos de los cuales, escribió el señor Murdoch, «debieron de percibir claramente la humillación a la que estaba a punto de ser sometido el aparcerero», enmudecieron. Los ojos del señor Macrae recorrieron, frenéticos, la sala, como si buscaran ayuda. El juez creyó necesario llamarle la atención e instarlo a responder.

—Yo solo quería conocer mejor las normas que regulaban nuestras vidas.

—¿Y no le pareció que esta fuera una consulta que pudiera hacerle al difunto?

—No.

—¿Y eso por qué?

Tras unos momentos de silencio, el señor Macrae respondió.

—Mi relación con el señor Mackenzie no era cordial.

—¿Y tenía usted la sensación de que este había actuado de forma vengativa contra usted?

El señor Macrae no respondió.

El señor Gifford, es de suponer que convencido de haber demostrado lo que quería demostrar, pasó a otro punto.

—El lunes, 9 de agosto, el día anterior a que se produjeran los asesinatos, ¿recibió usted una carta?

—Sí, la recibí.

—¿Quién era el remitente de dicha carta?

—El *factor*.

—¿Y cuál era el contenido de la carta?

—Era una notificación de desahucio.

—¿Lo iban a echar de su casa?

—Sí.

—¿Y cuál fue su reacción a esta carta?

El señor Macrae hizo un gesto vago con la mano con la que no sostenía su bastón.

El señor Gifford reformuló su pregunta.

—¿Qué pensó hacer al respecto de esta notificación?

—No pensé en hacer nada al respecto.

—¿Tenía intención de acatar la orden?

El señor Macrae se quedó mirando al abogado unos momentos.

—No me correspondía a mí llevar a efecto la orden —dijo.

—¿A quién le correspondía?

—A los poderes fácticos.

—¿Discutió usted esta eventualidad con su hijo?

—No lo hice.

—¿En algún momento expresó usted la opinión de que estaría mejor si el señor Mackenzie estuviera muerto?

—No.

—¿Le dijo usted a su hijo que debía matar al señor Mackenzie?

—No.

—¿Lamenta usted que el señor Mackenzie esté muerto?

—No es de mi incumbencia.

En cuanto concluyó este intercambio de palabras, se produjo un resoplido colectivo de alivio en la sala. El señor Macrae se retiró del estrado por segunda vez; según se pudo saber, rechazó la habitación que, para su alojamiento, le había sido ofrecida en una pensión, y prefirió pasar la noche en la estación de ferrocarril, esperando al tren en el que iniciaría su viaje de regreso a casa.

Allan Cruikshank fue entonces llamado de nuevo al estrado. El señor Gifford le pidió que le recordase al jurado cuál era su empleo, antes de reanudar su interrogatorio del testigo.

—Hemos escuchado en esta sala —empezó— que usted se encontró con el difunto, Lachlan Broad, en la posada de Applecross el día 31 de julio y que, en el transcurso de la conversación que ambos mantuvieron allí, le mencionó usted la visita que le habían hecho John Macrae y su hijo, el prisionero aquí presente.

—Es correcto.

—¿Vio usted al difunto en alguna otra ocasión después de este encuentro?

—Así es.

—¿En qué circunstancias?

—El señor Mackenzie vino a verme a mi casa la tarde del 7 de agosto.

—¿Tres días antes de su muerte?

—Sí.

—¿Y cuál fue el motivo de su visita?

—Elevó una petición para que ordenase el desahucio de John Macrae de su parcela.

—¿Con arreglo a qué razones?

—Había varias razones.

—¿Cuáles?

—La familia Macrae estaba muy retrasada en el pago del alquiler. Además, se habían endeudado todavía más con la propiedad debido a una serie de sanciones que les habían sido impuestas...

—¿Sanciones que les habían sido impuestas por el señor Mackenzie?

—Sí.

—¿Recuerda usted el motivo por el que les fueron impuestas estas sanciones?

—No lo recuerdo. Pero sé que eran muchas.

—¿Había alguna otra razón para ordenar el desahucio?

—El señor Macrae había faltado a su obligación de mantener en buen estado tanto su vivienda como su parcela. Además, se consideraba que la presencia continuada de los Macrae no contribuía a la feliz gestión de la aldea.

—¿De qué manera?

El señor Cruikshank fue incapaz de responder a esa pregunta.

—Se los consideraba una mala influencia —farfulló, pasados unos momentos.

—¿Hizo usted algo para verificar este particular?

—No, no hice nada.

—¿Por qué no?

—Confiaba plenamente en el criterio del señor Mackenzie.

—¿Y no es cierto acaso que un gran número de aparceros de la propiedad están retrasados en el alquiler?

—Lamentablemente, así es.

—Entonces ¿por qué se señaló al señor Macrae en particular de esta forma?

—Sus deudas eran tan elevadas que se habían vuelto imposibles de gestionar. No había ninguna posibilidad de que el señor Macrae pudiera hacerles frente.

—El tribunal ha escuchado que, en el año anterior, la extensión de la parcela del señor Macrae se había visto reducida. ¿Habría sido posible que, de haber contado con más tierra, este hubiera podido vender cualquier excedente de sus cosechas con el objeto de saldar sus deudas?

El señor Cruikshank no dudó en responder.

—Yo no estaba al tanto de que se hubiese llevado a cabo ninguna reducción de su parcela, pero —añadió— habría que vender una gran



cantidad de patatas, o de lo que sea que cultiva esta gente, para hacer frente a semejantes atrasos.

—¿No estaba usted al tanto de la reducción del tamaño de la parcela del señor Macrae?

—No, señor.

—Entonces ¿se ejecutó sin su consentimiento?

—Bueno, sin mi conocimiento. No tengo la menor duda de que el señor Mackenzie actuó con la mejor intención.

—¿Habría sido de esperar que se le consultara a usted sobre semejante particular?

—Como le digo, estoy seguro de que el señor Mackenzie actuó con la mejor intención.

—Eso no es lo que le he preguntado. Le he preguntado si habría sido de esperar que se lo consultara sobre semejante particular.

—Yo habría esperado que se me consultara de haberse tratado de una reasignación general de las tierras de las aldeas, pero, si de lo que se trataba en este caso era de una pequeña parte de una única parcela, estoy convencido de que los aldeanos podían llegar a un acuerdo ellos solos. No son niños.

—¿Lo informó el señor Mackenzie acerca de un incidente en el que el señor Macrae había recogido ovas marinas de la orilla sin la debida autorización?

El señor Cruikshank se rio ante semejante sugerencia y contestó que no había sido informado.

—¿Sabía usted que el señor Macrae también estaba endeudado personalmente con el señor Mackenzie a tenor de la compensación por una oveja que meses atrás había matado el prisionero?

—No, no lo sabía.

—¿Cree usted que, de haber estado al tanto de estos particulares —apuntó el señor Gifford—, podría haber sospechado cierta intención maliciosa en la propuesta del señor Mackenzie de desahuciar al señor Macrae?

El señor Cruikshank sopesó su respuesta unos momentos.

—Lo único que le puedo decir es que, hasta donde yo sé, el señor Mackenzie desempeñaba sus obligaciones como alguacil admirablemente. No tenía ningún motivo para poner en duda sus intenciones, y las pruebas que me presentó respaldaban su propuesta.

—De modo que, a partir de la valoración del señor Mackenzie, ¿estuvo usted de acuerdo en que se lo desahuciara?

—No vi que pudiese haber otra línea de acción.

—¿Y redactó usted los documentos necesarios?

—Sí.

—¿De manera inmediata?

—Por respeto al día del Señor, la carta fue redactada y entregada el lunes siguiente.

—¿Siendo este el lunes, 9 de agosto, el día anterior a la muerte del señor Mackenzie?

—Correcto.

El señor Gifford agradeció al *factor* su declaración y, comoquiera que el señor Sinclair no tenía preguntas, este pudo retirarse.

Entonces llamaron al reverendo James Galbraith a declarar. Era, informó el señor Murdoch, «de pies a cabeza, uno de esos acérrimos pastores que típicamente habitan las zonas más remotas de nuestro país y que dirigen a su rebaño con una voluntad de hierro. Vestía con sobriedad, muy a la guisa de los de su clase, y su adusto semblante dejaba de manifiesto que estaba por encima de los placeres mundanos. Miró al señor Gifford con el mismo desdén con que podría haber despachado a un *dandy* de la ciudad, e incluso el renombrado abogado pareció temblar un poco bajo su mirada».

El señor Gifford:

—¿Es usted pastor de la parroquia de Applecross?

El señor Galbraith respondió con el «aire de un profesor que estuviese corrigiendo a un alumno retrasado»:

—Mi parroquia abarca las aldeas de Camusterrach, Culduie y Aird-Dubh.

—Así pues ¿John Macrae y su familia se contaban entre sus feligreses?

—Sí.

—Es más, John Macrae era anciano de su iglesia, ¿no es así?

—Efectivamente, lo era.

—Bien, ¿es correcto que el señor Macrae le mandó llamar la tarde del 9 de agosto?

—Lo hizo, sí. Me mandó recado con su hija preguntándome si podía visitarlo esa misma tarde.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, lo hice.

—¿Y por qué motivo le mandó llamar?

—Había recibido una notificación de desahucio del *factor*.

—¿Y en qué estado encontró usted al señor Macrae esa tarde?

—Estaba consternado.

—¿Le pidió su ayuda?

—Me preguntó si podía interceder en su nombre.

—¿Y aceptó usted?

—No, no lo hice.

El señor Gifford afectó sorpresa al escuchar esta respuesta.

—¿Podría usted decirle al tribunal por qué no aceptó?

El señor Galbraith fulminó al abogado con la mirada.

—No se trataba de un asunto en el que yo debiera intervenir.

—Pero a buen seguro que su deber es preocuparse por el bienestar de sus feligreses, ¿cierto?

—Mi deber es velar por el bienestar espiritual de mis feligreses. No me corresponde a mí inmiscuirme en la administración de la propiedad.

—Comprendo. ¿Y no le ofreció usted ningún consejo al señor Macrae?

—Le recordé que las tribulaciones que sufrimos en esta vida son el justo castigo que hemos de soportar por nuestros pecados y que debía aceptarlas como tal.

—Pero ¿no le ofreció usted ningún consejo práctico sobre cómo abordar la situación en la que se encontraba?

—Recé con él.

Estas palabras provocaron una pequeña oleada de risas entre los ocupantes de la tribuna del público, la cual fue rápidamente sofocada por una severa mirada del pastor.

El señor Gifford dio las gracias al testigo y tomó asiento.

El señor Sinclair se puso entonces en pie para la defensa.

—¿Estaba el prisionero, Roderick Macrae, presente durante su visita?

—Llegó a la casa cuando yo ya me marchaba.

—¿Conversó usted con él?

—Muy brevemente.

—¿Asistía el prisionero a su iglesia?

—No, no lo hacía.

—¿Había asistido alguna vez a su iglesia?

—De niño.

—¿Y cuándo dejó de asistir?

—No sabría decirle con exactitud.

—¿Hace un año? ¿Hace cinco años?

—Yo más bien diría que hace uno o dos años.

—¿Coincidiría esto más o menos con el momento de la muerte de su madre?

—Sí, sería por entonces.

—Ha declarado que su deber es velar por el bienestar espiritual de sus feligreses, ¿podría decirle al tribunal, entonces, qué medidas tomó usted para convencer al prisionero de que volviera a asistir a la iglesia?

—No es mi deber obligar a los fieles a que asistan a misa. No soy un montero de trailla<sup>[11]</sup>.

—De modo que ¿no le preocupaba que el muchacho no observara este precepto?

—Un pastor es responsable del bienestar de su rebaño en conjunto. Si hay ovejas negras en el rebaño, estas deben ser expulsadas.

—¿Y Roderick Macrae es una oveja negra?

—Difícilmente íbamos a estar reunidos en este tribunal si no fuera ese el caso.

Este comentario, observó el irónico señor Philby, fue, «seguramente, lo más cerca que había estado jamás el rígido presbiteriano de hacer un chiste».

—Desde luego —contestó el señor Sinclair—. Pero, si me permite insistirle un poco en este particular, ¿qué era lo que convertía a Roderick Macrae en una oveja negra?

—El chico es un individuo de lo más malévolo.

—«Malévolo» es una palabra muy fuerte, señor Galbraith.

El pastor no respondió a esta observación. El señor Sinclair lo volvió a intentar.

—¿Cómo se manifiesta esta malevolencia?

—Ya de niño, el chico no tenía ningún respeto hacia la Casa del Señor. Se mostraba esquivo y no prestaba atención a las oraciones. En una ocasión, lo sorprendí desbebiendo en el interior de los recintos de la iglesia.

El juez golpeó su mazo para sofocar las risas que brotaron de la tribuna del público.

—Entiendo —dijo el señor Sinclair—. ¿Diría usted que percibía signos de locura en el prisionero?

—Yo diría que más bien percibía signos de perversidad en él.

—¿Qué signos eran estos?

El señor Galbraith, al parecer, consideró que esta pregunta no merecía ser respondida. El juez le ordenó que contestara.

—No hay más que observarlo. Si a usted no le resulta evidente, me atrevería a sugerir que es usted tan impío como él, señor —respondió, mordaz.

El señor Sinclair sonrió con los labios apretados al testigo.

—Solo pretendo que me diga, como hombre culto que es, su parecer acerca del temperamento del prisionero —dijo.

—Mi parecer es que el chico es un siervo del Diablo, y para probarlo solo hace falta ver los actos que ha cometido.

El señor Sinclair asintió cansinamente y le dieron permiso al testigo para retirarse.

El siguiente testigo no podría haber contrastado más con el clérigo. La aparición de Archibald Ross en la sala provocó un enorme regocijo en la tribuna del público. Iba vestido a la guisa de un caballero rural, con «un traje de *tweed* de tonos ocres, que resultaba evidente que se había procurado para la ocasión». Llevaba unos zapatos relucientes, con grandes hebillas cuadradas, y, alrededor del cuello, un pañuelo de seda verde. Era, escribió el señor Philby, «el típico *dandy*, y su apariencia bien podría llevar a cualquiera que lo observara a la conclusión de que el apartado pueblo de Applecross, donde él reside, debe estar, sin duda, muy a la moda».

Después de los prolegómenos, en los que se abordó el lugar de nacimiento y la ocupación de Ross, el señor Gifford le preguntó cómo había trabado conocimiento con el prisionero. Ross relató entonces cómo había conocido a Roddy en el patio que se abría junto a los establos de la casa de lord Middleton.

—¿Y qué labor tenía que desempeñar el prisionero ese día?

—Transportar un baúl montaña arriba.

—¿Y qué contenía este baúl?

—Refrigerios para la partida de caza.

—¿Y desempeñó el prisionero la tarea de forma competente?

—Esa parte de su tarea sí.

—Después de ese día, ¿volvió a coincidir con el prisionero en alguna otra ocasión?

—Sí, así es.

—¿Cuándo se produjo este encuentro?

—Hace unas semanas, el día de la Feria.

—¿Eso fue el día 31 de julio?

—Si usted lo dice —respondió Ross con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por favor, cuéntenos lo que sucedió.

Ross describió cómo se había tropezado con el prisionero a la puerta de la posada de Applecross y cómo habían pasado al interior y bebido ciertas cantidades de cerveza. Luego habían ido caminando hasta la Casa Grande para ver el partido de *shinty* que enfrentaba a las aldeas.

—¿Estaba usted ebrio?

—Es posible que un poco.

—¿Estaba ebrio el prisionero?

—Yo diría que sí.

—¿Le reveló el prisionero algún detalle íntimo de su vida?

—Me contó que quería marcharse a Glasgow a hacer fortuna, pero que no acababa de decidirse a hacerlo porque se había encariñado de una muchacha del lugar.

—¿Y quién era esta muchacha?

—Flora Mackenzie.

—¿Y esta tal Flora Mackenzie era la hija del difunto Lachlan Mackenzie?

—Sí.

La tribuna del público recibió esta revelación con un gran revuelo, que requirió repetidas amenazas por parte del estrado para ser sofocado.

—¿Que es, además, una de las víctimas de los crímenes que aquí se juzgan?

—Sí.

—¿Y le contó el prisionero algo más concerniente a su relación con la difunta señorita Mackenzie?

—Me contó que ella le había rechazado y que, en cualquier caso, existía algo de mala sangre entre sus dos familias y que sus padres jamás consentirían que se casaran.

Esto provocó nuevas exclamaciones entre el público de la tribuna.

—¿Y luego estuvieron viendo el partido de *shinty*?

—Sí.

—Y, luego, ¿qué?

—Bebimos unos tragos de *whisky* y, entonces, Roddy vio a la muchacha esta...

—¿A Flora Mackenzie?

—Sí. La vio paseando por los jardines de la Casa Grande con una amiga.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Yo le dije que opinaba que debería revelarle sus sentimientos abiertamente a la muchacha, para así poder saber cuáles eran sus posibilidades.

—¿Y estuvo él de acuerdo?

—No exactamente, pero yo insistí y nos hicimos los contradizos con las muchachas y nos presentamos.

El señor Philby informó de que, en este punto, «el prisionero, apático por lo general, mostró ciertos signos de nerviosismo, inclinándose por debajo de las rodillas, como si esperara encontrar un cuarto de penique en el suelo».

—¿Y qué pasó luego?

—Paseamos los cuatro juntos un rato.

—¿Adónde se dirigieron?

—A un pequeño puente entre unos árboles.

—¿Un lugar apartado?

Ahora, Archibald Ross «le hizo un guiño lascivo» al abogado y contestó, provocando grandes carcajadas entre el público:

—Por lo que veo, no le son ajenas esta clase de aventuras.

El señor Gifford ignoró su comentario.

—¿Y qué fue lo que sucedió allí?

—Con el propósito de que Roddy pudiera estar a solas con el objeto de sus afectaciones [sic], me llevé a la acompañante de Flora hasta el puente y le indiqué a él que siguiera paseando por el sendero.

—¿Y entonces?

—Entablé conversación con la muchacha y, luego, un rato después, Flora Mackenzie regresó por el sendero.

—¿Venía andando o corriendo?

—Corriendo.

—¿Y estaba sola?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—Pocos minutos.

—¿Y qué hizo ella?

—Cogió a su amiga del brazo y se la llevó de allí.

—¿En qué dirección?

—Hacia la Casa Grande.

—¿Parecía consternada?

—Quizá. No podría decirlo con certeza.

—¿Estaba llorando?

—No sabría decirle.

—¿Tenía las mejillas encendidas?

—Sí, pero según mi experiencia hay un montón de razones para que las mejillas de una muchacha estén encendidas —dijo Ross, con una sonrisita.

En este punto, el juez recordó al testigo que aquel era un pleito muy serio y lo amenazó con mandar arrestarlo si hacía algún otro comentario de esa

naturaleza. Ross realizó una aparatosa reverencia dirigida al juez y se disculpó de manera hartamente obsequiosa.

El señor Gifford prosiguió con su interrogatorio al testigo.

—De modo que la señorita Mackenzie se adentró en el bosque con el prisionero y regresó, corriendo, unos minutos después, y se llevó a su amiga de regreso hacia la Casa Grande, ¿cierto?

—Sí, señor.

—¿Y dónde se encontraba el prisionero en ese momento?

—Estaba en el bosque.

—¿Y reapareció?

—Sí.

—¿Después de cuántos minutos?

—No muchos, uno o dos.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Parecía un tanto consternado.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba llorando.

—¿Le contó él lo que había sucedido?

—Sí, señor.

—¿Sería tan amable de compartir con el tribunal lo que este le contó?

—Solo dijo que sus insinuaciones habían sido rechazadas y que se había quedado totalmente destrozado.

—Ha dicho usted «sus insinuaciones»; ¿fueron estas las palabras que él utilizó?

—No lo recuerdo.

—Pero usted entendió que él había hecho algunas «insinuaciones».

—Sí.

—¿Y mostraba el prisionero algún otro signo de consternación?

—Tenía colorado un lado de la cara.

—¿Y ello a qué se debía?

—La muchacha le había pegado.

—¿Vio usted a la muchacha pegarle?

—No.

—Entonces ¿cómo sabe usted que ella le pegó?

—Roddy me lo contó.

—¿Y luego qué pasó?

—Intenté quitarle hierro a lo sucedido, pero, viendo que mi amigo se sentía realmente herido, le propuse que nos tomáramos una jarra de cerveza



para animarlo.

—¿Y él aceptó?

—Lo hizo.

—¿Y regresaron ustedes a la posada?

—Sí.

—¿Y allí consumieron más cerveza?

—Así es.

—¿Y cómo se encontraba su amigo, el prisionero, en ese momento?

—Estaba animadísimo.

—¿Sucedió algo más ese día que sea digno de mención?

—Mientras disfrutábamos de una jarra de cerveza, un tipo grandullón se echó encima de Roddy y le dio una paliza tremenda.

—¿Y por qué se echó este hombre encima de su amigo?

—Por ninguna razón aparente, que yo sepa.

—¿No oyó nada que se dijeran entre ambos?

—No, señor.

—¿Y quién era ese «tipo grandullón»?

—Después me enteré de que se trataba de Lachlan Mackenzie.

—¿El difunto Lachlan Mackenzie?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió a continuación?

—Saqué a Roddy de la taberna y lo dejé en la carretera, de camino a su aldea.

El procurador general concluyó entonces su interrogatorio y el señor Sinclair se puso en pie para la defensa. Explicó que deseaba que el testigo se retrotrajera al día de la partida de rececho de ciervos.

—¿Fue la jornada de caza de ese día provechosa?

—Ciertamente no —repuso Ross con una carcajada.

—¿Y eso por qué?

Archibald Ross procedió entonces a relatar cómo Roddy «se había abatido sobre los ciervos, agitando los brazos como un pájaro enorme y graznando como una bruja».

—¿Y ello para espantar a los ciervos?

—Sí.

—¿Y a usted qué le pareció este comportamiento?

Archibald Ross torció la cara en una mueca cómica y se dio unos golpecitos en la frente con el dedo, gesto que fue recibido con grandes

carcajadas por la tribuna del público. El juez lo reprendió severamente y le ordenó que se limitara a las respuestas verbales.

—Pensé que era la cosa más estúpida que había visto hacer en mi vida — respondió entonces Ross.

El señor Sinclair:

—Y, con anterioridad a esta acción, ¿había dado muestras el prisionero de lo que pretendía hacer?

—En absoluto.

—¿Fue algo completamente repentino?

—De golpe y porrazo.

—Y, con anterioridad a esta acción, ¿cuál era su opinión acerca del prisionero?

—No me había formado ninguna opinión en particular.

—¿No había notado nada extraño en su comportamiento?

—No.

—¿Ni en su forma de hablar?

—No.

—¿Su comportamiento era totalmente racional?

—Sí.

—¿Hasta el momento en el que espantó a los ciervos?

—Sí.

—Ahora bien, usted ha declarado ante el señor Gifford que, después del incidente en el bosque con Flora Mackenzie, el prisionero estaba muy consternado, ¿no es así?

—Sí.

—Que estaba o había estado llorando, ¿es correcto?

—Sí.

—Y, aun así, tan solo un rato después, ha declarado usted que... —en este momento consultó unas notas que tenía garabateadas ante sí—... «estaba animadísimo», ¿cierto?

—Sí.

—¿Qué estaba haciendo el testigo justo antes de que el señor Mackenzie se le echara encima?

—Estaba bailando al son de un violín.

—¿Bailando?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo había transcurrido desde el incidente en el bosque, que, aparentemente, tanto había consternado al prisionero, hasta este

momento del baile del que nos habla?

Ahora Ross vaciló durante unos momentos.

—Puede que una hora.

—¿Más de una hora o menos de una hora?

—Menos de una hora.

—¿Y no le pareció a usted extraño que el prisionero pudiera tan pronto estar llorando como al poco rato estar bailando tan contento?

—Me pareció que se había animado con la jarra de cerveza, nada más.

—¿No pensó usted, al igual que en la montaña, donde el prisionero tan pronto se comportaba de manera completamente racional como al minuto siguiente hacía la cosa más estúpida que usted haya visto jamás, que su amigo sufría cambios de comportamiento muy radicales?

—No, no lo pensé —dijo Ross.

Y con esta respuesta el señor Sinclair dio por concluido su interrogatorio y el señor Ross pudo retirarse del estrado, aunque no sin antes, escribió el señor Philby, «saludar con un gesto ampuloso a la tribuna del público, muy a la guisa de un actor al finalizar una representación teatral; claro que algo de actor sí que tenía».

La Corona llamó entonces al estrado a Ishbel Farquhar, una muchacha de la que *The Scotsman* diría que «representa las mejores virtudes de la mujer de las Tierras Altas, con su aspecto modesto y el brillo rosado de sus mejillas». Lucía un vestido con delantal de color oscuro y llevaba el pelo pulcramente recogido en trenzas. Su presencia pareció turbar un poco a Roddy, cuyos ojos empezaron a saltar de un lado a otro de la sala, «posándose en todo menos en la muchacha que ocupaba el estrado de los testigos».

Tras unos prolegómenos, el señor Gifford inició el interrogatorio propiamente dicho.

—¿Podría usted relatar al tribunal cómo trabó conocimiento con Flora Mackenzie?

—Vino a trabajar a las cocinas de la Casa Grande.

—¿Donde usted también estaba empleada?

—Sí, señor.

—¿Y se hicieron ustedes amigas?

—Sí.

La señorita Farquhar respondía a las preguntas a un volumen tan bajo que el juez tuvo que rogarle que levantara la voz para que los miembros del jurado pudieran alcanzar a oír sus respuestas.

—¿Y estaba usted en compañía de Flora Mackenzie la tarde de la Feria, en Applecross, el 31 de julio?

—Sí, señor, lo estaba.

Al escuchar de nuevo el nombre de su amiga, la señorita Farquhar empezó a sollozar, y el señor Gifford sacó galantemente un pañuelo de su bolsillo y se lo tendió. Cuando ella se hubo recompuerto, el procurador general se disculpó por haberla consternado.

—Lo que nos trae aquí, no obstante, es un asunto de extrema gravedad —prosiguió—, y es necesario que testifique acerca de aquellos particulares relacionados con el caso.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —respondió la señorita Farquhar.

—¿Le habló Flora alguna vez sobre el prisionero?

—Sí, señor, sí que lo hizo.

—¿Y qué fue lo que ella le contó?

—Me dijo que había salido a pasear con él en una o dos ocasiones y que el muchacho le gustaba bastante, pero que se le ocurrían unas ideas muy raras y que a veces decía cosas extrañas.

—¿Qué clase de ideas raras?

—No lo sé.

—¿Ella no se lo contó?

—No.

—¿Podría decirnos qué estaban ustedes haciendo justo antes de que se encontraran con el prisionero y su amigo, Archibald Ross, la tarde que nos ocupa?

—Estábamos dando una vuelta por los jardines de la Casa Grande.

—¿Y fueron abordadas por Archibald Ross y el prisionero?

—Sí.

—¿Y en qué condiciones se encontraban ellos?

—Estaban borrachos.

—¿Ambos?

—Roddy un poco más.

—¿Cómo de ebrio estaba?

—Le costaba hablar y caminaba de manera insegura.

—Así y todo, ¿ustedes accedieron a que les hicieran compañía?

—Sí.

—¿Y se internaron con ellos en el bosque, cerca del arroyo?

—Sí. No nos pareció que tuviese nada de malo.

La testigo rompió a llorar de nuevo.

—De modo que ¿no consideró al prisionero como una persona peligrosa, como alguien que pudiera hacerle daño a usted o a Flora?

—Yo no lo conocía.

—Por favor, relate al tribunal lo que sucedió en el bosque.

—Cuando llegamos al arroyo, el señor Ross me cogió del brazo y me dijo que quería enseñarme algo, y me llevó con él hasta el puente.

—¿Y los acompañaron hasta el puente el prisionero y Flora Mackenzie?

—Ellos siguieron adelante por el sendero junto al arroyo.

—¿Qué sucedió entonces?

—El señor Ross se inclinó sobre el pretil del puente y se puso a hablar sobre las truchas y los salmones del río, señalándome el agua, pero yo no veía ningún pez.

—¿Y?

—Entonces intentó besarme.

—¿Dónde intentó besarla?

La señorita Farquhar no respondió y, a cambio, se tocó el cuello con la mano.

—¿Y permitió usted que el señor Ross la besara?

—No, no lo permití.

—¿Qué hizo usted?

—Me aparté, pero él me tenía agarrada del brazo y no me quería soltar y, entonces, me hizo...

—Continúe, se lo ruego, señorita Farquhar.

—Me hizo una proposición deshonesta.

—¿Una proposición de naturaleza sexual?

—Sí, señor.

—Comprendo. ¿Y entonces?

—Me asusté, porque me tenía agarrada del brazo. Pero entonces Flora regresó por el sendero y él me soltó y las dos nos marchamos juntas.

—¿Regresó ella corriendo o caminando?

—Venía corriendo.

—¿Y le contó Flora Mackenzie lo que había ocurrido mientras estaba a solas con el prisionero?

—Me dijo que Roddy le había dicho unas cosas muy ordinarias y que le había puesto las manos encima y que ella, entonces, le había abofeteado.

El señor Gifford se disculpó por insistir en el asunto y prosiguió.

—¿Le indicó ella dónde le había puesto las manos el prisionero?

En este momento, informó el señor Philby, el prisionero «se mostró más agitado de lo que lo había estado en ningún momento previo del proceso. Sus mejillas adquirieron un color carmesí y empezó a retorcer las manos en el regazo y a encogerse sobre sí mismo. Aunque hubiese admitido no sentir ningún remordimiento por el hecho de haber asesinado a tres personas, lo cierto es que sí parecía tenerlos por la forma en la que se le había insinuado a la desdichada señorita Mackenzie».

La testigo mantuvo la mirada baja y se negó a responder durante unos momentos.

—¿Le dijo Flora, señorita Farquhar, que él había posado sus manos en las partes íntimas de su cuerpo?

Ella asintió y el juez ordenó que se indicara en el acta de la sesión que la testigo había contestado afirmativamente.

—¿Desea añadir algo más?

—No, señor.

El señor Gifford le dio entonces las gracias y concluyó su interrogatorio. El señor Sinclair declinó contrainterrogar a la testigo y esta pudo retirarse.

El último testigo que la Corona llamó a declarar fue Hector Munro, doctor en Medicina, «un hombre menudo y regordete, con patillas de boca de hacha y tez rubicunda». Tenía todo el aspecto, escribió el pícaro señor Philby, «de ser íntimo de un tal señor J. Walker».

El doctor Munro indicó que se dedicaba a la medicina general y manifestó que ocupaba un puesto fijo como funcionario médico de la prisión de Inverness.

El señor Gifford:

—¿Y en qué consisten sus obligaciones en el desempeño de este cargo?

El doctor Munro:

—Velar por el estado de salud general de los prisioneros.

—¿Y fue en esta calidad que se le requirió que examinara al prisionero aquí presente, Roderick Macrae?

—Así es.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, lo hice.

—¿Y examinó al prisionero con el único fin de determinar su estado físico?

—No. El fiscal me pidió que determinara el estado mental del prisionero.

—¿Con el objeto de confirmar si el prisionero se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales?

—Sí.

—¿Podría usted informar al tribunal acerca de la condición física del prisionero?

—Pude determinar que su estado de salud era bueno en general, si bien presentaba leves síntomas de escorbuto, consecuencia, sin duda, de llevar una dieta alimenticia pobre.

—Pero, por lo demás, ¿estaba sano?

—Sí. Estaba muy fuerte.

—Ahora bien, en lo que se refiere a su estado mental, ¿podría decirnos qué método utilizó para evaluarlo?

—Estuve conversando un buen rato con el prisionero.

—¿Sobre los crímenes de los que aquí se lo acusa?

—Sobre estos crímenes, sí, y sobre su vida en general.

—¿Y conversó el prisionero con usted de una manera civilizada?

—De una manera harto civilizada, sí.

—¿Y cuál fue su conclusión acerca del estado mental del prisionero?

—Determiné que se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales.

—«En plena posesión de sus facultades mentales» —repitió el señor Gifford, dando gran énfasis a estas palabras—. ¿Y en qué se basó para llegar a esta conclusión?

—El prisionero era totalmente consciente de su entorno y de por qué estaba allí. Contestó a mis preguntas de forma clara y tajante y no mostró signos de pensamiento delirante o trastornado en su razonamiento. Es más, me atrevería a afirmar que es uno de los prisioneros más inteligibles e inteligentes con los que me he encontrado.

—Conque es «uno de los prisioneros más inteligibles e inteligentes con los que se ha encontrado»; vaya, esta es toda una afirmación, doctor Munro.

—Es mi sincera opinión.

—¿Y preguntó usted al prisionero específicamente acerca de los crímenes que se le imputan?

—Sí, lo hice.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Admitió abiertamente su culpabilidad.

—Y esta respuesta ¿podría deberse a que el prisionero deseaba complacerlo a usted de algún modo? ¿Es posible que creyese que era eso lo que usted quería escuchar?

—Desconozco los motivos que podrían mover al prisionero, pero, que yo recuerde, le planteé la pregunta de una forma completamente neutral.

—¿De qué forma?

—Le dije que tenía noticia de unos crímenes que se habían perpetrado en su aldea y le pregunté si sabía algo de ellos.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Contestó sin vacilar que él era el responsable.

—¿Y le preguntó usted por qué había cometido estos crímenes?

—Sí, así es. Contestó que había cometido estos crímenes con el objeto de aliviar a su padre de las tribulaciones que la víctima le había causado.

—¿Y, al decir la víctima, se refiere a Lachlan Mackenzie?

—Sí.

—¿Y sus palabras fueron esas, «con el objeto de aliviar a su padre de las tribulaciones que la víctima le había causado»?

—Eso creo, más o menos.

—¿Y le preguntó usted por las otras víctimas?

—No específicamente.

—¿Y le pareció que sus respuestas eran sinceras?

—No hallé motivos para no creerle.

—¿Le formuló usted al prisionero más preguntas relativas a estos crímenes?

—Le pregunté si sentía algún remordimiento por lo que había hecho.

—¿Y qué contestó?

—Me contestó que no.

—¿No sentía remordimientos por haber asesinado a tres personas?

—No, señor.

—¿Y a usted no le pareció esto insólito? ¿O incluso una señal, quizá, de que no estaba en plena posesión de sus facultades mentales?

—Según mi experiencia, los prisioneros rara vez muestran tener remordimientos por lo que han hecho. Y, cuando manifiestan algún sentimiento de pesar, se debe por lo general sola y exclusivamente al hecho de haber sido encarcelados.

Este último comentario distendió el ambiente reinante en la sala durante un momento y el juez permitió que la pequeña oleada de risas decayera por sí sola.

—Esta ausencia de remordimientos, entonces, ¿no es, en su opinión como médico, un síntoma de pérdida de la razón?

—Ni mucho menos, señor.

—¿Está usted al tanto de que el prisionero ha presentado una alegación especial de la eximente de demencia, según la cual arguye que, en el



momento en que cometió estos actos, no se hallaba en posesión de sus facultades mentales?

—Sí, estoy al tanto.

—¿Le pareció a usted en algún momento que el comportamiento del prisionero fuera propio de un demente?

—No.

—¿Cabe la posibilidad de que, cuando cometió estos actos, lo hiciera en un estado de enajenación mental?

—Teniendo en cuenta el relato que él mismo me ofreció de sus crímenes y la forma tan racional con que me habló, no creo que estuviera enajenado en el momento de cometer estos actos.

El señor Gifford agradeció entonces al testigo su declaración y concluyó su interrogatorio. El señor Sinclair se puso en pie para la defensa.

—¿Cuánto tiempo —preguntó— lleva usted trabajando en calidad de funcionario médico de la prisión de Inverness?

—Unos ocho años.

—Debe usted haber examinado a muchísimos prisioneros en ese periodo de tiempo.

—Desde luego, así es.

—¿Y qué porcentaje de los prisioneros que ha examinado consideraría usted que están locos?

—No sé si podría decirlo con certeza.

—¿La mitad? ¿Más de la mitad? ¿Menos de la mitad?

—Mucho menos de la mitad.

—¿Podría ser más específico?

—Un porcentaje muy reducido.

—¿Diez de cada cien? ¿Cinco de cada cien?

—Quizá uno de cada cien.

—¡Uno de cada cien! Ese es un porcentaje muy reducido, desde luego —exclamó el señor Sinclair—. Y a los otros noventa y nueve hombres ¿qué los ha llevado a acabar en su prisión?

—Han cometido alguna clase de crimen, o bien han sido acusados de cometerlo.

—Y ¿por qué razón han cometido estos hombres, este noventa y nueve por ciento de hombres, sus crímenes?

El doctor Munro parecía un tanto desconcertado ante esta línea de interrogatorio. Miró hacia el juez, el cual se limitó a indicarle que debía contestar a las preguntas que se le formularan.

—Si me viera obligado a aventurar una opinión, diría que están allí porque son incapaces de dominar sus más bajos instintos.

—¿Sus instintos de robar o atacar a sus semejantes?

—Por ejemplo, sí.

—Pero ¿esta incapacidad de dominar sus instintos no es indicio, en su opinión, de una privación del juicio?

—No, señor.

—Se trata sencillamente de hombres malos.

—Si es así como desea usted expresarlo.

—¿Cómo lo expresaría usted?

—Yo diría que son criminales, señor.

El señor Sinclair hizo una pausa un tanto teatral y, plantándose frente a los caballeros del jurado, formuló una nueva pregunta sin mirar al testigo.

—Es decir, que, de cada cien hombres que examina usted en calidad de funcionario médico de la prisión de esta ciudad, no encuentra señales de locura en noventa y nueve de ellos, ¿es así?

—Sí, es correcto.

—¿Sería acertado decir que, en general, cuando examina a los internos de la prisión, no va buscando signos de locura?

—Por lo general, mis exploraciones se limitan a realizar un examen físico de los prisioneros, sí.

—¿Se considera usted experto en el campo de la antropología criminal?

—Teniendo en cuenta que he estado examinando prisioneros durante ocho años, yo diría que sí me considero bastante experto en ese campo.

—¿Se consideraría usted experto en el campo de la psicología criminal?

—Sí, me consideraría experto, sí.

—¿Podría usted explicar al tribunal el significado del concepto «demencia moral»?

—No estoy familiarizado con ese concepto.

—¿Podría usted explicar al tribunal el significado del concepto «manía sin delirio»?

El doctor Munro negó con la cabeza.

—Tampoco está usted familiarizado con ese concepto. Y dígame, ¿está usted familiarizado con las obras de *monsieur* Philippe Pinel<sup>[12]</sup>?

—No, no lo estoy.

—¿Está usted familiarizado con la obra del doctor James Cowles Prichard?

—He oído hablar de él.

—Entonces habrá leído usted su volumen *Tratado sobre la demencia y otros trastornos que afectan a la mente*, ¿no es así?

—No lo recuerdo.

—¿Está usted declarando no recordar si ha leído o no una obra de gran trascendencia en el pensamiento actual sobre la psicología de los criminales, campo en el que manifiesta ser un experto?

—Mi competencia se basa en mi experiencia examinando miembros de la población criminal.

—Una población que, a su juicio, incluye solamente un ínfimo porcentaje de hombres con trastornos mentales.

—Sí.

—Puesto que ha sido convocado aquí hoy para dar testimonio en el más solemne de los procesos, y en tanto en cuanto manifiesta usted ser un experto, ¿no cree que es su responsabilidad familiarizarse con las teorías más recientes de dicho campo?

—No creo que ningún médico, de pedírsele que examinara al prisionero, llegase a una conclusión distinta a la que he llegado yo.

—Le ruego que me disculpe, doctor Munro, pero no le he preguntado eso. Lo que yo le pregunto es lo siguiente: ¿no es su responsabilidad, como supuesto experto en psicología criminal, la aplicación de la cual es de crucial importancia en este caso, mantenerse completamente al día de las teorías desarrolladas en este campo?

Para entonces, el buen doctor estaba, escribió el señor Philby, «poniéndose muy nervioso y miraba de un lado a otro como si esperara encontrar una botella de *whisky* escondida en algún rincón del estrado de los testigos».

El señor Sinclair no lo presionó en busca de una respuesta, sin duda estimando que su silencio se revelaba mucho más condenatorio que cualquier cosa que pudiera llegar a decir. En su lugar, adoptó un tono de voz más conciliador.

—Quizá yo esté siendo poco razonable —empezó—. A lo mejor resultaría más práctico que le contase usted al jurado qué preparación o educación ha recibido en el campo de la psicología criminal.

El doctor Munro miró, suplicante, al juez, quien, con un gesto de la mano, le indicó que contestase.

—No he recibido ninguna preparación de ese tipo.

El señor Sinclair, que a todas luces estaba saboreando este vuelco de la fortuna en favor de su caso, dedicó una marcada expresión de asombro a los

miembros del jurado.

—¿Sería entonces más preciso describirlo como autodidacta en este campo?

—Sí, eso sería más preciso —contestó el médico.

—En ese caso, y puesto que no ha leído las obras del doctor Prichard ni las de *monsieur* Pinel, quizá podría usted citarle al jurado los títulos de algunos de los volúmenes a los que debe sus conocimientos.

El doctor Munro pareció recapacitar acerca de esta pregunta, antes de responder que no podía, en ese momento, recordar ningún título en concreto.

—¿No puede recordar ni uno solo de los volúmenes que ha leído acerca de un tema del que, al ser preguntado antes, ha declarado ser experto?

—No.

—¿Hemos entonces de suponer, doctor Munro —y aquí hizo un gesto con la mano, abarcando al jurado—, que no está usted en absoluto cualificado para pronunciarse acerca del estado mental del prisionero?

—Yo creo que sí estoy cualificado.

—Pero ¿no tiene usted titulación alguna!

No pareció que el testigo tuviera ganas de defenderse de la arremetida del abogado y, sacudiendo la cabeza de forma significativa, el señor Sinclair concluyó su interrogatorio.

El doctor Munro, ostensiblemente aliviado de que por fin terminara su calvario, se aprestó a bajar del estrado de los testigos, pero fue reprendido por el juez, dado que aún no le habían dado permiso para retirarse. El señor Gifford se puso en pie para volver a interrogar al testigo. Se disculpó con el médico por entretenerlo más tiempo antes de pedirle que recordase al tribunal cuánto tiempo llevaba ejerciendo en la prisión de Inverness. Luego preguntó al doctor a cuántos prisioneros había examinado en total durante ese periodo.

El doctor Munro, visiblemente complacido con que se le brindase la oportunidad de redimirse, respondió que, si bien era imposible dar una cifra exacta, esta debía de sumar «muchos centenares».

—Y, en su dilatada experiencia, solo a un porcentaje muy pequeño de aquellos que han pasado por sus manos se los puede calificar de dementes, ¿cierto?

—Esa es mi opinión, sí.

—¿Su opinión médica?

—Sí.

—¿Sabe usted reconocer los signos, o síntomas, de la demencia, doctor Munro?

—Sí.

—¿Nos podría usted enumerar esos signos?

—En primer lugar, el prisionero puede estar afectado por alguna clase de delirio...

El señor Gifford ahora se disculpó por interrumpir al testigo.

—¿Podría usted explicar, por favor, a qué se refiere con el término «delirio»?

—Me refiero, simplemente, a que el prisionero opera bajo alguna creencia falsa. Es posible que escuche voces, tenga visiones o crea ser alguien que no es.

—Gracias. Continúe, por favor.

—Un prisionero puede presentar una alteración del pensamiento; es decir, hablar de forma ostensiblemente racional, pero que un pensamiento no siga a otro de forma normal. Asimismo, sus afirmaciones pueden no corresponderse en absoluto con la realidad.

—¿Algo más?

—Me he topado con prisioneros que solo sueltan por la boca galimatías incomprensibles, cuya habla no es más que una retahíla inconexa de palabras ininteligibles o que ni siquiera puede reconocerse como lenguaje<sup>[13]</sup>. Hay también prisioneros que son incapaces de comprender los más sencillos planteamientos o que responden de manera completamente incoherente o irrelevante. Luego están aquellos a los que tal vez pudiéramos calificar de imbéciles, y que, por un motivo u otro, presentan un desarrollo sencillamente defectuoso o infantil.

El señor Gifford animó al doctor a que continuase.

—Existe un reducido número de casos en que los prisioneros no responden en modo alguno a su entorno, permanecen sentados o tumbados en un rincón de la celda y no reaccionan a ningún estímulo, limitándose a menudo a murmurar para sí o a repetir la misma acción *ad nauseam*.

—Esa es una enumeración de lo más completa —dijo el señor Gifford—. Y, dígame, todos estos conocimientos acerca de las diversas formas de demencia, ¿de dónde los ha obtenido?

—A partir de mi experiencia en el trato con los presos de la prisión de Inverness.

—Pero a buen seguro habrá habido ocasiones en las que se ha enfrentado a casos de difícil diagnóstico, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y qué hace usted si se da esa eventualidad?

—A veces discuto el caso con algún colega o bien consulto algún que otro manual.

—Comprendo. Y ¿diría usted que este proceso de consulta, junto con su dilatada experiencia en el trato con criminales, lo cualifican para determinar el grado de cordura de cualquier individuo?

—Yo diría que sí, efectivamente.

—Bien, antes de que abandone el estrado, le ruego que me permita hacerle una última pregunta. Durante su examen del prisionero aquí presente, ¿mostró este alguno de los signos de demencia o presentó cualquiera de los comportamientos que acaba usted de describir?

—No, no lo hizo.

—¿No deliraba?

—No.

—¿No tenía alterado el pensamiento?

—No.

—¿Era consciente de su entorno y de las circunstancias que lo habían llevado hasta allí?

—Sí, lo era.

—Y, según su opinión médica, ¿podría considerarse que padece demencia o que está enajenado?

—No.

El señor Gifford, en este punto, dirigió una mirada fulminante al banco de la defensa y, sin más teatro, concluyó su interrogatorio. Al doctor Munro se le permitió ahora retirarse y, con una mirada de gratitud hacia el procurador general, «se escabulló de la sala, sin duda para buscar refugio en la posada más cercana».

Al concluir el turno de la acusación, y como dictaminaba la ley procesal escocesa de la época, el actuario leyó la Declaración del Reo, siendo esta la única manifestación que se le permitía al acusado:

*Me llamo Roderick John Macrae y tengo diecisiete años de edad. Soy natural de Culduie, Ross-shire, y resido en la vivienda situada más al norte de la aldea con mi padre, John Macrae, aparcerero. Y, habiendo leído los cargos de los que se me acusa, a saber, el haber causado la muerte de Lachlan Mackenzie, de treinta y ocho años de edad, Flora Mackenzie, de quince años de edad, y Donald Mackenzie, de tres años de edad, por medio de varios golpes asestados con una laya y una zapa, en su casa, el 10 de agosto del presente año; declaro:*

*admito libremente ser el responsable de las muertes de las personas citadas. En la mañana del día en cuestión, me dirigí a la casa de Lachlan Mackenzie, provisto de estas armas, con la intención de matarlo. Maté a Lachlan Mackenzie en retribución por el sufrimiento que él le había causado a mi padre y a mi familia en su conjunto. No era mi intención matar a Flora Mackenzie ni a Donald Mackenzie. Sus muertes se hicieron necesarias por su presencia en la casa y mi deseo de impedir que dieran la alarma. Creo que el éxito de mi empresa debe atribuirse a la Providencia y, por ello mismo, acepto el destino, sea este cual fuere, que la Providencia dicte para mí. Estoy en plena posesión de mis facultades mentales y realizo esta declaración de forma libre y bajo ninguna coacción. Afirmo que todo lo aquí declarado es cierto.*

*[Firmado]*

*Roderick John Macrae*

La acusación se mostró aliviada. Como para entonces ya eran cerca de las cuatro de la tarde, se entabló en la tribuna una discusión sobre si procedía levantar la sesión hasta el día siguiente. El señor Sinclair, que claramente no quería que el jurado pasara la noche con la declaración de Roddy afirmando estar en plena posesión de sus facultades mentales resonando en sus oídos, se mostró favorable a proseguir con la sesión. El señor Gifford arguyó que, comoquiera que no había posibilidad alguna de concluir el proceso ese día, debían retomar el pleito de buena mañana al día siguiente. El diálogo, al menos por parte del señor Sinclair, se volvió bastante acalorado, pero, después de consultar brevemente y entre susurros con sus colegas, el juez declaró que se levantaba la sesión. El señor Sinclair, informó *The Scotsman*, «se puso muy colorado y se le oyó murmurar, de manera perfectamente audible, acerca de la existencia de una conspiración en contra de su cliente, una afirmación con la que se ganó una severa reprimenda por parte del juez y por la que se disculpó al punto».

Dejando de lado el sentir del señor Sinclair hacia el dictamen perfectamente razonable del juez, no podría decirse que semejante exhibición de petulancia en presencia del jurado jugase muy a favor de los intereses de su cliente. El juez recordó al jurado las advertencias del día anterior y todos los presentes procedieron a abandonar la sala. Los ocupantes de la tribuna del

público efectuaron su salida «muy a la guisa de un grupo de colegiales el último día de clase antes de las vacaciones de verano».

Las ediciones vespertinas de los periódicos incluyeron coloridas reseñas de los intercambios entre los abogados y el doctor Munro, y el *Inverness Courier* publicó que «no se hablaba de otra cosa en las tabernas y en las esquinas de la ciudad. Quienes habían tenido la enorme fortuna de presenciar el juicio peroraban entre la gente como grandes sabios, y las discusiones se prolongaban hasta bien entrada la noche, debatiendo acaloradamente sobre si el desafortunado prisionero acabaría o no en la horca».

Entre los reporteros parecía darse una división de opiniones muy similar. El relato de *The Scotsman* sobre la sesión de ese día concluía de este modo: «el rayo de esperanza que le había proporcionado su abogado con su magistral demolición del doctor Munro fue extinguido al punto por la tajante declaración, de boca del mismísimo prisionero, de que se encontraba en plena posesión de sus facultades mentales. Ahora solo un inusitado cambio de tornas conseguiría convencer al jurado de que el desgraciado aparcerero es inocente de los cargos que se le imputan».

Para el reportero del *Courier*, John Murdoch, el caso no estaba tan claro, empero: «Si bien la destreza con la que el señor Gifford ha presentado el caso de la Corona es incuestionable, el jurado ya ha escuchado a lo largo del proceso los suficientes testimonios sobre el comportamiento peculiar del acusado como para sembrar ciertas dudas acerca de su cordura».

Al día siguiente, en la edición matinal de *The Times*, el señor Philby escribía:

*Es verdaderamente anómalo que, para un caso como el que nos ocupa, la defensa dependa de un único testigo, pero hay que reconocer que el juicio de Roderick Macrae es de todo menos normal. Lo que aquí se juzga no son los hechos del caso, sino el contenido de la mente de su perpetrador y, por lo que se ha visto hasta ahora, se trata de algo que muy pocos, por no decir nadie, pueden pretender saber realmente. El prisionero se ha comportado en todo momento de forma respetuosa y modesta, tanto es así que resulta del todo imposible imaginarlo ejecutando los brutales crímenes de los que se lo acusa. Sin embargo, los ejecutó, y que una persona capaz de semejante extravío pueda luego permanecer sentada sin abrir la boca durante dos días, apunta, a ojos de quien escribe, a una clase de locura distinta de las enumeradas por el doctor Hector*



*Munro. Es por tanto un gran peso el que recae ahora sobre los hombros del eminente James Bruce Thomson, pues de él depende el destino de Roderick Macrae.*

## Tercer día

El señor Philby no fue el único en darse cuenta de la importancia del testimonio del señor Thomson. Su entrada en la sala había generado más expectación que la de cualquier otro testigo a lo largo del proceso, exceptuando la primera aparición del propio prisionero. El señor Thomson, ataviado con un traje negro muy ajustado y con la cadena de un reloj de oro de bolsillo cruzándole el abdomen de parte a parte, ocupó su lugar en el estrado de los testigos con un aire de gran solemnidad. Según el reportero de *The Times*, «lanzó una mirada altiva a la tribuna del público y luego clavó sus ojos, sucesivamente, en los jurados, la Corona y la defensa con no menos arrogancia. El renombrado alienista dejó bien claro que se consideraba el protagonista de aquella curiosa pieza de teatro».

El juez llamó al orden a la sala y, una vez cumplidas las formalidades, el señor Sinclair inició su interrogatorio pidiendo al testigo que indicara su profesión.

El señor Thomson:

—Soy el cirujano residente a cargo de la Prisión General para Escocia, en Perth.

—¿Y durante cuánto tiempo ha ocupado usted dicho cargo?

—Unos catorce años.

—Y, en ese tiempo, ¿a cuántos prisioneros ha examinado usted?

—En torno a seis mil.

—¿Y ha examinado usted tanto el estado físico como mental de estos prisioneros?

—Así es.

—¿Y es correcto afirmar que ha prestado usted especial atención a las condiciones psicológicas que presentan los prisioneros a su cuidado?

—Es correcto, sí.

—¿Y diría usted que posee conocimientos bastante especializados en el estudio de la salud mental de los criminales?

—En efecto, yo diría que sí, modestia aparte.

—¿En base a qué se atribuiría usted esta especialización?

—Además de mi experiencia examinando a prisioneros, he realizado un estudio exhaustivo de la literatura que versa sobre este tema. He sido elegido miembro de la Asociación de Psicología Médica y fui invitado por este organismo a realizar una ponencia sobre los efectos psicológicos del encarcelamiento en el recluso. Mi artículo sobre los casos de epilepsia entre prisioneros ha sido publicado en la *Edinburgh Monthly Journal* y en breve publicaré más trabajos sobre los aspectos psicológicos y hereditarios del crimen en la *Journal for Mental Science*.

—Eso es verdaderamente impresionante, caballero —dijo el señor Sinclair—. Y, dígame, ¿sería también correcto afirmar que a aquellos criminales declarados no aptos para ser juzgados por considerárselos dementes se los interna en su institución?

—Es correcto, sí.

—De modo que, además de una dilatada experiencia con la población carcelaria en general, por así llamarla, usted ha tenido mucho contacto con criminales dementes, ¿cierto?

—Desde luego.

—¿Y establecería usted alguna distinción entre la población carcelaria en general y los sujetos considerados como criminales dementes?

—Existe una similitud en tanto en cuanto los criminales de ambas clases carecen, en buena medida, de sentido moral. No obstante, el criminal común suele presentar una disposición hereditaria al crimen y esta es, en la mayoría de los casos, incurable. Ahora existe una clase criminal que mora en las barriadas superpobladas de nuestras ciudades. Esta gente nace en el seno de un entorno criminal, y es criada, alimentada y educada en él. Así, podría argumentarse que a estos criminales no se los puede considerar, en puridad, responsables de sus actos, puesto que nacen en ese entorno criminal y nada pueden hacer para combatir la tiranía de sus circunstancias.

Había, observó el señor Murdoch, «algo de la cualidad seductora del pastor de la Iglesia libre en el ritmo y la entonación de la oratoria del alienista».

—¿Y es posible —preguntó el señor Sinclair— identificar a los miembros de esta clase criminal hereditaria de la que habla usted?

—Por supuesto.

—¿De qué modo?

—A causa de las inmundas condiciones en las que se reproducen estas colonias y de su desconsideración para con las normas de la consanguinidad, es habitual que presenten anormalidades, como deformaciones de columna,

tartamudeo, órganos del habla imperfectos, pies deformes, fisura del paladar, labio leporino, sordera, ceguera congénita, epilepsia, escrófula y demás. Todo ello acompañado, a menudo, de retraso mental o imbecilidad. Quienes nacen en el seno del crimen son tan fáciles de distinguir de un hombre trabajador honesto como una oveja de cara negra de una oveja Cheviot<sup>[14]</sup>.

—Bien, ¿es correcto que viajó usted a Inverness para examinar al acusado de este caso?

—A instancia suya, señor, así es.

—¿Y examinó usted al prisionero?

—En efecto.

—¿Y cuáles fueron los resultados de dicho examen?

—Descubrí que, en determinados aspectos, contaba con características de naturaleza inferior propias de la clase criminal hereditaria.

—¿En qué aspectos?

—Su estatura está por debajo de la media; tiene un cráneo contrahecho; sus orejas son más grandes y colgantes de lo normal. Los ojos son pequeños y están muy juntos y, como cualquiera puede observar, tiene un ceño grande y prominente. La piel es pálida y de aspecto poco saludable, aunque yo atribuiría esto último a una dieta deficiente y no tanto a factores hereditarios.

—Y, a fin de determinar si el prisionero debía o no ser considerado un criminal por herencia, ¿llevó usted a cabo alguna otra pesquisa aparte de este examen físico del que habla?

—Así es. En compañía de usted, viajé al domicilio del prisionero en la aldea de Culduie, en Ross-shire.

—¿Y por qué creyó necesario realizar este viaje?

—Como creo que ya hice notar en su momento, si uno descubre que el agua de su copa está infecta, resulta necesario comprobar el pozo.

El juez intervino en este punto para pedirle al psiquiatra que explicara el significado de aquella metáfora.

—Me refiero, simplemente —dijo el señor Thomson—, a que no se puede determinar si las características de un individuo le han sido transmitidas por vía hereditaria a partir de un mero examen físico. Hay que comprobar también el origen del que proviene.

El señor Sinclair:

—¿Y qué averiguó usted en su visita a Culduie?

—Los habitantes son, en su mayoría, de naturaleza inferior, bajos de estatura y, por lo general, de apariencia poco atractiva, lo que sin duda es resultado de la prevalencia de la unión entre miembros de la misma familia,

como atestigua el elevado índice de determinados apellidos en la zona. Descubrí que las condiciones de vida del prisionero y su familia eran del todo infrahumanas, viviendo como vivían en un tugurio (me cuesta llamarlo casa) desprovisto de ventilación y de unas mínimas condiciones de salubridad, que además compartían con los animales. Comprobé que el padre, con quien pude conversar unos minutos, era tardo hasta el punto de rayar en la imbecilidad. La madre del prisionero murió durante un parto, lo que en nuestros tiempos puede considerarse un claro indicador de la presencia de algún tipo de debilidad congénita. La hermana del prisionero se había suicidado, lo que apunta a la existencia de alguna clase de enfermedad mental hereditaria en este desafortunado clan. No tuve la oportunidad de examinar a los hermanos pequeños del acusado, pues habían sido puestos al cuidado de otras personas en otro lugar. En resumen, yo afirmaré sin vacilar que el prisionero proviene de una estirpe de naturaleza inferior a la normal.

—Entonces ¿concluiría usted que el prisionero pertenece a la clase criminal hereditaria que, con tanta elocuencia, ha descrito antes?

—Me doy perfecta cuenta, a tenor de la línea de defensa que está usted desarrollando en este caso, de que desea que conteste afirmativamente. No obstante, si bien el prisionero se asemeja a la prole criminal urbana y ello se debe sin duda alguna a su baja estofa, yo no lo clasificaría como miembro de las clases criminales; a saber, aquellas clases que nacen en un entorno criminal y sobre las cuales el crimen ejerce una influencia irresistible.

Al punto, el señor Sinclair «dio claras muestras de que le acababan de poner la zancadilla». Y, de forma un tanto balbuceante, pidió al señor Thomson que explicara cómo había llegado a esa conclusión.

—Es muy sencillo, señor Sinclair. Uno ha de buscar las causas del crimen no solo en el material hereditario del criminal, sino también en su entorno. Aunque a los hombres cultivados como nosotros los asentamientos de las Tierras Altas puedan parecernos hartos miserables, lo cierto es que constituyen un paraíso en comparación con las barriadas en las que habita el maleante urbano. El aire es limpio y discurre libremente y, aunque la población vive en la pobreza, la vasta mayoría de sus gentes trabaja honradamente en el campo o en algún otro oficio menor. Los hurtos y los timos son casi inexistentes en esos pagos. Así pues, el individuo, por baja que sea su naturaleza o por limitada que sea su capacidad mental, no se cría ni alimenta en un ambiente de criminalidad. Puede que el prisionero aquí presente haya nacido en un entorno que haría retroceder a un hombre civilizado, pero no se trata de un entorno criminal.

Se produjo una pausa en el proceso mientras el señor Sinclair consultaba con su asistente. El señor Gifford, según se informó, «se arrellanó en su silla y, de no haber resultado indecoroso hacerlo, a buen seguro habría plantado los pies sobre la mesa que tenía delante». Los ocupantes de la tribuna del público, es posible que no del todo conscientes aún de la relevancia de lo que acababan de escuchar, susurraban entre ellos. Al juez no pareció importarle permitir este breve paréntesis antes de preguntarle al señor Sinclair si había concluido con su interrogatorio.

El abogado indicó que no había terminado y se apresuró a plantear su siguiente pregunta al testigo.

—Hemos escuchado el testimonio del señor Hector Munro, doctor en Medicina General, que ha declarado que el prisionero no presenta ningún signo externo de demencia o imbecilidad. ¿Estaría usted de acuerdo con esta afirmación?

—Sí.

—Pero ¿estaría usted también de acuerdo en que es posible que a una persona que no presente ninguno de estos signos se la considere demente?

—Así es, sí.

—¿Y cómo es esto posible?

—Durante las últimas décadas, nuestros conocimientos acerca del funcionamiento, o de la disfunción, de la mente han mejorado notablemente gracias a las labores de investigación de mis colegas ingleses y del continente, de modo que ahora existe en el campo de la antropología criminal una aceptación generalizada de la demencia moral o, como también se la ha venido llamando, la «manía sin delirio».

—¿Podría usted describir en qué consiste esta afección?

—Por explicarlo en pocas palabras, consiste en una perversión mórbida de los afectos sin que se dé un trastorno concomitante de las facultades intelectuales. Así pues, un individuo puede mostrarse completamente consciente de la realidad y tener un discurso totalmente racional y, sin embargo, carecer por completo de sentido moral. Esto se manifiesta en la naturaleza habitual del delincuente de crímenes menores que es incapaz de abstenerse de robar y, en los delincuentes de crímenes graves, como son el asesinato, el estupro o el infanticidio, por la ausencia total de remordimientos. El demente moral es completamente incapaz de resistirse a sus impulsos violentos o criminales. Estos desgraciados se distinguen por acusar cierta prevalencia de sentimientos malvados, que surgen a menudo a la menor provocación. Ven animadversión donde no la hay y se dejan llevar por sus

fantasías de venganza y maldad con tanta entrega que luego son incapaces de resistirse a ponerlas en práctica.

—¿Afirmaría usted, entonces, que esa clase de individuos no son responsables de los actos que cometen?

—No sabría decirle desde el punto de vista legal, pero, desde la perspectiva del estudioso de la psicología criminal, no se los puede considerar responsables de una manera normal, puesto que estos individuos nacen, por la razón que sea, sin sentido moral. Carecen en su composición natural de los mecanismos normales de control y equilibrio que poseen los hombres y mujeres civilizados. Y por tanto no se los puede considerar completamente responsables de sus actos. Son imbéciles morales, y tan culpables de su condición como lo pueda ser un cretino de la suya.

En este punto, el juez intervino para instar al señor Sinclair a que abandonara aquellas generalidades «sin duda fascinantes» y centrara su interrogatorio del testigo en el caso. El señor Sinclair accedió, aunque no sin antes hacer notar que resultaba necesario familiarizar a los miembros del jurado con las corrientes actuales de pensamiento en el campo de la psicología criminal.

—Bien —prosiguió—, se ha leído ante este tribunal una declaración en la que el prisionero manifiesta voluntariamente estar en plena posesión de sus facultades mentales. ¿Cree usted posible, dada su dilatada experiencia en el trato con la población criminal, que a una persona que hiciera esta clase de declaración se la pudiera considerar demente a pesar de todo?

—Totalmente posible, sí —repuso el señor Thomson.

—¿Y cómo es eso?

—Si un prisionero delira, ese delirio es tan real para él como esta sala de tribunal lo es para nosotros. Si un individuo es un demente, es incapaz, por definición, de reconocerse como tal.

—Entiendo —dijo el señor Sinclair, haciendo una pausa con el fin de que el jurado pudiera asimilar esta afirmación—. Teniendo esto en cuenta, ¿qué validez le daría usted a la declaración del prisionero acerca de su propio estado mental?

—Ninguna en absoluto.

—«Ninguna en absoluto» —repitió el señor Sinclair, lanzando una mirada significativa al jurado.

El juez intervino ahora.

—A fin de que nos quede claro, señor Thomson, ¿está usted afirmando que el prisionero está loco?

—Yo solo afirmo que, en el caso de que el prisionero *estuviera* loco, él no sería consciente de ello. Es más, si lo que hubiese declarado es que está loco, ello implicaría todo lo contrario, puesto que la expresión de una idea semejante llevaría parejo un grado de conocimiento de sí mismo del que carecen por completo quienes no están en posesión de sus facultades mentales.

El juez le consultó algo a lord Jerviswoode durante un momento y luego indicó al señor Sinclair que prosiguiera con su interrogatorio. El abogado le dio las gracias y continuó.

—Ahora bien, señor Thomson, usted ha examinado al prisionero con el objeto de determinar su estado mental, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y en qué consistió dicho examen?

—Conversé con él largo y tendido acerca de sus crímenes.

—¿Y cuáles fueron sus conclusiones?

—El prisionero es razonablemente inteligente, desde luego, y mostró una capacidad de comprensión del lenguaje superior de la esperada en un sujeto de tan baja estofa. En gran medida conversó conmigo de buen grado y sin que ello pareciera incomodarlo. En la línea del típico delincuente de crímenes graves que he descrito, no mostró remordimiento alguno por sus actos; es más, me atrevería a decir que exhibió un orgullo perverso al reconocerse responsable de ellos.

—¿Y diría usted que este es un rasgo característico de los individuos que sufren demencia moral?

—Este comportamiento es, indudablemente, propio del imbécil moral, pero no constituye de por sí un indicador de demencia moral.

—En su respuesta a mi anterior pregunta, ha definido usted al demente moral como un sujeto que... —el abogado leyó ahora una nota que le tendió su asistente—... alberga «sentimientos malvados, que surgen a menudo a la menor provocación».

—Sí.

—Bien, hemos escuchado aquí varios testimonios describiendo las provocaciones de las que fueron objeto el prisionero y su familia por parte del difunto señor Mackenzie.

—En efecto.

—Independientemente de que uno juzgue estas provocaciones triviales o no, ¿consideraría usted el deseo del prisionero de vengarse del señor Mackenzie como un indicio de demencia moral?

—Si hubiéramos de dar por cierta la versión de los acontecimientos que ha manifestado el prisionero, sí, sería razonable concluir que padece demencia moral.

Comoquiera que este constituía «un particular de extrema importancia», el juez pidió al testigo que aclarara su respuesta.

Dirigiéndose directamente al juez, el señor Thomson continuó:

—Es harto corriente en muchas disciplinas, incluida la mía, que una idea acabe dándose por verdadera meramente en virtud de repetirla a menudo. En el caso que nos ocupa, me temo que cierto planteamiento (a saber, que el prisionero cometió estas acciones con el objeto de aliviar a su padre de lo que según su percepción constituían actos opresivos por parte del señor Mackenzie), a fuerza de repetición, ha sido aceptado sin pensar tanto por el tribunal como por varios testigos. Y, sin embargo, este planteamiento se basa única y exclusivamente en las declaraciones de una única persona: el propio prisionero. Personalmente, no veo por qué motivo habría de aceptar esa versión de los hechos o, cuando menos, por qué no habría de analizarla minuciosamente.

El juez:

—¿Y la ha sometido usted a semejante análisis?

—Lo he hecho.

—¿Y cuál es su opinión?

—Mi opinión es que no hay motivo alguno para creer las palabras de un individuo que, según él mismo reconoce, ha cometido unos actos tan sanguinarios. Es más, opino que existe una explicación alternativa que proporciona una versión más plausible de sus actos.

Llegados a este punto, el señor Sinclair no pudo ocultar durante más tiempo su inquietud. Se aprestó a interrumpir la línea de interrogatorio del juez, pero fue silenciado al punto.

El juez:

—¿Y tiene usted esa explicación?

—La tengo —dijo el señor Thomson.

—Entonces, le ruego que la comparta con el tribunal.

—Mi versión de los hechos se basa en una serie de inconsistencias y omisiones presentes en el relato que el prisionero nos repitió al señor Sinclair y a mí. En concreto, estas inconsistencias guardan relación con las lesiones infligidas a Flora Mackenzie, las cuales apuntan, en mi opinión, a que el móvil de los crímenes fue completamente diferente. Yo sostengo que, cuando el prisionero se embarcó en su sangriento plan, su verdadero propósito no era



vengarse de la persona del señor Mackenzie, sino de la hija de este caballero, la cual, como hemos oído declarar, rechazó sus lascivas insinuaciones. Según esta versión, lo que movía a Roderick Macrae no era un deseo cuasinoble de proteger a su padre, sino sus impulsos sexuales hacia la señorita Mackenzie. Así pues, argüiría que el prisionero se puso en marcha a sabiendas de que el señor Mackenzie no estaba en casa y procedió a violar a su hija de la más depravada de las maneras. Luego, al ser sorprendido en este acto, se produjo una pelea que tuvo como resultado la muerte del señor Mackenzie.

Hubo unos instantes de silencio, seguidos de un estallido de murmullos entre el público de la tribuna. El juez golpeó con su mazo repetidamente para restablecer el orden. El señor Sinclair parecía completamente perdido.

El juez:

—¿Y por qué habría nadie de dar mayor verosimilitud a esta versión de los hechos que a la versión ofrecida con anterioridad?

—Evidentemente, yo no estaba presente cuando se cometieron dichos actos —continuó el señor Thomson—, pero las heridas infligidas a la señorita Mackenzie no son consistentes con el móvil que ha descrito el prisionero. Es más, cuando interrogué al prisionero en su celda, este no mostró signo alguno de inquietud salvo cuando le mencioné esas lesiones. Entonces apareció una grieta en la imagen que había ofrecido al mundo.

El juez dirigió ahora una mirada al alicaído señor Sinclair para que prosiguiese con el interrogatorio. Aun así, consciente sin duda de la gravedad de las afirmaciones del testigo, le concedió unos momentos para que ordenase sus pensamientos. Después de consultar con su asociado, el señor Sinclair reemprendió el interrogatorio.

—Si hubiéramos de dar por válida semejante versión de los hechos, ¿no dejaría esta todavía más patente que la versión defendida hasta el momento que se trató de un acto de locura?

El señor Thomson miró al abogado con una fina sonrisa, consciente de que este trataba de salvar el caso valiéndose de las implicaciones de su propio testimonio.

—Es cierto que, en un caso innegable de agresión con motivación sexual, se podría someter a consideración si el criminal, en tanto en cuanto fuera incapaz de controlar sus instintos más bajos, es o no responsable de sus actos. Este caso, empero, se distingue no tanto por la naturaleza del crimen en sí mismo, sino por la naturaleza ocultadora de las declaraciones realizadas por el perpetrador después de los hechos. De haber admitido con franqueza el móvil de su ataque, es posible, como usted bien dice, que se lo hubiese podido

considerar moralmente enajenado, puesto que no habría sido consciente de que los actos que había cometido estaban mal. No obstante, al fabricar una explicación alternativa, una explicación que busca disfrazar sus acciones con un manto de noble justificación, el perpetrador no hace sino revelar que era consciente de la vergonzosa naturaleza de su auténtico objetivo. Es la ocultación misma del verdadero móvil de estos asesinatos lo que delata que él sabía que lo que había hecho estaba mal. Los desgraciados que sufren de demencia moral son totalmente incapaces de distinguir el bien del mal. Creen sinceramente justificados cualesquiera que sean los viles actos que hayan cometido. En el caso que nos ocupa, empero, el móvil que aduce el acusado evidencia no solo un deseo de ocultar el verdadero propósito de su ataque, sino también una capacidad de engaño y de ocultación impensables en sujetos a los que pudiésemos considerar dementes.

—Pero si, así y todo —dijo el señor Sinclair en un valeroso intento de rescatar su caso—, la versión de los hechos ofrecida por el acusado, inmediatamente después del ataque, fuese fiel a lo ocurrido, ¿determinaría usted que es un demente?

—Sí, lo haría.

—Y, puesto que ni usted ni ninguno de los otros testigos presencié el ataque, no puede asegurar con ninguna certeza que la versión del prisionero tenga un ápice menos de verdad que la que usted acaba de exponer.

—Está usted en lo cierto, señor, cuando señala que yo no presencié el ataque. No obstante, la versión de los hechos que yo he expuesto se ajusta mucho mejor a las pruebas físicas del caso. De haber sido el móvil del acusado el que este ha aducido, no habría habido razón alguna para infligir tan terribles lesiones a la desgraciada señorita Mackenzie. Aun cuando se hubiese visto en la necesidad de someterla antes de disponerse a aguardar la llegada del padre de la muchacha, un golpe en la cabeza para dejarla inconsciente habría sido más que suficiente. En cambio, escogió mancillarla vilmente. No veo qué relación puede tener esta acción con ese manifiesto deseo suyo de librar a su padre de las tribulaciones que supuestamente había sufrido a manos del señor Mackenzie.

—Pero ¿reconoce usted o no que puede haber otra interpretación de los actos del prisionero?

—Puede haber otras interpretaciones, pero estas no se corresponden adecuadamente con los hechos del caso.

En este punto, el señor Sinclair volvió a tomar asiento y el juez tuvo que preguntarle si había concluido su interrogatorio. La Corona declinó la

oportunidad de interrogar al testigo y el señor Thomson pudo retirarse. La sesión se suspendió hasta la tarde, momento en el que las partes presentarían al jurado su alegato final.

La recapitulación de la Corona no duró más de una hora y fue pronunciada por el señor Gifford con «un aire de complacencia que para algunos miembros del jurado pudo resultar un tanto odiosa». El procurador general rogó al jurado que se atuviese a los hechos del caso únicamente. Roderick Macrae había perpetrado sus actos de forma premeditada —como probaba el hecho de que hubiese acudido armado al hogar de los Mackenzie— y había asesinado a tres individuos inocentes en un «frenético acto de suma brutalidad».

—El señor Sinclair intentará vendarles los ojos —dijo—. Intentará retratar a su cliente como un imbécil dado a hablar consigo mismo y que escucha voces en su cabeza.

Les recordó que, «aunque el prisionero pudiera haber tenido un comportamiento excéntrico de forma ocasional, ni uno solo de los testigos, con excepción de Aeneas Mackenzie, se ha mostrado dispuesto a testificar que estaba loco. Y la opinión del señor Mackenzie, si es que a alguien le interesa, parecía basarse en poco más que una comprensible antipatía hacia el prisionero y en el hecho de que este a veces se riese de forma extemporánea. Piénsenlo, caballeros; si solo hiciera falta eso para ser diagnosticado de demente, ahora mismo estaríamos todos en el manicomio. En su lugar, les sugeriría que dieran más peso al testimonio de la señora Carmina Murchison, la cual declaró que, cuando conversó con Roderick Macrae tan solo diez minutos antes de que cometiera su crimen, este “razonaba perfectamente”, esas fueron sus palabras».

—Hemos escuchado —continuó— un entretenido diálogo entre el señor Thomson y el señor Sinclair acerca del móvil de estos crímenes y las implicaciones que ello tendría en lo que atañe al estado mental del acusado. Con todo, y por muy fascinante que haya sido su discusión, que indudablemente lo ha sido, no deja de tratarse de una discusión puramente bizantina.

Luego repasó los incidentes acaecidos entre el señor Mackenzie y el padre del prisionero, que culminaron con el desahucio de la familia Macrae de su hogar.

—Esto fue lo que proporcionó el móvil para los actos del acusado; el móvil, pero no la justificación. Hemos escuchado, también, que el acusado albergaba ciertos sentimientos románticos hacia Flora Mackenzie,

sentimientos que él le expresó de manera hartó ordinaria, y quizá el rechazo de ella contribuyó a intensificar su animadversión hacia la familia Mackenzie. Es posible que no conozcamos, que no podamos conocer, el verdadero móvil de este ataque, pero eso, caballeros, no importa.

El señor Gifford se tomó entonces unos momentos antes de culminar su exposición.

—Les recordaré los hechos: Roderick Macrae se dirigió premeditadamente armado a la casa del señor Mackenzie con la intención de matar, y mató. Ni siquiera el mismo prisionero, como hemos escuchado de boca de numerosos testigos, ha intentado exonerarse de su culpa; tampoco deberían ustedes hacerlo. Y, si albergan alguna duda en lo que respecta a su cordura, hemos escuchado no a uno, sino a dos especialistas experimentados, los dos mucho más cualificados que ustedes o que yo, expresar un juicio sobre el particular. Escuchamos primero al doctor Hector Munro, un hombre con gran experiencia en el trato con la población criminal y conocimientos demostrables acerca de los signos de la demencia. Su veredicto: Roderick Macrae no solo está en plena posesión de sus facultades mentales, sino que «es uno de los prisioneros más inteligibles e inteligentes» que ha examinado el doctor.

»Hemos tenido el privilegio de escuchar también el testimonio del señor James Bruce Thomson, el cual, ténganlo presente, ha comparecido como testigo de la defensa; un hombre cuya competencia en este campo es indiscutible. ¿Y su conclusión? Que Roderick Macrae está en plena posesión de sus facultades mentales y no es más que un sujeto perverso y solapado.

»Finalmente, contamos con la propia declaración del prisionero, formulada libre de toda coacción: “Estoy en plena posesión de mis facultades mentales”. Caballeros, en esta sala, la única persona que cree, o dice creer, que el prisionero está loco es mi colega, el señor Sinclair. Pero las pruebas presentadas ante este tribunal dan al traste con esta convicción.

El jurado, concluyó el señor Gifford, estaría cometiendo una negligencia en el cumplimiento de su deber si pronunciara cualquier otro veredicto que no fuera el de culpable por cada uno de los tres cargos que debe juzgar.

Cuando el señor Sinclair se puso en pie para realizar su alegato final ante el jurado, no lo hizo con el aire de un hombre derrotado. Según escribió el señor Philby, se había «recuperado encomiablemente de la humillación sufrida a manos de su propio testigo y, de haber un galardón para los más celosos defensores de las causas perdidas, este debería serle concedido al aguerrido abogado».

—Caballeros, como bien ha hecho notar mi docto colega, los hechos de este trágico caso son incuestionables —empezó, apoyando su mano sobre la barandilla que quedaba delante de los bancos del jurado—. La defensa no discute que las desgraciadas víctimas murieran a manos del prisionero. Lo que aquí está en tela de juicio no son los hechos puros y duros, sino el contenido de la mente de un hombre. Me atrevería a afirmar que no hay tres víctimas en este caso, sino cuatro; siendo la cuarta el desdichado individuo que ha permanecido sentado ante ustedes estos tres días. Y ¿quién es este individuo? Un joven de tan solo diecisiete años; un infatigable aparcerero con un profundo sentimiento de apego y lealtad hacia su familia. Hemos escuchado el profundo cambio que surtió en él la trágica muerte de su amadísima madre, y cómo desde entonces la familia ha vivido bajo un manto de oscuridad y tristeza. Hemos oído de boca del propio padre del prisionero, el padre hacia el que siente tanta devoción, que le pegaba regularmente con los puños. Hemos escuchado de boca de sus vecinos Carmina y Kenneth Murchison que tenía la costumbre de mantener animadas conversaciones consigo mismo, conversaciones que cesaban siempre que una tercera persona se aproximaba, hecho este que quizá apunte a la perturbadora naturaleza de los pensamientos a los que estaba dando voz. El señor Murchison declaró que el prisionero a veces parecía estar «en su propio mundo». El señor Aeneas Mackenzie fue mucho más directo. Roderick Macrae, testificó, tenía fama de ser el tonto de la aldea; un imbécil; un individuo cuyo comportamiento era a menudo incongruente con lo que sucedía a su alrededor. Sospecho que, si hay otros testigos que se han mostrado reticentes a etiquetar al prisionero como un demente, se debe únicamente a la naturaleza tolerante y benévola de los residentes de Culduie. El señor Mackenzie no hizo sino airear, sin pelos en la lengua, lo que todo el mundo pensaba. Hemos sabido también que Roderick Macrae es dado a experimentar cambios radicales de humor y a comportarse con cierta excentricidad. Se mire por donde se mire, no está cuerdo. Y, cuando Lachlan Mackenzie, en el desempeño de su nuevo cargo como alguacil de la aldea, se dedicó a abusar de su autoridad para perseguir (pues no hay otra palabra que se ajuste mejor a sus acciones), para *perseguir* a la familia de Roderick, este joven trastornado se vio arrastrado más allá de las fronteras de la cordura. Al alcanzar el límite de lo que podía soportar, Roderick se aprestó a matar a Lachlan Mackenzie y, para llevar a efecto su terrible plan, se cobró las vidas de dos seres inocentes que se cruzaron en su camino.

»Se trata de unos actos perversos que nadie cuestiona. Pero es lo que sucedió inmediatamente después de estos actos lo que nos habla del estado mental de Roderick Macrae. ¿Se comportó acaso como lo habrían hecho ustedes o yo? ¿Como lo habría hecho cualquiera que estuviera cuerdo? ¿Acaso intentó huir o negar la responsabilidad de los actos que había cometido? No. Él se entregó tranquilo y admitió abiertamente lo que había hecho. No expresó remordimiento alguno. Y no ha habido ni un solo instante, desde entonces, en el que haya vacilado o se haya apeado de esta postura.

»Caballeros, deben ustedes preguntarse por qué se comportó de este modo. La respuesta solo puede ser que él, en su propia mente, no creía (no *cree*) que hubiese hecho nada malo. En la mente de Roderick Macrae, los actos que cometió eran una reacción justa e inevitable al acoso que sufría su familia. Evidentemente, se equivoca. Todos los hombres y mujeres presentes en esta sala —y aquí hizo un amplio gesto con la mano, abarcando a todos los presentes— pueden ver claramente que lo que hizo estuvo mal. Pero Roderick Macrae no puede. Y he aquí el *quid* del caso. Roderick Macrae ya no distinguía el bien del mal. Para que se dé un crimen es necesario que haya un acto físico, cosa que aquí nadie pone en duda, pero también debe haber un acto mental. El perpetrador del acto debe saber que lo que está haciendo está mal. Y Roderick Macrae no lo sabía.

»Ahora bien, habrán escuchado con atención, como por otra parte es su deber, el testimonio del sabio señor Thomson. Este ha especulado, no lo voy a obviar, con que el verdadero objeto del ataque de Roderick Macrae no era Lachlan Mackenzie, sino su hija, Flora. Pero han de recordar, y permítanme que insista en este punto, que la opinión del señor Thomson acerca de este detalle del caso no es más que pura especulación. ¿Qué implicaciones acarrearía creer que está en lo cierto? Pues bien, tendríamos que creer que, en los momentos inmediatamente posteriores a su ataque, en esos mismísimos instantes posteriores a cometer tres sangrientos asesinatos, Roderick fue capaz de fabricar una explicación falseada de sus actos. Es inconcebible que una persona en su sano juicio pueda tener la serenidad suficiente para hacer algo semejante.

El señor Sinclair hizo una pausa mientras se llevaba un dedo a los labios y levantaba la mirada hacia el techo, como si él mismo estuviera reflexionando sobre este asunto, antes de continuar.

—Hay quien podría argüir que el acusado había confeccionado esta historia antes de cometer los asesinatos, que se dirigió al hogar de los Mackenzie para matar a Flora, pero que tenía intención de alegar después que

había ido allí con el propósito de matar a su padre. Sin embargo, existe un fallo fatal en este argumento: Roderick no sabía ni podía saber que Lachlan Mackenzie regresaría a casa e interrumpiría sus actos. Para dar crédito a la versión de los acontecimientos del señor Thomson, se requiere una forma de pensar harto enrevesada y, me atrevo a afirmar, una absoluta desatención a la lógica. En cambio, todas las pruebas presentadas ante este tribunal apuntan al hecho de que el prisionero tenía intención de matar a Lachlan Mackenzie, una acción que, a ojos de su mente trastornada, era justa y honorable. El hecho de que en el transcurso de la ejecución de este acto acabara con las vidas de Flora Mackenzie y Donald Mackenzie, que no era más que un niño, dice mucho de la enajenación mental que estaba experimentando. El señor Thomson ha llamado su atención, muy acertadamente, sobre las horribles lesiones infligidas en la persona de Flora Mackenzie, pero lo que yo les pregunto es lo siguiente: ¿son estas acciones propias de un individuo en plena posesión de sus facultades mentales? Evidentemente no, caballeros. Y, si uno acepta el argumento (el argumento al que apuntan todas las pruebas) de que Roderick Macrae mató a Lachlan Mackenzie llevado por el irresistible impulso de vengar los males causados a su familia, entonces estarán de acuerdo con el señor Thomson en que Roderick Macrae no se hallaba en posesión de sus facultades mentales, que sufría de «manía sin delirio» o «demencia moral» y que, por lo tanto, no se lo puede considerar legalmente responsable de sus actos.

»Es por esta razón por la que les pido que pronuncien un veredicto de no culpable en este caso. Tienen ustedes una onerosa responsabilidad sobre los hombros. Pero deben actuar con arreglo a ley y no dejarse llevar por los sentimientos de repulsión que, tan humana y razonablemente, puedan provocarles estos atroces actos. En el momento de la ejecución de estos crímenes, Roderick Macrae se encontraba en un estado de absoluta enajenación mental y, por esta razón, debe ser absuelto.

Fue, escribió el señor Philby, «una actuación brillante, interpretada con gran aplomo. Ninguno de los presentes podía poner en duda que el prisionero hubiera recibido la defensa más capaz, ni que, más allá de las lindes de los centros metropolitanos de Escocia, no bulla el más exquisito espíritu de justicia». Al volver a tomar asiento, el señor Sinclair se secó la frente con un pañuelo y recibió una palmada en el hombro de parte de su asistente. Desde el otro lado del pasillo, el señor Gifford inclinó la cabeza, una reverencia destinada a transmitirle su reconocimiento profesional.

El juez permitió que el ambiente se distendiera durante unos momentos y, luego, llamó a la sala al orden. Empezó a instruir al jurado a las tres en punto y estuvo hablando durante dos horas aproximadamente. «Su recapitulación — escribió el señor Philby— fue un ejemplo de objetividad e hizo honor al sistema legal escocés». Después de los acostumbrados comentarios introductorios y tras alabar a los abogados por la forma en que habían llevado el caso, explicó al jurado que «a la hora de presentar un veredicto de culpabilidad, por cualquiera de los tres cargos incluidos en esta imputación, hay cuatro cosas que deben considerarse demostradas por las pruebas que aquí se han presentado. En primer lugar, que las víctimas murieron a causa de los golpes y lesiones descritas; en segundo lugar, que estos golpes fueron administrados voluntariamente con el propósito de matar; tercero, que fue el prisionero presente en el banquillo quien administró dichos golpes, y, en cuarto lugar, si consideran ustedes probados los tres puntos anteriores, que el prisionero estaba en plena posesión de sus facultades mentales en el momento en que cometió estos actos. Si consideran que no hay pruebas suficientes para demostrar alguno de estos puntos, el prisionero debe ser absuelto; pero si, en cambio, consideran que estos cuatro puntos han sido probados, entonces deberán ustedes cumplir con la dura y dolorosa obligación de dictaminar su culpabilidad».

Evidentemente, no había mucho que discutir acerca de los tres primeros puntos, pero, tal y como era su deber legal, el juez procedió a repasar, durante la siguiente hora más o menos, las declaraciones presentadas, en primer lugar, por los testigos médicos y, luego, por aquellos aldeanos que habían visto o hablado con el acusado inmediatamente después de los crímenes.

Hecho esto, pasó a abordar la alegación especial de la eximente de demencia.

—El criterio que han de aplicar —dijo— es que a una persona se la considera demente si, en el momento de cometer el hecho, o los hechos, actuaba bajo una deficiencia de la razón o una enfermedad de la mente tales que no conocía la naturaleza ni la calidad de los actos que estaba cometiendo, o no era consciente de que lo que hacía estaba mal. No les corresponde a ustedes, ni a mí, caballeros, cuestionar la validez o no de estas reglas. Se trata de las directrices que establece la ley y por las que deben guiarse en este caso<sup>[15]</sup>.

»En el transcurso de este juicio, hemos podido escuchar a varios testigos que conocen al prisionero desde que nació, y es obligación de ustedes tomar en consideración las declaraciones que estos han ofrecido acerca del carácter



del acusado. En particular, están los testimonios de la señora Carmina Murchison y de su esposo, Kenneth Murchison. Ambos testigos son dignos de encomio por la claridad y sobriedad con que han descrito los aspectos más desagradables de este caso. Y ambos testigos dieron fe de la relativa frecuencia con que el prisionero parecía conversar consigo mismo de manera inusual. Sin embargo, desconocemos el contenido de estas conversaciones y, aunque este comportamiento puede considerarse con toda justicia excéntrico, no es suficiente, por sí solo, para considerar al prisionero demente. Por otro lado, pueden ustedes considerar este comportamiento como un fragmento, y solo un fragmento, de un cuadro mucho más amplio que podría, en su totalidad, dar lugar a un cuadro de demencia. También hemos escuchado el testimonio del pariente de las víctimas, el señor Aeneas Mackenzie, que no tuvo ninguna duda a la hora de afirmar que el prisionero no estaba cuerdo. No obstante, tienen ustedes derecho a preguntarse si su testimonio podría hallarse contaminado por los más que comprensibles sentimientos de ira que es evidente que profesaba hacia el prisionero. Deben ustedes tomar también en consideración la manera desafortunada en la que prestó su testimonio y tener en cuenta el hecho de que el señor Mackenzie no está ni mucho menos cualificado para emitir un juicio acerca de la cordura o no del prisionero. Así pues, las afirmaciones del señor Mackenzie deberían ser valoradas con cautela. No obstante, y como sucede con los otros residentes de Culduie, les corresponde a ustedes decidir qué relevancia, si es que la tiene, debe dársele a su testimonio.

El juez procedió entonces a tomar en consideración los testimonios relativos al comportamiento impredecible o excéntrico del prisionero. Hizo una recapitulación de los incidentes que tuvieron lugar durante la partida de rececho de ciervos y con Flora Mackenzie el día de la Feria. El juez restó importancia a ambos hechos. El primero, dijo, «puede considerarse como poco más que una chiquillada de un joven inmaduro que apenas contaba quince años en ese momento». En el segundo, prosiguió, «no debería pasarse por alto el papel que jugaron el enamoramiento juvenil y los efectos del alcohol, al que el prisionero no estaba acostumbrado». Quedaba en manos del jurado evaluar la importancia de estos incidentes, pero el juez les advirtió que tuvieran cuidado de no concederles un peso indebido en sus deliberaciones.

Pasó entonces a abordar el testimonio ofrecido por los dos testigos expertos.

—En este caso, ambas partes —empezó— han llamado al estrado a testigos que son expertos en su materia, ya sea por sus estudios o por su

experiencia, y tanto el uno como el otro han emitido un juicio acerca de un asunto tan fundamental como es la cordura del prisionero. Deben ustedes otorgar la máxima importancia a las opiniones de estos dos testigos, pero no están en la obligación de mostrarse de acuerdo con ellos. Si deciden desechar el testimonio de uno o de ambos testigos, deberán ustedes hacerlo solo después de haberlo sometido a una minuciosa consideración y con buenas razones.

»El doctor Hector Munro, citado por la Corona, es un médico con una dilatada experiencia tanto en la práctica de la medicina general como en el reconocimiento de reos en la prisión de Inverness, donde, según él mismo ha estimado, ha examinado a varios centenares de prisioneros. El doctor Munro conversó largo y tendido con el prisionero y concluyó que era “uno de los prisioneros más inteligibles e inteligentes” que había examinado. Enumeró varios indicadores de la demencia y afirmó que no había detectado la presencia de ninguno de ellos en el prisionero. A la vista de su experiencia en el trato con la población criminal y de sus conocimientos demostrados en el campo de las enfermedades mentales, la opinión del doctor Munro merece ser tomada con la debida consideración.

El juez pasó entonces a abordar el testimonio del señor Thomson, «un hombre de enorme prestigio en el campo de la psicología criminal».

—El señor Thomson también ha expresado la opinión de que el prisionero no estaba loco y era consciente de la naturaleza inicua de las acciones que cometió. Ahora bien, aunque sea su deber conceder a esta opinión, al igual que a la de su colega el doctor Munro, el mayor de los pesos en sus deliberaciones, me veo obligado a evaluar las razones que lo han llevado a alcanzar esta conclusión. Esto es de vital importancia porque la opinión del doctor Thomson se basa en una interpretación distinta de los hechos del caso, una interpretación distinta de la expuesta por la Corona. El señor Thomson ha sugerido que el prisionero fue al hogar de los Mackenzie no con el objetivo de asesinar a Lachlan Mackenzie, sino con la intención de hacer daño a su hija, Flora, hacia la cual, se nos ha dicho, el prisionero sentía un gran apego. El señor Thomson justificó esta versión haciendo alusión a las obscenas lesiones infligidas en la persona de la señorita Mackenzie, lesiones que, desde su punto de vista, no habrían sido infligidas si se tratara de una víctima realmente fortuita en este crimen. Es más, lo que convenció al señor Thomson de que el prisionero no estaba afectado por lo que aquí hemos escuchado denominar «demencia moral» fue el hecho de que en varias declaraciones el prisionero afirmara que su intención había sido matar a Lachlan Mackenzie.

Esta postura falsa, insiste el señor Thomson, demuestra que el prisionero sabía que lo que había hecho estaba mal y, por tanto, no puede considerársele mentalmente enajenado.

»Caballeros, estos son temas muy complejos de los que ustedes tendrán que extraer sus propias conclusiones. Pero he de hacerles una advertencia. La opinión del señor Thomson se basa en una única prueba, la naturaleza de las lesiones sufridas por la señorita Mackenzie, y en su interpretación del móvil que llevó al acusado a infligir esas lesiones. Pero esta interpretación no es más que eso. No se trata de un hecho. El señor Thomson no fue testigo de los crímenes y están ustedes en su derecho de tomar en consideración otras interpretaciones de los testimonios que han escuchado; en particular, aquellas partes de los testimonios que sugieren que las acciones del señor Mackenzie proporcionaron al prisionero un móvil para su ataque. En el caso de que escojan discrepar de la interpretación del señor Thomson, están en su derecho de tomar en consideración su opinión según la cual, si el verdadero objetivo de la agresión era realmente el señor Mackenzie, el prisionero podría ser considerado, en vista de su comportamiento posterior, como mentalmente enajenado.

Dicho esto, el juez hizo una pausa para que los hombres del jurado pudieran digerir este complejo apartado de su recapitulación.

—No obstante —prosiguió—, aun dándose el caso de que discreparan de la versión del señor Thomson, dicha discrepancia deberá contrastarse con la totalidad de los testimonios y de las pruebas que han sido expuestos ante ustedes. No basta con que piensen que ningún hombre podría cometer tan viles actos y seguir siendo considerado como una persona en plena posesión de sus facultades mentales. Los hombres cuerdos pueden cometer y, es más, cometen crímenes de esta especie, y el mero hecho de llevar a cabo una acción semejante no sitúa, de por sí, a un individuo fuera de las fronteras de la razón. Sean cuales sean sus sentimientos respecto a este asunto, no son ellos los que dictaminan la ley. Su veredicto ha de alcanzarse sola y únicamente a través de un análisis desapasionado de las pruebas y de los testimonios que les han sido presentados en este tribunal.

El juez concluyó su exposición recordando al jurado la solemnidad de su tarea.

—Los cargos presentados ante este tribunal son de muy grave naturaleza y un veredicto de culpabilidad resultará en la imposición de la pena capital.

Luego agradeció a los miembros del jurado la atención con que habían seguido el juicio y les pidió que pronunciaran un veredicto solo después de

tomar en seria consideración todas las pruebas.

## **El veredicto**

Comoquiera que ya habían pasado las cuatro de la tarde, el juez indicó al jurado que, si para las siete de la tarde no habían alcanzado su veredicto, serían llevados de nuevo a la posada para pasar allí la noche y podrían proseguir con sus deliberaciones por la mañana. Les advirtió que esta restricción de tiempo no debía influir en sus consideraciones y les recordó una vez más la grave naturaleza de la tarea que les había sido encomendada.

Roddy fue trasladado al sótano y los miembros del tribunal abandonaron la sala. Puesto que no querían arriesgarse a perderse el momento álgido del juicio, los ocupantes de la tribuna del público permanecieron en sus sitios, discutiendo entre ellos, con su recién adquirida competencia legal, sobre las sutilezas del caso. Los reporteros, mucho más mundanos, se retiraron en masa a la muy apropiadamente bautizada Posada del Patíbulo, en Gordon Terrace, no sin antes encajar algún que otro chelín en la mano de un niño recadero para que les avisara si hacían sonar la campana. Prestos, pidieron y consumieron grandes cantidades de vino y cerveza, pues todos daban por hecho que el jurado no tardaría en emitir su veredicto. La opinión general era que, a pesar de los avezados esfuerzos de su abogado, el testimonio del señor Thomson había condenado al desgraciado prisionero a la horca. Solo John Murdoch se mostró en desacuerdo con la noción de que el acusado ya estaba sentenciado. Sus colegas del sur, explicó, pasaban por alto la empatía que los miembros del jurado tal vez pudieran sentir hacia un aparcerero maltratado. El resentimiento causado por todos aquellos siglos de abusos al hombre de las Tierras Altas estaba muy arraigado, y era posible que vieran en la persona de Roderick Macrae a un individuo que se había sublevado contra el afán vengativo de las autoridades. El señor Philby escuchó con interés las opiniones de aquel hombre de Nairnshire, pero argumentó que el jurado no podía permitir que esos sentimientos, por válidos que fueran, influyeran en su veredicto. Otros se limitaron a burlarse de Murdoch, arguyendo que su radicalismo lo había cegado, impidiéndole ver con objetividad los hechos del caso.

Conforme las manillas del reloj de pared de la posada avanzaban hacia las seis y media, los ánimos cambiaron, empero. Era evidente que los miembros del jurado habían encontrado algo sobre lo que discutir. Luego, a las siete menos diez, los recaderos entraron en tromba en la posada: había sonado la campana. Los reporteros se abalanzaron hacia la puerta, lanzando monedas

sobre la mesa a la carrera, y fueron recibidos con una mirada admonitoria del juez cuando llegaron a la tribuna de la prensa. En cualquier caso, la sala era ya un tumulto de voces expectantes. Tras imponer silencio, el juez advirtió a los presentes que adoptaría medidas muy graves contra todo aquel que interrumpiese el procedimiento. Roddy fue entonces trasladado a la sala; su actitud, escribió el señor Philby, «apenas si había sufrido alteración alguna desde su primera aparición, aunque es posible que su cabeza se hallara ahora algo más hundida entre los hombros». A continuación, se hizo pasar al jurado y su presidente, un curtidor llamado Malcolm Chisholm, se puso en pie.

El actuario preguntó si habían alcanzado un veredicto.

—No —respondió el señor Chisholm.

Esta respuesta fue recibida con la misma oleada de protestas airadas que si se hubiese tratado de una absolución, y los agentes de la sala tuvieron que expulsar a dos individuos de la tribuna del público para poder restablecer el orden.

El juez alabó al jurado por la seriedad con la que estaban abordando su tarea y les dio instrucciones para que volvieran a reunirse en la sala del jurado a las diez de la mañana siguiente, añadiendo que debían abstenerse en todo momento de conversar sobre el caso hasta esa hora.

Los periodistas levantaron campamento una vez más y se dirigieron a la Posada del Patíbulo, donde el vino corrió «como el río Ness en plena crecida». Según el señor Philby reflexionaría más tarde, «el veredicto que, tan solo unos momentos antes, podría haber supuesto un asombroso giro de los acontecimientos parecía ahora mucho más probable». Si había semillas de duda en las mentes del jurado, le decía su lógica, estas no podían hacer otra cosa que germinar durante la noche. Pasó buena parte de la tarde discutiendo con John Murdoch, quien, a pesar de las afirmaciones que había hecho con anterioridad, ahora no esperaba que el veredicto fallara a favor del acusado.

—Aquí arriba estamos demasiado acostumbrados a encogernos ante las autoridades antes de ir contra la Corona —le dijo al señor Philby. En cualquier caso, aun cuando el prisionero «eludiera la horca», pasar la vida confinado en la Prisión General bajo la supervisión del señor Thomson constituía una recompensa bastante discutible.

La noche degeneró en jarana, y el señor Philby confesó haberse «aprovechado en exceso de la hospitalidad de las Tierras Altas»; tanto fue así que, cuando la patrona lo despertó a la mañana siguiente, ni siquiera tuvo que anudarse los cordones de sus botas.

La tribuna del público abrió sus puertas a las diez en punto. El hecho de que ya no hubiese más testimonios que escuchar no había conseguido reducir el número de asistentes. Los que no consiguieron entrar se quedaron en el exterior del edificio del juzgado, deseosos de contarse entre los primeros en recibir noticias sobre el veredicto. El señor Philby y sus colegas merodeaban por los pasillos del juzgado, curándose la resaca a trago de petaca. En cualquier caso, no fue mucho el tiempo que tuvieron que esperar. A las once y cuarto sonó la campana por segunda vez. Antes de que el jurado hiciera su entrada, el juez advirtió a los presentes que no dudaría en despejar la sala si era necesario y, entonces, como en una muestra de deferencia hacia la solemnidad del momento, Roddy fue recibido con un silencio sobrecogedor. Estaba muy pálido y lucía unas oscuras ojeras. El señor Sinclair, cuyo semblante era igual de ceniciento, estrechó su mano. Los hombres del jurado pasaron entonces al interior de la sala en fila india. Roddy los observó, como si por fin el proceso le hubiera despertado cierto interés. Los hombres traían caras compungidas, como quien se dirige a ocupar su banco en un funeral. Ninguno de ellos miró al prisionero a los ojos. El actuario se puso en pie y preguntó si habían alcanzado un veredicto. El señor Chisholm respondió que así era.

El actuario les hizo entonces la pregunta de rigor.

—Dígannos, caballeros, ¿hallan ustedes al prisionero culpable o no culpable?

El señor Sinclair inclinó la cabeza.

El presidente del jurado respondió:

—Sus señorías, por el primer cargo, el jurado halla al acusado culpable. Por el segundo cargo, hallamos al acusado culpable; y, por el tercer cargo, hallamos al acusado culpable.

La sala permaneció en silencio durante unos instantes. Luego habló el juez.

—¿Han alcanzado estos veredictos por unanimidad?

—Los hemos alcanzado por una mayoría —contestó el presidente del jurado— de trece a dos.

El señor Sinclair se llevó las manos a la cabeza, luego se volvió para mirar a su cliente. Roddy estaba inmóvil en el banquillo. No sucedió nada durante unos segundos. No se produjo reacción alguna en la tribuna del público, como si fuera ahora cuando los espectadores por fin caían en la cuenta de que lo que habían estado presenciando no era una mera pantomima.

El juez agradeció a los miembros del jurado la esmerada atención que habían prestado a lo largo de todo el proceso.

—No deben ustedes —dijo— sentir ningún reparo por el veredicto que acaban de emitir, puesto que está en conformidad con los testimonios que han escuchado. Toda la responsabilidad recae en el prisionero, cuyos actos nos han traído hasta aquí, y las consecuencias de su fallo son competencia de la Ley y solo de la Ley.

Entonces, los miembros del jurado firmaron los veredictos. Roddy recibió la orden de ponerse en pie y el juez se caló el bonete negro.

—Roderick John Macrae, el jurado lo ha hallado culpable de los asesinatos de los que se lo acusa; se trata de un veredicto basado en pruebas y testimonios que no sembrarían duda alguna en ningún observador imparcial. Ha asesinado usted a tres personas, entre ellas un niño pequeño y una muchacha inocente en la flor de la vida, y les ha infligido lesiones de la más espantosa naturaleza. Hemos escuchado debatir largo y tendido, como era nuestro deber, acerca de los motivos que lo llevaron a cometer estos depravados crímenes, pero, habiendo sido declarado culpable, estos motivos no resultan relevantes, y solo cabe pronunciar una única sentencia. Se lo condena a la pena capital. Espero que emplee el poco tiempo que le queda en arrepentirse de sus acciones y en valerse de los ministros de la Iglesia que hay a su disposición, aunque me temo, por lo que he escuchado en este proceso, que no hará tal cosa.

Entonces dictaminó formalmente que el prisionero sería ejecutado en el Castillo de Inverness entre las ocho y las diez horas de la mañana del 24 de septiembre. Luego, se retiró el bonete negro y añadió:

—Que Dios se apiade de su alma.

## EPÍLOGO

EL JUICIO DE RODERICK MACRAE concluyó el jueves, 9 de septiembre. La mañana siguiente, el señor Sinclair salió en busca de John Murdoch y le hizo entrega del manuscrito de Roddy. Por aquel entonces, la legislación escocesa carecía de mecanismos formales para presentar una apelación y el abogado tenía la esperanza de que Murdoch lo ayudase a montar una campaña a favor de la conmutación de la pena de Roddy. Posiblemente creyese que la publicación de sus memorias provocaría una oleada de apoyo popular al condenado<sup>[16]</sup>.

El señor Murdoch se mostró escéptico, aunque no indiferente al plan del abogado, y accedió a leer el manuscrito y abordar al editor del *Inverness Courier* con vistas a publicar una serie de extractos en el periódico o en una «Edición especial». El señor Sinclair dejó el asunto en sus manos y pasó el fin de semana redactando una súplica al fiscal general, lord Moncrieff, la más alta instancia judicial del país.

En su carta, el señor Sinclair no alegó que la sentencia de su cliente no se sustentara en pruebas fehacientes ni que se hubiese producido alguna irregularidad en el proceso. En su lugar, su solicitud de clemencia se basaba abiertamente en razones compasivas. Tras un somero resumen de los particulares del caso, formulaba su súplica:

*Tal y como atestiguan tanto las declaraciones escuchadas en el juicio como el relato del prisionero, Roderick Macrae fue arrastrado a cometer los actos de los que ha sido hallado culpable debido al acoso deliberado y resuelto del individuo que habría de convertirse en su principal víctima. En el transcurso del juicio, se presentaron testimonios suficientes acerca del comportamiento excéntrico y de los defectos mentales del acusado como para que el jurado se viera obligado a prolongar sus deliberaciones durante un segundo día; y el veredicto, cuando se emitió, no fue por unanimidad, lo cual demuestra, de por sí, que entra dentro de los límites de la*



*razón que un hombre sensato defienda que el acusado no estaba cuerdo. Y ello a pesar de las repetidas declaraciones autoinculpatorias realizadas por el propio prisionero; declaraciones, añadiré, que no apuntan precisamente a una mente racional. Porque ¿qué hombre en su sano juicio se dedicaría a lanzar afirmaciones que, de ser creídas, lo llevarían a la horca? El hecho de que existan estas dudas razonables acerca de la cordura de mi cliente entre los miembros del jurado va en contra de la imposición de la pena más severa de la Ley.*

*Durante su encarcelación, mi cliente se aplicó con suma diligencia a la tarea de elaborar un relato de los acontecimientos que lo condujeron a los crímenes (una copia del cual le adjunto para su consideración). Al hacerlo, ha demostrado poseer unas habilidades y una capacidad intelectual que exceden con mucho lo que podría esperarse de un individuo con su educación y antecedentes familiares. El señor J. Bruce Thomson, el cirujano residente a cargo de la Prisión General en Perth, declaró bajo juramento que, a lo largo de sus muchos años de experiencia tratando con convictos y locos, jamás se había encontrado con un solo prisionero que fuese capaz de producir una obra de valor literario, un juicio que subraya la naturaleza excepcional de las memorias del señor Macrae. Condenar a muerte a un individuo dotado de la sensibilidad e inteligencia necesarias para producir una extensa obra literaria sería, y lo afirmo categóricamente, un acto cruel e incivilizado.*

*Existen otros atenuantes para tener en cuenta, que serían la edad del prisionero —de tan solo diecisiete años— y su, por lo demás, inmaculado carácter. Los actos por los que el señor Macrae ha sido hallado culpable fueron del todo impropios de él y existen sobradas razones para suponer que, dado su excepcional talento, podría llevar, tras un periodo de encarcelación, una vida productiva y fructífera.*

*Si juzgamos a nuestra sociedad por la compasión que desplegamos sobre todos sus miembros, entonces por fuerza hay que reconocer que, al desplegar esta compasión sobre los más desdichados de entre nosotros, demostramos nuestra*

*fidelidad para con los más civilizados valores cristianos. Es con este espíritu que suplico a su señoría que haga extensible su clemencia a la persona de Roderick John Macrae.*

*Espero, por tanto, que a su señoría, el fiscal general, le plazca evaluar favorablemente este memorial y, a tenor de ello, aconseje a Su Graciosa Majestad que ejercite su prerrogativa real a efectos de conmutar la pena a la que ha sido sentenciado el prisionero.*

*[Firmado] Sr. Andrew Sinclair  
Abogado del prisionero*

La súplica fue enviada el lunes, 13 de septiembre y, en esa misma fecha, el *Inverness Courier* publicó el artículo de John Murdoch titulado «Lo que podemos aprender de este caso». Murdoch arrancaba relatando su experiencia en la sala, describiendo a Roddy como «un individuo triste y desamparado que, con solo mirarlo, daba la sensación de no tener nada que ver con el proceso que se desarrollaba a su alrededor. Que esto se debiera a una fría indiferencia o bien a una enajenación mental, o que su actitud fuera fingida o real, son juicios que no puedo emitir, pues no me considero cualificado para ello. Sin embargo, tampoco creo que encomendar a quince honestos pero igualmente poco cualificados jurados la tarea de resolver estas cuestiones sea la forma más prudente de repartir justicia en un caso de esta especie». Murdoch pasaba entonces a abordar las memorias de Roddy. Su relato era, «sucesivamente, tanto sobrecogedor como conmovedor —decía—, y lo cierto es que no parece haber sido escrito con vistas a conseguir la liberación del prisionero. No obstante, la elocuencia y el intelecto que exhibe contrastan radicalmente con los actos sangrientos que, en última instancia, viene a narrar; y, si acaso, no parece otra cosa que la obra de un loco». Murdoch no llegaba a pedir directamente la conmutación de la pena de Roddy, sino que expresaba de manera genérica que la ley, tal y como estaba escrita, resultaba «inadecuada para abordar procesos de esta naturaleza. Nuestros más eminentes legisladores deberían, de manera urgente, reconsiderar los procedimientos legales que se aplican en aquellos casos en los que la cordura del acusado se encuentra en tela de juicio, y hasta que esa revisión no se lleve a cabo —escribió— resulta del todo impropio enviar a un hombre al patíbulo».

Ese mismo día, el señor Murdoch también le mandó una carta a lord Moncrieff y, aunque esta se ha perdido, resulta razonable pensar que su

contenido expresaba un sentir similar.

Al recibir la súplica del señor Sinclair, la obligación del fiscal general consistía en comunicarse con los jueces del proceso y con el registrador general para Escocia, William Pitt Dundas, pero, fuera cual fuese el contenido de su correspondencia, lo cierto es que fue eclipsado por la precipitación de los acontecimientos.

John Murdoch había entregado el manuscrito de Roddy a un impresor local, Alexander Clarke. Lo que se publicó, sin embargo, no fue una impresión completa del documento de cincuenta mil palabras, sino un folletín de veinticuatro páginas donde se incluían los extractos más truculentos y sensacionalistas. En cuestión de pocos días, se estaban imprimiendo montones de versiones alternativas, enormemente envilecidas, a lo largo y ancho del país. El caso más notorio de todos ellos llevaba por título *UN PLAN SANGRIENTO: los DESVARÍOS de un ASESINO* y lo publicaba William Grieve, de Glasgow. *Un plan sangriento* no pasaba de las dieciséis páginas de extensión y se componía casi exclusivamente de la descripción que había hecho Roddy de los asesinatos; del incidente en el que había matado a la oveja de Lachlan Mackenzie (que se remataba con la línea: «Aquel fue el momento en el que descubrí lo mucho que me gustaba destrozcr cráneos, y decidí que no tardaría en volver a darme ese placer»), y de todo un extracto inventado en el que Roddy «deshonraba perversamente» a una Flora Broad de doce años de edad. El panfleto vendió decenas de miles de ejemplares en cuestión de días. A este le siguieron toda suerte de grotescas caricaturas, grabados y baladas (en concreto y muy notablemente *En esta bella mañana, he matado a tres* de Thomas Porter) y, en lugar de convertirse en una *cause célèbre*, Roddy pasó a ser el hombre del saco nacional. El hecho de que todas estas publicaciones y demás retrataran a Roddy como un verdadero lunático tenía un punto irónico que aquellos que se dedicaron a devorarlo no debieron de captar en absoluto.

Lo más probable es que el plan del señor Sinclair jamás tuviera la menor oportunidad de éxito. No había irregularidades legales que recurrir, ni tampoco podía argumentar de forma razonable que la sentencia no se sustentara en pruebas fehacientes. La esperanza de que la publicación de las memorias de Roddy provocaría una oleada de apoyo popular a su petición era, todo hay que decirlo, de una ingenuidad pasmosa. Así y todo, no tenía otra línea de acción posible y dice mucho a su favor que confiara en que el público abrazaría a Roddy como él lo había hecho.

Sea como fuere, el caso es que a la semana siguiente el señor Sinclair recibió una respuesta muy educada pero impasible de lord Moncrieff, manifestando que, «al no haber detectado ninguna irregularidad en la presentación de las pruebas ni en el desarrollo del juicio», no estaba obligado a someter a su consideración ninguna súplica de clemencia. «Esos talentos que le arroga usted al acusado, reales o no, en ningún modo pueden ser contemplados por la Ley». Y, de este modo, quedó confirmada la sentencia a la pena capital.

El señor Sinclair continuó visitando a Roddy a diario. Se lo encontraba siempre sumido en un estado de letargo, sin «gananas de comer ni de conversar». En ningún momento se lamentó Roddy de su situación ni expresó temor alguno por su inminente destino. Tampoco aceptó las atenciones del capellán de la prisión, que le suplicó que aprovecharse el tiempo que le quedaba para reconciliarse con su creador. A pesar de contar con el material necesario a su disposición, Roddy no volvió a escribir nada salvo esta breve nota a su padre:

*Querido padre:*

*Le escribo con el deseo de que, cuando esta carta lo halle, su situación haya mejorado. En cuanto a mí, son muy pocos los días que me quedan y no deseo permanecer en este mundo por más tiempo que el que me ha sido asignado. Las paredes de mi celda conforman una vista deprimente y, aunque me encantaría ver Culduie otra vez, si pudiera acelerar mi ejecución lo haría con gusto. En el entretanto, no obstante, me encuentro muy cómodo y no debe usted preocuparse por mi bienestar ni lamentar mi muerte.*

*Quiero decirle que siento los problemas que le he causado y que deseo sinceramente que hubiese sido usted agraciado con un hijo más digno.*

*[Firmado]*

*Roderick John Macrae*

La carta fue enviada a Culduie la tarde del 22 de septiembre, pero John Macrae no llegó a leerla jamás, puesto que esa misma mañana fue hallado muerto en su silla por Carmina Smoke. Lo enterraron junto a su esposa en el camposanto de Camusterrach. La casa y sus edificaciones anejas quedaron

abandonadas a su suerte y la tierra se distribuyó entre los residentes que quedaban en la aldea. El puesto de alguacil fue ocupado por Peter Mackenzie.

El 24 de septiembre, en la mañana de su ejecución, la única petición de Roddy fue que se le permitiese dar una vuelta por el patio de la prisión. Se le concedió su deseo y, según el señor Sinclair, completó sus circuitos «muy como si se hallara en otro lugar». Después, salió de su celda acompañado por su abogado, un pastor de la Iglesia de Escocia y dos carceleros. Mientras la comitiva se aproximaba a la sala donde la ejecución tendría lugar, a Roddy le flaquearon las piernas y los carceleros tuvieron que llevarlo a rastras a lo largo de las yardas que quedaban. Se habían realizado todos los preparativos necesarios y, aparte del verdugo, estaban también presentes el doctor Hector Munro y el alcaide. Mientras le colocaban la capucha en la cabeza, los ojos de Roddy se llenaron de lágrimas. El señor Sinclair ocultó la cara entre las manos. Roderick Macrae fue declarado muerto a las ocho y veinticuatro minutos. «La ejecución —constataría el informe del médico— se llevó a cabo de manera ejemplar y no se le causó un sufrimiento excesivo al prisionero».

## APUNTES HISTÓRICOS Y AGRADECIMIENTOS

EN LO QUE A DOCUMENTACIÓN E INSPIRACIÓN se refiere, quedo enormemente en deuda con cinco volúmenes: *Highland Folk Ways* (Routledge, 1961) de I. F. Grant, una guía del todo indispensable para conocer la forma de vida y las tradiciones de las Tierras Altas escocesas; *The Making of the Crofting Community* (John Donald, 1976) de James Hunter, que es el mejor libro sobre el desarrollo histórico de las Tierras Altas con el que me he encontrado; *Children of the Black House* (Birlinn, 2003) de Calum Ferguson, que ofrece una historia más anecdótica; *The Origins of Criminology: A Reader* (Routledge, 2009) de Nicola Rafter, que me dio a conocer las obras de J. Bruce Thomson y otros pioneros en este campo, y, finalmente, *I, Pierre Rivière, having slaughtered my mother, my sister and my brother* (Bison Books, 1982), editado por Michel Foucault.

También le estoy muy agradecido al historiador de Applecross Iain MacLennan, tanto por la abundancia de información contenida en su libro *Applecross and Its Hinterland: A Historical Miscellany* (Applecross Historical Society, 2010) como por sus generosas respuestas a mis correos electrónicos. Gordon Cameron, conservador del Applecross Heritage Centre, también fue igual de generoso con su tiempo y me proporcionó el texto de la canción *Coille Mhùiridh*, compuesta en la década de 1820 por Donald MacRae. Según creo, la traducción al inglés es de Roy Wentworth. La traducción de *Càrn nan Uaighean* me la sugirieron Francis y Kevin MacNeil.

También he de mencionar mi deuda para con los *Sermons* del reverendo Angus Galbraith (1837-1909), que inspiraron la oración fúnebre del personaje que lleva su nombre en esta novela. La «declaración policial» de James Galbraith también parafrasea las palabras del reverendo John Mackenzie de la parroquia de Lochcarron, el cual escribió en su «Cuenta estadística» de 1840: «No mucho antes de mediados del último siglo, los habitantes de este distrito vivían en la más disoluta barbarie. Los registros del presbiterio, que arrancan en 1724, están manchados con el relato de crímenes oscuros y sanguinarios, ofreciendo un cuadro de barbarie, ferocidad y grosera indulgencia que solo es propio de un estado salvaje».

James Bruce Thomson (1810-1873) fue una persona real y los artículos mencionados en el texto pueden encontrarse en la red. Las teorías que el señor Thomson defiende en la novela están fielmente basadas en el contenido de estos artículos, pero su personalidad y carácter son productos de mi imaginación, como también lo son sus memorias. El personaje de John Murdoch también está basado, un tanto libremente, en el reformista radical (1818-1903) del mismo nombre.

En 2013 gané un galardón para escritores noveles de la Scottish Book Trust y estoy profundamente agradecido a esta organización por el fantástico apoyo y los ánimos que me ha aportado durante la redacción de esta novela. También quisiera dar las gracias al personal siempre eficaz de la Biblioteca Mitchell, en Glasgow, y del Archivo Nacional de Escocia, en Edimburgo.

A pesar de toda la ayuda y consejos que he recibido, no me considero un experto en el periodo en el que este libro está ambientado ni tampoco en la vida y costumbres de las Tierras Altas en general. Esto es una novela, por lo que me he tomado ciertas libertades con los hechos históricos y, en algunos momentos, como es propio de los novelistas, he tirado de la imaginación y me he inventado determinadas cosas. Huelga decir que cualquier inexactitud, ya sea a propósito o por error, es responsabilidad mía y solo mía.

Estoy profundamente agradecido a mi editora, Sara Hunt, por su maravilloso entusiasmo, generosidad y apoyo durante el proceso de escritura de este libro. También a Craig Hillsley por su meticuloso y sensible trabajo de edición.

Ya en el plano personal, este libro no habría existido de no ser por las frecuentes visitas que hice a Wester Ross tanto durante mi infancia como ya de adulto, y este es un regalo por el que le estoy enormemente agradecido a mis padres, Gilmour y Primrose Burnet. También debo dar las gracias a mi gran amiga y jefa del departamento de ideas, Victoria Evans, que siempre se muestra generosa con su tiempo y cuyos comentarios son siempre pertinentes y astutos.

Finalmente, a Jen: gracias por tu paciencia, tus ánimos y por aguantarme cuando me enfurruño. Al igual que Una Macrae, eres el sol que nutre los cultivos.



Graeme Macrae Burnet nació en Kilmarnock, Escocia, en 1967. Ha escrito tres novelas: *The Disappearance of Adèle Bedeau* (2014), *Un proyecto sangriento* (2015, finalista del Premio Booker, y ganadora del Saltire Fiction Book of the Year y del VRIJ Nederland Thriller of the Year) y *The Accident on the A35* (2017). Fue nombrado autor del año por el Sunday Herald Culture Awards en 2017. Actualmente, Graeme Mcrae Burnet vive en Glasgow y está escribiendo su cuarta novela.



## NOTAS

[1] Campbell Balfour, «Our Century's Ossian» [«El Ossian de nuestro siglo»], *Edinburgh Review*, octubre de 1869, n.º CCLXVI. *(Todas las notas son del autor, salvo que se indique lo contrario.)* <<

[2] Campbell Balfour, «Our Century's Ossian» [«El Ossian de nuestro siglo»], *Edinburgh Review*, octubre de 1869, n.º CCLXVI. *(Todas las notas son del autor, salvo que se indique lo contrario.)* <<

[3] Editorial, *The Scotsman*, 17 de septiembre de 1869. <<

[4] John Murdoch, «What we might learn from this case» [«Lo que podemos aprender de este caso»], *Inverness Courier*, 13 de septiembre de 1869. <<

[5] El alguacil de la aldea o de la parroquia era un funcionario elegido por los miembros de la comunidad para que hiciera las veces de mediador entre el *factor* y la población. Su función era velar por el cumplimiento de los términos del contrato de alquiler de tierras de los aparceros y, también, resolver disputas. El *factor*, a su vez, era el agente encargado de administrar las tierras del *laird* (terrateniente) en su nombre. El *factor* era, por lo general, un personaje impopular y temido. <<

[6] Andrew Sinclair contaba sesenta y dos años por aquel entonces. <<

[7] Jeantown es el antiguo nombre del pueblo de Lochcarron. <<



[8] Como apunte de interés para el desarrollo futuro de la antropología criminal, tal vez resultara de gran utilidad realizar un estudio acerca de la presencia de estructuras fisiológicas análogas en sujetos criminales que no hayan tenido contacto por cruzamiento. (Nota al pie del original). <<

[9] Rudolf Virchow (1821-1902) fue un científico alemán al que se conoce como «el padre de la patología moderna». <<

[10] James Cowles Prichard, *Tratado sobre la demencia y otros trastornos que afectan a la mente* (1835). <<

[11] En Escocia se designaba así, también, al agente encargado de viajar por los distritos rurales para asegurarse de que los niños asistían a la escuela. <<

[12] Philippe Pinel (1745-1826) fue uno de los pioneros de la psicología criminal. Acuñó la expresión *mania sans délire* en su obra *Nosographie philosophique ou méthode de l'analyse appliquée à la médecine* (1798-1818).  
<<

[13] Un pícaro apunte en *The Scotsman* sugirió que los prisioneros a los que se refería el doctor Munro podrían sencillamente haber estado hablando gaélico.  
<<

[14] Las ideas aquí expresadas por Thomson aparecen expuestas de manera más completa en su artículo «La naturaleza hereditaria del crimen», publicado en la *Journal of Mental Science*, en 1870, y son un ejemplo de la teoría dominante de la época, conocida como «degeneracionismo», una suerte de evolución a la inversa. <<

[15] Este es un resumen de las Reglas M’Naghten, aceptadas en los tribunales ingleses y escoceses desde 1843 como método para valorar la imputabilidad por trastorno mental en los casos penales. <<



[16] Cuarenta años después, aunque en circunstancias muy distintas, una petición firmada por veinte mil personas jugó un papel decisivo en la revocación de la pena de muerte de Oscar Slater. <<



GRAEME MACRAE BURNET

*Un plan sangriento*

*El caso Roderick Macrae*

*Traducción de Alicia Frieyro*

Lectulandia